

CON *S* DE SECRETOS



Shhh...

ELENA GARCÍA

zafiro 

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28. Derek
Capítulo 29
Capítulo 30. Sandra
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33. Derek
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36. Sandra
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Epílogo
Biografía
Referencias a las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

¿Cómo te sentirías si, tras cumplir los veintinueve, todavía vivieses con tus padres, tu novio te ignorase y tu empleo no fuese ni de lejos el que siempre habías soñado?

Pues ésa soy yo. Por lo que recuerdo, nada me ha salido bien y siempre me he visto condicionada por mi baja autoestima. Hasta que un día, cansada de todo y tras vivir el suceso más vergonzoso al que alguien se puede enfrentar, decido tomar las riendas de mi vida. Pero cuando creo estar a un paso de conseguirlo, llega él y me desbarata los planes...

¿Quién es realmente Derek y qué secretos esconde? ¿Ha visto algo en mí o sólo me está utilizando?

CON S DE SECRETOS

Elena García

zafiro 

Capítulo 1

—¡Menuda mierda! —digo frustrada mientras observo mi reflejo desnudo en el espejo.

Mis pechos cada día juegan más con la gravedad y eso me preocupa. Según mis amigas, para saber si los tengo caídos, debo hacerme la prueba del bolígrafo, que consiste en colocar uno debajo de cada seno y, si los bolis no se caen, es que tengo un problema. Pues... ¡tengo uno y muy serio! ¡Soy capaz de sujetar un mando a distancia con cada teta! Y, para colmo, mi culo está tan aplastado que parece una carpeta. ¡Quiero llorar!

—Sandra, ¿qué te pasa, hija? Oigo tus pataletas desde el salón. —Mi madre entra en la habitación por sorpresa y me cubro tan rápido como puedo con una toalla. No quiero que vea lo que estoy haciendo.

—¿Que qué me pasa? ¡Que se me está pasando el arroz me pasa! —respondo dramática—. Mis ubres parecen ya pimientos asados y todavía sigo viviendo en tu casa.

—Hija mía, siempre estás igual. A este paso vas a tener que ir a que te vea un psicólogo —resopla—. Te estás obsesionando demasiado.

—No necesito un psicólogo. ¡Necesito una buena cirugía!

—Lo que necesitas es un novio decente. No sé las veces que te he dicho ya que dejes a ese vago y rehagas tu vida. —Odia a Juanjo—. Llevas años esperando a que cambie y siempre estáis igual. ¡Mándalo a la mierda de una vez! No tiene ninguna intención de hacer una vida contigo, ¿acaso no lo ves? —Da media vuelta y se marcha dejándome con la palabra en la boca, pero tiene razón. Llevo siete años con Juanjo y no hemos avanzado nada. Ni siquiera hemos hablado de matrimonio.

Vuelvo mi atención al espejo y dejo caer la toalla para observarme de nuevo. Me aterra estar tan cerca de la treintena.

Tras medio minuto más, decido dejar de torturarme y me pongo algo de ropa. Desconecto el teléfono del cargador y me echo sobre la cama.

«Tiene que haber alguna solución», me digo al tiempo que hago una búsqueda rápida de clínicas de estética, y en una de ellas aparece un anuncio que llama mi atención.

La protagonista tiene el mejor cuerpo que he visto en mi vida y, tras realizar una tabla de ejercicios, habla de las maravillas que se pueden lograr con constancia. Al momento comienzan a aparecer imágenes del antes y el después de otras chicas, que por lo que parece son sus clientas, y la verdad es que los cambios son espectaculares.

Me pongo de pie tratando de imitarla y a los dos minutos ya estoy sofocada.

—Puf, yo no aguanto esto ni de coña...

Abro las ventanas acalorada y me apoyo en el resguardo de piedra para que me dé el aire. Cuando llevo un par de segundos en esa posición, me fijo en el edificio que hay más abajo y veo cómo un grupo de trabajadores carga y cuelga en la fachada un cartel gigante en el que pone GIMNASIO. Sin duda, eso debe de ser una señal del cielo, pero como la mayoría de los creyentes que conozco, la ignoro y cierro la ventana. Si no aguanto ni dos minutos haciendo los ejercicios del vídeo, ¿cómo voy a aguantar una hora en ese lugar?

Vuelvo a tomar mi teléfono y llamo a Juanjo.

—¿Sí? —Por el tono de su voz, deduzco que estaba durmiendo.

—Uy, ¿te he despertado? Lo siento —disimulo para que no note que me da igual. Aunque tiene la misma edad que yo, se pasa la vida vagueando en su habitación y jugando a videojuegos. Ni siquiera es capaz de mantener un empleo, y aunque me he planteado dejarlo en varias ocasiones, después no me atrevo. ¿Y si no encuentro a nadie más? Con la edad que tengo ya, iba a ser bastante complicado. Miro el reloj y, al ver la hora, mi corazón da un vuelco—. ¡Mierda! Mejor te llamo luego.

Termino de vestirme tan rápido como puedo. Si no me doy prisa, llegaré tarde a mi turno de las tres. Llevo cuatro años trabajando en un supermercado y la

última semana parece que lo estoy haciendo todo mal. No estoy centrada y he discutido un par de veces con mi jefe. Debe de haberme visto cara de tonta y me hace echar más horas extras que a nadie, para después ponerme excusas y no pagármelas.

—Ya era hora, jovencita —espeta el encargado al verme entrar—. Tu compañera lleva como diez minutos esperándote para poder irse. Tiene que llevar a su hijo al médico y la estás retrasando.

—Lo siento —expreso sin apenas mirarlo, y corro hasta ella—. Claudia, discúlpame, se me fue la hora.

—Ya te vale... —Recoge sus cosas—. Como ahora no me atiendan por llegar fuera de hora, tendrás que pasarme un día de tus vacaciones.

—¿Por diez minutos? ¡Qué cara te vendes! —bromeo, y se marcha riendo. Por suerte, mi turno empezaba después del suyo. Si me llega a pasar con Marcela, la cosa no habría acabado así, esa chica es insoportable.

Cuando mi compañera ya está casi llegando a la salida, hace un gesto extraño, me mira con los ojos muy abiertos y vuelve corriendo.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada—. ¿Te has olvidado de algo?

—No, no. —Se mueve apurada y se coloca tras la caja registradora conmigo—. ¡Mira lo que viene por ahí! —Levanta las cejas en dirección a la puerta y veo aparecer a un tipo enorme tras ella. Mide alrededor de un metro noventa, moreno, y tiene el pelo corto. Sus ojos son profundamente marrones y sus labios de infarto.

—Madre mía... —balbuceo, y lo miro de arriba abajo. Al estar enfundado en ropa de deporte, se puede intuir perfectamente su cuerpo musculado.

Camina como si flotara hacia nosotras y nos sonrío antes de comenzar a hablar.

—¡Hola! —se adelanta mi compañera.

—Hola, Claudia, ¿habéis podido traer las bebidas isotónicas sin azúcar que os pedí?

Su voz es música para mis oídos, y los miro sin decir una sola palabra. ¿De qué se conocen? ¿Y a qué espera mi compañera para presentármelo?

—Sí, están ahí —señala un estante.

—Oh, gracias. —Camina hacia ellas y miro a Claudia boquiabierta.

—¿Quién es ese animalote?

—¿A que está bueno? —sonríe pícaramente.

—Bueno no, buenísimo... —No lo puedo remediar y tengo que echarles un ojo a sus glúteos apretados cuando se inclina.

—Es el monitor del nuevo gimnasio que están abriendo cerca de aquí. —Rápidamente vienen a mi mente los obreros que vi hace un rato montando el cartel—. Ayer, mientras le cobraba, estuvimos hablando y me preguntó por algunos lugares del barrio. Es nuevo en la zona y está un poco perdido todavía.

—Yo podría hacerle de guía... —Me muerdo el labio al tiempo que vuelvo la cabeza para observarlo mejor.

—Tienes novio, ¡perra! —Clava su codo entre mis costillas y me quejo.

—¡Mirando no engaño a nadie!

—¡Uh! De la forma en que lo haces, estoy segura de que sí.

Las dos reímos y, al oírnos, él se gira hacia nosotras, pero disimulamos rápidamente y continúa leyendo las etiquetas de los envases.

—Oye, ¿tú no te ibas?

—Sí, en cuanto él lo haga.

—¡Y luego la perra soy yo!

Volvemos a reír y, cuando nos queremos dar cuenta, lo tenemos al lado. Estábamos tan metidas en la conversación que no lo hemos oído llegar.

Mis mejillas arden por la vergüenza al desconocer hasta dónde ha podido oír, y a mi compañera parece pasarle lo mismo. Estamos tan ruborizadas que ninguna de las dos lo mira a la cara ni vuelve a decir nada hasta que se marcha.

—Que tengáis un buen día —se despide, y cuando sale por la puerta estallamos en carcajadas.

—Definitivamente tengo que apuntarme a su gimnasio —manifiesta Claudia—. ¿Por qué no te animas y vienes conmigo? Así, al menos, no voy sola.

—Ese tipo de esfuerzos no están hechos para mí —espeto pensando en lo que me ha costado levantar cinco veces seguidas las piernas hace un rato.

—Al principio cuesta, pero después el cuerpo se hace. —Mira el reloj—. ¡Joder! ¡Ya sí que no llego al médico! —Se marcha corriendo y me quedo

pensando en su propuesta.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, me levanto más tarde de lo que acostumbro. El día de ayer, al ser víspera de fiesta, fue demasiado duro y tengo la espalda muy cargada.

—Debo buscar otro empleo —chapurreo mientras anudo los cordones de mis zapatos—. A este ritmo, a los cincuenta van a tener que atenderme en una residencia.

Me pongo de pie y subo las manos por encima de la cabeza para estirarme, pero en cuanto me veo la piel interior de los brazos, las bajo.

—¡Cada día estoy más flácida! —lloriqueo.

El sonido de un mensaje corta mi drama y busco el teléfono entre las sábanas. Al ver que es un audio, pulso para escucharlo: «Estoy yendo a por ti, he convencido a mi madre para que se quede con el niño mientras nosotras estamos en el gimnasio».

Claudia a veces no parece entender las cosas. Le respondo:

Ya te dije que yo no voy. Paso de que se rían de mí.

Chorradas, dentro de treinta segundos estoy en tu puerta.

Olvidalo.

Acompáñame al menos. Me da vergüenza ir sola.

De acuerdo, pero sólo hoy.

Siento lástima por ella y finalmente acepto.

¡TE ADORO!

No respondo a eso y, antes de que me dé tiempo a soltar el teléfono, oigo un

claxon en la calle.

—¡Joder!—Me apresuro a peinarme y corro para coger mis cosas.

Bajo a toda prisa por la escalera, salgo y, cuando abro la puerta del coche, me encuentro con una Claudia totalmente distinta. Estoy tan acostumbrada a verla siempre con el uniforme del supermercado que se me hace extraño encontrarla vestida de otra forma. Además, lleva su largo cabello castaño recogido en una coleta, y aunque vamos donde vamos, se ha maquillado. Ni siquiera se pinta así cuando le toca estar detrás de la caja. Debe de gustarle mucho ese chico para arreglarse tanto.

Claudia es cuatro años más joven que yo, aunque mentalmente parece más madura. Nunca ha tenido suerte con los hombres, y a veces peca de ser demasiado responsable. Desde que su anterior pareja la abandonó cuando supo que estaba embarazada, no ha vuelto a salir con nadie más y se ha entregado por completo a la crianza de su hijo.

—¡Vamos! —dice al ver que tardo en subir.

Cuando me acomodo en el asiento, pone sobre mi regazo una toalla y una botella de agua.

Por la cercanía, apenas tardamos un par de minutos en llegar, y si hemos tardado tanto ha sido porque no encontrábamos un sitio donde aparcar. Por suerte, después de un par de vueltas a la manzana, alguien se ha marchado y hemos podido estacionar frente al gimnasio.

Bajo del coche y veo que camina hasta el maletero, lo abre y saca de él otra toalla y otra botella de agua.

—¡Claudia! ¡Que ya lo tienes aquí! —Alzo los brazos para que lo vea.

—Eso es para ti —ríe.

—¿Qué?

—¡Que eso es para ti! —repite.

—¡EH! ¡EH! ¡EH! ¡A mí no me líes! Yo sólo he venido hasta aquí para acompañarte, ¿recuerdas? —Arrugo las cejas y ella, en vez de defenderse, me mira completamente inmóvil.

—¡Qué sorpresa! —Alguien habla a mi espalda y reconozco la voz al momento. Ahora entiendo por qué la traidora de mi compañera actúa de esa

manera.

—Hola. —Me giro para saludar.

—Ho... la... —Su sonrisa de boba la delata—. Venimos a ponernos en forma.

—¡Eso es genial! ¿Entráis? —Nos abre la puerta.

—Yo sólo...

—¡SÍ! —Claudia no me deja terminar, agarra mi brazo y tira de mí.

—Ésta me la pagas... —susurro entre dientes, y finge sordera.

Afortunadamente, me he puesto ropa cómoda.

—¿Es la primera vez que venís a un lugar así? —pregunta él mientras toma un par de mancuernas, de dos kilos cada una, y nos las ofrece. Cuando me las entrega, tengo que hacer fuerza para sujetarlas porque pesan más de lo que he calculado mentalmente.

—Yo no, pero ella sí. —Claudia responde por las dos.

—Bien, pues entonces empezaremos por los brazos. ¿Estáis preparadas?

—Claro. —Claudia mantiene la conversación mientras yo miro en todas direcciones. Más que un gimnasio, parece una sala de tortura.

—¿Sandra? —Mi compañera me llama.

—¿Qué? —respondo apurada, por un momento había dejado de escucharlos.

—Oh, Sandra. Ahora ya sé cómo te llamas —dice el monitor con una sonrisa en los labios. ¡Y qué sonrisa!

—Derek te estaba preguntando por tu nombre... —Claudia me hace un gesto con los ojos para que esté más atenta, pero la ignoro y repito el nombre del monitor en mi mente. Nunca lo había oído. Suena bien.

—Lo siento —me disculpo—, estaba mirando todo esto, y sólo de verlo ya estoy agotada —bromeo para salir del paso.

—Dentro de unos minutos vas a saber lo que es estar agotada de verdad —ríe mientras toma nuestras toallas y botellas y las coloca en una estantería.

—Te voy a matar... —aprovechando que Derek está un poco más lejos, vuelvo a amenazar a mi compañera.

—Hoy, lo dudo. Cuando terminemos no tendremos ganas ni de pestañear. —Deja de hablar cuando el guapo monitor regresa, y comienzo a entender que esté tan pillada por él. Es un hombre realmente atractivo.

—Bien, empecemos. —Coge otro par de pesas, bastante más grandes que las nuestras, y se coloca frente a nosotras—. Este ejercicio es muy fácil. —Entreabre un poco las piernas para flexionarlas y sube y baja uno de los brazos—. ¿Veis? —Asentimos—. Tenéis que repetirlo quince veces con el derecho y otras quince con el izquierdo. Primero uno y luego otro. —Volvemos a asentir y comenzamos a hacer lo que nos dice. Nos mira durante unos segundos y niega con la cabeza—. No, así no. —Suelta sus mancuernas en el suelo y camina hacia mí—. La postura debe ser así. —Pone su gran mano en una de mis rodillas y, con cuidado, separa mis piernas—. Vale, ya lo tienes. Ahora mueve el brazo cómo te he dicho. —Estoy tan nerviosa que vuelvo a hacerlo mal—. Humm, no. La espalda debe estar recta. —Se coloca detrás de mí y me ayuda. Mientras lo hace, miro a Claudia con los ojos muy abiertos. Tenerlo tan cerca me impone y ella, al verme, finge toser para disimular la risa.

—¿Y yo? ¿Lo estoy haciendo bien? —Entiende mi apuro y trata de captar su atención.

—Sí, se nota que ya lo has hecho antes —le responde, y se aparta un poco para dejarme espacio—. Prueba de nuevo. —Trato de hacerlo lo mejor que puedo esta vez y parece que funciona—. Muy bien —me dice—. Voy a cambiarles los discos de la máquina a esos chicos de allí y vuelvo.

—Vale —responde Claudia, y las dos miramos atentas cómo se marcha. Tiene una espalda y unas piernas perfectas. La licra que lleva ajustada a su cuerpo no deja nada a la imaginación. Nunca me habían gustado los hombres en *leggings*, pero esta vez haré una excepción.

—¡Guau! —exclamo—. Sólo por la sesión de vista, merece la pena volver.

—Y voy a tener que empezar a hacer los ejercicios mal... —Se muerde el labio y me carcajeo con su frase. Sé por qué lo dice.

—¿Celosa? —pregunto ahogando las risas. Hace rato que perdí la cuenta de las repeticiones que llevo.

—¡Mucho! —Guardamos las formas al ver que vuelve.

—¿Cómo lo lleváis? ¿Tira ya el músculo?

—No, vamos bien. —Esta vez me atrevo a responderle yo para fastidiar a mi amiga.

—De acuerdo, cambiamos entonces. Déjame tus pesas. —Se las doy y nos explica otro ejercicio.

Cuando me las devuelve, intento hacerlo, pero es imposible. Mis brazos no llegan tan atrás.

—Éste es más difícil... —me disculpo por mi torpeza.

—No lo es, mira. —Vuelve a colocarse detrás de mí y evito por todos los medios mirar a Claudia. Sé que, si lo hago, pondrá alguna cara graciosa y no podré aguantar la risa. Desde atrás, me rodea la cintura con el brazo y mi pecho se llena de aire por la impresión. Estoy tan tensa que apenas soy capaz de moverme. El impacto es aún mayor cuando tira de mí, y mi espalda queda pegada a sus pectorales. Nunca habría esperado eso, y ahora sí, busco desesperada la mirada de mi amiga, pero cuando la encuentro, parece estar tan en *shock* como yo, porque ni siquiera pestañea. El monitor agarra en ese momento mi muñeca y estira mi brazo hacia atrás—. Uno... Dos... —Su voz en mi oído hace que mi vello se erice y mis pezones no tardan en marcarse. Por suerte para mí, desde atrás no puede verlo—. Uno... Dos... Ahora sí lo estás haciendo bien. Sólo procura que el codo esté recto. —Cuando se aparta, noto de nuevo el peso de mi cuerpo junto al del objeto que tengo en la mano y me disgusta. Me gustaba mucho más de la otra forma—. Sigue y ahora vuelvo.

Se marcha y la burla de Claudia no tarda en llegar.

—Si lo sé, te quedas en tu casa, guapa.

—Ésa era mi intención desde un principio —río.

—Entonces... ¿dices que mañana ya no vienes?

—Pienso venir todos los días. —Aunque lo digo con guasa, realmente me estoy planteando hacerlo. Después de todo, no parece tan malo.

A medida que pasan los minutos, rápidamente empiezo a cambiar de idea. El monitor no deja de presionarnos y siento que podría odiarlo en cualquier momento. Ya ni siquiera me parece tan guapo.

Sin duda, ésta se está convirtiendo en la hora más larga de toda mi vida, y, para colmo, acabo de darme cuenta de que hay espejos por todas partes y debe de haberlo visto todo...

Capítulo 3

—¿Nos vamos ya? —le digo a Claudia cuando doy por finalizada la sesión de entrenamiento.

—De eso nada —replica—. Todavía nos quedan los estiramientos o no podremos movernos en todo el día.

—Yo ya no hago una mierda más —me niego en rotundo. Hasta respirar me está costando un trabajo enorme.

—Bueno, luego no digas que no te lo advertí. —Se agarra a unas maderas y comienza a doblarse como si fuera un chicle.

—¡Dios! ¿Cómo haces eso? —Tuerzo la cabeza para verla mejor, no la imaginaba tan flexible.

—En casa siempre procuro mantenerme en forma y, ahora que han abierto esto, no podía dejar pasar la oportunidad. Los otros gimnasios me pillan demasiado lejos y con el niño me sería imposible.

Sigo observándola y, cuando termina, cuelga la toalla sobre sus hombros. Recogemos nuestras cosas y, en el momento en que estamos preparadas para irnos, noto que el monitor no aparta su mirada de mí. Estiro mi ropa incómoda, creyendo que podría deberse a eso y, cuando por fin salimos de allí, respiro aliviada.

Sentarme en el coche se convierte en un verdadero suplicio, las piernas apenas me sostienen y siento que me he dejado olvidada toda mi fuerza allí.

—¿Estás bien? —pregunta Claudia al ver que tengo que sujetarme a todas partes para poder doblarme. Casi habría preferido ir caminando, pero estoy tan agotada que, aunque sólo hay unos metros de distancia hasta mi casa, dudo que consiga llegar.

—Sí, es sólo que parece que he estado practicando sexo durante una semana sin parar.

—Pues verás dentro de un rato —se carcajea.

—¿Esto todavía empeorará más?

—Un poquito. —Hace un gesto con el índice y el pulgar para indicarme cuánto, y pongo los ojos en blanco.

Cuando llegamos a la puerta de casa de mis padres, bufo. El trayecto de vuelta se me ha hecho mucho más corto que el de ida, y reconozco que me habría gustado que durara más.

—¿Mañana a qué hora? —Claudia me mira sonriente.

—Te lo digo en el trabajo porque no sé todavía cómo acabaré.

—Hoy y mañana tengo libre.

—Es verdad... —Maldita su suerte.

—¿Te parece bien a la misma hora que hoy? —Levanta una ceja para presionarme. Sabe que, si me da tiempo a pensarlo, me echaré para atrás.

—De acuerdo..., pero no voy a dejar que ese animal me apriete tanto como hoy. Necesito aguantar mi turno bien para que el encargado no me dé el coñazo. Últimamente está insoportable...

—Te entiendo mejor de lo que crees —exhala—. Nos vemos mañana —nos despedimos y, cuando voy a bajarme, clamo al cielo. ¿Por qué cada vez me duele más el cuerpo? Sólo ha sido una maldita hora.

Al llegar a la puerta, mis brazos pesan mucho más de lo habitual y me cuesta un mundo girar la llave. Cuando por fin lo consigo, tengo que luchar para que mis pies me obedezcan. Es como si la gravedad se hubiera intensificado diez veces más.

—¿Cariño, eres tú? —Mi madre habla desde la cocina.

—Sí —le indico con esfuerzo. Hasta a mi voz parece costarle salir. ¿Qué ha hecho conmigo ese bruto?

—¿Puedes traerme la bolsa de patatas que hay junto al sofá? La tuve que dejar ahí porque vine muy cargada de la tienda.

—Claro. —Miro la bolsa como si fuera el menhir de Obélix y, tras un fuerte suspiro, me armo de valor y la levanto—. AH, AH... —Mis glúteos protestan y

casi no me puedo agachar. El dolor es tan intenso que parece que tenga a un perro detrás mordiendo mis nalgas. Alzo la bolsa todo lo que puedo, pero no consigo subir las patatas a la encimera y mi madre tiene que ayudarme para que no se me caigan.

—¿Qué te pasa? —pregunta preocupada.

—Nada, que he estado haciendo ejercicio y creo que se me ha ido de las manos.

—¿Qué santo se ha caído del cielo?

Ignoro eso y ella continúa a lo suyo.

—Bueno, voy a ducharme —digo por fin al ver que estará ocupada durante un buen rato, y cuando voy a subir la escalera, me quedo mirando a la nada. ¿Cómo diablos voy a hacerlo? Me vuelvo hacia el sillón y decido sentarme un rato. Estoy exhausta.

Los minutos pasan y no sé cómo ponerme en pie. Hasta cuando toso me duele el trasero. Lejos de recuperarme como creía, mi cuerpo cada vez parece atrofiarse más. Lo intento un par de veces más, pero es imposible. No podré trabajar así... ¡Casi estoy paralítica!

—¡Mamá! —No me oye—. ¡MAMÁ! —Al gritar más fuerte, mis abdominales parecen romperse. Realmente necesito ayuda o no me podré levantar.

—¿Qué pasa? —Viene secándose las manos con un paño de algodón.

—Dame una mano. —Estiro la mía para que me la tome.

—¿Eh? —Me mira extrañada.

—Dame la mano, por favor. No puedo moverme.

—¡Ay! ¿Qué te ocurre? ¿Llamo al médico?

—No llames a nadie, sólo dame la jodida mano —insisto—. No me puedo poner en pie sola.

Viene hacia mí y por fin hace lo que llevo rato suplicándole.

—¿Te duele la espalda? —vuelve a preguntar, no habiéndose quedado satisfecha con mi respuesta.

—Me duele hasta en el paladar, pero no tengo ninguna lesión, creo. Es sólo que me he forzado más de lo que debería. —Trato de llegar de nuevo a la

escalera y en ese momento entra mi padre.

—Sandra, ¿por qué andas así? ¿Te has cagado encima? —Pongo los ojos en blanco al oírlo y, visiblemente cabreada, me vuelvo hacia él.

—No, papá, no me he cagado encima... Es sólo que hoy se me ocurrió ir al gimnasio y me he sobrecargado...

—¡Ah! Entiendo... —se carcajea sin dejarme terminar la frase—. Eso mismo le pasó a tu hermana hace años.

Me extraña oírlo hablar de ella. Desde que se casó con el indeseable de su marido, hace ya más de tres años, apenas hemos vuelto a verla y procuramos no sacar el tema.

—¿A qué hora entras a trabajar? —se interesa mi madre.

—Dentro de dos horas tengo que estar allí..., pero o me tomo algo o no podré ir.

—Espera. Voy a por una pastilla. —Se marcha dejándonos solos a mi padre y a mí.

—¿Dónde está... tu novio?

—En su casa, imagino, ¿por qué?

—Quiero hablar con él.

—¿De qué? —La expresión de su rostro cambia a una más seria, y me preocupo—. ¿Ha pasado algo?

—Hum..., no. Sólo quiero preguntarle algunas cosas...

—¿Qué cosas? —No contesta y se marcha dejándome con la palabra en la boca. Ahora estaré dándole vueltas a eso todo el día. La última vez que actuó así fue porque oyó algo que no le gustó sobre mi pareja.

—Toma, hija. —Mi madre me ofrece un vaso de agua junto a la medicación y, no quedándome tranquila, mientras me la tomo, le pregunto a ella.

—Mamá, ¿sabes por qué papá quiere hablar con Juanjo?

—No... —Cuando su expresión también cambia, sé que miente, y recuerdo que Juanjo tenía hoy un trabajo pendiente con mis tíos, al que estoy segura de que no ha acudido. Se lo ofrecieron a él por ser mi pareja antes que a otro, e imagino que nos ha dejado mal—. ¡Uy! ¡Que se me quema la comida! —Se

marcha de nuevo y, al mirar el reloj, me doy cuenta de que, si no me doy prisa, volveré a llegar tarde.

Camino despacio hasta la escalera y, cuando llego, paso una mano por debajo de la rodilla para impulsarme y, con la otra, me sujeto a la barandilla de madera. Poco a poco y con esfuerzo, voy subiendo los escalones hasta que por fin logro llegar a mi habitación. Me quito la ropa como quien le quita un papel a una magdalena y me meto bajo el agua. Ajusto la temperatura tan caliente como la puedo soportar y mis músculos comienzan a relajarse, ofreciéndome un poco de alivio.

* * *

Cuando llego a mi puesto de trabajo, el capullo de mi encargado me está esperando con dos tarimas de arroz para que las coloque en las estanterías de abajo y, aunque en este momento me gustaría matarlo, tengo que aguantarme las ganas. Seguro que, con antecedentes penales, nadie querría contratarme después.

Cada vez que me inclino para colocar uno de los paquetes, veo las estrellas. Si ahora mismo tuviera al monitor del gimnasio delante, le daría una patada en las bolas para que se hiciera una idea de cuánto estoy pasando por su culpa.

—¿Sandra? —No puede ser cierto. Esa voz...

—Hombre... —Me vuelvo con la nariz arrugada por el suplicio de estar aguantando en la misma postura y fuerza una sonrisa.

—¿Hoy trabajas? —pregunta extrañado.

—Claro que trabajo, ¿no lo ves? —respondo malhumorada por el dolor.

—¡Uy!, Claudia me dijo que ella hoy no... Ni mañana... Y creí que tú tampoco...

—Pues ya ves que yo sí.

—Vaya —expulsa el aire de su pecho—, pensé que hoy descansarías como ella. Te imaginaba tirada en un sillón, acordándote malamente de mí, pero no aquí... —¿Ha dicho lo que creo que acabo de oír? ¿Ha dicho «te imaginaba»? ¿Acaso ha pensado en mí?

—Ya..., bueno... —¿Adónde ha ido todo mi rencor? ¿Y mi mal carácter?—.

Ha tocado así, qué le vamos a hacer... —¿Qué coño me pasa? ¡Pero si hace tan sólo unos segundos lo estaba odiando!

—Vendrás mañana a verme, ¿verdad? —Cuando sonrío, lo miro como si estuviera drogada—. Ya que has empezado, no lo puedes dejar.

—No... no lo sé. Mañana también trabajo.

—Prometo ser más compasivo contigo. Sólo te obligaré a hacer los estiramientos que te saltaste hoy. He visto cómo te marchabas sin hacerlos. —¿Era por eso por lo que me miraba? ¿Dónde está mi resentimiento?—. ¿Entonces?

—¿Entonces, qué? —Me tiene tan absorta que no me centro cuando me habla. ¿Me piensa? ¿Me mira? ¿Se preocupa...?

—¿Te espero mañana?

—Em..., sí, sí. Mañana voy sólo si cumples tu promesa. —Río como una idiota y siento vergüenza, pero no puedo detenerme.

—Genial. —Se inclina hacia mí, coloca los cuatro últimos paquetes que me quedan y me ofrece la mano. La tomo sin decir nada y me ayuda a levantarme—. El primer día siempre es duro. —Sonríe dejando al descubierto sus perfectos dientes blancos y lo miro embobada.

—Sí..., mucho. —Que alguien me golpee en la nuca para que deje de sonreír. Me está empezando a doler la cara.

—Recuerda que, si no vienes, ya sé dónde encontrarte... —Me guiña un ojo y se marcha dejándome con la palabra en la boca.

Capítulo 4

Aunque me duele hasta el alma, el resto del día lo paso como si estuviera sobre una nube. No dejo de recrearme recordando la conversación que he tenido con Derek y en lo atento que ha estado conmigo. Desde que se fue, y aunque lo he intentado, no he podido borrar la sonrisa de mi rostro. Estoy segura de que hasta el encargado se ha dado cuenta, porque lleva toda la tarde mirándome raro.

Juanjo era como Derek al principio, ni de lejos tan guapo, pero no me faltaban atenciones a su lado. Lástima que se acomodara tan rápido. En cuanto supo que me tenía segura, se relajó y dejó de esforzarse en agradarme. Ni siquiera salimos ya por ahí, se encierra en su cuarto y, si quiero verlo, la mayoría de las veces tengo que ir yo a buscarlo.

Nada más terminar mi turno, reviso mi teléfono y veo varios mensajes de mi pareja. En ellos lo único que me comunica es que está eufórico porque se ha pasado varios niveles del videojuego que más le gusta. Expulso el aire tratando de buscar un poco de paciencia y respondo. Estoy realmente cansada de esto.

¿Y nosotros? ¿Cuándo vamos a pasar al siguiente nivel?

Vente para casa, que te voy a dar «nivel». Esto tenemos que celebrarlo.

Siempre es lo mismo. Nuestro sexo se ha reducido a las veces que gana una partida...

«Paso», respondo, y hasta yo me sorprendo. Es la primera vez que me niego. Antes estaba deseando que me lo propusiera para ir corriendo. Era la única forma de poder estar a su lado un rato sin que hubiera una pantalla de por medio.

Tras cruzar varios mensajes más, finalmente me convence y conduzco hasta

su casa, pero esta vez dispuesta a dejar algunas cosas claras. Desde que estoy con él, jamás me había sentido atraída por otro hombre, y me preocupa cómo me he sentido cuando he tenido a Derek cerca. No estoy enamorada de él ni mucho menos, pero sí hay algo en su persona que llama mi atención, y creo saber la razón... Necesito hacerle comprender a Juanjo que estoy tan falta de afecto que puede llegar a ser peligroso. No quiero acabar babeando por alguien por el simple hecho de que me dedique unos minutos.

Cuando llego, tengo que llamar al menos tres veces para que me abra, y eso de entrada ya me cabrea. Discutimos durante un buen rato y, cuando por fin me calmo, comenzamos a hablar más tranquilos. Le explico cómo me siento y parece entenderme. Se muestra dolido por haberme tenido tan abandonada y me promete que todo va a cambiar. Lo creería si no lo hubiera oído decir eso miles de veces, pero aun así tengo la esperanza de que esta vez sea diferente.

—Juanjo, de verdad que tienes un problema. No es normal que pases tantas horas delante del ordenador.

—Quizá tengas razón, pero tú también debes comprender que es lo único que me saca un poco de la realidad... Ya sabes que mi vida es una mierda.

—¿Y por qué no haces algo para cambiarla? —Oírme a mí misma decir eso hace que me plantee algunas cosas—. Si mi vida se basara en estar sentada frente a una pantalla todo el santo día, también sería una mierda. —Espiro agotada—. Sal al menos de casa para que te dé el sol, que estás más blanco que el vampiro de *Crepúsculo*.

—¿Y adónde voy?

—¡Yo qué sé! A dar un paseo... o, mejor, busca un trabajo, pero ¡haz algo! Estás tirando tu vida por la borda y la mía se está yendo detrás. Siento que estoy perdiendo el tiempo contigo.

—¿Qué? —Puedo oír cómo se rompe su corazón—. Eso me ha dolido, Sandra.

—Lo siento, pero es la verdad. Llevo siete años esperándote y no hemos avanzado ni siquiera un poco. Seguimos en el mismo lugar que al principio y no veo que tengas intención de cambiarlo.

—¡JODER! —Se pone de pie—. ¡No me presiones!

—O hacemos algo, o esto se acaba. —No me reconozco. Debo de estar realmente harta para atreverme a dejar salir tantas cosas.

—¿Estás hablando en serio?

—Totalmente. —Ya no puedo echarme atrás. Si he llegado hasta aquí, debo dejar las cosas claras—. Prefiero vivir sola toda mi vida que seguir esperando algo que nunca va a llegar.

—De... acuerdo... —Parece desorientado—. Dime qué es lo que quieres y yo lo haré.

—Esto no funciona así. Debes darte cuenta tú solito. Presta atención a lo que tienes a tu alrededor y sabrás lo que tienes que hacer. No pienso darte ese trabajo hecho también. —Recojo mis cosas para irme.

—Espera. —Pone sus manos sobre las mías para que no lo haga—. No te vayas todavía. Te prometo que voy a cambiar.

—¿Cuántas veces me has dicho eso? —Lo miro fijamente a los ojos.

—Muchas, lo sé, pero esta vez es de verdad. —Besa mis labios sin que lo espere—. No te vas a arrepentir, ya lo verás. —Vuelve a besarme y lentamente me empuja sobre la cama—. Voy a ser el mejor novio del mundo... —ronronea, y sus labios recorren mi mandíbula y bajan hasta mi hombro—. Tus amigas sentirán envidia.

Cierro los ojos mientras lentamente lame mi cuello. Al menos todavía recuerda cuál es mi punto débil...

Comienza a soltar los botones de mi pantalón, y lo deajo. Practicamos sexo tan de vez en cuando que no puedo negar que ya tengo ganas. Me los baja junto a mis braguitas y quedo totalmente desnuda de cintura para abajo. Sin apenas mirarme, se quita los suyos y se echa sobre mí. Intento quitarme la camisa, pero no me da tiempo, se coloca y me penetra.

—¡Joder! ¡Qué prisas! —Casi me hace daño—. Esperaba al menos jugar un poco —protesto—. Unos preliminares no vendrían mal... —Me ignora y sigue a lo suyo. Las últimas veces que lo hemos hecho siempre ha sido así, y la mayoría de las veces, si no me ayudo, no llego.

«Menuda mierda —me digo mirando al techo mientras Juanjo bombea sobre mí—. Otro día que me voy a casa sin sentir nada.»

—¿Te gusta? —pregunta sofocado. Hace tanto tiempo que no se ejercita que cualquier movimiento le supone un esfuerzo.

—¡Uy, sí! —respondo con sarcasmo—. Me lo estoy pasando genial...

—¿Qué te pasa? —se detiene para mirarme.

—¿Tú qué crees?

—¿Lo estoy haciendo mal?

—«Mal» no es la palabra. Es sólo que me estás usando como si fuera tu mano.

—¿Qué? —Noto cómo su pene se encoge dentro de mí.

—Déjalo —lo empujo para quitármelo de encima y busco mi ropa—. Esto no funciona —replico decepcionada—. Antes al menos nos quedaba el sexo, pero ahora ya, ni eso.

—¿Qué coño te pasa? Estábamos haciéndolo, ¡joder!

—¡Lo estabas haciendo tú! —casi le grito.

—¡Que yo sepa, no se la estaba clavando a un cojín!

—¡Pues me tratas como si lo fuera! Estás tan deseoso de terminar para volver a sentarte a jugar que ni siquiera muestras un poco de interés. —Me visto—. ¡Estoy harta!

—¡Dios! —Tira de su cabello—. ¡Ya no sé cómo acertar contigo! —Se hace la víctima y eso me enfurece más.

—Pues, cuando lo descubras, me llamas. —Termino de abrochar una de mis zapatillas, me pongo en pie y me marchó—. ¡Que te jodan!

—¡Eso! ¡Así es como se arreglan las cosas! —Lejos de venir a buscarme, mientras salgo de su habitación, oigo cómo mueve la silla que tiene junto a la computadora y sube el volumen de los altavoces.

—Esto se ha acabado —mascullo entre dientes, y me esfuerzo por no llorar—. No pienso volver con él nunca más. Prefiero estar sola antes que con una persona así.

Subo al coche y todos mis dolores del gimnasio vuelven, con el cabreo casi me había olvidado de ellos. Conduzco en dirección a casa de mis padres y pienso en todas las cosas que hay de Juanjo allí. En cuanto llegue, voy a meterlo todo en

una caja y le pediré a mi madre que se haga cargo. Tiene tantas ganas de que me lo quite de encima que seguro que no me pone ningún problema.

Tres horas después, ya está todo empaquetado. No quiero nada en mi cuarto que me recuerde a él, así que lo bajo al salón. He usado más cajas de las que creía, pero no me importa. Que se lo lleve todo. En cuanto las cajas están apiladas, mi madre hace su tan deseada llamada.

—Hola, Juanjo, soy Mercedes, la madre de Sandra.. —Me mira triunfante. Apuesto a que no se cree todavía lo que está haciendo—. Pásate por mi casa, tengo unas cositas tuyas aquí que me están estorbando... —Arruga la nariz mientras escucha—. ¡Uy! No sé qué será —miente—. Sandra sólo me ha dicho que son tuyas y que tienes que venir a recogerlas. —Silencio de nuevo—. Pasa buena tarde. —Cuelga y me mira.

—Estás disfrutando... —levanto una ceja.

—No, hija, no. ¿Cómo puedes pensar eso?

—No sé... ¿Quizá porque la sonrisa te llega de oreja a oreja?

Capítulo 5

Las horas pasan y, para desilusión de mi madre, Juanjo no viene. Sabe lo que eso implica y, conociéndolo, estoy segura de que no quiere dar el paso. Aun así, lo espero un buen rato, pero estoy tan agotada que a las diez de la noche decido irme a la cama. Si estoy un segundo más en el sofá, después no podré moverme. Antes de entrar en mi cuarto, paso al baño, y, al ver el inodoro, resoplo. La última vez que he entrado, ha sido un verdadero calvario. Las sentadillas definitivamente me han roto el culo.

Al apoyar los glúteos en el retrete, un sonido forzado sale de mi garganta. No sé cómo lo voy a hacer mañana, pero me va a tocar llamar a Claudia y decirle que vaya sola al gimnasio.

Tumbarme sobre el colchón es otro martirio, pero cuando por fin lo consigo, me duermo en cuestión de segundos. Ni siquiera recuerdo el momento en el que he acomodado la cabeza en la almohada. Si no hubiera sido porque cada vez que intento cambiar de postura me despiertan unos horribles calambres, habría dormido toda la noche de un tirón.

Por la mañana, la cosa se pone aún peor y, cuando trato de levantarme, la única parte de mi cuerpo que puedo mover sin quejarme son los párpados. Me siento como si un rebaño de cabras me hubiera pasado por encima. En cualquier sitio que me toque, me duele.

Decido estar un rato más en la cama y, cuando estoy a punto de volver a quedarme dormida, mi madre me llama.

—Sandra, ¿bajas a desayunar? —Debe de pensar que tardo. Suelo madrugar bastante.

—No puedo. —Mi voz suena agónica.

—¿Tan mal estás?

—Ni lo imaginas... —Hasta hablar me cuesta. Nunca más volveré a hacer abdominales.

—Di la verdad. ¿Ayer dónde estuviste? ¿En el gimnasio o en la guerra? —pregunta burlona.

—Ahora mismo no te sabría decir...

—Espera, anda, voy a subirte algo. —Dos minutos después, entra en la habitación y me ofrece una bandeja sobre la que hay un zumo y una tostada—. Toma. —Estira sus manos hacia mí, pero no me muevo.

—Ábreme el zumo y másticame la tostada... —bromeo.

—Qué exageradita eres, hija. —La deja sobre la mesilla y se marcha riendo.

Cuando por fin encuentro la postura y estoy a punto de darle el primer bocado al pan, suena mi teléfono. Paso el dedo por la pantalla para desbloquearlo y veo que es un mensaje de Claudia:

Dentro de media hora te recojo.

—¡Ja! —exclamo mientras escribo.

Imposible, me crujen las articulaciones como si fuera una carraca.

No me hagas esto...

De verdad que no puedo, si hasta creo que tendré que llamar a una grúa para que me levante.

¿Y si sólo me acompañas?

Sí, como ayer...

Me cuesta más de diez minutos convencerla, pero por fin desiste y quedamos para el día siguiente. Necesito un poco de tiempo para recuperarme, porque ahora mismo, ni para estornudar valgo.

Cuando termino de desayunar, abro el cajón y saco una pastilla para el dolor. Quince minutos después, empieza a hacerme efecto y por fin puedo levantarme. A medida que pasan las horas y me voy moviendo más, empiezo a sentirme

mejor, pero cada vez que me paro, mis músculos se enfrían y es horrible, así que trato de no hacerlo demasiado.

Al llegar a mi trabajo, el encargado me está esperando, como siempre, con una gran pila de paquetes para colocar. Cada día estoy más segura de que este hombre se ha propuesto presionarme para que me marche por mi propia voluntad y así no tener que pagarme lo que me corresponde. Lástima que no lo pueda hacer porque perdería todos mis derechos, si no, ya lo habría mandado a la mierda hace tiempo.

—Alguien te está buscando. —Berta, una de mis nuevas compañeras, entra en el almacén para avisarme. Apenas lleva con nosotros dos meses, pero ya me ha dicho en un par de ocasiones que, en cuanto pueda, cambia de empleo.

—¿Quién? —pregunto extrañada.

—Un chico. —El encargado la llama en ese momento y se marcha sin darme más explicaciones.

—¿Un chico? —me pregunto a mí misma, y cuando salgo, se me queda mirando.

Por un momento pienso en volver al almacén para evitar hablarle, pero finalmente decido ir. Como Berta no conoce aún a Juanjo, no ha sabido explicarme quién era. Si lo llego a saber, me quedo dentro.

—¿Qué... haces aquí? —demando extrañada, aunque me lo puedo imaginar.

—Necesito hablar contigo. —Juanjo no me mira a los ojos, y veo tristeza en su rostro.

—Nosotros ya no tenemos nada de que hablar.. —Me duele, pero es la verdad.

Cuando hago el intento de marcharme, me sujeta del brazo.

—Dame una oportunidad...

—¿Más? —Una clienta nos mira y bajo el tono—. Te he dado demasiadas, no pienso seguir perdiendo el tiempo contigo ni un día más.

—Por favor... —Resoplo al oír su súplica. Esto es mucho más difícil de lo que creía—. Si dentro de una semana no he cambiado, no volveré a molestarte más. Yo mismo me apartaré de ti, si realmente es eso lo que quieres. —Acaricia mi brazo esperando que hable y, al ver que no digo nada, prosigue—: Hoy mismo

he conseguido una entrevista de trabajo y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para ser quien mereces. Te lo prometo, Sandra. —Vuelvo a resoplar—. Sólo dame unos días más...

—Ya es tarde... —No puedo dejar que sus palabras me convenzan, volverá a hacer lo mismo una y otra vez. Este cuento ya me lo sé—. Debo irme, tengo cosas que hacer.

—Sólo una semana —insiste—. Por favor...

Cuando estoy a punto de responderle de nuevo, me doy cuenta de que Derek acaba de entrar en el supermercado, y me tenso tanto que temo no ser capaz de ocultar mi nerviosismo. Busca con la mirada entre la gente y, cuando nuestros ojos se encuentran, mi corazón da un vuelco.

—Ahí estás —leo en sus labios, y viene hacia nosotros. No puedo creer que a quien esté buscando sea a mí. A medida que se acerca, mi ritmo cardíaco se acelera—. Hola —nos saluda a ambos, y Juanjo lo ignora—. ¿Qué ha pasado hoy?

—¿Qué... ha pasado? —No sé de qué me habla, pero si no me relajo pronto, me va a explotar una arteria.

—Te parecerá bonito haberme dado plantón esta mañana... —Pone las manos en su cintura, igual que hace mi madre cuando me riñe, y no tengo más remedio que reírme—. ¿Creías que ayer estaba de broma cuando te dije que vendría a buscarte? —Ladea una sonrisa y prácticamente me derrito.

—¿Se puede saber quién cojones eres tú y por qué la buscas? —Juanjo reacciona.

—No tiene por qué darte explicaciones —respondo rápidamente. No quiero que lo incomode y, además, tengo razón. Debe empezar a acostumbrarse a que lo nuestro ha terminado y puedo hacer lo que me dé la gana sin contar con su aprobación.

—¿De qué coño vas? —Juanjo me fulmina con la mirada, agarra mi ropa y tira de mí para hablarme más cerca—. Vas a explicarme esto ahora mismo... —Derek arruga la frente y nos observa—. ¿Me estás poniendo los cuernos? ¿Por eso me dejas?

—Pero ¿qué estás diciendo? —Trato de soltarme de su amarre para

apartarme, pero me tiene bien sujeta—. Déjame en paz. A mí ya no puedes hablarme así.

—Él es... ¿tu pareja? —Derek nos señala, primero a uno y después al otro.

—No —me adelanto.

—¿Cómo que no? —Retuerce más mi ropa y me mira con rabia—. He venido hasta aquí para hablar contigo...

—Tú y yo hemos terminado y no hay más que hablar —susurro mientras hago fuerza para que me libere. Mi cara debe de estar roja como un tomate.

—Eh, eh..., eh. —Derek nos interrumpe—. Mira, chaval, a mí me da igual quién seas o lo que seáis o hayáis sido, pero suéltala ahora mismo. No soporto que traten así a una mujer y menos delante de mí.

—Yo la agarro si me da la gana. —Juanjo nunca me había tratado de esta forma ni le había hablado así a nadie, y me sorprende. Imagino que el miedo a perderme le está haciendo actuar de esa manera, pero como le acaba de decir Derek, no puede tratarme así. No soy de su propiedad.

—Suéltala si no quieres problemas. —Su voz suena amenazante, pero a la vez calmada.

—¡No me sale de los cojones! —Habla fuerte y la gente nos mira. Busco a mi alrededor al encargado, preocupada de que lo esté viendo todo y me caiga la bronca del siglo, pero afortunadamente no está.

—Es la última vez que te lo pido por las buenas. Suéltala o...

—¿O qué? —Juanjo saca pecho y se pone chulito.

—O te rompo los dientes —le susurra, y mis ojos se abren.

—¿A quién vas a pegar tú, gilipollas de gimnasio...? —No termina la frase cuando intenta agarrarlo del cuello, y Derek, de un solo movimiento, golpea su boca.

Juanjo, lejos de defenderse, se inclina cubriendo su cara con las manos y grita.

—¡Joder! —exclamo preocupada por él, aunque reconozco que se lo merece.

Cuando voy a acercarme a Juanjo para ver si está bien, se levanta y, haciéndome un gesto brusco con la mano para que me aparte, se marcha.

—Lo siento... —expresa Derek al ver mi intranquilidad—, pero es que no he

podido contenerme... No soporto a este tipo de gente.

—No sé qué diablos le ha pasado, él nunca se había comportado así... —
aseguro todavía incrédula.

—¡SANDRA! —Mi jefe me llama y me sobresalto. Parece cabreado, muy
cabreado, y por la expresión de su cara puedo apostar a que esta parte sí la ha
visto.

—Mierda —digo entre dientes, y Derek se da cuenta.

—Mierda... —repito conmigo al entender la situación—. Lo siento, Sandra —
vocaliza, y pone sus manos juntas en señal de arrepentimiento.

—Acompáñame al almacén, que vamos a tener unas palabritas tú y yo. —Su
tono es mucho más autoritario que de costumbre y no tiene que decir nada más.
En cuanto se gira, agacho la cabeza y voy tras él.

Capítulo 6

—¡QUE TE JODAN, PAYASO! —Es lo último que digo antes de cerrar la puerta del almacén de un portazo. El ruido que hace es tan fuerte que parece que haya estallado una bomba. Dos de mis compañeras, las que peor me caen, se me quedan mirando sorprendidas y mi sangre hierve aún más si cabe—. ¿Qué os pasa? ¿Tengo monos en la cara o qué?

La gente vuelve la cabeza en mi dirección y cruzo el supermercado lo más rápido que puedo. No soy de dar este tipo de espectáculos, pero después de todo lo que me ha dicho el idiota del encargado, estoy fuera de mí. ¿Quién se cree que es para hablarme de esa manera? ¿Cómo se atreve a decirme que me ha estado regalando el dinero? ¡Quien le ha estado regalando el tiempo y el dinero he sido yo! Tantas horas extras sin pagar... Tantos días festivos sacrificados para venir a hacer los recuentos que a él no le daba tiempo... Llevo años ejerciendo de segunda encargada sin que se haya notado jamás en mi nómina. ¡Ni una mísera propina! ¿Qué más quiere de mí? He defendido mi empleo todos estos años con uñas y dientes, ¿y todavía se atreve a decirme eso? Querría estrangularlo con mis propias manos, aunque una buena patada en los huevos también me calmaría...

—¡MALDITO CABRÓN! —grito antes de salir a la calle. Seco mis lágrimas con rabia y camino hasta el coche.

Al abrir la puerta, prácticamente me lanzo sobre el asiento. Pongo las manos en mi cara y expulso el aire de mis pulmones con fuerza. Tengo que calmarme como sea, no puedo conducir así. Realmente estaba decidida a dejar mi puesto, pero no de esta manera. No así. Nunca me habían echado ni humillado de esta forma. ¿Qué va a pensar la gente de mí? En esta zona nos conocemos todos y seguro que este despido me va a perjudicar mucho. Se correrá la voz y nadie

querrá contratarme de nuevo. Pensarán que de verdad no rindo en mi puesto y tendré que desplazarme lejos si quiero volver a trabajar.

—¡Menuda mierda! —exhalo con fuerza—. Sin novio y sin trabajo. Cojonudo, y todo en el mismo día. Me estoy luciendo. No debe de haber nadie más fracasada que yo en cien kilómetros a la redonda —hablo sola—. ¡Mi vida es una mierrrdaaa! —Golpeo el volante con ambas manos.

Mi teléfono comienza a vibrar y lo saco del bolsillo para ver quién es. Cuando desbloqueo la pantalla, veo un mensaje de Claudia.

¿Qué ha pasado? ¿Te han despedido al final?

Miro a mi alrededor buscándola. No puede ser que ya lo sepa. Debe de estar por aquí cerca.

¡Joder! Sí que corren rápido las noticias. ¿Dónde estás?

En casa.

¿Y entonces?, ¿cómo puedes saber eso?

La intriga me mata. Sé que nunca habla fuera del trabajo con las compañeras, así que dudo que se lo hayan dicho ellas.

Derek acaba de llamarme para que le dé tu número y me ha contado un poco por encima lo que ha pasado. ¿Se lo puedo dar? No quería hacerlo sin tu permiso.

¿Qué? ¿Para qué lo quiere?

Para disculparse, imagino. Dice que ha sido todo por su culpa...

¿Y cómo es que tiene tu número?

Algo parecido a la envidia se mueve en mi estómago.

Se lo di esta mañana para que lo añadiera a la ficha del gimnasio.

OK, pues ponle alguna excusa con el mío. Lo que menos me apetece ahora es hablar con él ni con nadie.

De acuerdo, te dejo entonces, pero llámame cuando estés más calmada.

Claudia entiende lo que quiero decirle.

«OK», respondo, y suelto de mala gana el teléfono en el asiento del pasajero. Una disculpa no arreglará nada. No debería haber golpeado a Juanjo, y menos en mi puesto de trabajo, las cosas podrían haberse solucionado de otra manera.

Pongo las manos de nuevo sobre mi rostro, espiro sonoramente y por fin me veo con fuerzas de arrancar el motor.

De regreso a casa, mi mente no para de darle vueltas a lo que ha ocurrido, y la imagen de Juanjo sujetando su nariz me atormenta y me preocupa a partes iguales. Aunque es un idiota, debo admitir que todavía lo quiero y me apena bastante que le hayan hecho daño. Aunque Juanjo se haya puesto en plan «gallito de corral», definitivamente a Derek se le ha ido la mano...

La idea de ir a verlo y terminar de aclarar todo con él cruza mi mente, y un par de segundos después ya estoy buscando un lugar seguro para dar media vuelta. Necesito saber que Juanjo está bien o me tiraré toda la tarde comiéndome la cabeza.

Cuando llego, por primera vez me abre a la primera, y al entrar me fijo en su cara. Tiene la nariz bastante roja e hinchada. Debe de dolerle bastante.

—Hola... —digo mirándolo a los ojos.

—Hola. —La tensión casi se puede cortar con un serrucho.

—¿Cómo estás? —Es lo único que se me ocurre preguntarle y lo que realmente me importa.

—He tenido días mejores. —Me extraña su calma. Se aparta y entiendo que me está invitando a pasar.

Al entrar en su habitación, veo el ordenador apagado y la cama deshecha.

—¿Estabas dormido?

—No —habla como si estuviera acatarrado—. Sólo pensando —dice con los labios apretados.

—Oye... —miro al suelo—, siento mucho lo que ha ocurrido hoy, las cosas no deberían haber terminado así...

—Bueno, siendo sincero, me lo he ganado a pulso —admite, y vuelve a sorprenderme. Está muy raro—. Verás..., yo también quiero disculparme contigo

—se acerca—, he sido un verdadero payaso —sonríe mientras señala su nariz—, y ahora todavía lo parezco más...

Río sin saber si debería.

—Si te compras unos zapatos veinte tallas más grandes, ya tienes disfraz para estos carnavales.

Ahora quien ríe es él, y hace un gesto de dolor.

—Quiero arreglar esto, Sandra... —Me mira esperando que diga algo.

—No hay nada que arreglar. —Aprieto los labios—. Llevamos demasiado dándonos nuevas oportunidades y ya has visto que lo nuestro no funciona.

—Bueno, eso es porque nunca nos hemos planteado dejarlo en serio.

—Yo sí lo he hecho. —Me molesta un poco su respuesta. ¿Acaso cuando hemos discutido nunca le ha dado importancia?

—He estado pensando en un par de cosas —cambia de tema—, y creo que ya sé cómo demostrarte que ahora sí voy en serio.

—Juanjo... —trato de explicarle de nuevo lo mismo, pero esta vez con otras palabras—, no quiero arreglar nada. Sólo he venido para ver cómo estabas, y ahora que ya lo sé, me voy. —Me giro para marcharme, pero bloquea la puerta con su cuerpo.

—Espera... —Pone su mano en mi hombro—. ¿Acaso ya no sientes nada por mí?

—Yo no he dicho eso.

—¿Ya no me quieres?

—No se puede dejar de querer a alguien de la noche a la mañana, pero estoy segura de que, con tiempo, lo lograré.

No le gusta lo que oye, y arruga la frente.

—¿Tan fácil te va a ser olvidarme? ¿Tan poco he significado para ti?

—Lo siento, Juanjo. Ya sabes lo que hay, y no estoy dispuesta a seguir con esta conversación. Somos adultos y los juegucitos psicológicos están de más.

—¡JODER! —Comienza a ponerse nervioso—. ¡Es que no lo entiendo! Ahora que estoy intentando cambiar, me dejas. ¡De verdad que no lo entiendo!

—Quizá es porque ese «intento de cambiar» llega tarde.

—No..., no, no. —Mueve la cabeza y camina por la habitación dejando la

puerta libre. Al darse cuenta, vuelve y se coloca en el mismo lugar—. Vale, está bien. Lo acepto, pero con una condición.

—Aquí no valen las condiciones. Es algo que ya tengo más que decidido.

—Vale. Sí. Está bien —se rasca la cabeza y trata de controlar la respiración—, pero, antes de eso, acepta pasar la última tarde conmigo. —Traga saliva—. Si después sigues pensando igual, no te molestaré más.

—¿Cómo?

—Déjame mostrarte lo que estás a punto de perder. —Levanta las cejas pretendiendo ser gracioso—. Deja que te enseñe cuánto puedes disfrutar conmigo, igual que hacíamos antes.

—¿Qué? —me carcajeo.

—Por favor... —Hace pucheros y agarra mis manos—. Sólo esta tarde.

—Pero... Está bien. —Por la forma en que insiste, no puedo negarme. Quizá hasta nos venga bien para que lo entienda de una vez y la ruptura no sea tan traumática.

—¡Genial! —Se aparta de nuevo y busca debajo de la cama sus zapatillas—. Dame un segundo.

Termina de vestirse y, cinco minutos más tarde, ya estamos de camino hacia su coche.

—¿Adónde me llevas? —pregunto curiosa mientras abrocho mi cinturón. Admito que siento correr la sangre en mis venas. Hacía mucho tiempo que este tipo de sentimientos no me invadía.

—A un sitio bastante especial. —Abrocha el suyo mientras espera a que diga algo, pero no lo hago.

Conduce y, por la dirección que toma, sé de sobra adónde vamos, pero prefiero callarme para no estropearle la supuesta sorpresa.

—Me extraña que todavía no lo sepas. —Me mira incrédulo con el rabillo del ojo y, aunque estamos muy cerca, me hago la tonta.

—Ni idea. —Me encojo de hombros y, cuando por fin llegamos, finjo—: Oh... ¿Me has traído al lugar donde nos conocimos? —Señalo el pequeño parque que hay junto a la librería que solía frecuentar. Siempre que compraba un libro

nuevo, me sentaba en uno de los bancos que hay bajo los árboles para leer un poco antes de volver a casa.

Recuerdo también la primera vez que nos vimos. Me preguntó por una calle que no supe indicarle, y días después me confesó que era de la zona y que sólo usó aquello como excusa para hablarme.

Bajamos del coche y caminamos por el paseo de tierra. Mientras habla, parece otra persona, y no lo digo por la voz nasal que le ha quedado tras el golpe, sino que, por primera vez, no lo hace de videojuegos ni de otras *frikadas*. Por un momento siento que no ha pasado el tiempo y que estoy junto al hombre del que me enamoré años atrás. Lástima que haya cambiado tanto y tenga que esforzarse para ser quien era. Está claro que esto no es más que un espejismo y que volverá a ser el mismo en cuestión de días. Nadie es capaz de fingir algo así por mucho tiempo.

Finalmente, la tarde pasa, y, tras tomarnos algunas copas en el pub que frecuentábamos, entendemos que no podemos conducir en nuestro estado y llamamos a un taxi para que nos lleve a casa. Sólo espero que mi padre no tenga mucho trabajo mañana y pueda acercarme hasta donde aparqué mi coche, no me gustaría tener que hacer uso del transporte público. Es algo que odio.

El viaje se me hace bastante corto, y cuando el taxi se detiene en la misma acera de mi casa, le pido a Juanjo que baje conmigo. El brillo en su mirada hace que me dé cuenta al momento del error que acabo de cometer y trato de enmendarlo.

—Eh, no. No es para lo que... crees... —No quiero darle falsas esperanzas, y su expresión cambia a medida que continúo hablando—. Es sólo que, ya que estás aquí, y este coche es bastante amplio..., podrías llevarte algunas cajas..., están en medio del salón, y, bueno, son molestas...

—¿Estás queriendo decir que...?

—Es sólo que ya que están empaquetadas... —No sé cómo continuar para no herirlo. Lo hemos pasado tan bien que me apena, pero debe entender que, aunque la tarde ha resultado mejor de lo que creía, sólo he aceptado su cita por compromiso.

—De acuerdo. —No dice más y le pide al conductor que espere.

Mientras camina tras de mí, una punzada de culpa cruza mi pecho y me arrepiento más si cabe de haberle pedido eso precisamente hoy. Quizá debería haber esperado a mañana para no enturbiar lo que queda de día, pero siempre que bebo, pierdo gran parte de mi capacidad de razonamiento, y, según lo pienso, lo suelto sin procesarlo primero.

Al abrir la puerta, compruebo que mis padres no están, y respiro aliviada.

—Pasa. —Le hago un gesto y me aparto—. Así, por el momento no tendré que aguantar vuestra guerra de indirectas —bromeo para eliminar tensión, o al menos lo intento.

Cada vez que coinciden, siempre es lo mismo. Hace mucho que ya no se soportan. Juanjo finge una sonrisa y hace lo que le digo. Bloqueo la puerta con una pequeña cuña de madera para que no se cierre mientras saca las cajas y le indico dónde están. Me inclino para darle la primera, y, cuando mis manos tocan el cartón, las suyas agarran mis caderas.

—¿Qué haces? —pregunto tensa y de espaldas a él.

—Ponerle el broche de oro a una tarde perfecta —susurra en mi oído, y mis ojos se abren como platos.

—Juanjo... —Trago saliva mientras frota su hinchado paquete contra mis glúteos y me bloqueo. Sé que debo resistirme, pero el alcohol que llevo dentro y su dura erección me lo ponen realmente difícil.

—Sólo déjame hacerte mía una vez más... —Retira mi cabello para lamer mi nuca y con su otra mano rodea mi cintura presionándome más contra su pene.

Un fuerte calor recorre mi cuerpo y mi abstinencia hace lo demás. ¿Qué me pasa? Estoy a mil y ya no me parece tan mala idea echar un último polvo como despedida.

Con un ágil movimiento, me gira, y, cuando quedo frente a él, me besa como si le fuera la vida en ello. Ni en nuestros mejores momentos me ha excitado así, y debo reconocer que me encanta. ¿Por qué no lo habrá hecho antes?

Tira de mi ropa y, sin dejar de besarme, comienza a quitármela. Cuando el sostén cae al suelo, ahueca mis grandes pechos y bufa. No sé en qué momento acabamos completamente desnudos, pero estoy tan caliente que lo único que quiero es que me empotre de una vez, y se lo hago saber. Rodeo su cuello con

los brazos y, desesperada, cruzo las piernas en su cintura. En respuesta, me lleva hasta el sofá y, en cuanto mi espalda toca la fría tela, comienza a penetrarme.

Con cada estocada, gimo como nunca, y cuando por fin me atrapa la espiral de placer que debería llevarme al clímax, oigo hablar a alguien y mi corazón prácticamente se detiene.

—¡¡Pero ¿¿qué demonios está pasando aquí??!!

Capítulo 7

—¡JODERRRR! —Todo mi cuerpo se tensa al ver a mi madre y, aunque intento levantarme, Juanjo no me deja.

—¡QUÍTATE! —Lo empujo con fuerza. La vergüenza que siento es infinita y quiero cubrirme cuanto antes.

—¡MIERDA! —Apoya sus manos a ambos lados de mi cabeza, sabiendo que nos caerá una gran bronca, y, cuando intenta apartarse, un fuerte dolor en mi vagina hace que grite al tiempo que se me saltan las lágrimas.

—¡¿QUÉ HACES?! —Vuelve a intentarlo, y grito de nuevo.

—¡¿QUÉ HACES TÚ?! ¡AYYY!

El dolor es tan punzante que me corta la respiración. ¿Qué cojones me está pasando ahí abajo?

—¡Dios mío! —oigo decir a mi madre mientras pone el dorso de su mano en la frente y temo que se desmaye.

—¡DÉJAME LEVANTARME! —Necesito que se aparte, la escena es de lo más bochornosa. Después de esto, no podré volver a mirarla a la cara. No quiero ni imaginar lo que estará pasando por su cabeza—. ¡QUÍTATEEE! —Todos mis músculos duelen por la tensión. Estoy demasiado nerviosa y Juanjo no hace nada.

—¡NO PUEDO! ¡NO ME DEJAS! —Por su cara de terror, me doy cuenta de que algo muy malo está pasando. Mi vagina está completamente contraída y tengo su miembro atrapado.

—¡Suelta a mi hija! —Mi madre por fin reacciona y, tras quitarse una de sus zapatillas, comienza a golpear a Juanjo en las nalgas.

—¡PARA! ¡DUELE! —Al moverse él para esquivar los golpes, mi

sufrimiento aumenta—. ¡PARA, MAMÁ! ¡MAMÁÁÁ!

—Mal-di-to mal-na-ci-do —sigue dándole con la dura suela—, lár-ga-te de aquí y no vuel-vas. —Cada sílaba es un zapatillazo más.

—¡PARAAA! —suplico, pero está tan enajenada que ni siquiera me oye.

—¿Sandra...? —Una voz conocida me llega desde la puerta y mi madre por fin se detiene —. ¿Qué... clase de juego sexual es éste?

—¿CLAUDIA? —Mi cara no puede estar más roja—. ¡VETE! ¡Por favor...! —Lloro. Esto no puede estar pasando. Es demasiado humillante.

—¡Ayuda! —suplica Juanjo avergonzado—. ¡Me está estrangulando la polla!

—¿Qué? —pregunta Claudia con los ojos muy abiertos. No da crédito a lo que acaba de oír—. ¿Os habéis quedado pegados? —Disimula una risa, pero fracasa en el intento.

—¡LLAMA A ALGUIEN, MALDITA SEA! —Juanjo grita tan fuerte que mis oídos se resienten.

—¡Ay, Jesús, María y José! —Mi madre sale sofocada del salón y al momento oigo cómo habla con alguien por teléfono.

—Creía que eso de los espasmos vaginales era una leyenda... —Deja de disimular, viendo que no funciona, y finalmente se carcajea.

—¡Ya vienen! ¡He pedido ayuda! —entra diciendo mi madre mientras se da aire con una revista de prensa rosa. Seguidamente, mira su teléfono de nuevo, marca un número y vuelve a marcharse.

—Guau, Juanjo —Claudia inclina la cabeza hacia un lado—, no sabía que tu culo era tan peludo...

—¡CÁLLATE! ¡No es momento de hacer bromas! —le responde, y mete la cabeza en el hueco de mi cuello—. ¡MIERDA, MIERDA, MIERDA! —dice una y otra vez sin parar.

Al estar su pecho muy pegado al mío, puedo notar su corazón, y late tan rápido que me preocupa. Está muy alterado.

—Sandra, ¿por qué no intentas respirar profundamente? —Claudia toma una silla y se sienta a nuestro lado. Lejos de ayudarme, esa acción hace que me tense más. ¿No se da cuenta de cómo estamos?—. Una vez leí que cuando pasa algo

así es porque tras una sobreimpresión se contraen los músculos. Intenta esto a ver si funciona: inspira..., espira...

Hago lo que me dice durante varios minutos, rezando para que sea así, pero no sirve de nada. Mi cuerpo aún está tan rígido por la cazada de mi madre que hasta me cuesta respirar, con el agravante de que tengo a Claudia delante, mientras que Juanjo sigue atrapado dentro de mí.

—¡Tráenos una sábana! —Juanjo habla de nuevo—. ¡Quiero taparme!

—Voy a por una colcha. —Claudia se levanta, y lo agradezco.

—¡Por fin vas a hacer algo útil! —responde él con sarcasmo.

—Útil sería hacerte la cera ahora que no puedes moverte. Tus nalgas parecen un césped sin cortar y vas a traumatizar a los que vengan —se carcajea de nuevo.

—¡Idiota! —la insulta.

—¡Esto tiene que ser una pesadilla! —Lloro mientras discuten. No quiero que nadie me vea así. Es lo más vergonzoso que me ha pasado en la vida.

—¡Acaban de llegar los bomberos! —grita mi madre mirando por la ventana, y corre hasta la puerta para indicarles dónde estamos.

—¿POR QUÉ HAS LLAMADO A LOS BOMBEROS? —chillo histérica, pero ya no me oye. No me lo puedo creer.

—¿Quieres relajarte de una puta vez? —Juanjo intenta apartarse de nuevo de mí, pero sigue sin poder y continuamos aferrados—. ¡Me estás haciendo daño! —gimotea, y eso, en vez de ayudarme, hace que me contraiga más aún.

—¿Dónde están? —Una voz angustiada entra en la habitación junto a varias personas más.

—¡Aquí! —oigo decir a mi amiga.

—¡QUE SE VAYAN! —Vuelvo a tapar mi cara. Esto no puede ser verdad. ¡Quiero despertarme de una jodida vez!

—¿Sandra? ¿Qué cojones estás haciendo? —Cuando creía que la cosa no podía ponerse peor, oigo a mi padre hablar. ¿Mi madre también lo ha llamado a él? ¡Que alguien se apiade de mí y me mate de una vez! ¡No puedo más!

Cuando los bomberos entran, tratan de ayudarnos, pero no logran mantener las formas, haciéndonos sentir peor. Uno de ellos tiene que secarse las lágrimas varias veces por los ataques de risa, y los otros dos salen continuamente a la

calle para disimular. Entiendo que la situación es bastante cómica, pero en un momento así, molesta bastante. Por suerte, se dan cuenta pronto de que no es trabajo para ellos, y deciden llamar a los sanitarios.

Media hora después, llega la ambulancia y, como pueden, nos cargan juntos en una camilla. Con cuidado, nos cubren con telas y nos sacan de la casa, pero, para nuestra desgracia, el movimiento de tantos coches oficiales en el barrio ha despertado el interés de muchos vecinos curiosos, que lo observan todo desde las aceras mientras cuchichean. Cuando se dan cuenta de lo que está pasando, los muy cabrones no tardan en hacernos protagonistas de varios chistes de mal gusto y nos despiden entre aplausos. ¡Ojalá les caiga un rayo!

Ya en el hospital, me inyectan varios relajantes musculares y, poco a poco, me voy liberando de la tensión, hasta tal punto que estoy cerca de dormirme varias veces. En uno de los intentos, Juanjo logra por fin separarse de mí, y, sin decir ni una sola palabra, masajea su pene amoratado, abre la bolsa donde Claudia guardó nuestras ropas, y, tras vestirse, se marcha. Por su última mirada, sé que me culpa de lo que ha ocurrido, y en cierto modo me duele. La única intención que tuve cuando acepté salir hoy con él era la de crear un último recuerdo a su lado, y sin duda alguna lo vamos a tener...

Tras una molesta revisión en la que todo está en orden, por fin me dan el alta y puedo volver a casa, no sin antes darme el médico algunas pautas: nada de sexo en un par de meses, como si después de esto me quedaran ganas..., relajantes para toda la semana y mucha tranquilidad. Al parecer, toda la presión que tenía acumulada referente al trabajo, la ruptura con Juanjo y el encontronazo con mi madre ha tenido mucho que ver.

Mientras camino por el largo pasillo, pienso en cómo enfrentar a mis padres, y por un momento me detengo para pensar qué decirles. De sobra sé que están fuera, y se me cae la cara de vergüenza. Al no ocurrírseme nada, porque la verdad es que no tengo excusa, opto por bajar la mirada y prepararme para aguantar lo que venga. Están en su derecho. Lo estábamos haciendo en su casa y, además, profanando el sofá en donde se echan la siesta.

Al salir, como imaginaba, me están esperando. Evito el contacto visual y parece que ellos también porque nadie dice nada, ni siquiera en el viaje de vuelta

a casa. Cuando llegamos, me encierro en mi cuarto y, aunque no he comido nada desde hace horas, no salgo. Moriré de inanición si hace falta con tal de evitarme otro mal rato. Por suerte, mi habitación tiene baño y no me faltará el agua.

A las cuatro de la mañana no puedo más y, sin hacer ruido, bajo a la cocina. Cargo una bolsa con provisiones y vuelvo a subir.

Durante toda la semana, hago exactamente lo mismo. Espero a que se duerman y, cuando creo que ya no despertarán, bajo a comer.

—Veamos... —Abro la nevera para seleccionar lo que quiero y me llevo una grata sorpresa al encontrar copas de chocolate con nata. Son mis favoritas. Meto dos en la bolsa junto a un trozo de queso y saco una pequeña cacerola con guiso. Abro el cajón, cojo la cuchara de servir y, al girarme para buscar un plato, me golpeo contra algo.

—Vaya, el oso ha salido de la cueva. ¿Vienes a por comida para seguir hibernando? —Mi padre está frente a mí, y contengo la respiración. ¿Qué hace despierto a estas horas? ¿Me habrá oído?

—Yo... yo... —A mi mente viene la escena que protagonicé, y en la que él estuvo en primera fila gracias a mi querida madre y su brillante idea de llamarlo, y la vergüenza no me deja hablar—. Yo... ya me iba...

—¿Piensas estar escondiéndote toda la vida? —Su tono no es tan serio como esperaba, y hasta juraría que veo un amago de sonrisa en su rostro.

—Bueno..., no es plato de buen gusto para nadie que...

—Sandra, que ya tienes una edad... A todos nos han pillado alguna vez... chingando... —Le cuesta soltar la última palabra; en casa el tema sexo siempre ha sido muy tabú.

—¿A todos? —presiono un poco basta que me da pie para terminar de romper el hielo. No me gusta sentirme así con mi familia, y seguro que esta conversación me ayuda—. ¿A ti también?

—Pregúntale a tu abuela, ya verás.

—Sabes que la abuela lleva años sin hablar... —Le dio un ictus hace tiempo y, como secuela, se quedó sin habla.

—Seguro que a esto te responde —bromea—. Fue un verdadero trauma para ella.

—No tanto como el mío... —digo entre dientes. Estoy segura de que ellos no se quedaron pegados como perros.

—Una tarde, tu abuela llegó antes de lo previsto y, cuando entró en la cocina, me sorprendió azotando a tu madre con un cucharón mientras que...

—¡CÁLLATE! ¡POR DIOS! ¡CÁLLATE! —lo corto. La imagen de mis padres practicando sexo, y más de ese tipo, me aterra.

—Nunca más volvió a utilizar esa cuchara para guisar... —se carcajea recordando—. Pero yo la rescaté: es esa que tienes en la mano.

—¡¿QUÉ?!

Capítulo 8

Tres malditos meses han pasado desde lo ocurrido y todavía no he sido capaz de salir a la calle. Mis padres están preocupados por mí, pero me niego a cruzar la puerta de la casa. No quiero ver a nadie, ni que nadie me vea, porque sé lo que pasará. En varias ocasiones he sorprendido a mis padres hablando del tema, y parecen estar bastante angustiados, aunque a mí pretenden hacerme creer lo contrario. Según los he oído decir, se ha corrido la voz y ahora todo el mundo sabe lo que pasó. Incluso los han llegado a increpar en la calle, o allá donde vayan, sólo para preguntarles absurdos o simplemente para bromear con el asunto. ¡Hasta nos llamó una cadena de televisión para que les concediera una entrevista! No les deseo ningún mal, pero ojalá algún día confundan el tubo de lubricante con el de pegamento.

En todo este tiempo he engordado mucho, muchísimo, casi diez kilos, y toda la culpa es de Claudia. Bueno, quizá no toda, pero si cada vez que viene no me trajera tantos dulces, no habría subido de peso tan rápido, aunque la verdad es que me estoy refugiando demasiado en la comida porque es lo único que me hace sentir bien. Mi amiga lo único que pretende es ayudarme a salir del bache, y no imagina cuánto se lo agradezco, ella es el único contacto que tengo con el exterior y no deja que me deprima.

Juanjo ni siquiera me ha vuelto a llamar, en cierto modo me alegro, pero me apena que lo nuestro haya tenido que acabar así. Han sido muchos años junto a él y al menos me habría gustado quedar como amigos. Me duele admitirlo, pero lo echo de menos. Hablábamos todos los días, aunque fuera yo quien lo llamara, y eso, quieras o no, se echa en falta.

—¡Eh! Deja de pensar en mierdas y hazme caso —replica Claudia al ver que

me quedo mirando a la pared. Últimamente tengo demasiadas ausencias. Lejos de sentirme mejor, parece que cada vez le doy más vueltas.

—Ya, ya, perdona. Continúa...

—Pues eso, que quiero volver a verlo —gimotea—. Mañana voy a pedir la baja en el gimnasio, sin él ya no tiene sentido ir y no me apetece nada hacer ejercicio. Además, ¡la nueva monitora es una estúpida!

En el transcurso de estos meses, se ha enamorado completamente de Derek, pero hace sólo dos semanas que él tuvo que irse y está insoportable, casi más que yo. Al parecer, es una especie de encargado de una cadena de gimnasios y su trabajo es ponerlos en marcha. Una vez comienzan a funcionar, lo trasladan a otro.

—No deberías dejar el ejercicio ahora. Ya se te empieza a notar un montón.
—Trato de cambiar de tema, pero no me deja.

—Si tan sólo le hubieran dejado quedarse un par de meses más... —Aprieta sus ojos con rabia—. ¡Casi lo tenía! Qué puta mala suerte tengo. Para uno tío que merece la pena y que llama mi atención..., ¡se lo llevan! —Logró que Derek la invitara a salir en dos ocasiones, pero algo me dice que fue por compromiso. A veces, aunque es una chica muy madura, se pone tan pesada que, por no oírla, cedés a lo que sea.

—Pero mantenéis el contacto, ¿no?

—Sí, pero ya no es igual. Nuestras conversaciones son frías... A mí me gusta más el cara a cara, ahí sí que te digo yo que no se me habría escapado.

—Bueno, no le des más vueltas, seguro que pronto viene otro chico mejor.

—Yo no quiero a otro chico, ¡lo quiero a él! —De nuevo lloriquea y siento lástima. Definitivamente, Claudia merece ser feliz al lado de alguien que la quiera. Ha sacrificado demasiadas cosas, y me apena que se sienta tan sola.

El sonido de su teléfono nos interrumpe. Mira lo que sea que le haya llegado y levanta las cejas.

—¡JODER! —Por un momento parece tan feliz que creo que es Derek—. Ay, no..., menuda mierda... —La expresión de su rostro cambia completamente y sus hombros se relajan.

—¿Qué ocurre? —me preocupo.

—Me acaba de llegar una oferta de trabajo muy chula. Es para otro supermercado y pagan casi el doble, pero no puedo aceptarla... —Lleva días buscando un nuevo empleo porque, al igual que yo, ya no soporta al encargado. Parece que ese gilipollas ha encontrado una nueva víctima en ella.

—¿Por qué no? Si pagan bien, no veo el problema.

—Está demasiado lejos para mí y, si me dieran el puesto, tendría que mudarme —responde apenada—, pero el niño ya ha hecho amiguitos en la escuela y no quiero que los pierda. Además, mis padres no estarían para ayudarme con él, y seguro que le cuesta un mundo adaptarse..., es demasiado lío.

—Es verdad... Bueno, ya saldrá otra cosa —la animo.

—Oye... —Me mira y veo una idea cruzar su mente—. ¿Y si lo intentas tú?

—¿Cómo?

—¿Por qué no vas tú a la entrevista? Está como a dos horas en coche de aquí y allí nadie conoce tu historia. Podrías básicamente empezar de nuevo. Con lo que pagan, te da de sobra para un alquiler.

—Eh... —Algo explota en mi cabeza como si fuera un grano de maíz—. Pues... —Cuanto más moldeo su idea, más me gusta. Me independizaría de una vez y nadie sabría quién soy. Quizá ésa sea la salida que necesito—. Puede que sí... —respondo todavía indecisa.

—¿Cómo que puede? Es mañana a las siete, así que a las cuatro estoy aquí.

—¿Vendrás conmigo?

—¡Claro! Sólo tengo que avisar en casa.

Hablamos y fantaseamos con ello durante un buen rato, pero se hace tarde y Claudia tiene que marcharse, no sin antes volver a recordarme la hora de salida. La verdad es que, si sale tan bien como lo hemos organizado entre nosotras, podría ser una buena oportunidad para mí. Conecto el portátil y, sin saber todavía si me van a dar el puesto o no, comienzo a mirar casas baratas por la zona. Si no me aceptan en el supermercado, siempre puedo probar en otra cosa. La idea es marcharme donde sea.

Cuando veo todos los datos que necesito, bajo al salón para hablar con mis padres y exponerles mi intención. Seguro que ellos me podrán aconsejar mejor que nadie. Al oírlos hablar en la cocina, hago ruidos para que sepan que voy:

desde que descubrí que mi padre podía ser también el padre de Christian Grey, no he vuelto a mirarlos de la misma manera, y qué decir del cucharón...

Tras contarles lo que pretendo, al principio muestran reticencia, pero después se van relajando y me apoyan con la idea. Entienden que, después del escándalo, no puedo seguir en esta zona de la ciudad y que necesito mi espacio. Al menos hasta que las aguas se calmen o los vecinos se olviden de lo que ocurrió, cosa que dudo, porque a todo le sacan punta.

* * *

Al día siguiente y a la hora acordada, Claudia me avisa de que ya está en la acera y, cuando nos ponemos en marcha, continuamos la conversación donde la dejamos el día anterior. Derek, lamentaciones, Derek y más Derek.

Nos cuesta encontrar el local donde nos han citado y, casi al límite del horario, conseguimos pasar, no sin antes llevarnos una mirada fulminante de la chica de información. Esperamos en una sala pequeña a que salga la persona que todavía está dentro, y, cuando por fin llega mi turno, me pongo a temblar. Tras una serie de preguntas iniciales, algo absurdas y que no entiendo muy bien en qué podrían ayudarlos, llega el momento en el que me toca hablar, y aunque los nervios me traicionan en un par de ocasiones, no tengo la sensación de que se me haya dado mal. Es más, han sido muy agradables conmigo y su última frase me ha resultado bastante esperanzadora: «Nos gusta su perfil. Posiblemente la volvamos a llamar».

No sé cuántas personas habrán intentado optar a este mismo puesto hoy, pero por la cantidad de currículums que hay sobre la mesa, deben de haber sido muchas. Coloca el mío sobre el montón y nos despedimos con un apretón de manos.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Claudia nada más salir.

—Creo que bien..., pero lo tengo difícil. No imaginas la cantidad de documentos que tenían para revisar.

—Ya lo supongo. Al ser una entrevista libre, es lo que pasa, pero no perdamos la esperanza.

De regreso a casa, Claudia no lleva más de quince minutos conduciendo cuando suena mi teléfono.

—¿Sí? —No reconozco el número.

—Buenas tardes. ¿Podría hablar con la señorita Sandra?

Mi corazón da un vuelco.

—Sí, soy yo. Dígame. —Miro a Claudia con los ojos muy abiertos y noto cómo pisa el freno.

—Hola, es sólo para comunicarle que ha sido seleccionada. Si usted lo desea, el puesto de dependienta es suyo.

—¿Habla en serio? ¿Mío? —No salgo de mi asombro.

—Totalmente —ríe.

—Sí, sí. Lo quiero. Vamos, que sí, que quiero trabajar... —Los nervios vuelven a jugármela.

—Genial. ¿Podría empezar mañana?

—¿Mañana? —Es demasiado precipitado para mí, no tengo casa, ni nada preparado.

—Sí, sí —susurra Claudia—. Dile que sí.

—Em..., sí, podría. —Miro a mi amiga con la frente arrugada, no sé qué pretende.

—Bien, mañana debe estar aquí a las ocho de la mañana. Disculpe lo apresurado, pero justo acaba de lesionarse uno de nuestros chicos y necesitamos que cubra la vacante cuanto antes.

—De acuerdo, mañana a las ocho —repito el horario para saber si lo he entendido bien.

—Perfecto. Muchas gracias y que tenga un buen día.

Me despido yo también y miro a Claudia asustada.

—¿Y ahora qué hago?

—Ir —ríe.

—Pero son dos horas de camino.

—Te va a tocar madrugar —vuelve a reír.

—¡Madre mía, en la que me he metido por hacerte caso! —Golpeo mi frente con la mano—. ¡Necesito una casa ya!

—Pues vamos a buscarla. —Claudia gira en la siguiente calle y da media vuelta.

Aunque es tarde, hacemos como cien llamadas a diferentes particulares que encontramos en internet y que alquilan pisos. Por fortuna, tres de ellos están cerca y acceden a enseñarnos sus apartamentos. No tengo mucho donde elegir, pero necesito algo con urgencia. Ya buscaré con más tranquilidad si no estoy cómoda cuando esté instalada, pero de momento debo asegurarme un techo.

Las cosas no salen tan redondas esta vez, y el casero del piso que me gusta me anuncia que no estará disponible hasta dentro de al menos cuatro días. Aun así, me lo quedo y, tras cerrar el trato, busco un hostel para dormir. Cuatro noches así puedo aguantarlas.

A las dos de la madrugada por fin llegamos a la casa de mis padres, que me están esperando. Tras informarlos de todo y preparar una pequeña maleta con algunas cosas de primera necesidad que me harán falta, nos vamos a la cama. Dentro de un par de horas tengo que volver a levantarme si quiero ser puntual.

Cuando suena el despertador, estoy tan, pero tan cansada que lo único que me apetece es apagarlo y seguir durmiendo, pero, como puedo, me pongo en pie y me arreglo. Cargo el coche y conduzco los doscientos kilómetros que me separan de mi hogar.

—Hola, buenos días —saludo tímidamente a mis nuevos compañeros.

—Hola —me devuelven el saludo—. Tú debes de ser la nueva, ¿no?

—Sí —sonrío—. Eso parece...

Nos presentamos, hablamos durante unos minutos y no tardan en aceptarme como a una más. Nada que ver con los compañeros que hace meses dejé atrás.

La encargada me muestra las instalaciones y, tras pasar las primeras horas conmigo para asegurarse de que lo he entendido todo, me entrega un *walkie* por si surge algún problema y se marcha.

—¡Hey, Sandra! —Una compañera me llama—. ¿Sabrás entender esto cuando te lo pase o necesitas ayuda? —Me muestra un albarán con algunas cantidades.

—Sí, tranquila. Ya descifraba cosas así en mi antiguo empleo —sonrío.

—¡Genial! Ni yo misma algunas veces me aclaro con ello... —Se marcha.

—Disculpe, señorita —dice alguien a mi espalda—. ¿Dónde están las bebidas energéticas?

Me giro para atenderlo y, cuando lo veo, no doy crédito.

—No... me... lo puedo... creer —dice él, tan en *shock* como yo.

Capítulo 9

—Pero... ¿cómo?, ¿qué...? —No me salen las palabras.

—¿Qué haces aquí? —se me adelanta.

—No, ¿qué haces *tú* aquí? —Nada más lanzar la pregunta, recuerdo lo que me contó Claudia y comienzo a atar cabos.

—Pues ya ves... Mi jefe ha abierto otro gimnasio aquí y me toca ponerlo en marcha.

—¿Claudia sabe que estás en esta ciudad? —Por la expresión de su cara al nombrar a mi amiga, sé que estoy pisando un terreno que no debo.

—No..., no sabe nada... Bueno, en realidad ella cree otra cosa, y te agradecería que no se lo contaras... —Rasca su cabeza nervioso—. Entre tú y yo, no sé cómo decirle que..., no sé cómo decirte esto porque no quiero que suene..., ya sabes... —No encuentra las palabras.

—¿Que se ha pillado por ti y no sabes cómo decirle que tú no? —le echo una mano.

—Eso es. —Expulsa el aire aliviado—. Prácticamente se me ha declarado y no quiero hacerle más daño. Me ha contado cómo ha sido su vida hasta ahora y, la verdad, lo que menos quiero es que piense que no me gusta y que le baje la autoestima que tanto trabajo le está costando levantar. Realmente Claudia es una chica preciosa, pero no es mi tipo de chica, y, bueno, por mi trabajo no quiero tener una relación... Hoy estoy aquí, pero mañana a saber dónde me destinan. No sé si me entiendes. Las relaciones a distancia no son lo mío.

—Te entiendo, tranquilo. No tienes que darme explicaciones.

—Ya lo sé, pero no quiero que creas que...

—De verdad que lo entiendo. No te preocupes. Tu secreto está a salvo

conmigo.

Cuando va a sonreír, levanta las cejas, mira por encima de mi hombro y comienza a hablar raro.

—Muchas gracias, señorita —dice tenso, y por un momento no entiendo qué está pasando—. Es usted muy amable. Ojalá todas las personas que trabajan en estos centros se preocuparan tanto por sus clientes como usted... Volveré seguro. —Fuerza una sonrisa y, cuando se marcha, lo sigo extrañada con la mirada para encontrarme de pronto con la de mi jefa.

—¡Uy, qué susto! —No puedo evitar sobresaltarme.

—Fantástico, Sandra. Veo que estás haciendo bien tu trabajo —sonríe mientras observa cómo se aleja Derek—. Ése es el espíritu que estamos buscando aquí. Sigue así y todo te irá genial con nosotros. —Se marcha y lo entiendo todo. Al menos esta vez Derek ha hecho algo de provecho.

Vuelvo a mi trabajo y, mientras coloco los productos enlatados en el pasillo correspondiente, lo veo de nuevo.

—¿Ha funcionado? —susurra mientras finge comprar una lata de aceitunas rellenas.

—Por suerte —respondo de la misma manera y sin mirarlo para no levantar sospechas—. Si me llegan a echar de nuevo por tu culpa, te arranco los huevos. —Oigo cómo se ríe.

—No imaginas lo mal que me sentí por ello. Por cierto, que sepas que aún estoy enfadado contigo por no darme opción a disculparme... —Suelta la lata de aceitunas y ahora busca entre las de atún.

—¿Que tú estás enfadado conmigo? —Levanto un poco más la voz de lo que debería y rápidamente la controlo de nuevo—. Si tú estás enfadado, ¿cómo debería estar yo?... —Aunque no se me ha olvidado lo que pasó, de alguna forma me hace gracia la situación. Un adonis frente a mí disculpándose por algo que ocurrió hace meses. ¿Quién lo iba a decir?

—Vale, has ganado. No puedo rebatirte eso. —Con el rabillo del ojo veo cómo se ríe—. ¿A qué hora sales?

—Dentro de dos horas. ¿Por qué lo quieres saber? —lo interrogo curiosa. ¿Qué está pensando hacer?

—Para ir a tomar algo. No sabes lo bien que sienta ver una cara conocida de vez en cuando.

—Pero si sólo nos hemos visto tres veces —replico, aunque más por la sorpresa. ¿De verdad acaba de invitarme?

—Da igual. No jodas el encanto... —Ahora quien ríe soy yo—. Vengo a por ti después.

—Imposible..., tengo que instalarme en el hostel. Hoy es mi primer día aquí y mi coche parece un trastero... —Mi inseguridad hace acto presencia, obligándome a decir algo que no quiero. De verdad me apetecía.

—Vale, pues te ayudo y luego vamos. —Se marcha dejándome sin excusas y mi boca se abre.

—¡Eh! —susurro un poco más alto para protestar—. ¡Derek! —Me ignora y cambia de pasillo—. Qué cabronazo... —digo entre dientes y, cuando veo aparecer a la encargada, disimulo y sigo colocando.

* * *

A medida que se acerca la hora, no puedo evitar mirar hacia la puerta. Sé que, si cumple su palabra, en cualquier momento puede volver a entrar. Sólo espero que sea un poco listo y no venga a hablar conmigo de nuevo, o lo que ha conseguido antes lo va a estropear. Empezarán a sospechar que no es un cliente normal y puedo tener problemas.

Llega la hora de cerrar, y, aunque en el fondo me apena, en cierto modo me alivia que no haya aparecido. La verdad es que me estaba empezando a sentir un poco incómoda cuando ha estado a mi lado por mis kilos de más. Al ser una persona que se dedica expresamente a eso, estoy segura de que debe de haberse dado cuenta. Tengo que bajar de peso como sea, ya empieza a ser un problema, sobre todo mental. Me genera mucha inseguridad y no puedo ser yo misma.

Bajamos el cierre de las últimas puertas y me despido de mis compañeros. Ha sido un día duro y estoy bastante cansada, imagino que por la inactividad a la que he sometido a mi cuerpo estos meses, pero me ha gustado la experiencia y tengo ganas de volver mañana.

—¡Sandra! —Alguien pita a la vez que me llama en el aparcamiento y rápidamente sé quién es.

—Joder... ¿Está aquí? —digo para mí.

Me giro y estoy en lo cierto. Es la primera vez que lo veo sin ropa de deporte, y la verdad es que puedo afirmar que se ve impresionante. Más que nunca entiendo a Claudia. Se ha puesto un pantalón negro que le queda como un guante y una camiseta blanca con la que podría provocar un infarto a cualquiera.

Camina hacia mí y mi corazón comienza a hacer cosas raras. Su presencia es tan gloriosa que, cada vez que se me acerca, me siento muy poca cosa y mis complejos crecen. Es como si todos mis defectos quedaran expuestos al lado de una persona tan escultural. Somos como el Bello y la Bestia... Todavía no entiendo ni cómo me habla. ¿Qué pensarán los demás cuando nos vean juntos? Seguro que creen que es mi hermano.

—¿Qué tal ha ido tu primer día? —me pregunta cuando ya está cerca.

—Bien... —Estoy tan nerviosa que no sé qué más decir.

—¿Vamos a tu hotel? —Me mira y sonrío avergonzado—. ¡Joder, qué mal ha sonado! No quería decir eso...

—No, no. Tranquilo. —Finjo una sonrisa—. Te he entendido. —Demasiado sé yo que no iba por ahí... Es tan improbable que eso ocurra que ni siquiera podría fantasear con ello.

—¿Dónde está tu coche?

—Es ése —lo señalo y caminamos hasta él.

—Pues tenías razón. —Peina su cabello mientras observa el interior—. Está peor que mi cuarto. —Reímos a la vez.

—No puedes decir que no te avisé. —Abro la puerta del conductor y meto mi mochila dentro—. De todas formas, no te preocupes. De esto voy a encargarme yo. Agradezco mucho tu intención, pero ¿te parece si mejor quedamos otro día? De verdad que hoy tengo mil cosas que hacer... —Estiro mi camiseta para ocultar mis pliegues. Necesito que se vaya. No me haría sentir nada bien que viniera a ayudarme con esto. Además, apenas nos conocemos. Es ridículo.

—Si me lo dices así..., tampoco quiero parecer un pesado...

—¡Sandraaa! —La voz de una mujer nos interrumpe y, cuando giro la cabeza

para comprobar quién es, veo a mis nuevas compañeras, Lucía y Ángela, saludándome efusivamente con la mano. Se están despidiendo de nuevo y aprovechan para camuflar algunos gestos que entiendo a la perfección. Las muy perras..., no sé qué estarán pensando, pero casi hacen que se me escape una carcajada. Mañana hablaré con ellas.

—Tienen pinta de estar un poco locas... —Derek tuerce una sonrisa y me avergüenzo todavía más al comprender que lo ha entendido todo. Espero que no piense que estoy intentando algo con él.

—Bueno..., tengo que irme. —Me vuelvo para subir al coche y de paso ocultar mi sonrojo, cuando no veo una rejilla abierta en el suelo y, sin poder remediarlo, meto el pie—. ¡MIERDA! —exclamo y, en cuestión de segundos, sus manos están sujetándome para que no me caiga.

—¿Estás bien? —dice asustado.

—Joder, joder, joder... —me quejo, más que por el dolor, por el bochorno. No me puedo creer que ahora me pase esto. ¿Soy la reina de las desgracias o qué?

—¿Te has hecho daño? —insiste en saber.

—¡No lo sé! —replico cabreada conmigo misma. Al intentar apoyar el pie, noto una especie de latigazo y lo levanto rápidamente.

—Déjame ver... —Me ayuda, y con cuidado me siento en el coche—. Vale... —Comienza a toquetearme la pierna y mi corazón late tan rápido que temo que se dé cuenta. Cuando intenta subirme el pantalón para verme el tobillo, lo bajo rápidamente. No lo soporto, son demasiado feos—. Sandra, será sólo un segundo. Debo ver si tienes alguna lesión. —Finalmente, y aunque a disgusto, cedo. Tras apretar en varios puntos, en dos de ellos me quejo y me mira preocupado—. Creo que no hay nada roto, pero tenemos que sujetarlo ahora mismo o se hinchará.

—¿Sujetarlo? —Ahora la preocupada soy yo. No puedo creer que me haya lesionado en el primer día de trabajo. ¿Cómo voy a explicar esto?

—Sí, pero tranquila. Si lo tratamos ya, con suerte mañana sólo tendrás un poco de dolor, pero si lo dejamos, tendrás que pedirte una baja de al menos una semana hasta que baje la inflamación.

—¡No! Eso no. Todo menos eso —suplico.

—Vale, espérame un momento aquí sin apoyar el pie. Voy a ver qué tengo en el coche. —Hago lo que me dice y a los dos minutos regresa con algo en las manos—. Hemos tenido suerte —dice mientras despliega un velcro—. Creo que esta tobillera es de tu talla. —Me echa una especie de espray con un fuerte olor y, a continuación, la coloca en mi tobillo—. ¿Te hago daño? —Niego sin quitar ojo a todo lo que hace y me sorprende su habilidad. Se nota que tiene experiencia, imagino que por tantas lesiones como habrá tenido que atender en el gimnasio—. Ya está —dice cuando termina—. Si eres buena y me haces caso, esto quedará en un susto. —Aprieto mis labios pensativa—. Ahora vete para allá.

—¿Cómo? ¿Que me vaya dónde? —No entiendo su última frase.

—Que te hagas a un lado. Voy a llevarte a tu hotel.

—Pero... No... —Exhalo. No tengo otra opción. Cuanto más quiero apartarlo de mí, más se complican las cosas. Ahora sí que no puedo negarme.

Con su ayuda, me cambio de asiento, y, con la cara enrojecida, nos ponemos en marcha.

Capítulo 10

Al llegar, me enfrento a mi primer problema. ¿Cómo se supone que voy a ir hasta mi habitación con un solo pie? Derek parece leer mi mente y me abre la puerta del pasajero.

—Vamos. —Estira su mano y la cojo para ayudarme sin saber muy bien qué hacer después. Espera a que me ponga de pie y pasa mi brazo por encima de sus hombros cargando casi todo mi peso en él.

—Para. Para, que te voy a hacer daño. Así no... —Me ignora y sigue tirando de mí. Aunque es más fuerte de lo que creía, me avergüenza que note mis kilos. Son demasiados.

—Intenta caminar a saltitos.

Lo hago y parece que funciona, pero me canso tan rápido que tenemos que hacer varias pausas hasta llegar.

El recepcionista nos acompaña hasta la habitación y trae consigo una bolsa de hielos por petición de Derek. Abre la puerta con la llave que después nos entrega y, tras despedirse, se marcha. Derek me deja entonces sobre la cama, entra en el baño en busca de una toalla con la que envuelve los hielos y la pone sobre mi tobillo.

—No la muevas de ahí hasta que pasen al menos quince minutos. Voy a por tus cosas. —Asiento en señal de agradecimiento y, cinco minutos después, ya está de vuelta—. ¿Dónde las dejo? —pregunta cargando con dos grandes bolsas.

—Ahí mismo —señalo uno de los rincones. No voy a sacar nada de ellas de momento—. Sólo estaré aquí tres noches, así que me arreglaré con lo que tengo en la maleta.

—De acuerdo. —Baja a por más. No puede hacerse una idea de lo mal que

me sabe que esté haciendo esto.

Cuando ya está todo en el cuarto, se acerca a mi pie y lo observa con detenimiento.

—¿Cómo lo ves? —pregunto antes de que hable. Estoy realmente preocupada. No quiero faltar al trabajo.

—Va muy bien, no te preocupes. Con el espray, el hielo y el reposo, no debería darte muchos problemas. Si mañana no lo fuerzas demasiado, claro.

—Eso espero —resoplo—. Lamento mucho todas estas molestias.

—No lo son. —Se sienta al otro lado de la cama—. Al menos me he sentido útil. No imaginas lo que es acabar de trabajar y no tener a nadie con quien charlar hasta el día siguiente.

—¿Y tus amigos? ¿No chateáis o habláis por teléfono?

—Amigos... —Suspira—. Este trabajo me lo está quitando todo. Si no tienes contacto con la gente, la amistad al final poco a poco se pierde. —Entiendo lo que dice, a mí también me ha pasado algo parecido.

—¿Y tu familia? Son un buen apoyo en estos casos.

—Mi familia..., pues... igual —dice esta vez algo más tenso, y no se me escapa. Por la manera en que ha respondido a mi pregunta, intuyo que tiene algún problema con ellos.

—Oye —cambio de tema para no incomodarlo más. Me preocupa su mirada, se ha transformado drásticamente y se ha quedado mirando a un punto fijo, como si estuviera ausente—, ¿te parece si encargamos algo para cenar? —El hambre me mata y, como parece que no tiene intención de irse pronto, invitarlo es lo menos que puedo hacer.

—¡Genial! —Sale de su estado y sonrío con alivio—. He estado a punto de proponértelo dos veces, pero no quería que pensaras que voy demasiado rápido —me guiña un ojo y yo pongo en blanco los míos.

Aunque sé por qué lo hace, mi yo interior está dando saltos de alegría. En mi vida he estado tan cerca de alguien tan apuesto, y menos diciéndome algo así. Debe de tener un sentimiento muy fuerte de soledad para acudir a alguien como yo. Jamás se habría dado cuenta ni de que existo si estuviera rodeado de gente

igual que él, pero es lo que hay, y voy a aprovecharlo, así al menos me hace compañía.

Encargamos unas pizzas y un par de refrescos en el mismo hotel y comentamos un ridículo programa de televisión mientras cenamos. Felizmente, había algo que ver en la tele, si no, no sé de qué diablos habríamos hablado porque no tenemos nada en común.

Cada vez que se mueve o cambia de postura, lo hace sin cuidado y con total confianza, como si nos hubiéramos tratado toda la vida. Yo, en cambio, apenas me muevo para evitar rozarlo. Aunque hace rato que me quité el hielo, revisa de nuevo mi lesión y decide volver a ponérmelo. Según me indica, se está formando una pequeña inflamación y tiene que bajarla antes de que vaya a más.

—Bueno, pues esto ya está. —Retira la toalla y luego oigo cómo tira los hielos sobrantes al inodoro.

—Gracias. —Mi voz suena adormilada. Aunque he intentado por todos los medios mantenerme despierta para no parecer una maleducada, realmente no puedo más. Apenas dormí anoche por llegar puntual y hoy estoy realmente agotada.

—Dame tu número de teléfono. —Saca el suyo del bolsillo y me mira.

—Em..., claro. —Se lo dicto y él lo anota. A los dos segundos, suena el mío.

—No descuelgues. Es una llamada perdida para que lo grabes. Si pasa algo, o tu pie está peor, dame un toque, ¿OK?

—Ya..., bueno... Muchas gracias. —De sobra sé que no lo voy a hacer. Lo último que quiero es molestarlo o que piense que me aprovecho de él.

—Gracias a ti por la cena. —Sonríe, recoge sus cosas y se despide—. Que descanses.

—Igualmente. —Mientras le devuelvo la sonrisa pienso en cómo volverá a casa si su coche está en el aparcamiento del supermercado, pero decido no preguntarle para no retenerlo más. Necesito dormir.

Cuando cierra la puerta, miro al techo y pienso en lo extraños que han sido estos meses, pero, sobre todo, estos dos últimos días. Me ha cambiado tanto la vida que estoy completamente desorientada. Nunca habría imaginado que, en tan poco tiempo, todo pudiera girar tanto y tan rápido. Nuevo empleo, lejos de mis

padres, independizada y en otra ciudad. Me va a costar centrarme, pero ya que he tomado la decisión, debo seguir adelante, al menos para saber adónde me lleva esto, y sobre todo para confiar en mí misma. Ya es hora de que aprenda a cuidarme sola y de empezar a pensar en mi futuro. Bastantes años me robó Juanjo ya. Con ese pensamiento, me quedo dormida.

A la mañana siguiente, al bajar de la cama, apoyo con cuidado el pie lesionado y, aunque al principio me duele bastante, a medida que camino para ir al baño el dolor disminuye. Como bien me adelantó Derek, me ha quedado un poco de dolor, pero no parece estar muy mal, sólo espero poder aguantar así todo el día. Me coloco la tobillera que me dejó y, al quedar bien sujeto, todavía me molesta menos. Me calzo y todo parece en orden.

Cuando llego al supermercado, Ángela y Lucía me reciben con una amplia sonrisa y no tardan en venir a saludarme.

—Oye, ¿quién era ese bombonazo que estaba contigo ayer? —preguntan a la vez.

—No se os escapa una, ¿eh? —bromeo con confianza—. Se llama Derek y es monitor de gimnasio.

—¡No jodas! —dice Ángela—. Dime en cuál para ir ahora mismo a apuntarme...

Reímos.

—Si os digo la verdad, no lo sé. Es un chico que conocí en mi ciudad y, bueno, sólo hemos coincidido.

—¿Cuándo volverás a verlo? Necesito esa información cuanto antes. El que yo frecuento no trae esos portentos. —Lucía se carcajea al oírla.

—No sé si volveré a verlo, pero no te preocupes, que, si lo hago, será lo primero que le pregunte —río.

—Siempre se ha dicho que de ilusión también se vive... —Lucía le lanza un zasca a Ángela y nos carcajamos las tres. De verdad, este par están locas.

Tras las bromas iniciales comienza nuestra jornada y, cuando todavía faltan algunas horas para terminar, mi pie comienza a protestar. Cada vez que lo apoyo, una pequeña corriente de dolor sube por mi pierna hasta llegar casi a mi rodilla, y, aunque no quiero apoyarlo demasiado, no tengo más remedio que hacerlo

porque el otro lo tengo agotado de cargar con todo el peso. Entro en el baño para revisarme, y, al quitarme el zapato, mi tobillo comienza a latir. Lanzo un suspiro de dolor y, al retirar la tobillera, me asusto al descubrir que mi pie casi ha doblado su tamaño.

—Mierda —susurro. No sé si después de lo que me pasó ayer es normal que esté así o debo preocuparme. Como puedo, vuelvo a ponerme todo, y, al hacerlo, es mucho peor. Ahora aún me duele más. Doy varios pasos para ver si calentándolo ocurre lo mismo que esta mañana, pero esta vez no surte el mismo efecto—. Mierdaaa —repito. Necesito aguantar sólo un rato más. Aprieto los dientes y salgo con la intención de continuar.

A medida que pasan los minutos, el dolor se vuelve un calvario y, cuando estoy a punto de volver al baño para colocarme mejor la tobillera, aparece Derek tras las puertas.

—¿Cómo estás? —me sonrío y temo no ser capaz de disimular cuánto me alegra verlo de nuevo. ¿Por qué actúo así cuando lo veo? Parezco idiota.

—Pues la verdad es que... —Miro mi pie para indicarle que me está dando problemas y, antes de poder decir nada más, él ya está levantando mi pantalón.

—Esto no está bien. —Niega con la cabeza, pero estoy más preocupada por lo que estarán pensando los clientes al vernos así que de lo que me está diciendo. Se levanta de nuevo y me mira fijamente a los ojos—. No puedes seguir cargándolo de este modo. —La seriedad con la que me habla hace que le devuelva la atención—. Comunícate con quien esté al cargo y explícale lo que ocurre. Necesitas que te vea un médico.

—No puedo —respondo apurada—. Es mi segundo día y no quiero que me despidan.

—Sandra, la cosa se está poniendo seria en tu tobillo. Si no reposas al menos una semana, se complicará y después serán meses.

—Pero es que de verdad que no puedo —comienzo a agobiarme.

—¿Qué ocurre? —La encargada habla a nuestra espalda y aprieto los dientes suplicando que no me llame la atención. Ya es la segunda vez que me ve con él y no tengo excusa.

—Su empleada se ha lesionado. —Al oírlo, lo fulmino con la mirada, pero

hace caso omiso.

—¿Cómo? —Me mira buscando una explicación y Derek aprovecha para inclinarse de nuevo, haciéndome pasar la mayor de las vergüenzas, y se lo muestra.

—¡Santo Dios! —exclama la encargada al ver el volumen de mi pie—. Debes ir a que te vean eso.

—Puedo continuar... —Me aterra que, después de esto, decida no contar conmigo más.

—No, no. De ninguna manera. Debes ir a que te revisen, tu pie está horrible.

—Pero...

—¿Puedes caminar? —se preocupa—. Tengo el coche fuera. —Entiendo que se está ofreciendo a llevarme y me sorprende. No estoy acostumbrada a tan buenos tratos por parte de un jefe.

—No se preocupe —dice Derek—, puedo llevarla yo.

—Está bien —responde ella—. Me harías un gran favor. Dame un momento para buscar el nombre del seguro y la clínica que le corresponde por contrato. — Se marcha. ¿Me están tratando como a un objeto o son cosas mías? ¿En qué momento perdí la opción de elegir si quiero ir o no?

—Te mato —vocalizo en dirección a Derek, y lo único que hace él es encogerse de hombros.

La encargada no tarda en llegar y nos entrega los datos.

—En cuanto te vean, avísame, ¿OK? Sobre todo para saber si podemos contar contigo mañana o tengo que buscar a alguien más para que cubra tu baja.

«Mi baja...» No imagina cuánto me alivia saber que su intención es seguir manteniéndome en plantilla.

—Yo... De verdad que siento esto —trato de disculparme con ella, pero no me deja.

—No te preocupes —le quita importancia—. Esto nos puede pasar a cualquiera. Sólo tenme informada.

Se marcha y, cuando me giro hacia Derek para reñirlo, parpadea muy rápido levantando las cejas y me hace reír. No puedo creer que sea tan bobo.

Capítulo 11

La encargada nos hace entrega del papeleo y Derek conduce hasta el centro que nos corresponde. En el trayecto habla sobre tipos de lesiones como si fuera un experto y, al preguntarle, descubro que, además de monitor, es fisioterapeuta, pero al parecer no ejerce porque tuvo algún tipo de problema, aunque no me ha quedado claro cuál. No sé si serán cosas mías, pero noto que algunos temas de conversación me los esquivaba, como si hubiera algo turbio en ellos que no me quiere contar...

Nada más llegar nos atiende un traumatólogo joven con un ligero acento alemán, y, tras hacerme algunas pruebas, descubro que Derek de nuevo está en lo cierto. Me va a tocar al menos pasar una semana en reposo y con la pierna en alto. El doctor firma todos los papeles, me entrega unos bastones, y, cuando nos despedimos, me pide precaución. Si me cuido, no será nada, pero si ignoro sus indicaciones, podría convertirse en algo más serio.

De vuelta a la habitación, llamo a la encargada para contarle todo y paramos en una farmacia. Además de comprar lo que me han recetado, Derek trae varias vendas y cremas.

—¿Para qué se supone que es todo esto? —pregunto mirando el interior de la bolsa que ha puesto sobre mis piernas.

—Es un complemento para ayudarte con el tratamiento. Vamos a recuperar ese tobillo en menos que canta un gallo.

—Em... —Muerdo mi labio inferior y miro a la carretera pensativa. Tantas atenciones hacia mí están removiendo algo en mi pecho, y debo tener cuidado. Es realmente fácil enamorarse de una persona así y no quiero sufrir por un amor imposible.

Derek para en la entrada del hotel para dejarme en la puerta y, mientras trato de acostumbrarme a las muletas, él busca un lugar donde aparcar. Por fortuna, me hago rápido a ellas y, cuando regresa, ya estoy abriendo la puerta.

—Vaya, sí que te ha cundido. —Me mira sorprendido—. Parece que lo hayas estado haciendo toda la vida —dice sonriendo. Entra y coloca la compra en una pequeña mesita.

Me echo sobre la cama, bastante cansada de caminar de una manera tan forzada, y me mira.

—¿Qué ocurre? —pregunto al notar lo, y tiro de mi camiseta para taparme más. Estoy tan acomplexada que lo primero que pienso es que puede estar mirando alguno de mis pliegues.

—Em..., nada... —Sacude la cabeza y vuelve su atención a la bolsa. Saca una de las cremas y se acerca a mí—. ¿Preparada para llorar?

—¿Qué? —Lo miro asustada y doblo rápidamente la rodilla para apartar mi pie de él.

—Es broma —se carcajea, pero no acabo de fiarme. Finalmente me convence y con cuidado retira la venda que me ha puesto el doctor. Se sienta a mi lado en la cama y da golpecitos en su pierna para indicarme donde colocar el talón—. Trae aquí.

—Como me hagas daño... —intento sonar amenazante, y ríe de nuevo. No imagina cuánto me gusta ese gesto, es como si algo saltara en mi estómago cada vez que provoco la curva de su boca.

Cinco minutos después, mi pensamiento cambia y quiero matarlo. Me contoneo y jadeo desesperada en la cama al tiempo que lanzo insultos al aire. ¡Duele y mucho!, el muy cabrón me ha engañado.

—¡Deja de moverte! —Sujeta con fuerza mi rodilla—. Si no te estás quieta no podré ayudarte. —Vuelve a poner sus dedos donde más me duele, y grito—. ¡Sandra...! —se carcajea—. No sé qué estarán pensando los demás huéspedes, pero, como sigas así, cuando salga me aplauden.

—¡Cállate! —Tapo mi cara con la almohada y la muerdo. Pone más crema en sus manos y continúa masajeando mi dolorido tobillo.

Cuando por fin termina, estoy completamente empapada en sudor y con los

ojos llenos de lágrimas.

—No ha sido para tanto, ¿verdad? —dice con guasa—. Eres una chica muy exagerada.

—¡Y una mierda! —respondo mientras intento recuperar el aliento—. Estoy a un pelo de odiarte.

—¿Por qué? —Levanta las cejas gracioso mientras me mira.

—¿Todavía lo preguntas? —Agarro mi pie al tiempo que me balanceo para calmar el dolor—. Estuve días sin poder sentarme tras el gimnasio. Me despidieron por tu culpa, me he torcido el tobillo por huir de ti... Y ahora, para colmo, ¡me estás torturando!

—¿Y sabes qué es lo peor? —pregunta apenado y siento remordimientos. No debería haber dicho eso. A veces, cuando me pongo nerviosa, suelto bobadas sin pensar y puedo llegar a hacer mucho daño.

—¿El qué? —Espero atenta su respuesta.

—¡Que encima tienes que agradecérmelo! —ríe y, al notar que de nuevo me la ha jugado, le lanzo con fuerza la almohada, pero la esquiva y, tras alcanzarla, me golpea con ella.

—¡Animal! —grito al tiempo que me carcajeo—. ¡Estás abusando de una incapacitada! —Como puedo, y sin mirar muy bien lo que hago, lo empujo con el pie sano y entonces oigo un fuerte golpe en el suelo—. ¡Derek! —Me incorporo al ver que no está en la cama y lo busco para saber si está bien. Antes de poder comprobarlo, se lanza de un salto sobre mí, y mi cuerpo queda atrapado entre sus rodillas—. ¡DÉJAME! —Me carcajeo más fuerte cuando clava sus dedos en mis costados.

—¡Oh, pero si tienes cosquillas! —Acaba de descubrir mi punto débil y, aunque suplico, no se detiene.

—¡PARAAA! —Empiezo a perder las fuerzas—. ¡Para, que me meo! —Me ignora, pero en ese momento la suerte quiere que suene mi teléfono y no le queda más remedio que soltarme—. Es Claudia. —Lo miro todavía agitada y él hace un gesto negativo con las manos que entiendo perfectamente. Asiento y descuelgo—: ¿Hola?

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal todo? Perdona que no te llamara ayer, pero me

quedé dormida en cuanto llegué a casa. —Acordamos llamarnos y ninguna lo hizo.

—Ups..., no te preocupes, me pasó lo mismo... —miento.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué estás tan sofocada?

—Em... Sí, bueno..., estaba haciendo un poco de ejercicio. —Miro a Derek de reojo y hace una mueca graciosa. Me esfuerzo para no reír y continuo—: ¿Tú cómo estás? —Evito contarle lo de mi lesión. Nadie debe saberlo para que no se preocupen.

—Mal. Echo mucho de menos a Derek —gimotea, y vuelvo a mirarlo. Sus labios apretados me indican que él también lo ha oído—. Y encima está lejísimos, casi tardaría un día entero en llegar hasta él. —De nuevo le lanzo una mirada, pero esta vez sorprendida. Ahora entiendo por qué me dijo que Claudia creía otra cosa. Debió de decirle eso para terminar de quitársela de encima.

—Ya..., algunas veces pasan estas cosas... —No sé cómo animarla.

—¡Qué injusta es la vida!

—Cuando menos lo esperes, vendrá alguien mejor. Ya verás. —Empiezo a sentirme mal por ella.

—No lo creo. —Oigo al niño llorar—. Oye, tengo que dejarte, el peque me necesita.

—Tranquila, mañana hablamos —me despido y no aparto la mirada del teléfono. De verdad que me apena mi amiga. Quizá, si intervengo, consigo que Derek la vea de otra manera...

* * *

Los días pasan y Derek me ofrece su ayuda con la mudanza. Sabe que con mi lesión no puedo hacerlo sola y, al no habérselo querido contar a nadie en casa, no han podido venir a echarme una mano. Coloco con esfuerzo mi última chaqueta en el armario y por primera vez siento que por fin vivo sola. Tantos años haciendo planes con Juanjo para finalmente haber sido de una manera completamente diferente de la que había visualizado. La vida a veces es muy caprichosa, pero me siento tan motivada que no me pesa.

Nunca habría imaginado que Derek fuera como se está mostrando, siempre lo creí un poco prepotente, imagino que por su apariencia y el rol que juegan los prejuicios, pero en muy poco tiempo hemos logrado crear una pequeña amistad, y no pasa una sola tarde sin que venga a verme. Es más, cuando tarda, no paro de revisar el teléfono o de mirar por la ventana. Es una persona increíble y, aunque mi carácter es un poco agrio, con su infinita paciencia sabe cómo ganarme. Sólo espero no sentirme tan triste como Claudia el día que se marche. El simple hecho de pensar que cuando abran otro gimnasio se irá me hace sentir bastante mal. Es a la única persona que conozco aquí y con su compañía no me siento tan sola. Como bien dijo él, cuando se está lejos de todo, es agradable tener una cara conocida cerca.

—¿Ya lo tienes todo preparado para mañana? —me pregunta mientras saca mis papeles de la guantera. Acabamos de volver de mi última revisión, en la que por fin me han dado el alta. Insistió tanto en acompañarme, aunque ya me encuentro en condiciones de conducir, que tuve que cambiar la hora en el último momento.

—Todo listo —sonrío. Tengo unas ganas enormes de volver al trabajo y darlo todo, más que nada para agradecerle a la encargada la confianza que ha depositado en mí al darme la oportunidad de continuar. Otro en su lugar me habría despedido con excusas al estar en el período de prueba.

—De acuerdo.

Hoy Derek me tiene preocupada. Pese a que ya tenemos algo más de confianza, lleva todo el día esquivando mi mirada y apenas me habla. Le he preguntado un par de veces qué le pasa, pero sólo finge una sonrisa y me dice que nada, aunque estoy segura de que me miente.

—¿Sabes ya si te van a destinar a otro lugar? —indago por si fuera eso.

—No. Ayer hablé con mi jefe y me dijo que de momento no hay nada nuevo, así que seguiré aquí un tiempo.

Respiro aliviada.

—¿Y eso es malo? —Temo que no sea eso lo que él quiere.

—No, para nada. Al contrario. —Me mira por fin y veo un ápice de luz en sus ojos—. Estoy muy a gusto aquí. —Aunque él no lo nota, mi corazón da un

vuelco y doy las gracias mentalmente.

Su teléfono vibra y, cuando ve el número, su mandíbula se tensa. Viendo que tarda en responder y que su respiración se acelera, hablo. Algo muy raro le está pasando.

—¿No contestas? —Es lo único que se me ocurre decir para sacarlo de su estado.

—No —pestañea—. Ya hablaré en otro momento con él. —Agradezco al menos saber que es un hombre.

—Oye, ¿de verdad estás bien?

Mi insistencia parece no gustarle, y se despide.

—Sí, tranquila. Nos vemos mañana, que hoy tengo muchas cosas que hacer.

—OK...

Bajo del coche y, en el momento en que me aparto lo suficiente, acelera y se marcha. Qué cosa tan extraña...

Capítulo 12

A la mañana siguiente, y tras una semana de parón, vuelvo a mi puesto de trabajo y todos me dan la bienvenida. El ambiente es tan bueno que el tiempo se me pasa volando y el pie apenas me molesta. En mi hora de descanso, escribo a Derek para informarlo, como me pidió, y al ver que no responde, me preocupo, ya que es raro en él porque siempre lo hace al momento. Espero paciente y reviso de vez en cuando el móvil, pero no llega nada. En una de ellas me doy cuenta de que está en línea y eso todavía me extraña más. ¿Estará enfadado conmigo? Quizá he dicho algo que no debería sin darme cuenta. A veces puedo llegar a ser una auténtica bocazas...

Cuando termina mi turno, salgo al aparcamiento y busco con optimismo entre los coches el suyo, pero pronto me vengo abajo al ver que no está. Saco mi teléfono y lo marco. Tras agotar todos los tonos y saltarme el contestador, decido ir a buscarlo. No haber tenido noticias de él en todo el día es demasiado raro. Al no saber dónde está, introduzco en Google el nombre del gimnasio que aparece en el logo de sus ropas y finalmente doy con la dirección. Subo al coche, conecto el GPS y me pongo en camino.

Nada más llegar, aparco y vuelvo a llamarlo. Quiero evitar entrar para no incomodarlo si está trabajando, pero, si no me atiende, no dudaré en hacerlo. Pensar que podría haberle pasado algo me preocupa. ¿Quién iba a enterarse si no soy yo? Según me contó, no habla habitualmente con nadie y, cuando alguien empezara a echarlo de menos, quizá ya sería demasiado tarde.

De nuevo se agotan las llamadas y no hay respuesta, así que tomo una gran bocanada de aire y me acerco a la puerta. La abro con miedo y me asomo. Sé que no debo temer nada, pero estos lugares me imponen, y más yendo sola.

Camino por el largo pasillo hasta encontrarme con otra y la empujo. Al abrir me topo con una gran sala llena de máquinas y varias personas sudorosas sobre ellas, hago un primer reconocimiento y no lo encuentro. Espero unos segundos, casi los más incómodos de toda mi vida por cómo me miran, y finalmente me decido a preguntar.

—Disculpa —me acerco a una chica que está corriendo en una cinta—. ¿Sabes dónde está el monitor?

—¿Derek?

Asiento, aunque reconozco que no me ha gustado oír su nombre en otra boca.

—Sí, Derek...

—Estaba aquí hace un momento. —Mira en varias direcciones y, al no encontrarlo, vuelve a hablar. Saber que al menos ha ido a trabajar me tranquiliza—. Espera un poco si quieres. El gimnasio está a punto de cerrar y no debería tardar.

Le doy las gracias y, como me ha dicho, espero.

Los minutos pasan y, cansada de esperar de pie en la sala, decido ir a sentarme al coche. Mi pie comienza a palpar y no quiero forzarlo más. Si Derek entra o sale del local, desde el aparcamiento puedo verlo.

Media hora después, abandona el lugar la que creo que es la última persona que estaba dentro y él sigue sin dar señales. Cansada de esperar, conecto la luz interior para introducir la llave en el contacto y, cuando por fin creo verlo, lo llamo.

—¿Derek! —No me oye—. ¡Derek! —insisto, pero nada.

Abre la puerta y entra en el gimnasio. Me bajo y corro tras él. Esta vez, al entrar apenas hay luz y unos pasos me sobresaltan. Al girarme para saber de dónde vienen, creo verlo entrar en los vestuarios y lo sigo. A medida que me acerco, oigo varios golpes y camino más rápido. Una especie de rugido me hace temblar y, al volver la esquina, me lo encuentro. Está sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, las rodillas dobladas y las manos en la cabeza.

—¿Derek? —Algo no va bien.

Levanta la mirada en ese momento y me ve.

—¿Qué haces aquí? —Sus ojos parecen mucho más negros que otras veces, y

un escalofrío recorre mi cuerpo. Tiene la mirada perdida y su cuerpo parece estar soportando mucha tensión.

—¿Qué... qué te pasa? —Me acerco y estira una de sus manos para detenerme.

—Vuelve a casa, Sandra. —Su voz tiembla.

—¿Qué te está pasando? ¿Por qué estás así? —La angustia puede conmigo.

—¡VETE! —grita tan fuerte que me asusta, pero, lejos de hacerle caso, doy un paso más en su dirección—. ¡QUE TE VAYAS, JODER!

Al ponerse en pie, tiene que sujetarse a un toallero para no caerse.

—¿Qué tienes? —Mis ojos se empañan, estoy tan preocupada como asustada.

—Por favor... —Se deja caer de rodillas al suelo y respira con rapidez—. Por favor, vete.

—No pienso irme a ningún sitio hasta que sepa que estás bien. —Me arrodillo junto él y, cuando empujo sus hombros para verle la cara, me abraza y comienza a llorar—. No... Derek... —Le devuelvo el abrazo y, sin decir nada más, pasamos así varios minutos.

No sé qué le está pasando, pero intuyo que debe de ser algo muy grave para tenerlo así. Derek es una persona a la que no hace falta conocer mucho para saber que tiene una gran fortaleza, y que si se derrumba de esta forma es verdaderamente preocupante.

Poco a poco se aparta de mí para ponerse en pie y me da la espalda.

—¿Puedes irte? —Sorbe por la nariz y dobla el codo para secarse los ojos. No quiere que lo vea de este modo y, aunque lo comprendo, no pienso dejarlo en este estado.

—No, Derek. No voy a irme.

Cuando me muevo para levantarme, da un paso hacia delante para alejarse y me grita:

—¡QUE TE LARGUES!

Por la impresión, cierro los ojos con fuerza y doy un pequeño salto.

—PERO ¿QUÉ COJONES TE PASA? —le devuelvo el grito. Sólo quiero ayudarlo, ¿y así es cómo me trata?—. Mira, idiota —mi voz tiembla—, no tengo por qué soportar esto. ¡Que te jodan!

Aguanto las lágrimas para que no vea cuánto me afectan sus palabras y me marcho. Pero, al salir por la puerta, no puedo más y me dejo llevar por el llanto. No entiendo su actitud, ¿a qué ha venido todo esto?

Mientras conduzco hasta mi nueva casa, no hago nada más que darle vueltas a todo lo que hemos vivido los días anteriores, tratando de buscar algo que le haya podido sentar mal, pero en mis recuerdos no encuentro nada relevante. Además, me ha abrazado... Si la cosa fuera conmigo, no lo habría hecho. Sería ridículo.

El sonido de un mensaje me hace mirar en dirección a mi teléfono, pero decido no leerlo porque es de noche y estoy conduciendo, así que espero hasta llegar a mi destino. Cuando lo hago, tengo tal disgusto encima que casi me olvido y no es hasta que estoy en la cama poniendo la alarma que veo el globo de notificación y lo recuerdo.

—Es de Derek —digo sorprendida y, aunque barajo borrarlo, finalmente lo abro.

Lo siento mucho, Sandra.

—¿Que lo sientes? —murmuro en alto como si pudiera oírme—. ¡Si de verdad lo sintieras no me habrías tratado así!

Quito los datos y me acuesto. Estoy tan cabreada con él ahora mismo que hasta sería capaz de decirle a Claudia dónde encontrarlo.

Durante la noche soy incapaz de dormirme debido a la preocupación, pues a mi mente sólo vienen las imágenes de lo sucedido en el gimnasio. Derek llorando, Derek gritando, Derek desenchajado... ¿Qué será lo que lo tiene así? Quizá no debería haberme ido y haberlo acompañarlo... o quizá sí.

* * *

Cuando suena el despertador, ya llevo un rato en el baño. Salgo de la ducha, rodeo mi cuerpo con la toalla, lo apago y, cuando conecto los datos, veo que Derek ha vuelto a escribirme.

Sandra, de verdad que lamento mi comportamiento de ayer. No fui justo contigo. Tú no tenías la culpa. Espero que me perdones.

Expulso el aire de mis pulmones y me pregunto si debería contestarle, pero, tras darle varias vueltas, decido no hacerlo. Quiero que sepa que estoy bastante molesta. Si yo tengo un mal día, no le hago eso, y más cuando la única intención que tenía era la de ayudarlo.

Llego al supermercado quince minutos antes de mi hora y, en vez de bajarme a esperar, decido quedarme en el coche hasta que lleguen los demás. Pongo un poco de música, cierro los ojos y, cuando estoy a punto de quedarme dormida, alguien golpea el cristal. Me levanto sobresaltada y, al mirar por la ventana, veo a Derek. ¿Qué hace aquí tan pronto? Bajo la ventanilla sin saber muy bien qué decir y suelto lo primero que me viene.

—¿Qué quieres? —Mi tono suena bastante severo, más incluso de lo que me habría gustado.

—No podía dormir pensando en lo de ayer. —Se mueve nervioso y está bastante pálido.

—Bienvenido al club. Ahora dime... qué quieres. —Mi tono se suaviza.

—Sólo disculparme, de verdad que no sé qué me pasó... —Traga saliva mientras mira al suelo—. Tuve un mal día, no me salieron las cosas bien y... y, bueno..., lo pagué contigo sin razón. —Su expresión me indica que realmente siente lo que dice, pero mi orgullo sigue intacto.

—Pues ya sabes lo que no tienes que hacer cuando te ofrezcan ayuda. Ahora, si me disculpas... —Cuando voy a cerrar la ventanilla, pone su brazo sobre ella.

—Sandra, joder. No seas así. ¿Acaso tú nunca te equivocas? —Aprieto los labios—. ¿Crees que, si me diera igual, estaría aquí a estas horas, esperándote? —Abre la puerta y se inclina para estar a mi altura—. No volverá a pasar, te lo prometo.

Tras varios segundos en silencio, asiento. ¿Por qué, aunque me cabree, no puedo enfadarme con él?

—Está bien... —Me mira tan profundamente que no soy capaz de decirle otra cosa.

—Gracias —pone su mano sobre la mía y noto cómo tiembla—, no imaginas lo mal que me sentí cuando te fuiste...

—¿Tienes frío? —Me extraña. La temperatura es bastante buena.

—Eh..., no —mete su mano en el bolsillo y se levanta—, pero ya me tengo que ir. Abro el gimnasio dentro de media hora.

—OK... —respondo absorta, y una idea se forma en mi mente: ¿estará enfermo? El simple hecho de pensarlo me afecta, así que rápidamente lo desecho. Él no puede estar enfermo.

Nos despedimos y, cuando se marcha, lo observo a través del retrovisor. Su cuerpo sigue siendo tan perfecto y moldeado como siempre, pero hay algo en su forma de caminar diferente. Hoy no parece tan seguro ni ágil como otras veces. ¿Qué le está pasando?

Capítulo 13

Tras aquella mañana, Derek, aunque algo más serio, poco a poco ha ido volviendo a ser el que era. En los días siguientes hubo algo de tensión entre nosotros y debo admitir que temí que nos distanciáramos, pero, una vez pasada la barrera, la cosa regresó a la normalidad. De todas formas, y para evitar momentos incómodos, ni él ni yo hemos vuelto a sacar el tema.

Cada vez que el tiempo libre nos lo permite, quedamos después del trabajo. Unos días cenamos juntos en su casa o en la mía, y otros, Derek me obliga a pasear con él. Dice que tantas horas de pie no son buenas para mí y que tengo que reactivar la circulación de las piernas, y la verdad es que tiene razón. Desde que caminamos, no me duelen tanto y noto mi tobillo mucho más fuerte.

En infinidad de ocasiones he intentado hablarle de Claudia para ver si así le despejo un poco el camino a mi amiga, pero, cada vez que lo hago, muy sutilmente me cambia de tema. Casi estoy segura de que sabe cuáles son mis intenciones, pero no me importa. Claudia es una chica estupenda y quiero que se dé cuenta. Seguro que después me lo agradece.

—¿Vendrás entonces? —me pregunta con una gran sonrisa.

Después de mucho insistir, finalmente ha conseguido convencerme para que haga algo más de ejercicio, imagino que cansado de oírme lloriquear por la cantidad de kilos que he subido estos meses. Estoy tan acomplejada que no paro de hablar sobre ello. Como si, al hacerlo, me estuviera disculpando por haber cogido peso.

—Sí... —resoplo por fin.

—¡No me lo puedo creer! —Sonríe más ampliamente—. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Y ya puedes tratarme bien si quieres que regrese... Como

me hagas lo de la otra vez, te quedas solo —bromeo.

—¡Te trataré como a una reina! —Pasa su mano por encima de mis hombros mientras caminamos y contengo la respiración.

No logro acostumbrarme a su contacto. Cada vez que me toca o me roza, mi cuerpo hace cosas extrañas y, aunque estoy segura de saber por qué, me niego a admitirlo. Dejarme llevar por mis sentimientos hacia Derek sólo me traerá dolores de cabeza. Sé de sobra que es alguien inalcanzable para mí y no quiero pasarlo mal.

Nada más llegar a la puerta de casa, oímos el sonido de un mensaje y Derek me entrega mi teléfono para que lo revise. Cuando paseamos, siempre me guarda las cosas en sus bolsillos para que vaya más ligera. Al leerlo, me pongo tan nerviosa que apenas acierto a hablar.

—¡Tienes que irte! —Miro a mi alrededor agitada.

—¿Eh? —pregunta confuso.

—¡Vete! ¡Tienes que irte! ¡Corre!

—Pero... ¿qué te pasa? —Me mira preocupado.

—¡Es un mensaje de Claudia! ¡Está a punto de llegar!

—Mierda, ¡no puedo dejar que me vea! —Ahora es él quien mira en todas direcciones y, sin que lo espere, besa mi mejilla—. ¡Llámame luego! —grita mientras corre para alejarse, y niego con la cabeza. Nunca había visto a un hombre huir así de una mujer.

La suerte quiere que, nada más cruzar la calle, Claudia aparezca tras la esquina contraria, y, como puedo, disimulo la rara sensación que Derek me ha dejado con su inesperado beso.

—¡Holaaaa! ¿Cómo estás? —Se acerca a mí con los brazos abiertos.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo es que has venido? —Disimulo mi respiración y la abrazo con fuerza. Aunque la situación es un tanto extraña, me alegra enormemente su visita.

—Mi pequeño se fue esta mañana con los abuelos al pueblo de mi madre y me dije... «¡¿Qué diablos?! ¿Por qué no voy a verla?».

—Estás loca, pero me encanta. ¿Pasarás el fin de semana conmigo?

—Hum... Creo que no —duda—. Debería regresar hoy mismo..., mi madre

me pidió algunos encargos para mañana y tengo que hacerlos.

—Pero ya es tarde —insisto—. Además, está bastante nublado y no tardará en comenzar a llover. —Apenas termino la frase, oímos un fuerte trueno y, como si fuera adivina, comienza a chispear.

—Está bien —mira al cielo cuando varias gotas caen sobre su cabeza—, pero sólo hasta mañana, y debo salir temprano.

—Me conformo con eso. —Busco en mi pantalón las llaves y me doy cuenta de que no las tengo—. Mierda... —Mis ojos se abren y Claudia me mira extrañada.

—¿Qué ocurre? —me pregunta.

—Em... Nada... —Acabo de recordar que Derek tiene mis llaves y la cartera en sus bolsillos. Con las prisas, se le ha olvidado devolvérmelas.

—¿Seguro? —se preocupa—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Jejeje. No... —Trago saliva—. Oye, ¿y si vamos a comer algo? Conozco un sitio genial... —Trato de ganar tiempo hasta ver cómo soluciono el problema.

—¿Ahora?

—Sí, no tengo nada en casa y no me apetece cocinar.

—De acuerdo. ¿Está lejos?

—Para ir caminando sí, a un par de kilómetros.

—OK, ¿dónde tienes el coche? —Mira por encima de todos los que hay aparcados.

—Si no te importa, vamos mejor en el tuyo. Apenas tengo combustible y no quiero ir a repostar ahora —invento para salir al paso. Derek tiene en mi llavero también las del coche. Por suerte, al menos recuperaré mi teléfono—. ¡El teléfono! —digo en alto, y Claudia vuelve a mirarme con la frente arrugada.

—¿Lo has perdido?

—No, no. Perdona —sonrío—. Es que casi se me cae... —miento de nuevo y empiezo a sentirme mal. Nunca he inventado tanto. Paso el dedo por la pantalla para desbloquearlo y escribo a Derek mientras llegamos hasta donde ha estacionado su vehículo.

Tienes mis cosas y no puedo entrar en casa. ¡¡Las necesito con urgencia!!

Acabo de darme cuenta. ¿Cómo lo hacemos?

Entiende el problema.

Vamos a comer algo al restaurante que hay cerca del museo.
A ese al que me llevaste hace unos días. ¿Puedes dejarme las llaves escondidas en la rueda de mi coche para cuando regrese?
Está a tres metros de la casa.

Me viene mejor el restaurante, tengo que pasar por la puerta.
Cuando lleguéis y estéis sentadas dentro, inventa algo para salir un segundo a la calle y te doy tus cosas.

OK, ahora te aviso.

Expulso el aire más calmada y subimos al coche.

Tras indicarle el camino a Claudia, por fin llegamos al restaurante y nos acomodamos alrededor de la mesa de forma estratégica para que ella quede de espaldas a las ventanas. Debo evitar a toda costa que lo vea. Mientras mi amiga lee la carta, vuelvo a escribir a Derek para avisarlo:

Ya estamos aquí.

Responde al segundo.

Creo que os he visto

—Uy, uy, uy... —Levanto la cabeza al oír a Claudia y por un momento temo que lo haya leído, pero después entiendo que desde donde está es imposible, y me relajo—. ¿Vas a contármelo ya?

—¿El qué? —pregunto sin entender lo que quiere decir.

—Tú has conocido a alguien, ¿verdad? —Levanta una ceja.

—Yo..., eh..., no. ¿Por qué dices eso?

—Porque desde que he llegado no has apartado la vista del teléfono. —Levanta ahora las dos y me interroga con la mirada.

—No, nada más lejos de la realidad —carraspeo—. Me está hablando una compañera. —Realmente empieza a preocuparme mi facilidad para mentir.

—Lástima. —Aprieta los labios—. Ya me estaba haciendo ilusiones...

El camarero nos interrumpe y deja una botella de vino en el centro de la mesa. Claudia la toma entre los dedos y sirve nuestras copas. Mientras lo hace, mi teléfono vuelve a vibrar.

Estoy fuera. Según sales, a la derecha.

OK. Dame un minuto.

Envío la respuesta y dirijo mi atención a Claudia.

—Voy al baño un momentito... —me excuso.

—Voy contigo. —Cuando se pone en pie, mi pulso se acelera y temo haber perdido mi única oportunidad. ¿Qué hago ahora?

Con la mente trabajando a mil por hora para buscar otra solución, caminamos hasta el baño y, cuando entra y cierra la puerta, me viene la inspiración, pero justo cuando estoy a punto de dar el primer paso para correr hasta la calle, asoma la cabeza.

—Sandra —me llama—, sujétame la puerta, *porfa*. El cerrojo no cierra.

«Mierda...», digo para mis adentros. No puedo creer que tenga tan mala suerte.

Cuando termina, y mientras regresamos a la mesa, decido volver a escribirle a Derek para explicarle lo que está pasando, pero nada más empezar a hacerlo, Claudia se detiene en medio del restaurante. La miro para saber qué pasa y veo que tiene el rostro completamente desenchajado.

—¡No puede ser! —grita, y todo el mundo nos mira—. ¡Es él! —Pone las manos sobre su boca y me doy cuenta de que lo está viendo a través de un cristal que desde fuera lo refleja todo—. ¡Es Derek! —y sin decir nada más, corre hasta él y en ese momento soy consciente de lo que está a punto de ocurrir. Voy a perder a la única persona a la que puedo considerar mi amiga.

Tres minutos después, regresa y yo sigo clavada en la misma baldosa en la que me dejó cuando salió. Bajo la mirada para no enfrentarme a sus ojos y, tras unos segundos que se me hacen interminables, la oigo:

—Me estoy obsesionando, Sandra.

—¿Qué? —No era la frase que esperaba.

—Que estoy empezando a preocuparme por mi salud mental.

—No... entiendo... —Viendo que en su tono no hay reproches, me atrevo a buscar su rostro.

—Te juro que me ha parecido verlo, pero cuando he salido no había nadie... Hasta he llegado a la esquina que hay más arriba por si hubiera girado allí, pero nada.

—Em... —Cada vez me cuesta más pasar la saliva por mi garganta—. Si Derek estuviera aquí... —expulso el aire de mis pulmones despacio para disimular mi estado— te habría dicho algo, ¿no?

—Imagino que sí. —Aprieta los labios y mira al suelo. Está tan decepcionada como yo aliviada.

Mi teléfono me indica que tengo otro mensaje, y no hace falta que me digan de quién. Espero a que estemos sentadas de nuevo y, tras darle un gran sorbo a mi copa de vino, lo leo.

Ha estado cerca... Por suerte, me ha dado tiempo a esconderme.
Regreso a tu casa y te dejo las cosas en la rueda delantera del
coche como me has pedido. En la del pasajero. No quiero correr
más riesgos.

OK.

Ya hablaré con él mañana. Todavía me tiemblan tanto las manos que apenas puedo escribir.

Poco a poco, y mientras Claudia y yo conversamos, logro normalizar mi estado y, aunque la mayor parte del tiempo sólo habla de Derek, pasamos unas horas bastante agradables. Cuando llega la cuenta y estoy a punto de pedirle prestado a mi amiga, ésta se adelanta y la paga completa. De regreso a casa, y tras pasar por donde está mi coche, disimulo que me abrocho la zapatilla y, aprovechando que ya es de noche, con un hábil movimiento, logro recuperar mis cosas sin que se dé cuenta. Sin duda, el día ha sido intenso hasta el último momento...

* * *

A la mañana siguiente, Claudia se levanta temprano como me adelantó el día anterior y, tras despedirnos, se marcha. Me habría gustado que se quedara más tiempo, pero las obligaciones siempre están primero. Me echo sobre el sofá, cambio varias veces de canal y recuerdo que tengo que llamar a Derek. Ayer, con el susto, ni siquiera le di las gracias. Marco su número y espero. Tras agotar todas las llamadas y no obtener respuesta, recuerdo que es sábado, y aunque yo tengo el día libre, él trabaja. Me doy una ducha rápida y decido darle una sorpresa. En vez de empezar el lunes en el gimnasio como habíamos acordado, empezaré hoy. No puedo esperar a ver su cara.

Al llegar, me extraña enormemente que haya tantas plazas de aparcamiento libres, y es sólo porque veo el coche de Derek que sé que está abierto. Alcanzo mi mochila, en la que he metido una botella de agua y una toalla, y me dirijo al interior. Pero al llegar a la puerta me encuentro en ella un cartel escrito a mano con grandes letras:

HOY LAS INSTALACIONES PERMANECERÁN CERRADAS.

DISCULPEN LAS MOLESTIAS

«Qué extraño», me digo, pero aun así empujo y, sin ninguna dificultad, la puerta se abre.

Entro sin hacer ruido y oigo a varias personas hablar. No sé lo que dicen, pero parecen estar discutiendo. Dudo por un momento, pero la curiosidad me puede y continúo caminando por el largo pasillo. A medida que me acerco, las voces se intensifican y, cuando decido marcharme al entender que no es un buen momento, una de las puertas se abre y lo que veo me hiela la sangre...

Capítulo 14

Derek tiene la espalda pegada a la pared mientras que dos personas sujetan sus brazos y una tercera lo agarra por el cuello. Me escondo rápidamente y, paralizada, observo lo que está ocurriendo. Derek no se mueve ni se defiende, simplemente mira a un punto fijo mientras quien le está apretando la garganta le habla en otro idioma. Sin saber muy bien qué está pasando, busco en mi bolso el teléfono con intención de pedir ayuda y, cuando todavía lo estoy sacando, comienzan a hablar en español.

—Diez mil para el mes que viene o atente a las consecuencias. —Derek deja de mirar al vacío para lanzarle una mirada de odio—. ¿Entendido? —insiste el otro, pero sigue sin darle respuesta—. ¡¿ENTENDIDO?! —grita al tiempo que lo zarandea, y finalmente asiente por obligación.

En ese momento, el sonido de un teléfono los interrumpe y el que le está presionando responde:

—Sí, estamos con él. —Escucha—. Ya está informado. —Mira a Derek—. Lo tendrá todo en treinta días. —Cuelga y se le acerca de nuevo—. ¿Verdad, Golán?

«¿Golán? —me pregunto a mí misma—. ¿Por qué ha llamado así a Derek?»

Antes de que encuentre una respuesta, hablan de nuevo.

—Volveremos dentro de cuatro semanas. Haz lo que se te ha pedido y no tendrás que lamentarte después. —Lo sueltan y, cuando salen del cuarto para marcharse, me escondo aún más. Espero varios segundos así y, sólo cuando dejo de oír sus pasos, vuelvo a respirar con normalidad.

En cuanto me aseguro de que ya no están, asomo de nuevo la cabeza y vuelvo a ver a Derek. Esta vez, en lugar de estar de pie, está sentado en el suelo y tiene agarrado con fuerza su cabello. Pienso por un momento en ir hasta él para

consolarlo, pero recuerdo lo que pasó la última vez y me detengo. La tensión que debe de tener ahora mismo es enorme y prefiero que se calme primero. Si vuelve a pasar lo de la vez anterior, posiblemente sea el fin de nuestra amistad.

Mientras dejo pasar algunos minutos, varias preguntas asaltan mi mente: «¿Qué diablos está pasando? ¿Se habrá metido en algún lío? ¿Deberá dinero a alguien?». La preocupación que siento hacia Derek crece por momentos y me angustio. Sé que me lo va a ocultar, pero tengo una gran necesidad de ayudarlo. ¿Cómo lo hago? El sonido de su cuerpo levantándose me saca de mis pensamientos y con el rabillo del ojo puedo ver cómo se acerca a una especie de saco de boxeo, toma una gran bocanada de aire, aprieta los puños y grita al tiempo que lo pateo con fuerza. Es tanta la rabia con que lo golpea que la gran bolsa de cuero no tarda en comenzar a desprender polvo y arena. Aprovechando que está de espaldas a la puerta, viene a mi mente una idea y no tardo en llevarla a cabo. Salgo de mi escondite y, sabiendo que no me ve, corro en silencio hasta la salida. Una vez fuera, inspiro profundamente y vuelvo a entrar como si fuera la primera vez que lo hago. Si todo sale como espero, nunca sabrá que ya he estado aquí.

—¿Derek? —disimulo—. ¿Hola? —Camino en dirección contraria a la suya y sigo fingiendo—. ¿Estás?

El plan no tarda en funcionar.

—¿Qué haces aquí? —Aparece por mi espalda y se sorprende al verme.

—Hola —sonríó como si nada, aunque no puedo evitar fijarme en las marcas que ese animal ha dejado en su cuello y en uno de sus pómulos. Debí de golpearlo antes de que yo llegara, porque no recuerdo que lo hiciera mientras he estado aquí.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Aunque de sobra lo sé, necesito seguir actuando para hacerlo más creíble.

—Me golpee con una... de las máquinas... —Pasa los dedos por su mejilla y mi vello se eriza al fijarme en su mirada. Está mucho más ensombrecida y turbada que la última vez y no tardo en tener un mal presentimiento. Aquí está pasando algo mucho más grave de lo que creo.

—¿Te... te encuentras bien? —Cuando intento acercarme para observar mejor

su lesión, se aparta.

—Sí, estoy bien —responde seco, y me arrepiento de haber regresado. Cuando salí, debería haber vuelto a casa.

—Yo... —No sé qué más decir. Viendo que no está receptivo, decido marcharme—. Mejor hablamos mañana.

Cuando doy un paso atrás con esa intención, sus dedos me agarran.

—Espera. —Expulsa el aire de sus pulmones—. Lo... siento. Hoy no es un buen día para mí.

—No pasa nada, tranquilo —le quito importancia para no hacerle sentir peor—. Ya nos veremos en otro momento. —Hago el intento de marcharme de nuevo, pero no me suelta. Miro entonces hacia donde su mano sujeta mis ropas y veo sangre en sus nudillos. Al darse cuenta, esconde la mano rápidamente.

—Sandra... —cierra los ojos con fuerza, como si estuviera batallando contra algo—, no te vayas. —Su voz suena agobiada.

—¿Prefieres que me quede?

Está tan confundido que ni siquiera sabe lo que quiere.

—No lo sé. —Peina su cabello nervioso—. Bueno, sí lo sé, pero... ¡JODER! —grita sin que lo espere, y camina de un lado para otro con las manos entrelazadas en la nuca. Realmente lo está pasando mal—. Sandra, nunca más vuelvas a venir sin avisar, ¿de acuerdo? —Me mira fijamente y por su reacción entiendo que le asusta la idea de que me haya podido pasar algo. Es posible que ésa sea la razón por la que me presionó para que me fuera la última vez.

—Derek... —me preocupa verlo tan perturbado—, dime qué te tiene así —trato de que hable—. Dímelo para que pueda ayudarte. —Se mantiene en silencio y por una décima de segundo estoy a punto de confesarle lo que he visto para ponérselo más fácil, pero me detengo en el último momento. Es algo que debe contarme él.

—No puedo. ¡No puedo! —Sus ojos se llenan de lágrimas por la angustia, cierra el puño y golpea con fuerza la pared.

—¡No! —Corro para detenerlo. Debo evitar que se haga más daño.

—¡Suéltame! —Se mueve bruscamente y su codo choca contra mi hombro, haciéndome perder el equilibrio—. ¡Sandra! —Me sujeta en el último momento

evitando que me caiga—. Mierda, mierda, mierda... —repite sin parar mientras me quejo—. Lo siento, lo siento... —Masajea con su mano mi clavícula y comienzo a llorar desconsolada. No por el golpe, sino por la impotencia de verlo así, pero no se lo digo—. ¿Te duele mucho? —Niego—. ¿Estás bien? —No contesto y retira con cuidado el cabello de mi cara para verme mejor—. Perdóname. No quería hacerte daño... —Seca mis lágrimas con sus dedos y me abraza mientras sollozo en su hombro—. Lo siento mucho, de verdad. Soy un imbécil... —Me estrecha más fuerte entre sus grandes brazos y ese gesto hace que me sienta mejor.

Tras un par de minutos así, y cuando estamos algo más calmados, coloca sus manos a ambos lados de mi cara y tira lentamente de mí hasta encontrar mis ojos.

—¿Mejor? —Acaricia mis pómulos y espera una respuesta.

—Sí... —Nuestros cuerpos están tan juntos que puedo notar el movimiento de su respiración, mucho más pausada y profunda que hace tan sólo unos segundos.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Su mirada ha cambiado completamente. Sus ojos marrones vuelven a ser los de siempre, sólo que esta vez hay algo diferente en ellos. No sabría explicar exactamente qué, pero me gusta.

—No hace falta. —Me cuesta hablar y trago saliva sin dejar de mirarlo. Nunca lo había tenido tan cerca, y lo más extraño de la situación es que tampoco siento ningún tipo de vergüenza. Como si ése hubiera sido siempre mi lugar, o estuviera destinado para mí.

—Sandra... —Sus pupilas dilatadas me atraen como un potente imán, y me gustaría que el mundo se parase en este mismo instante. Jamás me había sentido así y no quiero que se acabe.

Intenta decir algo más, pero se detiene para acariciar lentamente mi rostro y mi pulso se acelera. Su contacto es mucho más de lo que puedo soportar, y cientos de corrientes eléctricas hacen que mis piernas pierdan su fuerza.

—Quizá debería... —intento hablar, pero su pulgar me silencia y, con delicadeza, dibuja la línea de mi boca.

Humedezco mis labios en respuesta y él muerde los suyos a la vez que inspira profundamente. Pestañea despacio, se acerca como si quisiera probar el sabor de

mi respiración y, sin que lo espere, roza la suave piel que cubre mi boca con la suya. Ese simple gesto despierta sentimientos tan grandes dentro de mí que por un momento creo estar soñando. Esto no puede estar pasándome a mí...

Se aparta con la misma lentitud con la que se acercó y, tras mirarme fijamente a los ojos para asegurarse de que estoy bien, vuelve a besarme, pero esta vez apropiándose de mis labios como si fueran suyos y transformando nuestro tímido beso en uno mucho más apasionado. El calor de su aliento me embriaga por completo y se vuelve tan adictivo que no puedo evitar rodear su cuello con las manos y devolverle el gesto. A medida que nuestras lenguas se buscan y se acarician, aparece una dulce ansiedad en mi vientre que, tras extenderse por todo mi cuerpo y emborronar mis sentidos, deja paso a un descontrol y a una provocación imposibles de manejar. Las manos de Derek se pierden entre mi pelo y presionan mi cabeza contra la suya, asegurándose de que no me pueda apartar. Su lengua impaciente recorre cada milímetro de mi boca con codicia y sus jadeos ansiosos me encienden cada vez más. No sé en qué momento tocamos la pared, pero su cuerpo caliente presionándome contra el frío cemento hace que me excite tanto que la humedad entre mis piernas no tarda en aparecer.

—Derek —gimo cuando su boca se aparta de la mía para lamer mi cuello, y recibo un gruñido en respuesta.

Enreda sus dedos en mi camiseta y, con avidez, tira de ella hasta que acaba hecha un ovillo en el suelo. Observa la forma de mis pechos, aún atrapados en el sostén, y aunque todavía no puede verlo, mis pezones se hinchan tanto que duelen. Repasa mi cuerpo con la mirada y, sin saber muy bien por qué, los nervios me traicionan y comienzo a temblar.

—¿Estás bien? —Se preocupa en un momento de lucidez. Asiento incapaz de usar mi voz y apoya su frente sobre la mía en un vano intento de autocontrol—. Dios... Me estás volviendo loco, Sandra —susurra al tiempo que pasa sus manos por mi cintura y me presiona contra él—. Eres tan jodidamente hermosa...

Capítulo 15

Esa frase hace que baje rápidamente de la nube en la que estoy subida y me siento como si alguien me hubiera golpeado en el estómago. ¿Cómo puede decir eso? Me aparto de él y, con la respiración todavía agitada, le hablo.

—¿Hermosa? No, no, no... ¿Acaso estás ciego o es que te estás burlando de mí? —Mi autoestima cae al suelo.

—¿Qué? —Me mira como si no creyese lo que estoy diciendo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué me has besado? —Lo primero que pasa por mi cabeza es que necesita dinero. Si mal no recuerdo, las personas que estuvieron antes aquí le pidieron diez mil, e intuyo que todo este teatro tenga algo que ver con eso.

—Por... porque me ha salido así —pestañea confuso—. Me he dejado llevar y... ¿Te ha molestado?

—¡Sí! ¡No! No lo sé. —Cruzo los brazos sobre mi pecho para taparme y busco la camiseta. Empiezo a sentirme demasiado desnuda delante de él—. Sé lo que pretendes... —balbuceo mientras me visto—. Necesitas... y eso te ha llevado a... —Cierro la boca antes de meter la pata.

—Sandra... —intenta acercarse, pero me aparto. Tengo que irme de aquí cuanto antes. Demasiadas cosas en muy poco tiempo. Después de esto, no me cabe duda de que nuestra amistad ha llegado a su fin—. Espera, por favor...

—Tengo que irme. —Con pasos largos, me dirijo a la salida.

—¡Sandra, joder! —Camina junto a mí—. Hablemos de esto. No puedes irte así.

—Claro que puedo. —Me siento tan utilizada que la rabia no me permite mirarlo.

—Discúlpame, por favor. No quería hacerte sentir mal. No era mi intención...
—Se le atorán las palabras.

—Yo... no entiendo por qué eres así.

Cuando voy a empujar la puerta para salir, pone sus manos sobre ella.

—¡Sandra! —grita angustiado al ver que lo ignora—. ¡Escúchame de una puta vez, joder! —Se coloca delante para cortarme el paso—. Si tanto te ha molestado mi beso, ¿por qué me lo has devuelto? —Pasa la lengua por sus labios como si todavía pudiese saborearme—. Has logrado erizar cada centímetro de mi piel. —Me mira esperando una explicación, pero sólo agacho la cabeza. No quiero seguir hablando. Tras esperar unos segundos y viendo que no tengo intención de responder, continúa—: ¿Por qué iba a burlarme de ti? ¿Eh? —Traga saliva y cambia su peso de un pie a otro—: ¿Acaso me ves ese tipo de persona?

—No me gusta la gente que miente y manipula para conseguir lo que quiere —acierto a decir entre dientes.

—¿Qué? —Sus ojos se abren—. ¿En qué momento he hecho yo eso?

—Quiero irme... —exijo.

—Mierda... —Exhala como si creyera entender lo que pasa—. No te he mentado cuando te he dicho que eres hermosa, Sandra. —Coloca su mano en mi barbilla y levanta mi cara—. Ni tampoco quiero conseguir nada con ello. No es mi estilo.

—No quiero seguir con esta conversación —digo al borde de las lágrimas. Empiezo a sentirme verdaderamente mal. Lo he descubierto. ¿Por qué sigue insistiendo?

—Entonces ¿es eso? —Me mira sorprendido.

—Si buscas dinero, te has equivocado de persona —digo sin más. Necesito zanjar esto cuanto antes y andando con rodeos sólo lo alargaré más.

—¿Qué? —Arruga la frente en un gesto molesto—. No sé de dónde te sacas eso, pero me estás ofendiendo, y mucho.

—¿Y cómo diablos explicas que me hayas besado?

—¿Qué? —repite, y se aparta incrédulo.

—¿Acaso una persona como tú besaría a alguien como yo si no fuese por interés? —Mis lágrimas comienzan a caer descontroladas.

—Me estás decepcionando, Sandra. —Hace un intento de irse, pero lo piensa mejor y al momento regresa—. Mírame. —Lo ignoro—. Sandra, mírame. —Insiste tanto que, poco a poco y a medida que los sollozos me lo permiten, lo hago. Espera a que nuestras pupilas se topan y continúa—: Es cierto que hoy no me has encontrado en mi mejor momento, pero... ahora que hemos llegado hasta aquí, necesito confesarte algo. —Vuelve a cambiar, nervioso, el peso en sus pies—. Sandra, llevo días sin poder sacarte de mi mente y, cada vez que estamos juntos, tengo que... —alza la mirada como si mirase al cielo y vuelve a centrarse en mí— tengo que contenerme para que no pase lo que acaba de ocurrir. —Mi corazón se detiene y al segundo late tan rápido que creo poder desmayarme. No puedo estar oyendo eso. ¿Es una declaración? ¿Pretende hacerme creer que alguien tan impresionante como él se ha fijado en mí? No..., eso no puede ser posible—. Todo este tiempo te lo has pasado hablándome de Claudia y ya no sabía qué hacer para que te dieras cuenta de que quien me interesa eres tú, pero tus malditos complejos no te dejan ver más allá...

—No... —niego con la cabeza.

—¿No, qué?

—Te estás equivocado. —Si hay algo de cierto en lo que dice, debo sacarlo de su error. No tengo nada que ofrecerle.

—¿Por qué crees eso? —Pone sus manos en mis brazos y me tenso.

—Yo..., mi cuerpo es horrible, ni siquiera soy guapa... —Cierro los ojos con fuerza. Describirme siempre me ha resultado extremadamente difícil, y añadir a la descripción mis defectos, mucho más—. Estoy gorda, no puedo ser tu tipo...

—Eso no es verdad. Me gustas.

—No, no puedo gustarte. Es imposible... —Mi vello se eriza.

—Sandra, ¿no te das cuenta de que, por mucho que te empeñes en negarlo, no vas a conseguir que eso cambie? —De nuevo me deja muda—. Sólo respóndeme a una pregunta —agarra mis manos y las coloca sobre su pecho—, y sé sincera, por favor. ¿Tú sientes algo por mí?

—Eh..., esto... —Mi boca se seca—. Creo que... —Mis manos comienzan a sudar y tiro de ellas para recuperarlas—. Yo no sabría... —Mi respiración cada

vez es más irregular y las palabras me abandonan. ¿Cómo pretende que le responda a algo así?

—¿Te das cuenta? —Lo miro esperando que continúe para saber por qué dice eso—. Ni siquiera es algo que te hayas planteado, ¿verdad? Estás tan convencida de que no le atraes a nadie que en tu cerebro has anulado esa posibilidad.

—Tengo... tengo que irme —digo totalmente confundida. Parece tan sincero que ya no sé qué creer. Sus palabras resuenan en mis oídos y el nerviosismo apenas me deja respirar—. Lo... siento...

Asiente entendiendo mi angustia y se aparta para que pueda salir.

—¡Sandra! —grita mientras me alejo, y aunque sé que viene detrás, me niego a girarme. Dice algo más que no entiendo y corro hasta mi coche. Nada más subir, arranco el motor y me marcho de allí.

—No, no, no, no... —recito sin parar mientras doy marcha atrás—. ¿Qué coño ha pasado ahí dentro? ¿Por qué me ha besado? Y yo, ¿por qué he actuado así?

Cientos de preguntas se agolpan en mi mente mientras acelero y me incorporo a la carretera. Me aterra la idea de que todo forme parte de una broma macabra. Por momentos he temido que dijera que todo era mentira, dejándome en ridículo. O que fuera una broma de cámara oculta. No puede ser que él, quien prácticamente es un modelo, se haya fijado en mí. ¡Es imposible! No tengo nada que ver con las chicas que frecuentan el gimnasio. Puede tener a la que quiera... ¿Por qué ha hecho eso?

Un fuerte pitido me saca de mis pensamientos y tengo que dar un volantazo para esquivar a un camión que viene de frente. Estoy tan ausente pensando en lo ocurrido que ni siquiera me había dado cuenta de que he invadido el carril contrario. Salgo de la carretera lo más rápido que puedo y me detengo en el arcén para intentar recuperarme del susto. He estado a punto de matarme, o, lo que es peor, de provocar un accidente y matar a alguien más.

Cruzo los brazos encima del volante y apoyo la cabeza sobre ellos para liberar la tensión que tengo acumulada. Necesito relajar mi espalda como sea o mañana no podré levantarme de la cama. Cierro los ojos para hacer más soportable el latido de mis sienes y, aunque oigo un coche detenerse cerca, no le presto la más mínima atención. Inspiro profundamente y, cuando menos lo espero, mi puerta

se abre y me encuentro de frente con Derek. ¿Qué hace aquí? ¿Me estaba siguiendo?

—¡Maldita sea! —grita, asustándose—. ¡Has estado a punto de...! ¡Ese camión podría haberte...! —Debe de haber visto lo que ha pasado—. ¿Por qué coño no conduces con más cuidado? ¡Vas a matarte! —Se mueve nervioso.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me has seguido?

—¡Porque se te cayó esto! —Abre la mano y en su palma aparece uno de mis pendientes favoritos. Debió de caérseme cuando me quitó la camiseta—. Sé... —aprieta sus labios y se esfuerza por calmarse— sé lo importantes que son para ti... —En cierta ocasión le conté que me los regaló mi abuela.

—Gra... cias... —Me sorprende que, después de todo lo que le he dicho, se haya preocupado de devolvérmelo.

Observa cómo me lo coloco y, cuando termino, mira hacia su coche y noto que está pensando en algo.

—Vete al otro asiento —dice serio.

—¿Por qué? —Temo que quiera hacerme algo. Después de lo que he visto hoy, ya no me fío de nada.

—Voy a llevarte a casa.

—Puedo ir... sola... —Trago saliva con dificultad.

—No después de lo que has hecho antes —me discute.

—¡Puedo sola! —repito nerviosa.

Con un ágil movimiento, saca la llave del contacto y se aparta.

—No vas a conducir hasta que te calmes.

—Dame mis llaves. —Salgo del coche cabreada y trato de quitárselas, pero es mucho más alto que yo, y, aunque salto, no llego a alcanzarlas—. ¡Deja de hacer el gilipollas! —digo furiosa—. ¿Quién te crees que eres para tratarme así? —Lloro angustiada. ¿Por qué me trata así?

—Si quieres volver a casa, sube al maldito coche, pero seré yo quien conduzca o no te moverás de aquí.

—¡No me lo puedo creer! —Miro al cielo buscando un poco de paciencia, es aún más cabezota que yo—. ¡Está bien! —Subo al asiento del pasajero y cruzo

los brazos en señal de desaprobación. Cuando sube él, juraría que veo el reflejo de una sonrisa en su rostro y eso me molesta aún más.

Durante los siguientes minutos, ninguno dice nada y el silencio se vuelve cada vez más incómodo. En una de las veces puedo ver con el rabillo del ojo que se mueve nervioso y está demasiado atento al retrovisor. Vuelve su atención a la carretera y de nuevo al espejo, pero esta vez lo hace con una expresión de preocupación.

—Mierda —vocaliza, y no se me escapa. Pone el intermitente y gira por la salida que no es.

—¿Adónde vas? —pregunto extrañada.

—A tomar un atajo.

No conozco demasiado bien la zona, pero podría apostar cualquier cosa a que, precisamente en esa salida, lo que menos hay es un atajo...

Capítulo 16

Cuando gira, mi cuerpo toca el suyo debido a la inercia, pero no digo nada. Como puedo, me coloco de nuevo y trato de mantener la calma. No me apetece nada seguir discutiendo con él. Derek vuelve a mirar el retrovisor y, tras apretar los dientes, toma otra calle. Esta vez me muevo hacia el lado contrario y me sujeto fuerte al asiento para evitar chocar contra la puerta.

—¿Qué coño estás haciendo? —digo al fin. Si sigue así, el que provocará el accidente al final será él.

No contesta y sigue centrado en la carretera. Tras varios minutos conduciendo bastante más rápido de lo legalmente permitido, y aunque intuyo lo que está pasando, vuelvo a preguntarle. Quiero que me lo diga de una vez:

—¿Puedes decirme qué diablos pasa? —Se mantiene en silencio—. ¡Derek! —Parpadea—. Dime qué está pasando ahora mismo o te juro que tiro del freno de mano.

Esa frase hace que reaccione y, tras mirarme por un segundo, vuelve sus ojos al espejo.

—Ya estamos llegando...

—¿Adónde? —inquiero.

—A tu casa.

—¿Crees que soy idiota? —espeto indignada—. ¡Vamos en sentido contrario!

—Es que... me he perdido —intenta salvar la situación, pero ya no aguanto más.

—¿Y el que nos sigue también se está perdiendo con nosotros? —Tensa la mandíbula y, cuando trata de decir algo, nada sale de su boca—. ¿Qué está pasando contigo, Derek?

—Es... es un idiota que se picó antes porque lo adelanté —sigue inventando.

—No hemos adelantado un maldito coche hasta que empezaste a conducir como un loco.

—Sí lo hemos hecho, pero no te has dado cuenta.

—¡Deja de mentirme! —Mi paciencia ha llegado a su límite—. ¿Son los mismos que estaban hace un rato en el gimnasio?

—¿Qué? ¿Cómo...? —Me mira sorprendido—. ¿De qué hablas?

—¡Los he visto! —Aprieto mis puños con rabia—. ¡Llegué cuando ellos estaban allí!

—¿A quiénes has visto? —Todavía tiene esperanzas de que no sea lo que cree.

—Te tenían agarrado por el cuello y...

—¡JODER! ¡MIERDA! —Golpea el volante con tanta fuerza que nos movemos hacia un lado y tiene que rectificar la marcha—. ¡MIERDA! ¡MIERDA! ¡MIERDA! —Acelera más y me pego al asiento—. ¡¿TE HAN VISTO?!

—No... No me vieron. —Tanta velocidad me asusta y me cuesta centrarme en lo que estoy diciendo—. Me escondí antes de que eso ocurriera.

—¿Estás segura? —pregunta todavía alterado.

—Sí, completamente. Estuve todo el tiempo en el cuarto que hay al lado. —Mi explicación hace que expulse el aire de los pulmones y vuelve a revisar el espejo.

—De acuerdo... —Humedece sus labios—. Si no te han visto, todavía estás a salvo.

—¿A salvo de qué? —Esto cada vez me huele peor.

—De que toda mi mierda te salpique.

—¿Qué mierda? —Trato de hablar con calma para no descontrolarme.

—No quiero seguir hablando del tema.

—¿En qué andas metido, Derek? ¿Por qué te estaban exigiendo dinero?

—No es dinero lo que quieren...

—¡Oh, vamos! Los oí claramente pedirte diez mil... —No me puedo creer que después de haberlo descubierto, me siga mintiendo.

—Te repito que no buscan dinero. —Mira hacia atrás y de pronto sus hombros se relajan—. Creo que estamos de suerte. No eran ellos. Se han metido por otra calle —trata de cambiar de tema, pero no se lo permito.

—Entonces ¿qué quieren? —Lo que acaba de ocurrir, aunque haya sido una falsa alarma, me implica de alguna manera y necesito saber a qué atenerme.

—No necesitas saber más.

No hay forma de sacarle una sola cosa y comienzo a alterarme.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? —Mi sangre hierve—. Hasta ahora mismo creías que nos estaban siguiendo. Debería saber al menos a qué he estado a punto de enfrentarme, ¿no crees?

—Tú a nada. Esto no es asunto tuyo. —Levanta el pie del acelerador y modera la velocidad—. De lo único que tienes que preocuparte ya es de seguir con tu vida como has estado haciendo y olvidarte de todo lo que ha ocurrido hoy.

—Qué fácil es para ti, ¿verdad?... —Cruzo los brazos y miro por la ventanilla. Se acabó, no pienso seguir insistiendo.

—Es mejor así. Créeme. —Muerde sus labios mientras mira al frente y no puedo evitar pensar en nuestro beso.

«¿Querrá que lo olvide también? Si no es por dinero como asegura..., ¿por qué lo hizo...?» Ni siquiera puedo terminar de plantearme esa pregunta y la descarto rápidamente de mi mente. No siente nada, sólo soledad..., pretende convertirme en su pasatiempo hasta que encuentre a alguien. No pienso dejar que me enamore porque sé que me hará daño. Debo ser realista: si cedo, en cuestión de días me romperá el corazón. Nunca podré competir con las chicas con las que trabaja.

—De acuerdo, así será. Lo olvidaré todo. —Algo en mi voz llama su atención y frunce el ceño, pero no dice nada.

Mientras continuamos de camino a casa, el silencio se vuelve cada vez más incómodo y lo único que quiero es llegar cuanto antes. Él también parece estar pensando lo mismo, porque se mueve nervioso.

—Sandra... —Su voz entra a cañón en mis oídos—. No era mi intención que ocurriera esto.

—No te preocupes —le quito importancia.

—Sí me preocupo. Me preocupa cómo te sientes o qué puedes estar pensando de mí. —Noto su mirada, pero evito devolvérsela—. Aunque todo esto pueda parecer lo contrario, no soy un delincuente. Es cierto que estoy metido en un gran problema, pero no ha sido porque yo lo haya buscado..., al menos no ahora.

—OK —respondo con sequedad para evitar seguir hablando, aunque con esa pista ya me puedo hacer varias ideas.

—Necesito que confíes en mí. —Inspira profundamente—. Hay cosas que no se pueden contar por lo que hay en juego, y créeme que ésta es una de ellas.

—No voy a hacer más preguntas —repito en el mismo tono.

—Pero no me gusta que estés así...

—Ya se me pasará.

Llegamos por fin y, cuando aparca, estiro mi mano para que me entregue la llave y, nada más hacerlo, me despido fríamente.

—Que pases buen día.

—¡Joder! —exclama—. ¿Eso es todo? No quiero que te enfades conmigo.

—No estoy enfadada, o sí, no lo sé. Mañana Dios dirá. —Me marchó y oigo sus pasos detrás.

—Espera, por favor. —Sus manos me detienen y pongo los ojos en blanco—. Lo que ha pasado en el gimnasio...

—¿Qué ha pasado en el gimnasio? Ya lo he olvidado. —Sonrío con malicia y, por la expresión de su cara, sé que le molesta.

—¿Por qué eres tan cría? —Empieza a perder la paciencia.

—¿No es eso lo que tú me has pedido?

—No, no es eso exactamente lo que yo te he pedido. Me refería a que olvidaras lo que ha pasado con esos... —Detiene la frase para evitar darme más detalles.

—Mira..., estoy cansada y quiero dormir un rato. Claudia se fue temprano y...

—¿Te veré el lunes? —No me deja terminar. Sabe de sobra que son excusas.

—No lo sé.

—Me prometiste venir...

—Eso fue antes de que pasara todo esto.

—No le des más vueltas, por favor. —Mira a un punto fijo—. Voy a

solucionarlo. Te lo prometo, y en cuanto esto acabe, te contaré todo lo que necesites saber.

—Ya no me interesa. —Es cierto que me estoy comportando como una cría, pero no puedo evitarlo. Es mi forma de desahogarme.

—Sandra —me interrumpe de nuevo—, perdona que sea tan pesado, pero eres una persona muy importante para mí y quiero seguir teniéndote a mi lado. —Traga saliva—. Tengo miedo de que quieras terminar con nuestra amistad hoy... —Sus palabras hacen que mi enfado comience a desaparecer. ¿Quién puede resistirse a una disculpa así?—. No quiero pasarme los días esperando a que me hables o preguntándome si volverás a hacerlo. —Odio que tenga tanto poder sobre mí. Es como querer nadar a contracorriente—. Necesito saber que estamos bien antes de irme...

—No sé qué voy a hacer contigo —me rindo, imposible seguir molesta.

—Yo podría decirte unas cuantas cosas. —Ríe y, cuando comprendo lo que ha querido decir, me abraza para que no pueda decir nada—. Lo siento, pero necesitaba soltar una idiotez para romper la tensión. —Exhala cansado y lo entiendo. Yo también me siento así—. Lamento mucho haberte hecho pasar por esto. —Besa mi cabeza.

—Ahora comprendo a mi madre cuando me dice que voy a acabar con ella —digo contra su pecho, y lo noto moverse al reír.

—La mía también lo decía... —Suspira apenado y ese detalle no se me escapa. ¿Habrá muerto?—. Oh, mierda..., debo irme ya. —Se aparta despacio y lo miro extrañada—. Creo que dejé el local... —Su teléfono suena en ese momento y se aleja rápidamente para atender la llamada—. ¿Hola? —Alguien le habla y abre los ojos como platos—. Yo... estoy cerca. —Escucha—. ¿En serio?, voy para allá ahora mismo. No sé cómo ha podido ocurrir... —Me mira—. Sí, sí, espérame... —Cuelga y vuelve a mirarme.

—¿Qué ocurre? —indago preocupada.

—¡Tengo una mala suerte increíble! —Mira al cielo—. Mi jefe está en el gimnasio y dejé la puerta abierta.

—¿En serio? —Ahora sé lo que me iba a decir antes de que lo interrumpiera la llamada.

—Dios..., la que me va a caer. —Pone las manos en su cabeza y camina nervioso.

—¿Es muy severo? —Temo que pierda su empleo.

—No..., aunque conmigo un poco sí, ya me ha perdonado muchas.

—¿Muchas? —pregunto mientras mira algo en su teléfono.

—Sí, él ha pasado por algo parecido y me está ayudando en lo que puede, pero no sé hasta cuándo podrá... —Me mira como si supiera que ha metido la pata—. ¿Tienes tú el número de la central de taxis? Necesito uno... —Cambia de tema, la distracción con el teléfono le ha hecho hablar más de la cuenta.

—Creo que sí... —Busco mi móvil—. ¡Anda! ¡Mira! —Señalo al frente—. Al final no vas a tener tan mala suerte. Viene uno por ahí y está libre.

—¡Genial! —Alza su mano para que se detenga y, antes de ir hasta él, vuelve a dejar otro beso en mi cabeza—. Gracias por todo, te llamo luego. —Se marcha corriendo y, cuando voy a girarme para dirigirme a la casa, me llama—: ¡Sandra! —Lo miro—. Digas lo que digas, ¡sé que te ha gustado nuestro beso!

Sube al taxi dejándome con la palabra en la boca, y, aprovechando que ya no me ve, sonrío. Después de todo, no puedo quitarle la razón, realmente me ha gustado y, ahora que ya no tengo tan claro que haya sido por un beneficio, mucho más. ¿Será verdad lo que me ha dicho?... En todo este tiempo ha mostrado mucho interés hacia mí y se ha preocupado continuamente por hacerme sentir bien, más incluso que Juanjo al principio. Sin contar todo el tiempo que me ha dedicado. ¿Quién en su sano juicio haría algo así si no es porque tiene sentimientos hacia esa persona?

En mi estómago comienzan a revolotear mariposas y entiendo que he perdido la batalla. Lo que más temía está pasando. He caído en sus redes y ya no puedo hacer nada para remediarlo. Observo cómo se aleja y una pregunta que nada tiene que ver viene a mi mente. ¿Qué debió de pasar con el taxi que Juanjo y yo dejamos esperando en la puerta de mis padres el día que nos quedamos pegados? Río de nuevo y, antes de entrar en la casa, por un segundo creo ver que cruza la calle el coche que nos estaba siguiendo antes...

Capítulo 17

Cuatro horas después, y como me adelantó antes de marcharse, Derek me llama por teléfono.

—¿Sí? —respondo desorientada. Estaba tan cansada que, en cuanto me senté frente al televisor, me quedé dormida.

—¿Sandra?

—Sí, dime. —Carraspeo y me siento.

—¿Te he despertado?

—Un poquito —me estiro—, pero no pasa nada. Tengo que colocar un montón de cosas. —Todavía almaceno algunas cajas apiladas desde la mudanza. Nunca encuentro el momento.

—¿Necesitas ayuda? Mi jefe acaba de irse.

—No, tranquilo. —Froto mis ojos—. ¿Qué tal ha ido? Se ha enfadado mucho.

—Un poco, la verdad... —Aunque no puedo verlo, sé que se está rascando la cabeza. Es un gesto que suele repetir mucho cuando está preocupado.

—Pero... ¿tendrás problemas? —Sin quererlo, mi corazón reacciona de nuevo. Llevaría bastante mal que lo despidieran o lo destinaran a otra ciudad. Cada día me siento más identificada con Claudia.

—No lo creo, sólo me ha caído una buena regañina, y no le falta razón. Han invertido mucho dinero en esas máquinas y debo tener más cuidado.

—¿Le has contado lo que...?

—No —me interrumpe—. No quiero preocuparlo; además, mi jefe cree que aquello ya pasó... y..., bueno, voy a solucionarlo, así que no hace falta que se entere —le quita importancia.

—Bueno. Tú mejor que nadie sabes lo que haces —resoplo poco convencida.

No sé en qué anda, pero la cosa se ve demasiado seria como para tener una solución rápida—. Oye... —Ahora más tranquila, necesito disculparme por lo que sucedió antes. Reconozco que mis películas mentales me hicieron llevarlo todo al extremo y debería haber actuado de una forma más madura.

—Perdona, Sandra. Tengo que dejarte. —Su voz cambia y suena apurada—. Te llamo en otro momento, ¿vale? —Me deja con la palabra en la boca y, antes de que le dé tiempo a colgar, oigo un fuerte golpe y a alguien hablar.

—¿Derek? —Sé que ya no está al otro lado, pero no puedo evitar nombrarlo. Miro el teléfono con preocupación y, tras pensarlo detenidamente, me decido a enviarle un mensaje aun a riesgo de parecer una paranoica.

Quando puedas, déjame saber que todo está bien, ¿OK?

Me recuesto en el sofá y, aunque tengo mil cosas que hacer, espero. No estaré tranquila hasta que reciba contestación. Reviso el teléfono una y otra vez, y con cada hora que pasa, una nueva película se forma en mi cabeza. ¿En qué momento me convertí en mi madre?

Me pongo en pie y camino por el salón para liberar tensión. Hoy el gimnasio estaba cerrado..., ¿quién puede haber entrado? Su jefe ya se marchó... ¿Y si alguien lo ha golpeado? «¡Ay, Dios! Así no puedo vivir ¿Y si lo han dejado inconsciente? O lo que es peor... ¿Y si lo han...? No, no, no...» Cojo el teléfono de la mesa y, cuando voy a llamarlo, me llega un mensaje: «Todo bien, tranquila». Aunque no me da más explicaciones, esa simple frase consigue relajarme lo suficiente como para poder respirar con tranquilidad.

—¿Qué te traes entre manos, Derek? —baluceo en un suspiro mientras miro al vacío.

¿Por qué tanto secretismo? Para una jodida vez que un tipo como él dice haberse fijado en mí, resulta ser una especie de delincuente con media mafia tras él... ¿Se puede ser más desgraciada? Inclino la cabeza a ambos lados para liberar la tensión de mi cuello y comienzo a desembalar las cajas. Al menos ahora, que sé que está bien, podré por fin hacer algo de provecho.

Mientras acabo de colocar todo, continúo dándole vueltas a lo que ha ocurrido en las últimas horas. Si no es dinero lo que buscan, entonces ¿qué es? Cansada

de buscarle una explicación al asunto y de no encontrar una respuesta que me convenza, camino hasta la cocina y me preparo algo de cena. Cuando termino, me cuesta un mundo fregar los platos y, aunque todavía es pronto, decido irme a la cama. Me duele bastante la cabeza y seguro que durmiendo se me pasa.

Lejos de lo que creía, a las dos de la madrugada todavía estoy despierta y, harta de dar vueltas en la cama, me levanto a por un analgésico. Tras esperar media hora a que me haga efecto, por fin el dolor mejora y logro conciliar el sueño.

Unas fuertes explosiones me despiertan y, creyendo que son disparos, me siento asustada sobre el colchón. Miro a mi alrededor buscando un lugar donde esconderme y, cuando logro centrarme, descubro que es el idiota de mi vecino usando una especie de martillo rompedor. Es la tercera vez que lo hace este mes. Parece que esté esperando a que me den un día libre para continuar con la reforma. Giro la cabeza hacia la ventana y, al ver que los rayos del sol entran por los pequeños agujeros de la persiana, alcanzo el teléfono y miro la hora.

—¿Qué? ¿Las tres y media? ¿He dormido trece horas de un tirón? —No recuerdo haber dormido tanto de seguido jamás. Ni siquiera cuando salía de fiesta con mis amigas.

Busco entre las notificaciones y no encuentro ninguna de Derek, siempre me da los buenos días y, extrañamente, hoy no lo ha hecho. Sin pensarlo demasiado, abro su conversación y se los doy yo. Espero un par de minutos y, al no obtener respuesta, aprovecho para darme una ducha.

Cuando termino en el baño, vuelvo a revisar el teléfono y, al no llegarme nada, decido llamar a mis padres. Siempre se quejan de que, si no lo hacen ellos, yo nunca me acuerdo.

Tras conversar durante varios minutos y ponerlos al día, vuelvo a mirar la pantalla y protesto en alto decepcionada. Entro en la aplicación y, al revisar su estado, mi corazón se salta un latido. Su última conexión es de ayer, justo cuando me escribió para decirme que todo estaba bien. ¿Por qué no ha utilizado su teléfono desde entonces? ¿Dónde está?

Si alguien pudiera verme actuar así, pensaría que soy una acosadora.

A medida que pasa el día, la cosa sigue igual, y aunque no quiero, comienzo a

darles forma a varias ideas, algunas bastante macabras, pero sobre todo a una en especial: ¿y si lo que le pasa es que se arrepiente de todo lo que me dijo y no sabe cómo enmendarlo? Convencida de que es como creo, me vengo abajo, y, cuando menos lo espero, mi teléfono me indica que tengo un mensaje nuevo. Corro hasta él y, cuando lo abro, una gran decepción me embarga al descubrir que es de Claudia:

Estoy hecha mierda. ¿Qué puedo hacer para no echarlo tanto de menos?

—Ojalá lo supiera... —murmuro. Me vendría muy bien en estos momentos.

«Hacerte a la idea de una vez», respondo, y por suerte no puede oír mi tono. Me cabrea que sea así. ¿En serio cree que repitiéndome lo mismo una y otra vez voy a poder ayudarla?

Desde que creí verlo en el restaurante, no paro de pensar en él.
Me pareció tan real...

Quando te obsesionas con alguien, crees verlo en todas partes.

Al enviarlo me doy cuenta de que estoy siendo demasiado borde con ella y no sé por qué.

Quizá sea eso... Oye, ¿te pasa algo?

Se ha dado cuenta.

No, nada, perdona. ¿Habéis vuelto a hablar?

Cambio de tema.

Sí, hace varios días, pero hoy le escribí, y aunque lo he revisado mil veces, no se ha conectado ni una sola.

Ese último mensaje me deja mal sabor de boca y la sombra de la preocupación vuelve. Cruzamos varias frases más y, viendo que sólo habla de lo mismo, busco una excusa y me despido. Por alguna razón, y aunque intento controlarme, comienza a molestarme que hable tanto de él. Ya debería haberse dado cuenta de que no quiere saber nada de ella. ¿Por qué diablos se pone tan

pesada? Preparo mi ropa de trabajo y todo lo que voy a necesitar cuando me levante y me voy a la cama. Llevaba toda la semana planeando cosas para estos días creyendo que los disfrutaría, y al final se han convertido en una auténtica mierda.

* * *

A la mañana siguiente, nada más despertarme, conecto los datos y por fin entre todas las notificaciones encuentro la que tanto he estado ansiando. Como si la vida me fuera en ello, abro el mensaje y, tras expulsar todo el aire de mi cuerpo, lo leo:

Buenos días, preciosa. Ayer creí que había perdido el teléfono, pero lo acabo de encontrar en el coche. *Sorry*.

Lo pego a mi pecho y, como si estuviera recuperándome de un gran orgasmo, me recuesto sobre el cabecero de la cama.

Con una tonta sonrisa en la cara, le respondo:

Buenos días, no te preocupes. No pasa nada.

—¿Que no pasa nada? —Me incorporo para reñirme. Después del día tan malo que pasé ayer, ¿cómo puedo decir que no pasa nada?

Al llegarme un nuevo mensaje, mi humor vuelve a cambiar. Definitivamente, soy bipolar.

Cuando estés cerca de terminar tu turno, avísame, *porfa*.

Por un momento barajo la idea de preguntarle el porqué, pero después lo veo una tontería y, tras confirmarle que lo haré, me despido. Si me demoro más, llegaré tarde.

* * *

Al ser lunes, tenemos mucho más trabajo que otras veces y, tras reponer cientos de productos en los estantes, la idea de llamar a Derek para anular la cita

ronda varias veces por mi cabeza. Estoy tan cansada que no sé si seré capaz de dar la talla y me avergüenza lo que pueda pensar cuando a los cinco minutos le diga que ya no puedo más.

Entro en el baño para lavarme las manos y oigo cómo una de mis compañeras me llama por megafonía para que acuda a mi caja. Cuando salgo, veo una gran fila de personas esperando y, tras colocarme en mi puesto, las atiendo. Dos de ellos llaman especialmente mi atención por cómo me miran, pero cuando levanto de nuevo la mirada para buscarlos, ya no están.

«Deja de montarte películas, Sandra», me digo, y sigo a lo mío. Esto me está afectando más de lo que me gustaría y debo evitar ver cosas donde no las hay. El problema lo tiene Derek, no yo, y además, nadie excepto él sabe que estuve allí.

Miro el reloj y, viendo que ha llegado la hora, finjo volver de nuevo al baño y aprovecho para enviarle el mensaje que me pidió:

Dentro de diez minutos termino.

OK.

No dice nada más, y, cuando estoy recogiendo para marcharme, lo veo entrar.

—¿Qué haces aquí? —Una dulce y rara sensación me recorre el estómago, y cuando sonrío, la sensación se vuelve tan intensa que me llega hasta las rodillas.

—Ayudarte con la compra. —Levanta las cejas y lo miro sorprendida.

—¿Qué compra? Hoy no tengo que comprar nada...

—¿Has terminado tu turno? —Mira a nuestro alrededor y, cuando sus ojos encuentran lo que busca, me deja sola un momento.

—Sí... —Lo observo sin entender nada—. ¿Adónde vas?

Llega hasta donde están apiladas las cestas y tira de ellas. Saca una y la arrastra tras él.

—Un buen entrenamiento debe comenzar siempre por una nevera llena de comida sana. Así, cuando llegues a casa, no comerás cualquier cosa, ni tirarás por la borda todo el esfuerzo que vas a hacer.

—Uff. Eso suena realmente mal —protesto—. Ya no sé si quiero...

—De aquí a unos meses me lo agradecerás.

—¿Unos meses...? —me quejo. Empiezo a arrepentirme de haber dicho que sí

a su propuesta para ayudarme a bajar de peso.

—¿Sabías que el cuerpo humano tarda veintiún días en crear un hábito? — Mete tres tarros de cristal con legumbres en la cesta—. Aguanta hasta entonces y después ya verás como todo es mucho más fácil.

—Ya veremos. —Lo sigo y, mientras yo lleno la cesta con productos que creo sanos, él me los saca—. ¿Qué haces? —Arrugo la frente en su dirección cuando me doy cuenta.

—Eliminar el veneno de tu dieta.

—¿La pasta es veneno?

—Veneno blanco, sí. Nada de harinas refinadas. Son calorías vacías que te hincharán como a una vaca. Si quieres pasta, procura comer poca y que siempre sea integral.

—La que me espera... —Apoyo la palma de mi mano en la frente y resoplo.

Cuando terminamos, la cesta parece una huerta y, tras embolsar toda la compra, me ayuda a meterla en el coche.

—Ahora ya sí que podemos decir que estás preparada.

—Con toda esta hierba que me has hecho comprar, quizá evites que me hinche como una vaca, pero no que muja como ellas.

Mientras se carcajea, cierro el portón del maletero y algo dentro del coche que tenemos de frente llama mi atención. Me fijo mejor y me doy cuenta de que están en el interior los mismos hombres raros que vi antes en el supermercado.

—Sandra. Venga —me apura al ver que no me muevo.

—Oye..., Derek... ¿Conoces a esos que están ahí? —Señalo en su dirección con disimulo.

—Em... ¿A quiénes?

—A esos hombres de ahí. —Vuelvo a señalarlos y, cuando los ve, arruga de una forma extraña la frente—. Estuvieron dentro hace un rato y no paraban de mirarme...

Tensa la mandíbula y, cuando voy a decirle algo más, ya no puedo porque está caminando hacia ellos.

—¡No! ¡Eh! ¡Derek! —Me ignora—. ¡Derek!

Capítulo 18

Llega hasta el coche y golpea la ventanilla con los nudillos. Me mira por un segundo mientras la bajan y les habla. Desde donde estoy, no puedo oír lo que dicen, pero mi cuerpo se prepara para cualquier cosa. Tras unos segundos interminables, Derek me mira de nuevo y puedo ver una sonrisa en su boca. Como esto dure mucho, en una de éstas me mata.

—¿Estás tonto o qué te pasa? —le digo entre dientes cuando regresa.

—¿Por qué? Sólo he ido a ofrecerles la cesta. Así me evito volver a entrar para devolverla. —Se encoge de hombros—. No es la primera vez que lo hago.

—¿Sabes al menos quiénes son? ¿Tienen que ver con...?

—No. No los conozco.

Su rápida y cortante respuesta me hace pensar que no está siendo del todo sincero, pero me esfuerzo por ignorarlo. Prefiero creer que me estoy obsesionando con el tema, antes que volver a discutir con él. Conociéndolo, amoldará todo lo que le pregunte para que no descubra nada, y después será mucho peor, porque me comeré más la cabeza. Reconozco que, aunque trato de ser comprensiva, me estoy empezando a cansar de tantas incógnitas, y si no quiere que me aleje, tendrá que comenzar a ser sincero. Siempre he huido de quienes esconden algo y, aunque mis sentimientos se están acentuando hacia él, seguiré haciéndolo. Este tipo de personas a la larga sólo trae problemas.

Cuando llegamos al gimnasio, lo abre sólo para nosotros y, aunque me siento mal por hacerle trabajar fuera de horario, en cierto modo me tranquiliza saber que no habrá nadie más. Así, al menos, no se reirán de mí cuando no sepa hacer los ejercicios ni me sentiré observada. Si hay algo que llevo mal, y la principal razón por la que no visito estos lugares, es eso.

—Ven. —Me hace un gesto para que lo siga, tira de una puerta de aluminio que hay anclada a la pared y conecta los automáticos. Cuando se asegura de que las luces que necesita están encendidas, camina hasta la sala y se detiene en la zona de las cintas andadoras—. Vas a empezar con unos minutos de cardio para calentar. —Señala una y, sabiendo lo que me está diciendo, me coloco sobre ella. Tras presionar algunos botones, la cinta comienza a moverse.

—¡Joder! —Me sujeto cuando aumenta la velocidad para no caerme y camino tan rápido como puedo. La primera sensación es de vértigo, pero no tardo en hacerme a la velocidad, y el temor a caerme desaparece. Es como caminar con algo de prisa.

—¿Ves qué fácil? —Sonríe y se coloca en la de al lado, sólo que la suya todavía va más rápido—. Un par de minutos más y aumentamos.

No sé muy bien qué ha querido decir, pero no tardo en descubrirlo. Cuando menos lo espero, se inclina hacia mí, toquetea los botones y tengo que sujetarme de nuevo.

—¿Qué haces? —La velocidad aumenta y me veo obligada a acelerar el paso para mantenerme sobre la cinta.

—Vas muy despacio y para quemar calorías necesitas cambiar el ritmo del corazón.

—¡Pues como sigas así me lo paras! —jadeo.

Prácticamente estoy corriendo y apenas aguanto ya.

—No seas exagerada —se carcajea, detiene su máquina y se marcha.

—¡Vuelve! —lo llamo angustiada, pero me ignora—. ¡Para esto! —Lucho por mantener la velocidad. Si me detengo, me caeré sin remedio.

Miro hacia el panel de control y, al estar en otro idioma, no encuentro la opción correcta.

—¡DEREK! —Pienso en presionar cualquier botón, pero me detiene el miedo a equivocarme y que sea mucho peor. Alzo la mirada y lo veo regresar con dos pesas—. ¡PARA ESTO! —suplico al límite de mis fuerzas.

—Dale caña —vuelve a ignorarme—. Ya sólo te quedan dos minutos.

—¿Qué? ¡No aguanto más! —Comienza a faltarme el aire.

—Claro que aguantas. —Se coloca delante de mí y me mira sonriente—.

Venga. Un, dos. Un, dos..., que no se diga.

—¡Si lo sé, no vengo! —Vuelvo a mirar el panel de control y aprieto al azar una de las teclas con la esperanza de que sea la correcta. O me arriesgo, o saldré disparada sí o sí.

—Ups... —Junta sus labios y ocurre algo que no espero. La parte delantera de la cinta se eleva y tengo que agarrarme con más fuerza.

—¿Qué está pasando? —pregunto nerviosa.

—Digamos que, por impaciente, estos últimos segundos se te van a hacer un poco cuesta arriba —ríe, y no tardo en entender lo que acaba de decir.

—¡Párala! ¡PÁRALA! ¡ME VOY A CAER! —Cuando estoy casi a punto de tirar la toalla, la máquina poco a poco se detiene sola. Querría decirle mil cosas, pero lo único que puedo hacer es apoyar las manos en las rodillas y luchar por respirar.

—Para ser tu primer día, no está nada mal. —Suelta las pesas en el suelo y escribe algo en una especie de gráfico—. Dentro de unas semanas notarás la diferencia.

—No ha-brá más —debido al sofoco, me veo obligada a hacer pausas para hablar—, i-dio-ta. ¿Por qué has he-cho e-so?

—Era necesario para comprobar tu forma física. No tendrás que volver a pasar por esto.

Lo miro y veo el momento exacto en el que oculta una sonrisa.

—¡Y una mierda! —consigo decir de un tirón, y explota en carcajadas.

—Está bien... —Seca sus lágrimas—. Está bien. —Habla con dificultad debido a la risa—. Vamos a continuar antes de que sea más tarde. —Le lanzo una mirada de odio y me extiende la mano—. No te enfades. Lo has hecho muy bien y ahora viene lo más fácil.

Al igual que la vez anterior, hacemos varios ejercicios, pero al conocer mi situación y saber que he estado todo el día trabajando, se muestra mucho más moderado que cuando acompañé a Claudia. Se preocupa constantemente por mí, controla mis pulsaciones y, cuando nota que no puedo más, me deja unos minutos de descanso. Si todos los días fueran como éste, creo que podría soportarlo. Esta sesión no está teniendo nada que ver con la que recordaba, pero

si hay algo que de verdad le agradezco, aunque admito que me apena un poco, es que en ningún momento se haya referido a nuestro beso. Al actuar como si no hubiera ocurrido nada, me es más fácil mantener mis sentimientos a raya. Era demasiado bonito para ser verdad, y, cuanto antes lo olvide, antes podré seguir con mi vida normal. Fue un momento tonto en el que los dos nos sentimos débiles y, en nuestra necesidad de apoyo, actuamos mal. He leído en muchos libros sobre esto y debe de ser algo normal.

* * *

Ésa sin duda se convierte en la semana más larga de toda mi vida. Me duelen músculos que ni siquiera sabía que tenía y todo lo que duermo me sabe a poco. Pero, increíblemente, en las dos siguientes todo cambia. Me noto mucho más ligera y, aunque estoy muerta de hambre por la dieta, empiezo a notar los resultados. En sólo veinte días, he logrado perder una talla y mi cuerpo se muestra mucho más moldeado, pero si hay algo en lo que de verdad este sacrificio me está ayudando es en mi autoestima. Estoy notando grandes cambios, ya no sólo en mi físico, sino también en mi forma de pensar, y me muestro mucho más relajada. Incluso la ilusión que perdí hace tiempo por hacer ciertas cosas está volviendo, y poco a poco vuelvo a ser la que era. Si llego a saber antes que con buenos hábitos y comida sana iba a conseguir tantos progresos, no le habría dado tantas vueltas.

—Hola —saludo a Derek nada más entrar en el gimnasio y dejo la botella de agua en uno de los estantes—. ¿Cómo ha ido el día? —Lleva decaído desde ayer, pero no quiero preguntarle para no abrumarlo.

—Algo cansado, pero bien. —Se pone en pie y, cuando viene hacia mí, todavía parece estar más serio—. ¿Y el tuyo? —pregunta sin mirarme a los ojos.

—Em..., bien. Cansada también. —Lo observo con detenimiento mientras caliento y no puedo evitar preocuparme por su falta de ánimo—. Oye..., si quieres podemos dejarlo para mañana. A mí no me importa.

—No, no. Tranquila. —Conecta el equipo de música y comienza a sonar la canción *New Rules* de Dua Lipa. Desde que le dije que me gustaba, no ha parado

de ponérmela—. ¿Preparada? —Asiento y me coloco sobre el banco de *step*—. Pues vamos allá. —Él se coloca sobre el suyo, y, como siempre, sigo todos sus pasos dejándome guiar.

Subimos y bajamos tantas veces el escalón y con tanta intensidad que pienso en protestar un par de veces, pero inspiro profundamente y logro continuar. Cuando empecé hace tres semanas, me habría sofocado al momento, pero desde que trabajo mi cuerpo con regularidad, he ganado mucha resistencia.

Los minutos pasan y parece que Derek no se cansa, es como si hubiera entrado en una especie de trance y cada vez aumenta más la velocidad.

—Imposible —me detengo jadeando. El corazón me late tan rápido que parece que me vaya a reventar—, no puedo más.

—¡Vamos, que sí puedes! —me anima sin detenerse. Parece estar buscando un punto de dolor—. ¡Venga! —insiste, y lo miro molesta—. ¡No bajes el ritmo ahora! —Tanto me presiona que finalmente no me queda más remedio que ceder—. ¡VAMOS! ¡VAMOS! ¡VAMOS! —Aumenta todavía más la velocidad, y, aunque me esfuerzo, no puedo seguir sus pasos.

—Tengo que parar. —Cada vez hago el ejercicio más despacio. Mis piernas están demasiado sobrecargadas y mis pulmones arden—. Me ahogo. —Dejo de moverme al notar una fuerte falta de aire y mi vista se nubla.

—¿Sandra? —Al ver que algo me pasa, se detiene y viene hacia mí—. Sandra... —No puedo responderle. Mi prioridad es respirar—. ¿Estás bien?

Por más que hincho mi pecho, no oxígeno como necesito.

—Me... me estoy... mareando... —acierto a decir, y me arrodillo en el suelo. Siento que me voy a desmayar en cualquier momento.

—Mierda. Échate. —Me ayuda a tumbarme y lo último que noto es lo frío que está el suelo.

Los minutos pasan y la música de fondo, que cada vez se oía más lejos, vuelve poco a poco a un tono normal. Abro los ojos despacio, como si el sol me estuviera deslumbrando, y, cuando consigo enfocar, veo los suyos clavados en los míos.

—¿Qué me ha pasado? —pregunto asustada, y me doy cuenta de que tengo las piernas levantadas.

—Un mareo por sobresfuerzo.

—¿Un qué? —Intento levantarme.

—Espera, todavía no —me detiene—, si te levantas ahora, te caerás.

—Joder... Mira que te estaba diciendo que no podía más... —Cubro mi cara para intentar que todo deje de darme vueltas.

—Ya... Lo siento. —Aprieta los labios—. No te muevas, voy a por tu agua.

—¿Qué clase de monitor eres? —replico con tono de enfado mientras camina hasta mi botella—. Se supone que debes conocer mi cuerpo mejor que yo. ¿Por qué me has dejado llegar a esto?

Regresa y se sienta a mi lado.

—No estaba en lo que tenía que estar... —afirma mientras me ayuda a incorporarme. Abre la botella y, con cuidado, me la entrega—. Bebe despacio o vomitarás.

—Si vomito, que sepas que no lo pienso limpiar. —Ríe creyendo que es una broma y lo dejo pasar—. ¿He estado a punto de morir? —pregunto tras un par de sorbos.

—No —ríe de nuevo—. Es más común de lo que crees, sobre todo si llevas horas sin comer. —Hago un cálculo mental y me salen más de diez sin ingerir nada—. Debes asegurarte de comer algo siempre que vengas, aunque sea un zumo o una manzana.

—OK... —Vuelvo a beber.

—¿Te parece si lo dejamos ya? —Me mira preocupado—. Después de esto, tienes que descansar.

—Sí, será lo mejor.

No dice nada más y, tras un par de minutos mirando a la pared, se pone en pie. Después de asegurarse de que mi pulso está mejor, me extiende la mano y me ayuda a levantarme.

—Apóyate en mí. —Rodea mi cintura con el brazo y la corriente que llevo días intentando ignorar de nuevo se hace presente—. ¿Te encuentras estable?

—Sí... —Me cuesta hablar. Ese extraño hormigueo es mucho más fuerte que otras veces.

—Espera. Tienes la zapatilla desatada. —Se inclina para abrochármela y,

cuando por instinto yo hago lo mismo, me sujeta de los hombros con fuerza—. ¿Estás bien? —dice sin apartarse y, aunque asiento, con la mirada mucho más intensa que antes, me examina—. Creí que te estabas cayendo... —Sus ojos marrones analizan los míos como si estuviera buscando algo en ellos, y, muy despacio, tras parecer que lo ha encontrado, retira un mechón suelto de mi cabello. Bajo la mirada avergonzada y, con suavidad, atrapa mi mentón para que no lo haga—. No puedo seguir fingiendo —susurra, y mi respiración se corta—. Sandra, no podemos seguir huyendo de esto. Nadie puede...

Capítulo 19

—No sé a qué te refieres... —invento, porque no sé qué otra cosa hacer. Con su comentario me ha puesto demasiado nerviosa.

—Sí lo sabes. —Roza con su pulgar mi mejilla y, tras decir la última palabra, me mira fijamente a los ojos—. Me refiero a esto...

Siendo más consciente esta vez que la anterior de lo que está a punto de suceder, mi corazón comienza a martillar con fuerza, y antes de que pueda siquiera reaccionar, funde sus labios con los míos. Mi boca, en un acto de traición, se abre para dejar paso a su suave y sutil lengua, que no tarda en encontrar la mía, y, haciéndose suyas en una especie de ritual de fuego en el que ambos estamos compitiendo, se humedecen con la saliva justa. Derek gime al notar que no opongo resistencia, y su cabeza relajada comienza a danzar al ritmo de nuestro beso. Cuando una de sus manos atrapa mi cuerpo, dejo de luchar contra mí misma y me entrego por completo. ¿A quién quiero engañar? La química que fluye entre nosotros es evidente y, de algún modo, aunque después me arrepienta, llevo días fantaseando con esto.

Un fuerte calor sube por mis mejillas, y cuando creo que voy a sufrir otro colapso, me rodea más fuerte con sus brazos.

—Derek —jadeo su nombre como puedo, embriagada por el sabor de su aliento.

—No... —dice contra mi cuello, temiendo que lo detenga.

—Deberíamos parar... —susurro con esfuerzo. Aunque deseo con todas mis fuerzas continuar, el miedo a que se repita lo que pasó con Juanjo si llegamos más lejos me detiene.

Su respiración se acelera al oírme y, aunque gruñe en protesta, se aparta.

—Está bien —respira sofocado con su frente aun apoyada en la mía—. No pasa nada. Está bien...

—Mierda. —Cierro los ojos con fuerza y me arrepiento al instante de habernos interrumpido. ¿Por qué tengo que boicotearme siempre de esta manera? No puedo creer lo que voy a decir, pero necesito tanto que ocurra que todo lo demás deja de importarme—: No pares, Derek, hazlo.

—¿Estás segura? —No termina de creerme—. No habrá marcha atrás...

—Totalmente —respondo mucho más convencida y, cuando rodeo su cuello con mis brazos, sus pupilas se dilatan.

Nervioso, me besa con ansia y comienza a tirar de mi ropa. Baja mi pantalón y yo hago lo mismo con el suyo, pero, al notar que tardo, termina de quitárselo él. Sin apenas separarnos, ambos sabemos lo que estamos haciendo, y con tres movimientos más, toda la ropa queda amontonada bajo nuestros pies.

—Dios, Sandra... —Se detiene cuando mis pechos desnudos tocan su piel—. Necesito hacerte mía ya.

Sus palabras provocan una extraña vibración en mi sexo, y, cuando jadeo, con codicia feroz vuelve a comerme la boca. Una de sus manos recorre el interior de mis piernas, y en el momento exacto en que la punta de su dedo toca la parte más sensible de mi cuerpo, mi espalda se curva, y aunque intento reprimir los gemidos, no puedo. Lo que estoy sintiendo es mucho más fuerte que yo y no tengo poder sobre ello.

—Derek... —Mis pechos están tan duros que sufren, y, como si lo supiera, los besa y calma con sus labios y sus dientes.

—Así..., muy bien, Sandra —murmura mientras me observa gozar. Me tiene completamente rendida a sus pies, y lo sabe.

A medida que sus dedos dibujan suaves círculos alrededor de mi hinchada piel, mis jadeos llenan el lugar, haciéndose cada vez más sonoros, y cuando se presiona contra mí puedo notar su pene erecto y caliente palpitar a la altura de mi abdomen.

—Dámelo —digo mirándolo fijamente a los ojos. Mi vergüenza debió de perderse en algún lugar y me guió sólo por el instinto.

Sin decir nada más, alza una de mis piernas y, tras colocar su miembro en el

lugar exacto, sujeta con fuerza mis caderas y empuja hasta que queda completamente enterrado en mí.

—Mírame —bufa con la boca entreabierta, y la escena eriza aún más mi piel—. No dejes de hacerlo hasta que termine.

Su orden me excita tanto que tengo que contenerme para no llegar al orgasmo. Nunca, ni en mil años, habría imaginado que mi cuerpo pudiera reaccionar así. Aguanto la respiración rezando para que no se mueva mientras nuestros cuerpos terminan de acoplarse, y, cuando se separa unos centímetros para penetrarme de nuevo, mis párpados se cierran por el placer.

—Sandra... —me llama mientras bombea con más fuerza su caliente miembro dentro de mí—. Abre los ojos —exige sabiendo que lleva las riendas—. Sigue mirándome. —Los abro con esfuerzo, y sus pupilas, aún más dilatadas, siguen clavadas en mí, observándome con detenimiento—. Muy bien, cielo. Vamos... —Muerde su labio húmedo por nuestras salivas y acelera el ritmo—. Vamos. Déjate llevar. —Me embiste con más intensidad y un fuego rabioso comienza a extenderse por cada milímetro de mi piel.

—¡Me viene! —exhalo centrada totalmente en mi cuerpo y en lo que me está haciendo, y, aunque tengo los ojos abiertos, mi vista se nubla por completo.

—¡Joder! ¡Sí! ¡Vámonosss! —El sonido agónico que sale de su garganta en el último momento me indica que él también está empezando a tocar el cielo, y, sin poder aguantar más, me dejo arrastrar por una fuerte marea que me ciñe sin compasión hasta dejarme sin aliento...

Poco a poco, y todavía con nuestros brazos y piernas enredados, vuelvo del profundo mar de relajación al que me ha lanzado, y lo único que oigo es el sonido sofocado de nuestra respiración. Todavía de pie, mis piernas se niegan a seguir sosteniéndome y, resbalando mi espalda por la pared, me dejo caer hasta quedar sentada. El orgasmo ha sido tan intenso que las pocas fuerzas que me quedaban se las ha llevado. Sin soltarme, él hace lo mismo y nuestros cuerpos desnudos acaban juntos en el suelo. Como si estuviera programado, pasa su brazo alrededor de mis hombros para darme mayor comodidad y apoyo la cabeza en su duro pecho.

—¿Estás bien? —No respondo, sólo miro al vacío pensando en lo que ha

ocurrido, y la sensación de que me despertaré en cualquier momento me asalta. ¿De verdad lo hemos hecho?—. Ha sido... —traga saliva— ha sido increíble.

Tira de mí para verme la cara y me escondo. Mi vergüenza está de vuelta y no saber qué decir lo empeora.

—Sí... —respondo por fin con timidez, y busco mi ropa. Sin ella me siento totalmente vulnerable. No puedo creer que, siendo una persona tan acomplejada, me haya despojado de ella así.

—¿Tienes frío? —dice al ver que agarro mi camiseta.

—Sí, un poco —miento y, con esa excusa, me cubro—. Es tarde y... mañana trabajo. —Necesito salir de esta situación cuanto antes para poner en orden mis pensamientos o me dará una crisis de ansiedad.

—Espera... —Me mira sabiendo que algo en mí no anda bien y se pone el pantalón a la vez que yo—. Voy contigo.

—No hace falta, de verdad... —La incomodidad me delata. ¿Y ahora qué? ¿Cómo debería reaccionar?

—Espera... —repite angustiado—. ¿Te estás arrepintiendo o son cosas mías? Lo miro sin saber qué responder y la preocupación cruza su mirada.

—No lo sé —digo sin pensar, y frunce el ceño—. No... No es arrepentimiento —rectifico al darme cuenta de que estoy metiendo la pata—. Es sólo que no sé qué va a pasar ahora y estoy un poco aturdida. ¿Y tú? —Necesito saber qué ha sido para él—. ¿Te arrepientes?

—Sólo de una cosa.

Lo miro atenta y me preparo para un posible golpe bajo.

—¿De qué? —lo insto a continuar al ver que tarda en responder.

—De lo único que me arrepiento —humedece sus labios— es de que haya sido tan rápido. —Se acerca a mí y vuelve a colocar mi mechón rebelde—. Sinceramente, me habría gustado poder disfrutarte más, pero ha sido... imposible. —Coloca sus manos a ambos lados de mi cara—. Me moría por sentirte y lo único que quería era tenerte entre mis brazos y hacerte mía. —Me besa sin que lo espere y, cuando se aparta, lo miro embobada—. Me encantas, Sandra.

Toma mis manos y las pone sobre su pecho desnudo. Sólo cuando el calor de

su cuerpo traspasa la piel de mis palmas y soy capaz de centrarme me doy cuenta de que sigue sin camiseta. Su torso, completamente marcado y depilado, sube y baja al compás de su respiración, y puedo sentir los latidos de su corazón entre mis dedos.

—Eres tan... —No me atrevo a continuar.

—¿Tan qué? —Ahora es él el que me apremia para que continúe.

—Tan hermoso... —Bajo la mirada y la sensación de que Derek no es para mí ensombrece el momento.

—Tú también lo eres. —Niego con la cabeza y lucho contra el nudo de mi garganta. Cada vez que lo oigo decirme eso, me parte el alma porque sé que no es verdad—. Sandra... —Lo ignoro y, entendiendo lo que pasa, él toma mis muñecas y, con un suave movimiento, me coloca frente a uno de los espejos—. Mírate ahí y dime qué ves. —Lo hago y ambos nos miramos en el reflejo. Se mueve detrás de mí y, tras rodear mi cintura con los brazos, apoya la barbilla en mi hombro—. ¿Qué ves, Sandra?

—A ti... y a mí...

—Muy bien. ¿Y qué más? —Besa mi cabeza al notar que estoy tensa.

—Tú estás a mi espalda, a medio vestir...

—¿Y qué te estoy haciendo?

—Me estás abrazando.

—¿Y ves a alguien que me esté obligando a hacerlo?

—No... ¿Por qué dices eso? —No entiendo adónde quiere llevar la conversación.

—Si de verdad rechazara tu cuerpo, como tu cabeza asegura..., ¿te sostendría así? —Me aprieta más fuerte—. ¿Te desearía o te tomaría como acabo de hacerlo?

—No... —Empiezo a entenderlo.

—Entonces, Sandra, es hora de que dejes de pensar por mí. Yo no soy como tú imaginas, así que, por favor, deja de martirizarte poniendo en tu mente palabras que yo no diré jamás. Acéptalo de una vez. Me gustas, y, por más que quieras convencerte de otra cosa, eso no va a cambiar.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Mírame ahora tú. —No puedo retener más las lágrimas—. Mi cuerpo es horrible y aparento muchos más años que tú.

¿Cómo puede decir que le gusto? ¿Acaso está ciego?

—Me decepcionas. —Se aparta de mí y siento un gran vacío—. No pensé que fueras tan superficial.

—¡Yo no soy superficial! —Lo busco con la mirada, ofendida. Es lo que más odio en una persona.

—¿Que no? —ríe con sarcasmo—. ¿Tú te estás oyendo? No paras de discriminarte porque, según tú, no tienes un cuerpo perfecto. Eso es ser superficial, lo creas o no.

—Yo... —Nunca lo había visto de esa forma. Realmente estoy haciendo lo que dice, y lo peor de todo es que mi mente está convencida de que es él. Todo este tiempo me he estado autoatacando en su nombre...

—Sandra, amo tu cuerpo. —Vuelve hasta donde estoy—. Tus curvas me tienen absorto todo el día, y en lo único que pienso cada vez que te veo es en tenerte cerca. Tú eres quien no te aceptas, yo sí. Tú no te quieres, yo... —busca mi mirada— yo sí —afirma, y algo dentro de mí da un vuelco.

—Uff, Derek. Esto es demasiado para mí. Tengo que procesarlo... —Mi pecho se contrae.

—Está bien —exhala agotado, y termina de vestirse. No sé cómo todavía le quedan ganas de seguir a mi lado con lo complicada que soy. Ojalá tuviera la mitad de paciencia que él.

Recogemos nuestras cosas y, cuando estamos a punto de salir, un fuerte portazo nos sobresalta. Lo miro preocupada y, tras oír varios pasos, tira de mi codo con la mano y pone el dedo índice sobre mis labios.

—Chist...

Capítulo 20

—Tienes que irte —dice despacio—. La salida de emergencias está ahí —señala una puerta—, encontrarás la llave bajo esa maceta, abre con ella y devuélvemela mañana.

—¿Qué ocurre? —Me asusta verlo así.

—¡Golán! —Alguien lo llama por ese extraño nombre.

—Vete, no hay tiempo de explicaciones. —A medida que los pasos se acercan, su nerviosismo aumenta—. Vamos, Sandra. Márchate. No puedes estar aquí —me empuja—, ¡vamos!

Cuando, por su insistencia, se asegura de que voy a hacerlo, me deja sola para caminar en dirección a la entrada y puedo imaginar lo que está pasando.

Mientras me dirijo a la salida, preocupada por lo que puedan hacerle, lo pienso mejor y, a medio camino, me detengo para esconderme entre dos máquinas. Si me marcho y le ocurre algo, no podría vivir con ello. Al menos, de esta forma, si la cosa se pone fea, podré buscar ayuda de algún modo, pero, en cambio, si lo dejo solo, no tendrá ninguna oportunidad.

—¿Dónde estás, Golán? —La voz se oye cada vez más cerca.

—¿A qué venís? Todavía falta una semana para que termine el plazo —responde Derek.

—A asegurarnos de que está todo en orden y de que lo tendrás en el tiempo marcado.

—Necesito más días. No puedo...

—¡Claro! —ríen—. ¿Cuánto necesitas? ¿Otro mes? —se carcajean más fuerte.

—Un mes estaría bien...

—¡No hay más días! —lo interrumpen con un grito, y oigo un golpe seco.

Tras unos segundos de silencio, mi pecho se tensa temiendo lo peor, y sólo cuando vuelvo a oírlo hablar, respiro de nuevo.

—Pero es imposible que pueda conseguir...

—¡Una jodida semana! —Otro golpe y un quejido ahogado hacen que me remueva donde estoy—. ¡Ni un día más o serás el único responsable de lo que les pase!

«Dios mío, ¿a quienes?», me pregunto, y pongo la mano sobre mi boca impresionada. ¿Lo están amenazando con hacer daño a alguien?

—¡Ellos no tienen la culpa! ¡Déjalos en paz!

—No, Golán. No vamos a dejarlos en paz. Sería demasiado fácil para ti —ríe—. No lo olvides. Tienes una semana.

Los pasos se alejan y deduzco que se marchan. Segundos después, y tras oír cómo se cierra la puerta principal, sé que estoy en lo cierto.

El silencio, esta vez diferente, me indica que ya se han ido, y por un momento barajo la posibilidad de ir con él, pero sé que si lo hago desconfiará de mí, y lo descarto. Espero varios minutos inmóvil y, cuando las luces se apagan, me pongo en pie. Al no ver nada, con cuidado saco el teléfono de mi bolso para conectar la linterna, y cuando estoy a punto de alcanzar la puerta, las luces vuelven a encenderse.

—Pero ¿es que me tomas por tonto o qué? —Me giro asustada y veo a Derek detrás de mí, bastante cabreado.

—Yo... yo me iba, lo que pasa... es que...

—¡Dios! —clama al cielo—. ¡Podrían haberte hecho algo! Si te llegan a ver... ¿Estás loca o qué te pasa? —Tiene los puños tan apretados que parecen blancos.

—¿Cómo... sabías que todavía estaba aquí? —Quiero sacarle de ese estado y es lo único que se me ocurre preguntar.

—¿Cómo crees? ¡Porque tu coche sigue fuera!

—Yo... tenía miedo por ti...

—¡Llevo toda la vida cuidándome solo! ¿En qué momento decidiste que necesito una niñera? —Sus palabras me duelen, y aunque me esfuerzo por no llorar, las lágrimas me delatan—. Mierda... —dice al darse cuenta, y se acerca a

mí—. No llores. —Me rodea con los brazos y sollozo en su hombro—. Lo siento mucho, Sandra. —Nos mece suavemente al tiempo que besa mi cabeza—. No soy yo el que habla, son mis nervios. Me muero si te ocurre algo por mi culpa...

—Derek... —Me aparto de él y seco mis lágrimas—. Necesito saber qué está ocurriendo. Si me lo explicaras, quizá no actuaría de esta forma.

—No puedo —se tensa.

—¿Por qué? ¿Acaso no te he demostrado ya que puedes confiar en mí?

—Si te lo cuento, te estaría haciendo cómplice de algo que...

—Por favor.

—No —niega con la cabeza—. Debes mantenerte al margen de esto. Lo sabrás cuando llegue el momento. —Vuelve a abrazarme—. Te lo prometo.

Querría patalear, presionarlo o incluso amenazarlo en mi necesidad de saber qué me está ocultando, pero tengo que tragarme todos esos impulsos y confiar en lo que me dice, porque ahora más que nunca y en total contradicción con lo que pensaba hace tan sólo unos días, tengo miedo de perderlo, y si sigo forzándolo así para que hable, seguramente eso será lo que pase.

Ya no me veo capaz de sacarlo de mi vida sin más, y después de habernos entregado de esa manera, mucho menos. Lo pasaría realmente mal... Y si algo he descubierto hoy que juega mucho a su favor es que, sea lo que sea lo que esté haciendo, no es por gusto o por voluntad propia, sino por obligación. Debo ser paciente y esperar como me ha pedido.

* * *

Ya han pasado tres días desde que estuvimos juntos en el gimnasio y a Derek parece habérselo tragado la tierra. Las pocas veces que me ha llamado, lo he notado muy nervioso y no puedo evitar preocuparme. Ayer, de nuevo cancelé nuestra sesión, y hoy parece que tampoco está por la labor. Ya le he escrito como cuatro veces para saber si debo ir al gimnasio, y ni siquiera lee mis mensajes.

Reviso por última vez el teléfono y, tras guardarlo en mi bolsillo para tenerlo cerca, termino de apilar las cajas de cartón que mis compañeros han vaciado. Las saco al contenedor de reciclaje y, alzando la tapa como puedo, las meto dentro.

Cuando termino, me doy cuenta de que, al igual que cuando vino Derek a por mí hace ya algunas semanas, hay dos hombres dentro de un vehículo, observándome. Estoy segura de que son los mismos, pero esta vez tienen un coche diferente.

Al percatarse de que los estoy mirando, uno de ellos abre una especie de revista, y el otro simula abrir la guantera.

«Aquí está pasando algo...», me digo.

Tanto es el miedo que todo esto me está provocando que, aunque podría marcharme a casa unos minutos antes, espero a que terminen mis compañeros para no ir sola hasta el aparcamiento. Cuando salgo, echo un vistazo rápido, y, al no verlos, respiro aliviada, pero esa sensación me dura poco al descubrir que siguen ahí. Lo único que han hecho ha sido salir del recinto. Ahora están parados en la zona externa.

Durante el trayecto de vuelta a casa, no dejo de mirar el retrovisor para comprobar si me siguen, pero, al ser tantos los coches que circulan en la misma dirección y tener que estar pendiente de la carretera, no logro diferenciar si alguno es el de ellos.

Nada más llegar a mi apartamento, me cerciuro de que todo esté en orden y dejo mi bolso sobre la mesa para darme una ducha. Mientras me estoy secando, creo oír el teléfono y, cubriéndome con la toalla, voy a por él. Al desbloquear la pantalla compruebo que estoy en lo cierto y, tras un pequeño vuelco en el corazón, leo el mensaje que Derek me acaba de enviar. Siempre que tengo noticias tuyas me pasa lo mismo.

Siento no haber estado operativo. Estoy en tu puerta. ¿Me abres?

Necesito verte.

«OK», respondo al momento, y cuando voy a ponerme algo de ropa, suena el telefonillo.

—¡Qué rapidez! —digo como si pudiera oírme y, sin preguntar, presiono el botón.

—¿Eres consciente de que no está bien lo que acabas de hacer? —me riñe nada más entrar.

—¿Qué te pasa?

—¿Y si no soy yo? ¿Y si alguien me ha robado el teléfono para hacerse pasar por mí?

—¡Mierda! —exclamo—. ¿Eso puede pasar? —Lo dice tan serio que no necesita convencerme para que lo crea.

—Confío en que no saben quién eres, y espero que nunca lo sepan... —Aprieta los labios pensativo—. Pero, por precaución y hasta que esto acabe, deberías tener más cuidado. Son mucho más listos de lo que creemos y...

—¡Madre mía...! —No lo dejo terminar—. Entre tú y el miedo que yo sola me estoy metiendo estos días, al final acabo en un loquero con delirio persecutorio... —Me aparto para ir a mi habitación a vestirme y me sujeta por la muñeca.

—Sandra, esto no es un juego. Debes asegurarte siempre de saber a quién abres.

—Está bien... —Elevo los ojos y, cuando intento volver a marcharme, tira de mí y me pega a su cuerpo.

—¿Adónde vas? —Nuestros rostros quedan uno frente al otro y, aunque no digo nada, me doy cuenta de que los suyos parecen cansados.

—A vestirme.

El calor de su cuerpo me recuerda lo que pasó entre nosotros la última vez que nos vimos, y mis mejillas se tiñen de rojo. Llevo desde entonces sin poder quitarme esas imágenes de la cabeza, y me recreo con ellas una y otra vez. Ni cuando perdí la virginidad me pasó algo así.

—Te estoy echando mucho de menos... —Besa mis labios y la piel de mis brazos reacciona—. No imaginas cuánto necesitaba esto... —Vuelve a besarme, esta vez con más intensidad, y le devuelvo el beso. Aunque quisiera, me sería imposible resistirme. Yo también he tenido necesidad de él.

En el momento en que sus manos acarician mi espalda, una llamada nos interrumpe y, por la melodía, sé que es Claudia.

—Debo atenderlo —digo con dificultad y, aunque protesta, se detiene para que pueda hacerlo.

—No tardes —susurra, y sonrío avergonzada. Sé lo que quiere.

—¿Sí? —respondo como si no supiera quién es y con el rabillo del ojo veo cómo Derek se acomoda en el sillón.

—¡Hola! —responde eufórica—. ¿Qué vas a hacer mañana? ¿Vendrás al final a visitar a tus padres?

Al ser festivo, sabe que tengo el día libre y habíamos hablado sobre ello. En un principio le dije que iría, ya que desde que estoy aquí no he vuelto, pero viendo el ritmo que está tomando todo, prefiero quedarme un poco más. ¿Y si Derek me necesita? Vuelvo a mirarlo, está hojeando uno de mis libros.

—Pues... creo que al final no podré...

—Pero dijiste que... —suena decepcionada.

—Ya lo sé, pero tengo muchas cosas que hacer todavía por aquí y quiero organizarlas.

—Como sigas así, al final la mudanza te va a durar más que la guerra de los Cien Años —bromea.

—Ya me queda poco, no creas —ríe con ella para disimular. Hace semanas que terminé.

Hablamos unos minutos más sobre recuerdos de cuando estábamos trabajando juntas, y, al dar por finalizada la llamada, camino hasta donde está Derek y todas las ideas que me había hecho desaparecer al encontrarlo dormido.

«Pobre...», me digo. Con lo agotado que se veía, no me extraña.

Desdoble una manta que tengo cerca y, con mucho cuidado para no despertarlo, lo cubro con ella. Apago la luz, cojo el libro que antes estaba hojeando y me voy a mi cuarto para no molestarlo.

* * *

A la mañana siguiente, nada más abrir los ojos, me doy cuenta de que me ha pasado lo mismo que a él. Ni siquiera me dio tiempo a meterme dentro de la cama y he dormido sobre la colcha. Si mi madre pudiera verme, me daba con la chancla. En su obsesión por la limpieza y el orden, no hay cosa que lleve peor.

Me levanto y, cuando entro en el salón, Derek sigue en la misma posición. Supuse que estaba agotado, pero en ningún momento imaginé que tanto.

—Derek... —Toco su hombro. Hasta donde sé, él sí trabaja, y por las horas que son, me temo que ya es tarde.

—¿Qué? —Se sienta rápidamente, desorientado—. ¿Qué hora es? —Frota sus ojos.

—Las nueve.

—¡¿QUÉ?! —Se pone en pie—. ¿Las nueve de la mañana? —Me mira con los ojos muy abiertos.

—Em..., sí...

—¡MIERDA! No. No, no... —Busca las llaves del coche en su bolsillo y, al no encontrarlas, levanta la manta—. ¡MIERDA, MIERDA, MIERDA! —Las encuentra y, nervioso, se las guarda—. ¡Tengo que irme! —Abre la puerta y me mira—. Ven conmigo —dice apurado—. Tengo algo para ti en el maletero y ya no me da tiempo a subírtelo. Asiento y, aunque todavía estoy en pijama, corro a por mis zapatillas para ir con él.

Bajamos la escalera tan rápido como podemos y, cuando llegamos a su coche, saca un paquete de él.

—¿Qué es? —pregunto intrigada cuando me lo entrega. Parece pesado.

—Luego lo ves. —Se acerca a mí, me rodea con sus enormes brazos y, cuando me besa para despedirse, oímos un coche detenerse a nuestro lado.

Capítulo 21

—¿Sandra? —Una voz conocida me llama y giro la cabeza rezando para que no sea quien creo—. ¡No me lo puedo creer! Pero qué callado te lo te... —En sus ojos puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de que quien está conmigo es Derek, y su cara cambia—. No... —me mira a mí y después a él— no puede ser. —Algo se mueve en ese momento en los asientos traseros y Guille, el hijo de Claudia, asoma la cabeza y nos saluda con su pequeña mano. Deben de haber venido a darme una sorpresa, y la sorpresa se la ha llevado ella—. ¡Me has traicionado! Te tenía por alguien especial. Eres una... —comienza a llorar—, una... —Las lágrimas no la dejan terminar—. ¡Te odio! —Hago el intento de acercarme para hablar con ella y acelera—. ¡Te odio! —grita, y se marcha.

—¡CLAUDIA! Espera, Claudia... —Corro unos metros tras ella y, aunque le hago señales, me ignora—. ¡Joder! —Pongo las manos sobre mi cara y expulso el aire de mi pecho con fuerza—. ¡JODER! —Derek me mira preocupado—. Tengo que detenerla. Necesito hablar con ella.

Lo dejo solo y subo a toda prisa a mi apartamento. Busco mi teléfono y, con las manos temblorosas, marco su número. Espero varios minutos y, al no obtener respuesta, lo vuelvo a intentar. Cuando estoy a punto de abandonar, por fin descuelga.

—¡No vuelvas a dirigirme la palabra en tu puta vida! ¿Me oyes? —grita alterada, y de fondo puedo oír al niño llorar.

—Claudia, cálmate. Vuelve. Necesitamos hablar, por favor.

—Yo no tengo nada más que hablar contigo. ¡TRAIDORA!

—Por favor, es lo único que te pido. Necesito que entiendas algunas cosas.

—¡QUE TE JODANNN! ¡QUE OS JODANNN! —Tras decirme eso, dejo de

oírlo y entiendo que ha colgado.

Vuelvo a marcar cruzando los dedos para que responda, y esta vez me salta el buzón.

—Mierda... —digo apretando el teléfono entre los dedos. Alzo la mirada y me sobresalto al ver a Derek frente a mí, observándome con el ceño fruncido. Con el sofoco, ni siquiera me había dado cuenta de que había vuelto a entrar—. ¿Qué haces aquí? Vas a llegar tarde.

—Lo sé, pero no puedo dejarte así.

—No te preocupes por mí. Lo solucionaré de alguna forma. —Me muevo inquieta—. Vete ya. Los clientes deben de estar esperándote en la puerta y podrían poner una queja.

—No lo creo. Dejé una nota para que sepan que esta semana no abro.

—¿Cómo? —En ningún momento me lo había comentado—. ¿Tu jefe lo sabe?

—No, no sabe nada.

—Pero... te vas a buscar un problema.

—En mi escala de problemas, precisamente ése es el que menos me preocupa. —Con cada frase que suelta, me deja peor.

—Entonces ¿adónde llegas tarde? ¿Por qué tanta prisa? —Aunque las preguntas puedan parecer indiscretas, necesito hacérselas.

—Yo..., eh..., tengo que ir a recoger... —sacude la cabeza—, tengo que... hacer cosas importantes. —Cambia el peso de su cuerpo de un lado a otro—. Ya sabes... —se rasca la cabeza—, tengo que irme.

—Entiendo. —No hace falta que diga más. Cuando se pone así, sé por lo que es.

Nos despedimos y, cuando sale de la casa, me quedo mirando a un punto fijo. En apenas cuatro días esas personas que lo acosan volverán, y seguro que debe de estar preparando lo que sea que le estén pidiendo. Ojalá me dijera de una vez lo que es. Así saldría de dudas.

Las horas pasan y sigo intentando localizar a Claudia, pero su teléfono continúa apagado y no hay forma. Necesito contarle la verdad para que no crea que fue algo premeditado, pero me lo está poniendo tan difícil que se me

empiezan a quitar las ganas. En ningún momento yo quise que esto pasara, y debe entenderlo. Sabiendo cómo es, y según se han dado las cosas, seguro que se está montando una historia en la cabeza que nada tiene que ver con la realidad.

Cansada de no poder contactar con ella, decido dar un paso más y llamo al teléfono fijo de sus padres.

—¿Sí? —No reconozco la voz.

—Hola, ¿está Claudia por ahí? —Aun así, pregunto por ella.

—Hola, ¿quién eres? —La voz suena nerviosa.

—Soy... soy Sandra. —No quería decir mi nombre por si los había avisado, pero no me queda más remedio.

—¿Eres la amiga de Claudia?

—Sí... —contesto dudosa porque ahora mismo, según están las cosas, ya no sé qué soy ni qué terminaremos siendo.

—¿Has hablado con ella? ¿La has visto?

—¿Quién es usted? —Empiezo a dudar, quizá me he equivocado de número y me están vacilando.

—Soy su prima. ¿Sabes dónde puedo localizarla?

—¿Cómo?

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué me pregunta todas esas cosas?

—Disculpa, es que estamos un poco desesperados —responde al ver que me estoy perdiendo—. Llevamos horas sin tener noticias tuyas, ni del pequeño... —Mis ojos se abren—. Lo último que sabemos es que salió muy temprano para ir supuestamente a verte, y no llamó a sus padres para confirmar que había llegado.

—¿No ha llamado? —Evito dar más detalles y me centro en el mal presentimiento que se está instalando en mi cuerpo. Claudia es una persona muy responsable y el que no lo haya hecho es alarmante, sobre todo sabiendo cuánto se preocupan sus padres si va con el niño.

—No, ni siquiera desde una cabina como hace cuando se queda sin batería, y es por eso por lo que estamos muy intranquilos. Sus padres están ahora mismo hablando con la policía.

—Dios mío... —Mi mente comienza a imaginar cosas—. Ella... ella llegó hasta aquí —digo por fin, aunque eso suponga que me siga interrogando, pero es

necesario que lo sepan.

—¿La viste? ¿Llegó bien?

—Sí, estuve con ella sólo unos segundos. —Exhalo para continuar—. Pero después se marchó enfadada...

—¿Enfadada?

—Sí...

Le cuento lo ocurrido, aun a riesgo de parecer la peor persona del mundo, y cuando termino, anota mi número por si les hace falta más información. Sabiendo que estoy realmente preocupada, antes de colgar, promete telefonarme si se entera de algo y me pide que haga lo mismo si lo sé yo.

Con la mirada perdida, me siento donde primero veo y mi mente comienza a divagar. Claudia nunca preocuparía a sus padres así, aunque, viendo lo que le ha afectado todo esto, ya no sé qué pensar.

El teléfono vibra en mis manos sacándome de mis pensamientos y reconozco el número que aparece en la pantalla. Es el de los padres de Claudia.

—¿Sí? —respondo al primer toque y, aunque espero, no oigo nada al otro lado de la línea—. ¿Hola?

—¿Sandra? —Habla la voz de la que me despedí hace tan sólo unos minutos, pero esta vez hay algo en ella que no me gusta. Suena diferente y con un toque nasal.

—¿Los han encontrado? —Algo no va bien. Puedo sentirlo.

—Están... —Sorbe por la nariz y la piel de mi espalda se eriza—. Están... —Mis ojos se abren esperando lo peor—. Han tenido un accidente y están en un hospital a varios kilómetros de aquí. —Hace esfuerzos para seguir hablando y yo para continuar respirando—. Acaba de llamarme su madre para decírmelo.

—¡Dios mío! ¿Están bien? ¿Se han hecho algo? —El corazón me salta tan fuerte en la garganta que me hace daño.

—No lo sé... Sus padres van de camino, y hasta que lleguen... —parece tan nerviosa como yo— no sabremos nada.

—¿En qué hospital están?

Por los datos que me da, descubro que están a media de hora de camino en coche, y me despido de ella para ir a averiguar. Sus padres al menos tardarán dos

horas en llegar, y de esta forma podré informarlos antes.

Abro el armario para sacar la ropa y las manos me tiemblan tanto que apenas puedo retirarlas de las perchas. Me abrocho los botones como puedo y, cuando llega el turno de los cordones, es un auténtico reto. Nada más terminar, corro al salón a por mi teléfono y, por más que lo busco, no lo encuentro. Desesperada, levanto los cojines, miro debajo del sillón y hasta dentro de los cajones, pero nada. Parece habérselo tragado la tierra. Cuando ya a la desesperada me convengo de que tendré que salir sin él, algo vibra en mi mano y grito asustada.

—¿Será posible? —me riño. No puedo creer que todo este tiempo lo haya tenido conmigo.

Contesto la llamada sin mirar y me sorprende la voz de Derek.

—Hola, preciosa. ¿Estás más tranquila? ¿Has podido abrir tu regalito?

Por un momento no sé de qué me habla.

—¿Qué regalo? —Nada más lanzar la pregunta, lo recuerdo—. Em..., no he podido abrirlo aún —digo apurada—. ¡Ha pasado algo!

—¿El qué? —Noto tensión en su voz.

—¡Claudia y el niño han tenido un accidente!

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Están bien?

—¡No lo sé! —Me falta el aire—. Voy a verlos ahora mismo al hospital. Ha sido por mi culpa... —Mi voz se quiebra.

—¿Que vas adónde?

—Al hospital, tengo que ver si están bien.

—Sandra, escúchame. No te muevas de ahí. ¿De acuerdo?

—¡Tengo que ir! Su prima..., sus padres... Necesitan saber cómo están. ¡Yo necesito saber cómo están! —Lloro angustiada.

—No puedes ir sola.

—Tengo que hacerlo. —Seco mis lágrimas.

—No en ese estado. Espérame. Voy para allá.

—Pero tú tienes que... —Si ha cerrado hasta el gimnasio es porque va escaso de tiempo para lo que sea que esté haciendo. No puede perder más o seguro que tendrá problemas—. Haz tus cosas, yo estaré bien.

—No voy a arriesgarme a que te pase lo que a ella, ¿me oyes? Ya estoy

saliendo.

—¡Joder! —A veces odio que sea tan testarudo, pero algo en el fondo de mi corazón no puede evitar emocionarse al notar que se preocupa por mí.

—Voy a colgar. Estoy ahí dentro de unos minutos.

—OK... —contesto poco convencida, y lo nota.

—Sandra, piensa que están en manos de médicos —dice para calmarme—. Por mucho que corramos, no podemos cambiar nada de lo que tenga que pasar. Así que espérame, ¿vale? —Necesita asegurarse de que le haré caso. Sabe que soy demasiado impulsiva.

—Está bien, pero no tardes, por favor. La angustia me está matando...

Cierro los ojos con fuerza y suplico al cielo que estén bien.

Capítulo 22

Camino alterada por la casa y, aunque Derek apenas tarda unos minutos en llegar, se me hacen tan largos que parecen horas. Cuando subo a su coche, los nervios me comen por dentro y tiene que ayudarme con el cinturón porque mi cuerpo tiembla tanto que soy incapaz de abrocharlo sola. No paro de culparme por lo que ha ocurrido, y la incertidumbre de no saber cómo están lo empeora.

Durante el trayecto mantenemos un extraño silencio y a mi mente no paran de llegar imágenes macabras. Trato de eliminarlas, pero es imposible. Si tan sólo hubiera tenido el valor de contarle a Claudia lo que estaba pasando, esto no habría sucedido.

—¡Maldita sea! —Derek golpea el volante con fuerza sacándome de mis pensamientos. Estoy tan centrada en mi propia culpa que no me había dado cuenta de que él también está librando su propia batalla—. No puedo creerlo... ¿Qué parte no entendió? —pregunta sin esperar respuesta y, cuando peina con rabia su pelo hacia atrás, me doy cuenta de que sus ojeras están mucho más pronunciadas que esta mañana.

Al llegar, aparca en el primer hueco libre que encuentra y, cuando salimos del coche, caminamos rápidamente hasta el hospital. Nada más entrar, me acerco al mostrador de información y le pregunto a la chica que está allí. Busca algo en el ordenador y arruga la frente.

—¿Son familiares?

—Somos... somos amigos. —Miro a Derek y veo que tiene la mandíbula tensa debido a la preocupación.

—Esperen ahí —señala una gran sala donde hay más gente—. Dentro de unos minutos los informaré.

—¿Cómo? —No puedo creer que, en un momento tan delicado, todavía nos haga esperar más—. ¿Puede decirnos al menos si están bien?

—Esperen ahí —insiste, y la rabia me puede. ¿Acaso no tiene sentimientos?

—Mire, señorita —mi boca está tan seca que me cuesta hablar—, si me hace esperar más, vaya llamando a un médico. Estoy al borde de un ataque de nervios y no creo que sea capaz de controlarme mucho tiempo más. —Pongo las manos sobre el mostrador para apoyarme y se da cuenta de que no miento al ver cómo me tiemblan.

—Tenemos prohibido dar ese tipo de información a personas ajenas a la familia... —aprieta los labios—, pero haré una excepción. —Teclea de nuevo y ahora son mis piernas las que apenas me sujetan. Derek y yo esperamos atentos a que termine de revisar los informes y, cuando levanta la cabeza, nos tensamos—. La madre está... —mi corazón bombea con tanta fuerza que duele. Me aterra saber cómo terminará la frase— está en quirófano ahora mismo.

Aunque eso me asusta, al menos por ahora sé que está viva.

—¿Y el niño? —Mis ojos se empañan.

—El niño... —Con el índice, gira la rueda del ratón mucho más despacio de lo que me gustaría y afina la vista en la pantalla—. Ha sido operado de un traumatismo craneoencefálico. —Nos mira por encima de sus gafas—. Lo tienen en la sala de cuidados intensivos, y, por lo que estoy viendo... —vuelve a presionar las teclas—, cuando terminen con su mamá, también la van a trasladar allí.

—¿En qué planta está esa sala? —pregunta ahora Derek.

—En la segunda.

—Gracias. —Sin darme tiempo a nada, tira de mí y corremos hasta los ascensores.

Una vez en la planta correspondiente, Derek habla con un celador y éste muy amablemente nos guía hasta el lugar. Mientras esperamos, llamo a los padres de Claudia como había acordado con su prima y los informo con lo poco que sé. Oír a su madre llorar todavía me hace sentir peor y no puedo evitar hacer lo mismo. Antes de colgar, seco mi nariz y, sabiendo que aún les queda una hora para llegar, prometo volver a llamarlos si tengo más información.

Cuarenta minutos después traen a Claudia todavía dormida, y, antes de meterla en la habitación, paralela a la de su hijo, puedo verla durante unos segundos. Tiene un pequeño golpe en la frente que no parece grave, pero cuando me fijo mejor me doy cuenta de que su pierna está atravesada por unos enormes y largos clavos.

—¡Dios mío! —Me tapo la boca y Derek no tarda en poner sus manos sobre mis hombros para calmarme—. ¡Dios mío...! —repito en *shock*.

—Tranquila —me abraza desde atrás al notar mi nerviosismo—. Lo superará, ya verás.

—Ha sido por mi culpa. Todo esto ha sido por mi culpa... —No puedo callarlo más. Me quema por dentro.

—No, Sandra. Tú no eres la responsable de esto. —Me gira para que lo mire y veo pesar en sus ojos—. Yo no debería haberle mentido —traga saliva—, ni pedirte a ti que te mantuvieras callada. —Expulsa el aire de sus pulmones y se aparta como si quisiese evitar que lo vea sufrir.

—¿Son ustedes familiares de...? —pregunta el doctor cuando sale.

—Sí —lo interrumpo sabiendo lo que va a decir—. Somos sus amigos, pero estamos esperando a sus padres. ¿Puede decirnos cómo están? —Mi voz tiembla.

—Supongo que sí... —Viendo nuestra preocupación, revisa unos informes que lleva en la mano—. El pequeño ha tenido que ser intervenido por un traumatismo craneoencefálico y debemos esperar.

—¿Cómo que esperar? ¿Se recuperará?... —¿Por qué se detiene ahí? Necesito que me diga lo que quiero oír.

—Es muy pronto todavía para darle esa respuesta...

—¿Tan mal está? —Seco con la manga mis lágrimas.

—Hasta que veamos cómo evoluciona en las próximas horas, no podremos darles más información.

—Pero ¿está bien? —El médico aprieta los labios y se encoge de hombros—. ¿Y ella? ¿Cómo está Claudia? —pregunto al ver que no me dará más información sobre el pequeño.

—Ella... —vuelve a mirar los folios— parece que ha tenido más suerte. Aunque tiene la pierna rota, y la fractura no ha sido limpia, creemos que

evolucionará favorablemente. Dentro de un par de horas, si todo va bien, los dejarán entrar a verla. Ahora, si me disculpan, tengo que revisar a otros pacientes.

—Sí, claro. —Me aparto para dejarlo ir. Con mi obsesión por querer saber, casi lo tenía acorralado en el pasillo.

—Joder —oigo a Derek susurrar detrás de mí—. Si le llega a pasar algo al niño...

—¡Sandra! —Los padres de Claudia me llaman. Acaban de llegar—. ¿Cómo están? ¿Sabes algo? —A medida que se acercan, veo sus rostros completamente rojos por el sofoco.

Como puedo, y buscando no alarmarlos de más, les cuento lo mismo que nos ha dicho el doctor, y, aunque yo lo hago con mucha más suavidad, se derrumban de igual forma. Pasar por esto está siendo realmente duro para mí, así que no puedo hacerme una idea de cuánto deben de estar sufriendo ellos.

Tras hacerme algunas preguntas en su necesidad de saber, les cuento lo ocurrido creyendo que así podré encontrar algo de alivio, pero nada más lejos de la realidad. A medida que les narro lo ocurrido, no veo en sus rostros ni un ápice de comprensión, y las miradas de odio que me lanzan me hacen sentir mucho peor. Sin que lo digan, sé que me culpan. El silencio se hace rápidamente protagonista, y, con disimulo, se alejan unos metros.

Las horas pasan y, mientras esperamos alguna noticia más, Derek no aparta la mirada de su teléfono.

—¿Todo bien? —le digo en voz baja para que no nos oigan.

—Sí, bueno, lo estará. —Guarda el teléfono en su bolsillo y me mira—. No te preocupes.

Un minuto después, con el rabillo del ojo lo veo hacer lo mismo. Saca de nuevo el teléfono, mira con preocupación la pantalla y resopla.

—Derek. Vete a casa o a donde tengas que ir, te mantendré informado. —Con todo el jaleo, casi me olvido de que tiene algo importante entre manos y no debería estar aquí.

—Prefiero quedarme. —Mira a los padres de Claudia y después a mí.

—Pero... tienes que...

—No pienso dejarte sola aquí. —Vuelve a mirarlos y sé a lo que se refiere—. Sólo dame un par de minutos. Hago una llamada y vuelvo. —Asiento y se marcha.

Como si Derek supiera lo que iba a pasar, en cuanto se aleja, la madre de Claudia viene hacia mí.

—Nunca imaginé que fueras una persona tan... —aprieta la boca— tan jodidamente falsa. Con amigas como tú, no hacen falta enemigos.

—Señora, yo... —Querría decirle que no es como cree, pero no me da opción.

—Si les pasa algo por tu culpa, no descansaré hasta que pagues por ello.

—Pero... él..., ella... —Se me atorán las palabras.

—Sabías que estaba enamorada de él. ¡Deberías haber respetado eso! —alza la voz.

—No creo que éste sea el momento ni el lugar para tener esta conversación —Derek habla a mi espalda y me asusta. No lo esperaba tan rápido—, pero, puestos a decir, quien debería haber respetado la situación es su hija. Me acosó en infinidad de ocasiones y, por más que le dije que no, siguió insistiendo. No es culpa nuestra que... —Cierra los puños para controlarse—. No es nuestra culpa que no lo haya entendido. Somos libres y podemos hacer con nuestra vida lo que nos salga de los huevos, ¿se entera?

—Ya, Derek. —Me giro hacia él y pongo las manos sobre su pecho para calmarlo. Está demasiado alterado y no quiero que diga algo de lo que después se arrepienta. Como bien ha dicho al principio, no es el momento ni el lugar para tener esta discusión.

Mientras lo empujo sutilmente para alejarlo, la madre de Claudia nos insulta y, por respeto, la ignoro. Entiendo que en un momento así es muy difícil medir lo que se dice y decido no tomárselo en cuenta. Cuando parece estar todo más tranquilo, un equipo de doctores llega para entrar en las habitaciones, y, tras esperar una larga media hora, por fin salen.

—¿Cómo están? —se adelantan los padres y, como es normal, les damos prioridad.

—Claudia acaba de despertar y ya le estamos administrando analgésicos por vía intravenosa. Es posible que pase una mala noche, pero es algo dentro de lo

normal. La operación, aunque ha salido bien, ha sido bastante complicada. — Escuchamos todos atentos—. El pequeño, en cambio, permanecerá sedado hasta que le realicemos un TAC. Si mañana la prueba sale bien, le retiraremos la sedación y podremos ver su evolución en los próximos días.

—Pero ¿ha dado alguna señal de mejoría? —insiste la madre de Claudia, y se lo agradezco, yo también me estaba preguntando lo mismo.

—Como ya le he dicho, es pronto todavía. Debemos esperar. —Firma unos papeles y se los entrega a la enfermera—. Pueden pasar unos minutos a verlos, pero de momento sólo lo podrán hacer dos personas.

Derek y yo nos apartamos y les dejamos paso. Cuando los doctores se marchan y la puerta se cierra tras los padres, Derek se acerca más a mí.

—¿Crees que nos dirán algo cuando salgan? —le pregunto sabiendo la respuesta.

—No lo creo. —Se echa hacia atrás hasta tocar con la espalda la pared y se deja caer. Yo casi por instinto hago lo mismo. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo cansada que estaba—. Quizá deberíamos irnos y volver mañana...

—Tú sí que deberías irte. —Recojo mis rodillas con los brazos y apoyo la barbilla en ellas—. Yo me quedaré aquí hasta saber al menos que el pequeño está bien. Ya has visto que no podré enterarme de otra forma...

—Está bien, pues nos quedamos entonces.

—No, tú vete ya. Tienes... —dudo por un momento— tienes cosas que hacer.

—Intentaré hacer la llamada de nuevo, a ver si esta vez me atienden. —Ahora entiendo por qué antes ha tardado tan poco. Se pone en pie y se marcha mientras busca el número.

Mientras espero, no sé si será por la frialdad del suelo o por las horas que llevo en el hospital, pero comienzo a tener unas irresistibles ganas de orinar y no me queda más remedio que levantarme para ir al baño.

Camino en la misma dirección en la que se ha ido Derek y puedo verlo al final del pasillo. Entro en el pequeño aseo y, cuando termino, oigo a alguien hablar al otro lado de la pared. Mientras me lavo las manos vuelvo a oírlo y rápidamente me doy cuenta de que es la voz de Derek. Debe de estar en el baño de caballeros.

—No. No hay tiempo —dice nervioso—. ¡Sácalos del país! ¡Escóndelos donde quieras, pero haz algo ya o los matarán!

Capítulo 23

«Dios mío», me digo, y pongo el oído más cerca. Sé que no está bien espiar, pero necesito saber de una jodida vez qué está pasando.

—¡Tú me convenciste para esto! —Silencio—. No, no es suficiente. ¡Los encontrarán! —Mi pulso se acelera—. ¡Maldita sea! Sabía que no era buena idea... —Hace un ruido extraño con la garganta—. ¿Cómo quieres que me relaje? —Silencio de nuevo—. ¡NO! Si llego a saber esto antes, ¡habría preferido seguir en la cárcel!

—¿En la cárcel? —Mis ojos se abren. ¿Ha estado en la cárcel?—. Pero ¿qué has hecho, Derek? —susurro, y mi barbilla comienza a temblar.

Definitivamente, debo apartarme. Por muy enamorada que esté..., esto ya son palabras mayores. He confiado en él, he aceptado que tenga secretos, pero ya está. La gota ha colmado el vaso. No voy a esperar más, si no confía en mí, si no me lo ha contado ya es porque mucho no debo de interesarle. Nadie en su sano juicio debería aceptar algo así por amor. Ni siquiera tenemos una relación seria y ya se ha convertido en algo tóxico.

Me miro en el espejo, estiro mi camiseta y salgo del baño. Aunque ya he tomado la decisión, no le diré nada aún por respetar el lugar donde estamos, pero trataré de hacerlo cuanto antes. No puedo seguir a su lado sabiendo esto. Puedo buscarme un problema, o, peor aún, buscárselo a mi familia. No quiero imaginar lo que ocurriría en casa si mis padres se enteraran de que ando con un exconvicto. Bastantes disgustos les he dado ya.

Miro con miedo a ambos lados del pasillo y, al ver que Derek sigue todavía dentro, camino rápido. Si no se entera de que he estado ahí, mejor. Así no sospechará nada.

Al llegar a donde estaba, disimulo buscar algo en mi teléfono y, tras unos segundos, alzo la mirada y lo veo venir. Es curioso, pero desde que lo oí decir eso, ya no lo veo de la misma manera. ¿Qué será lo que hizo? ¿Mató a alguien?

—¿Alguna noticia nueva? —Se coloca a mi lado.

—Em..., no. Nada aún. —Mi voz suena distinta. Hasta mis cuerdas vocales están tensas.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres que baje a por algo de comer?

—No, no. Tranquilo.

—¿Estás bien? —Me mira extrañado.

—Sí, no te preocupes. Es sólo que estoy nerviosa. —No es del todo mentira.

—Confiemos en que todo saldrá bien. —Pasa la mano por encima de mi hombro y, con disimulo, me aparto. Lo peor que puede hacer ahora mismo es tocarme.

Los padres de Claudia salen de la habitación en ese momento y, armándome de valor, les pregunto. Es más grande mi preocupación que el miedo a que me den una mala respuesta.

—¿Cómo siguen?

—Lárgate de aquí, bastante mal has hecho ya —espeta la madre, y tengo que morder mi lengua. Aunque no quiero, estoy empezando a odiarla.

—Claudia ya está despierta, y, como era previsible, muy afectada —dice su padre para sorpresa de todos—. Ahora sólo nos queda esperar por el pequeño.

—Cállate —lo reprime la mujer.

—Cállate tú —contesta el hombre a modo de reproche—. ¿No ves que estos muchachos están preocupados por tu hija?

La cara de la señora se vuelve tan roja por la furia que no me extrañaría que en cualquier momento comenzara a salirle humo por las orejas.

—Vámonos más allá. No quiero estar cerca de ellos. —Nos lanza una mirada de odio y comienza a caminar en dirección contraria. El padre de Claudia nos mira y en silencio se marcha tras ella. Sólo espero que, después de esto, no la cargue con él. Parece una bella persona.

* * *

Las siguientes horas son más de lo mismo. Derek atiende al menos cinco llamadas más y, cuando intenta hablarme, finjo para que no me note nada. Le insisto en varias ocasiones para que vuelva a casa, y aunque se muestra cada vez más nervioso, no hay forma de que se vaya.

Cansados ya de tanto esperar, decidimos acomodarnos en unos sillones que hay casi al final del pasillo y, en el momento en que cierro los ojos con intención de relajar la vista, me quedo dormida. Al abrirlos, desorientada, echo un vistazo a mi alrededor y me toma unos segundos darme cuenta de dónde estoy. Miro el reloj y con sorpresa descubro que ya son las ocho de la mañana. Busco a Derek con la mirada, pero en vez de encontrarlo a él, me encuentro con una bolsa con comida y una botella de agua muy cerca de mi espalda. Con sus gestos y sus atenciones hacia mí, me lo pone cada vez más difícil. Me va a costar...

Algo llama entonces mi atención y, al mirar de nuevo la bolsa, me doy cuenta de que hay una nota pegada a una de sus asas:

He tenido que salir. Por favor, mantenme informado. Volveré tan pronto como pueda.

Saco el teléfono para revisarlo, esperando que ahí me especifique algo más, y me encuentro con varios mensajes de mis compañeras. Debería haber estado en el supermercado hace más de media hora y ni siquiera me acordaba.

—Mierda... —Cierro los ojos con fuerza.

Les escribo dándoles las gracias por su preocupación y busco el número de mi supervisora. La llamo y, aunque en un principio no se muestra muy conforme, entiende lo que pasa y sólo me recrimina que no la haya avisado antes.

Al colgar, veo cómo se abre la puerta de la habitación donde está el hijo de Claudia y los abuelos salen de ella. Se apartan como si estuvieran dejando paso y, dos segundos después, aparece un celador empujando la cama del pequeño.

—Quédense aquí —les dice a los abuelos—. Dentro de una hora estaremos de vuelta.

Asienten y la madre de Claudia se acerca a él para besar una de sus manitas antes de que se lo lleven. Aunque haya perdido el afecto hacia esa mujer, la escena me apena tanto que tengo que secarme un par de lágrimas. Se marchan,

imagino por lo que los oigo hablar que a comer algo, y, al pensar en comida, mi estómago ruge. Recuerdo que había dulces en la bolsa y, aunque sé que por mi dieta no es lo más aconsejable, decido olvidarme de ella. Necesito azúcar como sea.

Antes de terminar, el médico con el que estuvimos la noche anterior habla delante de mí. Estaba tan entretenida con la comida que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí.

—Usted es familia o amiga de Claudia, ¿verdad?

—Sí —digo apurada, y me levanto rápidamente. Estas cosas me ponen extremadamente nerviosa—. ¿Le pasa algo?

—No, no. Tranquila —me calma—. Es sólo para decirles que pueden entrar a verla unos minutos. Pero por turnos, por favor. No debemos agobiarla.

—Em..., sí —digo—. Sí, quiero verla.

No sé si es buena idea porque seguro que se altera, pero necesito hablar con ella.

—¿No hay nadie más? —Se extraña de que no estén sus padres.

—No. Han salido.

—De acuerdo. Si no le importa, dígaselo usted cuando vuelvan. —Se marcha y quedo frente a la puerta.

Aunque los nervios me comen por dentro, aprieto la mandíbula y me armo de valor. Lo peor que puede pasar es que me eche, pero al menos debo tratar de recuperarla. Sin duda está viviendo su peor momento y quiero estar con ella. Claudia es una persona que realmente merece la pena, y cuando vuelva a casa quiero al menos tener la sensación de haberlo intentado.

Miro la puerta todavía indecisa, tomo una gran bocanada de aire y camino al frente. La habitación es tan pequeña que apenas me cuesta cuatro pasos llegar hasta el lateral de su cama.

—Claudia... —la llamo. Está perdida mirando a un punto fijo en la ventana y no se da cuenta de que estoy ahí.

—¡Tú! —dice con desprecio al volverse, pero mentiría si no digo que contaba con ello.

—Sí, yo. —Trago saliva.

—¿Qué quieres? —Sus ojos están completamente rojos. Debe de haber estado horas llorando.

—Sólo que me escuches, y si después no quieres verme más, me marcharé.

—Vete ya. —Varias lágrimas corren por sus mejillas y una punzada de dolor se instala en mi pecho.

—Primero de todo, Derek y yo no estamos juntos. —Evito perder más tiempo. En cuestión de segundos me volverá a pedir que me marche y tiene que oírme antes—. Y, segundo, nunca lo estaremos. Lo que sea que tuviéramos se ha terminado.

—¡Me da igual! —Pone las manos sobre su cara y llora más fuerte—. Los dos me dais igual, ¡lo único que me importa ahora mismo es mi hijo. —Se derrumba.

—Claudia..., de verdad que siento mucho lo que ha ocurrido —me acerco más a ella aprovechando que no me ve—, y me siento muy culpable por no haberte contado antes lo que estaba pasando.

—Era él, ¿verdad? —El odio en su mirada atraviesa mi estómago—. Cuando fuimos a cenar al restaurante, ¡él estaba allí!

—Sí. Fuimos a caminar y olvidé pedirle que me devolviera las llaves..., así que tuvo que volver...

—¿Por qué? ¿Por qué me mentiste?

—Supongo que no sabía cómo decírtelo. —Bajo la mirada—. O no me atreví a hacerlo. No soportaba la idea de hacerte daño.

—¿Y crees que ésa fue la mejor solución? —grita, y temo que alguien pueda oírla—. ¡Hemos estado a punto de matarnos por tu puta culpa!

—Mira, Claudia —aunque he intentado por todos los medios controlarme, su frase acusatoria me saca de mis casillas y hace que lo vea todo de otro modo—, hasta hace tan sólo un momento tenía ese peso sobre mi pecho, ¿sabes? Pero ahora sé que no es así. —Aprieto los labios—. La única responsable de lo que os ha pasado has sido tú. —Intenta hablar, pero con un gesto la interrumpo—: Entiendo que estés enfadada conmigo, pero no puedes culparme con esa insensibilidad... ¡No es justo! —No puedo callarme, aunque sé que no es bueno para ella—. Es cierto que te mentí. Es verdad que traicioné tu confianza, pero un

hijo siempre es lo primero. —Sus ojos se abren y comienzo a arrepentirme de lo que estoy diciendo.

—¡Confiaba plenamente en ti! ¡Me hiciste sentir peor que cuando me engañó mi ex! —me ataca para defenderse.

—¡Eso no es excusa! —Aguanto como puedo las ganas de llorar—. Cuando te llamé, el niño estaba llorando y no hiciste nada para calmarlo. Sabías perfectamente que conducir en ese estado podría ser peligroso y aun así preferiste entregarte al dolor. Un dolor que jamás entenderé porque Derek te fue claro. Él es libre, y yo también.

—¡LÁRGATE!

—Cúlrame por omitir información o por mentirte, pero no por lo que ha pasado. Yo no conducía, Claudia. Yo no perdí el control por un tío que te dejó claro que no quería una relación... —Va a decir algo, pero se calla—. No te molestes —me adelanto sabiendo lo que es—. Me marcharé del hospital en cuanto sepa que tu hijo está bien, pero antes quiero que sepas que estoy muy arrepentida de no habértelo contado desde el principio, y, aunque no me creas, lamento profundamente lo que ha pasado. Ojalá pudiera dar marcha atrás... —Sigue callada—. Espero que puedas perdonarme algún día... —Miro hacia la puerta sabiendo que debo marcharme y a pasos lentos salgo de la misma forma en que entré.

—¡Sandra! —El cuerpo de Derek aparece frente a mí sin que lo espere y me asusta—. Llevo un rato buscándote. —Parece alterado—. Ha... ¡Ha ocurrido algo!

Capítulo 24

—¿Qué? —Mi mente me lleva rápidamente a pensar que algo malo le ha sucedido al pequeño, y la mirada asustada de Derek me hace esperar lo peor—. ¿Qué ha pasado? —insisto al ver que no habla. Su cabeza parece estar en otro lugar.

—Tenemos... tenemos que irnos. —Mira hacia la salida y después a mí—. No podemos seguir aquí. —Tira de mi brazo y lo sacudo con fuerza para que me suelte.

—¿Qué ocurre? —Empiezo a dudar que tenga que ver con el niño.

—¡Saben que...! ¡Debemos irnos! —Agarra mi ropa y vuelvo a apartarme.

—¿Qué saben? ¿Quiénes? —Aunque trato de mantener la calma, el latido de mi corazón en el cuello me delata.

—No puedo contártelo ahora, no hay tiempo. ¡VÁMONOS!

—No voy a moverme de aquí hasta que me digas qué está pasando.

—Sandra, tienes que confiar en mí. ¡Estamos en peligro!

—Por última vez, Derek, ¿qué ocurre? —Estoy agotada de todo. Necesito recuperar mi aburrida vida ya o me explotará la cabeza.

—¡Lo saben todo! ¡Todo! —En medio de mis nervios, cruzo los brazos y, con una calma que hasta a mí me sorprende, lo miro fijamente. No pienso moverme hasta que hable—. Escúchame. —Agarra mis hombros y se coloca frente a mí—. ¡Tu coche está en llamas!

—¿QUÉ? —Mis ojos se abren y mi fingida postura de serenidad se desvanece—. ¿Cómo lo sabes? —Vinimos con el suyo y, hasta donde sé, no creo que haya vuelto al aparcamiento de mi barrio para comprobarlo.

—Acaban de enviarme una fotografía. ¡Saben quién eres!

—¡JODER! —grito—. ¿Quién sabe quién soy? ¿Qué estás queriendo decir?

—Es un aviso, Sandra.

—Derek... —comienzo a hiperventilar. Estoy llegando a mi límite—, ¡cuéntamelo todo de una puta vez! —Apoyo las palmas de mis manos sobre los muslos para tomar un poco de aire y él agarra mi codo.

—Te lo cuento en el coche. ¡Vamos! —Me convence y caminamos juntos hasta la salida.

Cuando llegamos al parking, se detiene, busca algo con la mirada y, cuando parece haberlo encontrado, hace un gesto extraño. Parpadeo pensativa, sin saber muy bien qué he visto, y al notar que no me muevo, llama mi atención para que suba al coche. Antes de que logre abrocharme el cinturón, arranca y nos movemos a gran velocidad. Espero impaciente a que comience a hablar, pero no lo hace y tengo que obligarlo.

—¿Vas a decírmelo ya?

Mira por el retrovisor y, cuando parece que va a volver a darme largas, me responde.

—¿Qué quieres saber? —Mira ahora el espejo lateral.

—Todo, Derek. Todo. Así que, por favor, deja de jugar de una jodida vez. ¿Qué le ha pasado a mi coche?

—Ya te lo he dicho antes: está en llamas.

Tuerzo los ojos e inspiro profundamente buscando paciencia. No puedo creer que siga haciendo eso.

—¿Quién te ha enviado la foto? —pruebo de otra forma.

—Ellos. Los... los mafiosos, como tú los llamas.

—¿Por qué han hecho eso? ¿Qué buscan?

—A ti.

—¿A mí por qué? —digo nerviosa. Lo que menos esperaba era esa respuesta. ¿Qué les he hecho yo?

—Para presionarme, Sandra. Saben que nos vemos, deben de habernos seguido a uno o a otro hasta descubrir dónde vives.

—¿Presionarte para qué? —Me cabrea enormemente tener que estar sacándole las palabras así, pero al menos por el momento lo va contando y eso

ya es algo.

—Para que les entregue lo que piden.

—¿Y qué te piden?

Me mira por un segundo y después vuelve a mirar a la carretera.

—Diez mil dosis.

—¿De qué? —Cruzo los dedos para que no sea lo que creo.

—De anabolizantes y otras sustancias...

—¿Qué? ¡Pero eso es ilegal y, además, muy peligroso!

Se carcajea sarcásticamente sin que lo espere.

—A estas alturas, y después de todo lo que has visto, ¿todavía te extraña?

—¿En serio es eso? —En mi mente quería creer, aunque lo negara, que se trataba sólo de dinero—. ¿Cómo cojones vas a conseguir todo eso? —Apenas faltan tres días para que vengan a buscarlas y temo que no le dé tiempo a reunir las. Parecen demasiadas.

—No tengo que conseguirlas, tengo que cocinarlas.

—¿Qué? —No entiendo nada.

—¡Déjalo! Ya es suficiente.

—No, no es suficiente. ¿Cómo que tienes que cocinarlas? ¿A qué te refieres?

—¡Pues a eso, joder!

—Espera..., no... —Empiezo a encajar las piezas—. ¿Eres... eres... un narco?
—Lo miro asustada.

—Sí, no... —dice nervioso—. Es una larga historia. —Toma una curva demasiado pronunciada y tengo que sujetarme para no chocar contra él.

—¡Explícate! —grito. No puede dejarme así—. ¿Quién cojones eres?

—Sandra...

—¿QUIÉN? —No puedo más y vuelvo a gritar. Esta situación está pudiendo conmigo.

—Golán.

—¿Golán? —Por alguna razón, ese nombre comienza a resultarme familiar, y ya no porque sea así como lo llaman los tipos que lo buscan, sino porque sé que lo he oído antes. Pero ¿dónde?

—Mi familia paterna es la dueña de la Distribuidora Farmacéutica Golán.

—¿Qué? ¿Ésa no es la que comercializaba con fármacos prohibidos? —Por fin salta la chispa. Fue una noticia muy comentada en su día.

—La misma.

—¡Dios mío!

—Mi padre era el cabecilla, y por su culpa acabé cayendo en esta mierda. Literalmente me obligó a seguir sus pasos. —Mira al frente con el ceño fruncido, como si estuviera recordando algo que no quiere, y arruga su frente—. Y todavía lo hace...

—¿Cómo que todavía lo hace? ¿Tu padre?

—Sí. Hace años creó una gran red de tráfico de anabolizantes y otras drogas, y tras contactar con cientos de estructuras criminales dedicadas a lo mismo, comenzó a exportar sustancias por todo el mundo. En sólo un año creció tanto que necesitó a alguien de confianza que lo ayudara a fabricar y controlar la mercancía, y entonces fue cuando pensó en mí. —Vuelve a mirar por el retrovisor y gira de nuevo.

—No acabo de entender, ¿por qué dices que te obligó?

—Cuando me lo propuso, me negué en rotundo al ser consciente de a lo que realmente se estaba dedicando, y me amenazó. —Varias gotas de sudor le corren por la frente y las seca con su antebrazo—. En aquel entonces, mis padres estaban divorciados y no dudó en usar a la familia de mi madre para presionarme. —Aprieta el volante con fuerza y no se me escapa el detalle—. Mi abuelo, a la semana de mi negativa, murió en extrañas circunstancias.

—¿Qué? ¿No sería casualidad?

—No. Él me confesó el crimen días después.

—¿En serio? ¿Y por qué no fuiste a la policía? —No puedo entender que no hiciera nada siendo algo tan evidente y con una confesión de por medio.

—No podía acudir a ellos si quería proteger a los demás. En el tiempo que hubiera tardado la policía en encontrar las pruebas suficientes para incriminarlo, él habría acabado con sus vidas. No era una opción.

—Hijo de puta... —Miro al vacío imaginando cuánto debió de sufrir por aquello y un escalofrío recorre mi espalda—. Pero... finalmente dismantelaron esa red, ¿no? Vi en las noticias que habían detenido a los responsables.

—¡Ja! —simula reír—. Cuando mi padre se enteró de que los estaban investigando gracias a sus contactos, me tendió una trampa y a quien detuvieron fue a mí junto a cinco personas más. La policía creyó entonces que yo era el dirigente y, tras algún arresto más, dieron por terminada la operación.

—De verdad que estoy alucinando... —Me cuesta creer lo que me está contando—. ¿Ésa fue la razón por la que estuviste en la cárcel?

Me mira extrañado y rápidamente me doy cuenta de que he metido la pata.

—Tú, ¿cómo sabes eso?

—Yo... te oí hablar en el baño... y...

—Joder, Sandra. No se te escapa una —me reprocha—. Sí—continúa—, ésa es la razón por la que estuve preso. Pero, a los dos años, un comisario que había estado trabajando en un caso de drogas, trata de blancas y prostitución encontró pruebas de que la célula de mi padre seguía activa, y, tras hablar conmigo, me convenció para que los ayudase a cambio de dejarme libre.

—¿Y por qué no se lo contaste antes? Te habrías ahorrado muchos meses encerrado.

—Porque mi padre seguía en la calle y tenía que guardar silencio si quería proteger a mi gente. No imaginas hasta dónde es capaz de llegar.

—¿Y después por qué decidiste contarlo? —No entiendo nada, se supone que su padre de igual forma seguía libre y podría hacerles daño.

—Ayudé a la policía porque me prometieron que, si colaboraba, cuidarían de ellos, y así lo hicieron. Los metieron en un programa de protección de testigos, y a mí, gracias a aquel comisario, me ofrecieron este trabajo. Al viajar de un lugar a otro, era casi imposible que pudieran seguirme la pista, pero cuando dieron conmigo hace unas semanas en el gimnasio, supe que también los habían encontrado a ellos... —Ahora entiendo por qué lloraba y estaba tan nervioso aquellos días—. No me amenazarían con algo así si no estuvieran seguros de poder llevarlo a cabo. —Espira preocupado.

—¿Y no pueden hacer nada para...?

—La conversación que oíste antes en el baño era precisamente para eso. Le estaba pidiendo a la persona que lleva el caso que los esconda en otro lugar, y

deben de haberlo hecho. Por eso los hombres de mi padre han quemado tu coche. Es su forma de hacerme saber que ahora van a por ti.

—¿Por qué? ¡Yo no les he hecho nada!

—Porque saben que eres importante para mí...

Algo en mi estómago se mueve al oírlo decir eso y, aunque no me relaja, admito que en otro momento habría disfrutado oyéndolo.

—¿Y por qué, si saben que los has delatado, a ti todavía no te han hecho nada?

—Lo harán en cuanto les entregue lo que buscan. La policía les ha cortado ya casi todos sus tentáculos y no les queda otra alternativa. Están tan debilitados como organización que necesitan esas dosis para continuar, pero en cuanto consigan el dinero de la mercancía, se repondrán y buscarán la forma de acabar conmigo.

—Qué idiota soy... —Pongo la mano sobre mi frente y sacudo la cabeza—. Y yo creyendo que eras fisioterapeuta...

—Y lo soy, pero cuando cometes un delito contra la salud pública, te inhabilitan de por vida.

—Lo entiendo... —Me apena, pero estoy de acuerdo. No me gustaría ir a parar a la consulta de alguien a quien mi salud le importa una mierda—. ¿Y ahora qué haremos? ¿Adónde vamos? —Llevamos varios minutos dentro de una autovía y todavía no tengo ni idea de adónde nos dirigimos.

—De momento, a ponerte a salvo a ti, y después volveré para terminar con esto.

—¿Qué vas a hacer? —Temo que quiera enfrentarlos solo.

—Tranquila, todo forma parte de un plan.

—Explícame eso. —Con esa frase casi ha confirmado mis temores.

—No puedo darte más detalles, así que vas a tener que confiar en mí.

—No sé si esa respuesta me vale. —No puedo disimular mi preocupación.

—Tendrá que valerte esta vez. —Pasa su brazo por encima de mis hombros y, sin quitar la mirada de la carretera, tira de mí y besa con ternura mi cabeza—. Todo saldrá bien. Ya lo verás.

Me gustaría confiar en su palabra, pero por alguna razón el miedo no me deja.

Algo me dice que no será tan fácil como pretende hacerme creer...

Capítulo 25

Media hora después, llegamos a una especie de polígono industrial y Derek detiene el coche frente a un gran almacén.

—Éste debe de ser...

—¿El qué? —pregunto intrigada, pero está tan concentrado mirando a la calle que no responde.

—Hablé antes con ellos...

—¿Con quiénes? —Para el motor y tira del freno de mano—. Derek... —insisto.

—Espera, ahora te cuento.

Sin darme más explicaciones, desabrocha su cinturón y se baja del coche.

—¡Joder! —exclamo en alto para que me oiga. ¿En serio piensa dejarme así? Me tiene de los nervios. Sólo espero que no me haya traído hasta aquí para encontrarse con los tipos que han quemado mi coche y de los que hasta ahora creía que estábamos huyendo.

Camina en dirección a unas grandes puertas y, con el puño cerrado, las golpea. Espera unos segundos y, cuando parece que nadie va a responder, las enormes puertas se abren. Mira a ambos lados de la calle y, tras echar un último vistazo para asegurarse de que sigo en el coche, entra y se cierran tras él. Mientras espero a que salga, varias preguntas rondan por mi mente, y mentiría si no admito que estoy tentada de salir corriendo, pero decido confiar en él y busco calmar mi nerviosismo como sea. Necesito un respiro con urgencia o explotaré. Desde hace rato, arrastro un fuerte dolor de cabeza y lo que menos me conviene ahora mismo es seguir sobrecargándome más.

Busco en mi teléfono cualquier cosa que me sirva para ello y, por alguna

razón, acabo con la última conversación que tuve con Claudia abierta. Cuando estoy a punto de echarme a llorar, apenada porque nuestra amistad haya tenido que llegar a su fin de esta manera, me doy cuenta de que está en línea y una idea fugaz cruza mi mente. Aun con todo lo que ha pasado desde que salí del hospital, no he podido sacar al pequeño de mi cabeza y necesito información como sea. A estas alturas, ya deben de tener los resultados de la prueba.

Sin pensarlo demasiado para que los miedos no me echen para atrás, decido escribir a Claudia. Lo peor que puede pasar es que me bloquee, pero, según están las cosas, no pierdo nada por intentarlo.

Tecleo y, aunque borro el texto varias veces, me armo de valor y se lo mando:

Ya sé que me lo has dejado todo claro antes, pero estoy muy preocupada por tu hijo. Sólo dime, por favor, qué tal ha salido el TAC y no volveré a molestarte más.

Sólo ella sabe cuánto lo quiero, y confío en que se apiade de mí. Miro nerviosa la pantalla y el doble *check* azul me indica el momento exacto en que lo lee. Espero y espero, pero mis esperanzas desaparecen a medida que los minutos pasan. Nada me revela que esté respondiendo o que por el momento vaya a hacerlo. Cuando deja de estar en línea, inspiro profundamente y, al apoyar la cabeza en el respaldo del asiento, dos fuertes golpes en la ventanilla me sobresaltan. Me levanto rápidamente y veo a Derek mirándome desde fuera. Junto a él hay dos hombres más, y cuando descubro de quiénes se trata, mi corazón da un vuelco.

—¿Esto es una jodida broma? —Son los mismos hombres que han estado estos días rondando por el supermercado—. ¿Qué está pasando aquí?

Bajo el cristal de la ventanilla y, aunque no entiendo nada, estoy bastante cabreada. Derek sabía desde el principio quiénes eran y me lo ocultó.

—¿Puedes bajar? —Abre mi puerta y yo la cierro de un portazo—. Baja, joder. Vamos a explicártelo. —Malhumorada y con desgana, finalmente hago lo que dice y, tras lanzarle la peor de las miradas, comienza a hablar—: Ellos son Alfredo y José.

—Ahórrate las presentaciones —espeto con los dientes apretados, y aunque

uno de ellos estira su mano hacia mí para saludarme, se la rechazo—. Explicadme qué es todo esto.

—Eso intento... —suspira agotado—. Son parte del equipo de agentes que lleva el caso.

—Muy bien —respondo con sarcasmo—. ¿Y qué más?

—Cuando esos tipos me encontraron en el gimnasio, se lo notifiqué a la policía y les pedí que te protegieran. Sé de sobra cómo actúan y no podía arriesgarme, y más cuando me confesaste que habías estado allí en una de sus visitas. Lo controlan todo, Sandra. Alguien debió de verte salir de allí y te siguió. Por eso sabían dónde encontrar tu coche.

—Mierda... —Pongo las manos sobre mi cara y resoplo. Seguro que fue como dice. Recuerdo que, al salir la primera vez, había alguien dentro de una furgoneta oscura, pero entonces no le di importancia—. Estoy harta de todo esto —me quejo—. Cosas buenas no me pasan, pero estas mierdas me las llevo todas.

—Vamos a solucionarlo, ya verás. —Me abraza y, aunque no se lo digo, lo agradezco. Pero al recordar que hay gente mirándonos, comienzo a sentirme incómoda y con disimulo me aparto.

—¿Qué va a pasar ahora? —les pregunto a los tres, consciente de lo delicada que es la situación. No puedo volver a casa, e imagino que tampoco a mi trabajo. Si me tienen localizada, lo más lógico es que por el momento me esconda para que no me encuentren.

Cuando uno de ellos hace el intento de contestarme, suena su teléfono y tiene que atenderlo.

—Sí, comisario. Estoy con ellos ahora mismo. —Hace una pausa—. Estaban en... en el hospital, creo que una amiga ha tenido un accidente. —Mira a Derek y éste asiente para hacerle saber que lo que ha dicho es correcto—. ¿Qué? ¿En serio? —Ahora me mira a mí y levanta las cejas como si estuviera sorprendido—. Guau..., es increíble cómo se ponen algunas veces las cosas... —Traga saliva y aprieta la mandíbula—. Sí, descuide. Voy a comunicárselo. —Vuelve a mirarme y mi vello se eriza. Sé que están hablando de mí y me preocupa lo que vaya a decirme.

—¿Qué ocurre? —se adelanta Derek. Parece haber percibido lo mismo que

yo.

—Sandra, no sé cómo decirte esto... —El agente vuelve a mirarme todavía pasmado—. Siempre he creído que las cosas ocurren por algo, y esto no hace más que confirmármelo...

—¿Puede decirnos de una jodida vez qué pasa? —Los nervios me hacen perder la paciencia.

—Mis compañeros acaban de descubrir que han entrado en tu apartamento y... —rasca su corta barba— y... Guau, no imaginas la suerte que has tenido de no haber estado allí. Estás viva de milagro.

—¿Qué? —lo miro aterrada.

—Si tu amiga no hubiera sufrido ese accidente, posiblemente ahora mismo estaríamos certificando tu muerte. Parece que estuvieron esperándote y, como no llegabas, la pagaron con el coche.

—Dios santo...

Mis manos comienzan a temblar y Derek las toma entre las suyas.

—Tranquila. —Pasa sus brazos por encima de mis hombros y me aprieta contra él hasta que mi rostro queda apoyado en su pecho—. No voy a dejar que te ocurra nada.

—En prevención, hemos enviado a varios agentes de paisano a la dirección de tus padres, ellos no saben nada, pero...

—¿Qué? —No lo dejo terminar—. ¿Mis padres? ¿También están en peligro? —Si antes eran mis manos las que temblaban, ahora es todo mi cuerpo. No había pensado en ello. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—No les pasará nada. Es sólo una medida de precaución... —Derek intenta hablar en ese momento, y exploto.

—¡Todo esto es por tu culpa! —La ansiedad suelta mi lengua y, aunque sé que le voy a hacer daño, no me puedo callar—. ¡Maldita la puta hora en que te conocí!

Me aparto de él y comienzo a caminar sin rumbo. No sé adónde voy, pero estoy tan fuera de mí que lo único que me preocupa ahora mismo son mis padres. Si les llega a pasar algo por esto, me muero.

—¡Sandra! —Me sigue—. ¡Espera!

—¡No te acerques a mí! —Camino más rápido—. ¡Déjame! —Mi vida siempre ha sido una mierda, pero desde que él está en ella, todavía es peor.

—Espera, por favor... —Tira de mi ropa.

—¡Aléjate! —grito para que me suelte.

—Por favor... —Me atrapa entre sus grandes brazos y, aunque lucho por apartarme, no me suelta—. Por favor, cariño... —Esa palabra, junto al ahogo que noto en su garganta, hace que vuelva en mí rápidamente y, poco a poco, dejo de luchar para ahogarme en un amargo llanto—. Lo siento mucho... —Me abraza más fuerte—. No imaginas cuánto lamento haberte metido en esto. —Sorbe por su nariz y, sin necesidad de mirarlo, sé que él también está llorando—. Lo siento... Lo siento, lo siento..., ojalá pudiera arreglarlo... —Solloza y, cuando noto su pecho vibrar, entiendo que lo está pasando tan mal como yo.

Todo esto me tiene tan alterada que está anulando mi capacidad de razonar y no he estado pensando con claridad. Si es cierto lo que me contó en el coche, no puedo seguir culpándolo así.

—Derek —nos interrumpe uno de los agentes—. Nosotros debemos irnos ya, te hemos dejado un coche a la vuelta de la esquina para evitar que os sigan. Sólo tienes que presionar este botón y las luces de los faros te indicarán cuál de ellos es.

—Gra... gracias —hipa al tiempo que estira su mano para recibir un manojito de llaves, y siento una gran pena. La que hablaba antes no era yo, sino mis nervios. Debo disculparme en cuanto me calme.

—La dirección del piso está en el asiento del pasajero. Llámanos cuando hayas llegado.

—OK... —responde sin soltarme, y seca sus lágrimas con el hombro.

Cuando los policías se alejan, deja salir un suspiro y apoya la barbilla en mi cabeza.

—Sandra —su voz suena más ronca—, Sandra... —Al ver que no respondo, pasa sus dedos con delicadeza por mi mentón y tira de mí—. No podemos estar más tiempo aquí. —Me mira y, aun habiéndome portado tan mal con él, acaricia mi rostro y me arrepiento aún más de todo por lo que le he hecho pasar—. Debemos irnos ya para ponerte a salvo.

Abatida, asiento sabiendo que no tengo otra alternativa y, sin apartarnos, caminamos juntos hasta donde nos ha indicado el agente. Aprieta el mando a distancia y al momento localizamos el coche. Un Peugeot 407 negro bastante amplio. Cuando abre la puerta, veo una nota en mi asiento, la tomo entre los dedos y, al subir, se la entrego. La revisa, escribe el nombre de la calle en el GPS y nos ponemos en marcha. Miro hacia la pantalla y, cuando veo que tardaremos tres horas en llegar a nuestro destino, expulso el aire de mis pulmones en forma de soplido.

—Lo sé —añade Derek sabiendo lo que estoy pensando—, pero no podemos arriesgarnos. Cuanto más lejos del foco, más segura estarás.

—¿Cuántos días estaremos allí? —No me ando con rodeos. Necesito saberlo para irme haciendo a la idea.

—Si todo sale bien, calculo que unos cuatro.

—No sé cómo voy a explicar esto en el trabajo... —Me angustia la idea de perderlo. Por fin había encontrado un sitio donde me trataban bien, y me sentía muy a gusto con mis compañeros.

—Puedo pedirles a los agentes que hablen con tu encargada, aunque... —Arruga la nariz—. Olvídalo. —Niega con la cabeza—. No pueden hablar sobre esto hasta que terminen. Podrían poner en riesgo... la misión.

Aunque él todavía no me ha confirmado nada y evita hablar del tema, imagino la razón y creo entender lo que pasa. Deben de estar preparando alguna especie de trampa y por eso tanto secretismo.

En cierto modo, me alivia, y aunque no elimina del todo mi preocupación, admito que saber que no estará solo me deja un poco más tranquila. Ahora sólo espero que los policías sepan lo que hacen y no permitan que le pase nada malo.

—Derek. —Me mira cuando, pasados unos minutos, lo llamo—. Lamento mucho haberte dicho todas esas cosas. Soy una persona muy temperamental y todo esto me ha desatado...

—Tranquila, lo entiendo. —Acaricia mi muslo y después toma por unos segundos mi mano para darme consuelo—. Yo estaría igual.

—Sólo quiero que sepas que estoy muy nerviosa, y..., bueno..., noto que estoy perdiendo los papeles y no siento lo que digo. Sé que tú, de alguna forma, no

tienes la culpa.

—Gracias, Sandra. Esas palabras significan mucho para mí. —Me mira por una décima de segundo y le sonrío apenada.

—Tú sí que significas mucho para mí... —susurro creyendo que no me oirá, y cuando me mira de reojo, trago saliva y miro al frente. Ni él ni yo esperábamos que algo así saliera de mi boca, y menos en un momento como éste.

Capítulo 26

Apenas hablamos durante la mayor parte del trayecto y sólo me muevo para revisar el teléfono. Aunque he visto a Claudia varias veces más en línea, en ningún momento se ha dignado responderme, pero aun así no pierdo la esperanza. Tentada de escribirle de nuevo, se lo comento a Derek y no tarda en quitarme la idea de la cabeza. Según él, sólo será una pérdida de tiempo, y tiene razón. Ella ya sabe que estoy preocupada y, si aun así se niega a contestarme, no puedo hacer nada. Tiene sus razones y debo respetarlas.

Cuando por fin llegamos, estoy tan agotada que al salir del coche lo hago con dificultad. Me apoyo en la puerta con intención de estirarme y un fuerte dolor en la espalda hace que me encoja de nuevo. La tensión que he vivido en las últimas horas debe de haberme provocado una contractura.

—¿Estás bien? —Derek no tarda en darse cuenta y viene a ayudarme.

—Sí, es sólo que... —Vuelvo a intentar enderezarme, pero el dolor no me deja—. Creo que estoy teniendo un espasmo muscular.

—Déjame ver. —Pone las manos sobre mis hombros y, con ayuda de sus pulgares, recorre mi columna hasta llegar a una zona dolorosa.

—¡Es ahí! —le indico casi retorciéndome.

—¿Puedes llegar hasta allí? —señala un bloque de pisos—. El nuestro es el segundo.

—Creo que sí. —Me aparto del coche y, algo encorvada, camino hasta la puerta de metal.

Tras probar varias llaves del llavero que le entregó el agente, con una de ellas consigue abrir la cerradura y entramos en una especie de portal. Aunque el lugar se ve bastante antiguo, siento un gran alivio al descubrir que tiene un ascensor.

No sé si sería capaz de subir por la escalera tal como estoy. Derek presiona el botón que hay en la pared y, tras encenderse una luz verde, un ruido bastante chirriante nos indica que ya está cerca. Las puertas se abren y el interior es tan pequeño que apenas entramos los dos, pero no me quejo, ya que es más de lo que podía esperar en este lugar.

—¿Cómo sigues? —Derek no deja de preocuparse por mí.

—Bien, en cuanto me tumbe un rato, se me pasará.

—Debe de haber sido por dormir mal en la silla del hospital.

—Puede que tengas razón. —Han ocurrido tantas cosas en tan poco tiempo que ni se me había pasado esa idea por la cabeza.

El ascensor se abre y salimos a una especie de pasillo pintado de azul con una única puerta.

—Tiene que ser aquí. —Saca el manojito de llaves y con la primera acierta—. Bingo —bromea, y entramos.

Todo está oscuro, y lo primero que percibo es un fuerte olor a humedad. Saco mi teléfono para ayudarme con su luz hasta que pueda encontrar un interruptor y la pantalla no tarda en indicarme que estoy sin batería.

—Mierda —exclamo al recordar que no tengo el cargador, y Derek me mira—. Se me apagará dentro de treinta segundos —le digo, y arruga la frente entendiéndome a qué me refiero.

—Creo que he visto un autoservicio antes. Después bajo a comprar uno.

—Vale. —Me quedo más tranquila y oigo cómo levanta una persiana.

Para mi sorpresa, todo a nuestro alrededor se ve bastante limpio, como si alguien más hubiera estado aquí no hace mucho. Los muebles no tienen nada de polvo y el suelo brilla como si lo acabaran de fregar. Al mirar hacia la pared, veo una enorme mancha de agua y rápidamente entiendo la razón del olor.

—Creo que hay una avería —dice Derek observando lo mismo que yo, y se inclina para verlo mejor—. Bueno, no vas a estar mucho tiempo aquí... —dice mientras frota la pared con el dedo, y me doy cuenta de que de la nevera cuelga una nota.

—Hay algo ahí. —Camino hacia ella, la tomo entre los dedos y leo en alto:

A los que vengáis después:

La gotera ya está arreglada, no os preocupéis. Sólo dejad que se seque.

—Vaya. Parece que nos han leído la mente —ríe Derek.

—Sí —ríó con él, y volvemos a quedar en silencio.

—Creo que esto es un apartamento para personas protegidas.

—Sí, eso parece.

Camino todavía encorvada y con algo de dificultad hacia una de las dos únicas puertas que hay, y al abrirla me encuentro con un pequeño cuarto de baño. Al fijarme en las estanterías que están colgadas en la pared, la teoría de Derek cobra más fuerza. En ellas pueden verse todos los productos de higiene básicos que alguien podría necesitar.

—¡Guau! —exclama, y miro rápidamente en su dirección. Tiene abierta la nevera y, desde donde estoy, parece repleta—. Al menos no pasarás hambre —ríe, y esta vez no lo acompaño. Sus continuas frases en singular no paran de indicarme que estaré sola, y no me hace ninguna gracia. Comprende lo que me pasa y deja de bromear para mirar su reloj—. Voy a por el cargador antes de que sea más tarde, ¿necesitas algo más?

—Creo que no... —respondo, y me mira por un segundo. Al ver que no tengo intención de decir nada más, baja la mirada y se marcha dejándome con una extraña sensación de vacío. Si sólo se va un momento y ya me siento así, ¿qué será de mí cuando no esté?

Observo de nuevo todo lo que me rodea, esta vez con más detenimiento, y trato de habituarme a lo que será mi hogar durante la próxima semana. Al lado de la nevera hay una minúscula cocina y, junto a ella, una antigua lavadora. A escasos centímetros, una mesa de madera con dos sillas, y en la pared de enfrente, un sofá de dos plazas y una televisión tan vieja que con suerte lograré sintonizar un par de canales. No hay ningún tipo de lujo, pero por el momento creo que servirá.

Camino como puedo hasta el sofá y, con cuidado, me siento. En el momento en que apoyo las nalgas en él me doy cuenta de que por el uso tiene un hoyo en el centro y sé que me va a costar ponerme en pie, pero ese problema lo dejo para

después. Dejo caer la cabeza hacia atrás para descansar la nuca y espiro sonoramente. Tengo la espalda tan rígida que parece una tabla.

No sé el tiempo que paso así, pero pronto suena la puerta y Derek entra de nuevo.

—Ya estoy aquí —dice al tiempo que cierra—. He comprado dos. Yo tampoco tengo carga. —Busca un enchufe y, cuando los coloca, viene hacia mí—. Dame el teléfono. —Se lo entrego, lo pone a cargar junto al suyo y, tras esperar unos segundos a que se encienda, se sienta a mi lado—. ¿Cómo sigues?

—Mal...

—¿Sigues tensa?

—Tanto que si cierro los ojos me crujen los párpados.

—¡Qué bestia! —se carcajea tan fuerte que casi me asusta—. Entonces mejor no lo hagas. —Se incorpora para colocarse mejor—. Déjame ver.

—¿El qué? —pregunto extrañada.

—Intentaré ayudarte. —Retira mi largo cabello hacia un lado y presiona con sus manos mis hombros.

—Dioss... —Mi vello se eriza. El dolor es tan fuerte como placentero.

—Estás demasiado contraída. No voy a conseguir nada aquí. —Se aparta y, creyendo que ya ha terminado, se coloca delante de mí y me ofrece su mano—. Vamos a la habitación.

—No... no hace falta —digo nerviosa—. Ya se me pasará. —La palabra «habitación» me impone, y más desde lo que pasó entre nosotros en el gimnasio. Aunque se muestra cariñoso y confiado conmigo, no hemos vuelto a tener un contacto tan íntimo.

—Vamos —insiste—. Tengo que relajar esa espalda o mañana no podrás moverte. Cuando un músculo no trabaja como debe, sobrecarga a los demás y se contraen en cadena.

—Está bien... —Aprieto la boca para aguantar el dolor y con su ayuda me levanto.

Caminamos hacia la última puerta que nos quedó por abrir y, al hacerlo, nos encontramos con una gran cama con un cobertor blanco acolchado. Las cortinas,

de franjas grises, hacen juego con los cojines y en conjunto se ve todo mucho más moderno en comparación con el resto de la casa.

—Guau, esto sí que no lo esperaba —expongo sorprendida—, imaginaba una cama antigua con barrotes de metal. Como la de la niña de *El exorcista*.

—También yo —ríe—. Espera un momento aquí, voy a ver si hay crema en el baño.

—OK —digo, pero no le hago caso. Con cuidado, llego hasta el colchón y, sujetándome a la mesilla, me siento sobre él.

Al regresar, me mira pero no dice nada y me fijo en que trae en las manos una botella de aceite de oliva.

—Esto es lo único graso que he encontrado, pero servirá. —Me la muestra.

—¿Piensas usar en mi espalda aceite para cocinar?

—Sí, aunque no lo creas, es muy bueno para la piel.

—No sé si es buena idea... —respondo poco convencida—. ¿Cómo lo hacemos?

—Quítate la ropa —señala prestando más atención al tapón de la botella que a mí.

—¿El sostén... también? —Mis mejillas arden.

—Sí, todo. No quiero mancharlo.

—No pasa nada, no me importa..., lo lavo después. —Pongo excusas para no hacerlo. La vergüenza me está ganando la batalla.

—Sandra, no hay nada bajo tu ropa que no haya visto ya. —Sabe lo que me está pasando.

—Ya, pero así, en frío..., nunca podrá ser igual.

—Por eso no hay problema..., yo te caliente... —Levanta las cejas pícaramente y lo empeora todo.

—¡Derek! —lo riño, y se carcajea—. ¡Así no me ayudas!

—Está bien... —Mantiene la sonrisa—. ¿Quieres que salga hasta que estés preparada?

—No. No importa, quédate —apunto, aunque en realidad quería decir lo contrario. Con cuidado, me saco la camiseta y, cuando voy a echar las manos

hacia atrás para soltar mi sostén, me doy cuenta de que no puedo—. Mierda — murmuro, y me oye.

—¿Qué ocurre?

—Creo que... necesito ayuda... —Mi cara cada vez está más roja.

—¿Ah, sí? ¿Qué tipo de ayuda? —Lo sabe de sobra, pero desde hace tiempo he descubierto que le encanta molestarme.

Lo miro como si estuviera enfadada y, sin necesidad de decirle nada más, se coloca detrás de mí y lo hace. En el momento en que sus fríos dedos me rozan, la piel de mi cuello se eriza y mis pezones también. Deja caer los tirantes del sostén por mis hombros y, con cuidado, saco los brazos. Sujeto la prenda a mi cuerpo para que mis pechos queden cubiertos y, buscando la postura menos dolorosa, me coloco boca abajo.

—¿Así está bien? —pregunto con media cara pegada a la almohada.

—Perfecto. —Oigo caer sus zapatos al suelo y, cuando menos lo espero, alza una pierna y la pasa al otro lado de mi cuerpo, dejándome atrapada entre ellas—. Humm, creo que así quien se va a manchar voy a ser yo. —Vuelve a pasar la pierna y se aparta quedando en una zona de la cama donde, si no giro la cabeza, no puedo verlo. Cuando oigo la cremallera de su pantalón bajar, con disimulo, me giro hacia él y veo cómo se lo quita—. Ya está. —Me guiña un ojo y, sin darme tiempo a decir nada, de un rápido movimiento se coloca en la postura inicial—. Si te hago daño desde donde estoy, avísame.

—No..., tranquilo. —No sé qué decir. Es todo tan irreal que parece una película. ¿Quién me iba a decir a mí hace tan sólo unas semanas que un día iba a tener a un hombre como él casi desnudo y subido a mi espalda? Y, más difícil aún, ¿haciéndome un masaje? Por suerte, no puede oír lo que pienso.

—Vamos allá.

Coge la botella de aceite, vierte un poco del dorado líquido en su mano y, ayudándose con la otra, lo extiende entre sus dedos. Al principio la piel de sus manos suena seca, pero a medida que las frota, dejo de oírla. Mueve una rodilla para colocarse mejor y al momento me doy cuenta de que puedo notar el calor de su entrepierna en las nalgas.

«Dios mío», me digo, y trato de no pensar en lo que está pasando. Cuando sus

manos, mucho más calientes que antes, se posan en mi columna, oigo mi teléfono sonar y el corazón me da un vuelco al reconocer la melodía que uso para los mensajes de Claudia. Algo ha pasado.

Capítulo 27

—¡Me ha escrito! —Me muevo debajo de él y se aparta.

—¿Quién? —pregunta al verme así.

—¡Claudia! ¿Recuerdas que te dije que quise saber cómo estaba el niño y le pregunté cuando estabas hablando con los agentes? —Pongo las manos sobre el colchón para levantarme, y, al tomar impulso, noto un fuerte latigazo en la espalda—. ¡AH! —me quejo, y vuelvo a quedar en la misma posición. Con la emoción, incluso lo había olvidado.

—Espera. —Se aparta de mí y oigo sus pisadas llegar al salón. Se detienen por un segundo y vuelve con el teléfono en las manos—. La batería ya tiene algo de carga. —Me lo entrega y, cruzando los dedos para que sean buenas noticias, desbloqueo la pantalla para saber qué pone.

Saldrá de ésta.

—¡SÍÍÍ! ¡El niño está bien! —grito emocionada, y Derek me mira con alivio. Sólo hay escritas tres palabras, pero son suficientes para quitarme el gran peso que llevo arrastrando todo el día.

Sé que Claudia sigue enfadada, pero al menos ha tenido el detalle de no torturarme más. Sólo espero que recapacite, acepte mis disculpas y se digne darme una oportunidad para que podamos hablar. Es una chica increíble y no me gustaría perder su amistad.

—Es genial saber que se recuperará.

Derek se echa a mi lado y mira al techo con una sonrisa en los labios. Aunque no lo diga, sé que de alguna forma él también se sentía culpable, y en realidad,

mirándolo bien, todos hemos tenido algo que ver. Él, por esconderse de Claudia; yo, por ocultárselo, y ella, por no aceptar un no por respuesta.

—¿Sabes? —comento todavía boca abajo, acordándome de algo—. No me dio tiempo a abrir tu regalo. ¿Qué era? —No sé cuándo podré recuperarlo, ni si llegaré a hacerlo.

—Ya lo verás. —Gira su rostro hacia mí—. Es una bobada, pero cuando lo vi, me acordé de ti.

—¿No vas a decírmelo? —me hago la indignada.

—No —ríe—. Tendrás que descubrirlo por ti misma. Y ahora... —se levanta y puedo ver su ropa interior—, para celebrar que el pequeño está bien, sigamos con lo que teníamos pendiente...

Se arrodilla en la cama y se coloca sobre mí igual que antes. Toma de nuevo la botella para engrasar sus dedos, aparta mi pelo con delicadeza y asienta sus manos en mi piel,

Con movimientos lentos, me embadurna la espalda hasta que sus manos resbalan con facilidad y apoya los pulgares en mi zona lumbar. Con algo más de presión esta vez, escala con suavidad para llegar a mi cintura y desliza las palmas hacia los laterales, provocándome una gran relajación. Sabe perfectamente lo que necesitan mis músculos. Con cuidado, presiona cada una de mis vértebras y noto cómo se van colocando. Sus cálidas manos regresan de nuevo a mis músculos y la sensación es tan placentera en algunas zonas que, sin quererlo, dejo salir un suspiro. Se detiene un par de segundos y, cuando creo que no va a continuar, aprieta de nuevo mi dolorida carne y me quejo. Sabía que lo bueno duraría poco.

—Tranquila, terminaré pronto. —Presiona más fuerte y tengo que enterrar la cabeza en la almohada para no gritar. Es casi insoportable—. Unos segundos más y soltaré la contractura.

El dolor se vuelve cada vez más intenso y comienzo a sudar.

—Para... ¡Para! —suplico y, aunque intento moverme, con su peso no puedo.

—Cuenta hasta diez. —La zona que está tratando me arde como si alguien hubiera colocado una brasa en ella y, cuando estoy a punto de desmayarme, se detiene.

—¡Joder! —Cierro los ojos con fuerza mientras me recupero y aguanto las ganas de llorar.

—Lo sé —dice mientras sus manos trabajan ahora mis hombros—. Ésa ha sido la peor parte, ahora sólo relájate y disfruta. Voy a mimar lo demás.

Desde el centro de mi espina dorsal, deja caer sus dedos hasta mis costados provocándome pequeñas corrientes de placer y repite ese movimiento hasta que llega al final de mi espalda. Mueve las rodillas para echarse hacia atrás y tira de mi pantalón.

—¿Qué haces? —pregunto inquieta.

—Voy a colocar tus caderas. Tienes una más alta que la otra.

—¿Qué? ¿Eso es malo?

—No necesariamente, pero puede darte problemas en el futuro. —Apoya los puños a ambos lados de mi sacro y se deja caer sobre ellos, provocando un crujido en mis huesos.

—¡AHH! —me quejo, aunque no me ha dolido, pero la impresión ha sido horrible. Se aparta de mí dando por finalizada la sesión y me giro sobre la cama —. ¡¿QUÉ MIERDA HAS HECHO?! —lo miro esperando respuesta y, cuando me doy cuenta de lo que ha pasado, rápidamente me cubro el pecho.

—Tarde —bromea, y recoge mi sostén de la cama, lo cuelga sobre su índice y me lo entrega. Me había olvidado por completo de que lo tenía abierto.

—Pero ¿cómo puedo ser tan tonta? —Le doy la espalda para que no vea mi sonrojo y me cubro con la colcha.

—Hey, no digas eso. —Se echa a mi lado, pasa su mano por mi cintura y tira de mí para que me gire—. A mí me has alegrado el día —ríe.

—Qué gracioso... —replico con sarcasmo.

—Sandra, he tenido tus pechos en mi boca.

—¡No me lo recuerdes! —Cubro ahora mi cara también.

—¿Te arrepientes? —pregunta con el mismo temor que la primera vez.

—No... —y es cierto, aunque al principio estaba confundida, no es arrepentimiento lo que siento—, pero me da mucha vergüenza.

—¡Oh, vamos! Lo entendería si tuviéramos quince años y acabaras de regalarme la virginidad...

—Por cierto —una pregunta que ha estado rondándome en la cabeza desde que lo conozco vuelve a mi mente—, ¿cuántos años tienes?

—Unos cuantos.

—Pero ¿cuántos...? —insisto. Tengo la impresión de que es menor que yo.

—Los mismos que tú.

—Te ves mucho más joven, no me engañas.

—Es por la comida sana y el ejercicio. —Apoya el codo en la cama y sujeta su cabeza con la mano—. Y si sigues a este ritmo, muy pronto tú también notarás los beneficios. Aunque yo ya te los veo.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —Me pica la curiosidad.

—Aquí —acaricia mi mejilla y espero—. Aquí... —pasa ahora el dedo por mi tabique nasal, haciéndome cerrar los ojos por un segundo—. Aquí —resbala su yema por mis labios mientras traga saliva y me observa fijamente. En ese momento, puedo ver cómo sus rasgados ojos marrones se vuelven mucho más oscuros y sus pupilas se dilatan.

Muerde su labio, como si estuviera conteniéndose, y desliza su mano por mi cuello muy despacio hasta alcanzar mi nuca. Presiona ligeramente y, acercándose, me besa con tanta delicadeza que creo derretirme.

—Oh, Sandra... —me nombra y suspiro embriagada por su aliento. Me humedezco los labios como si todavía pudiera saborearlo y, lentamente, abro los ojos. No sé qué diablos ha sido eso, pero mi cuerpo ha reaccionado de un modo insólito.

Vuelve a besarme de la misma forma y mis muslos se contraen. Llevada por algo parecido al deseo, soy yo ahora quien rodea su cuello, y, al hacerlo, parte de mi pecho queda de nuevo al descubierto. Sus flexibles dedos llegan hasta él, dejando un camino de caricias a su paso, y suavemente masajea mi pezón provocando una fuerte corriente eléctrica en todo mi ser. Suspiro excitada y su lengua profundiza más en mi boca para mostrarme su deseo y yo hago lo mismo con él.

Su mano, insaciable, baja ahora por mi abdomen y, tras soltar los botones de mi pantalón con destreza, se pierde entre mi ropa interior.

—Derek... —susurro cuando sus dedos se mueven, y, al comprobar que estoy

húmeda, bufa.

Mi sensible piel responde a sus dulces toques, y mientras cautiva mi cuerpo con sus exquisitas caricias, muevo las caderas clamando por más.

—Dios mío... —respira en mi boca cuando me pierdo entre jadeos, y, nervioso, espera paciente mi último resuello.

Sus labios abandonan mi boca y se deslizan por mi pecho, buscando saborear cada centímetro de mi cuerpo, y, con cuidado, retira las prendas que aún nos quedan para comenzar de nuevo...

Durante horas danzamos juntos en un mismo baile y nos unimos tan apasionadamente que por momentos no logro distinguir nuestros contornos. Derek franquea todas mis fronteras y con pasión logra que encumbre una y otra vez los picos del placer. Nunca antes había experimentado algo así y, de alguna forma, me alegra que sea con él.

* * *

—Sandra... —Acaricia mi pelo para despertarme y me giro con cuidado. Aunque la espalda ya no me molesta, tengo miedo de volver a hacerme daño. No sé cómo lo hizo, pero desde que me masajé, desapareció todo el dolor—. Tengo que irme.

—¿Qué? ¿Ya? —Mis ojos se abren y veo que ya está vestido—. No... —protesto—. ¿Tan pronto?

—Sí, debo preparar junto a los agentes la redada.

«Redada», repito en mi mente, y descubro que estaba en lo cierto.

—Tengo miedo —confieso.

—Está todo controlado —sonríe, pero la sonrisa no llega a sus ojos.

—¿No tienes miedo? —Me extraña verlo tan decidido.

—Ahora sí. —Vuelve a sonreír, esta vez apenado, y se inclina para dejar un beso en mis labios.

—¿Por qué? —pregunto casi sabiendo la respuesta, pero necesito que me lo confirme. Mis inseguridades necesitan oírsele decir.

—Para volver contigo. —Una dosis extra de endorfinas gatea por mi cerebro

y me hacen sentir bien—. ¿Sabes? —se acerca para acariciar mi pelo—, te pareces mucho a la persona con la que quiero compartir el resto de mi vida. — Me sonrío y el rubor no tarda en llegar a mis mejillas.

Una décima de segundo después, cientos de pensamientos bombardean mi cerebro amenazando con enturbiarlo todo, y tengo que luchar contra ellos. Sean verdad o mentira, no quiero que me estropeen este momento.

Es cierto que Derek es un tipo que siempre he considerado fuera de mi alcance, y también es cierto que nunca, ni en mis más calientes sueños, habría imaginado estar con alguien como él. Pero también es cierto que, aun así, con quien ha pasado la noche ha sido conmigo, y a quien acaba de decirle eso ha sido a mí. ¿Por qué tengo que torturarme con ello? Estoy tan acostumbrada a los estereotipos que, si no soy como marcan, yo misma me maltrato.

—Ten cuidado, por favor. No quiero que te pase nada. —Me abrazo a él apretando mis labios para aguantar las lágrimas, pero no puedo evitar que mis ojos se humedezcan. Realmente estoy preocupada, y algo parecido a un presentimiento me dice que debo estarlo.

—Hum..., creo que lo nuestro está avanzando... —Alza mi rostro con la mano y ríe pícaramente—. La frase «Ten cuidado, por favor. No quiero que te pase nada», ¿se traduce como «si te pasa algo, me muero»?

—¡No! —le sigo la broma—. Se traduce como «si te pasa algo, te mato».

—¿Cómo vas a matarme si se supone que ya estaría muerto? —se carcajea.

—¡Yo qué sé! ¡Seguro que encontraré la forma! —Escondo mi rostro avergonzado en su costado.

—Sandra... —Tira para sacarme de mi refugio y me mira directamente a los ojos—. Te quiero —sus palabras me paralizan y hacen que mi corazón salte—, y antes de que digas nada más —se adelanta—, debes saber que voy a seguir haciéndolo. Con tu permiso o sin él. Así que deja de torturarte. —Besa mis labios, se pone en pie y camina hacia la puerta.

—¡Derek! —lo llamo antes de que se vaya. Necesito salir de una vez de mi caparazón protector. No puedo seguir siendo tan fría con él. No es como los demás.

—Dime. —Regresa a la habitación.

—Yo también... te quiero. —Abre los ojos sorprendido y sonrío. Sabe que ha logrado que baje la guardia y ha tirado todas mis barreras—. Vuelve pronto, por favor. Te necesito.

—Lo haré. Te lo prometo.

A continuación, me mira unos segundos, como si quisiera memorizarme, abre la puerta y, tras guiñarme uno de sus grandes ojos, desaparece tras ella.

Capítulo 28

Derek

Al cerrar la puerta, expulso el aire que retengo en los pulmones y pienso en Sandra. Saber que está a salvo me alivia de alguna forma y me da el valor suficiente para enfrentarme a lo que viene. Si algo sale mal, no podrán encontrarla y sé que la policía la protegerá. Al menos, ésa ha sido una de las condiciones que les he puesto para continuar colaborando con ellos. Deben cuidar de mi familia y de Sandra por encima de todo. Lo demás me da igual.

Saco mi teléfono y marco el número del agente que lleva el caso.

—Voy para allá —digo sin ni siquiera saludar. Sé que estaban esperando mi llamada y no quiero alargarlo más.

—De acuerdo. Te esperamos —responde la voz al otro lado y, cuando subo al coche, Sandra vuelve a mi mente.

Durante el trayecto, no puedo pensar en otra cosa que no sea ella. Su rostro, su cuerpo, sus gemidos en mi oído... Ha sido la noche más maravillosa de mi vida, y cruzo los dedos para que no sea la última. Ahora que por fin y después de muchos años me he dado permiso para enamorarme de nuevo, no quiero perderla. En varias ocasiones he estado a punto de confesarle algunas cosas importantes de mi vida, pero como todavía no sé si lograré salir ileso de esto, sería inútil. Sólo conseguiría que, si no lo entiende, se alejara de mí, y, hasta que todo esto termine, la quiero cerca. Me da la fuerza que necesito para enfrentarlo.

Llevo tanto tiempo escondiéndome y preocupado porque no les ocurra nada a mis seres queridos que he estado a punto de entregarme en varias ocasiones a los

hombres de mi padre sólo para que esto termine. Estoy agotado de huir de un sitio para otro y necesito paz mental como sea. Con Sandra, de alguna forma, he encontrado un poco de esa tranquilidad que tanto ansío y no quiero perderla. Es una mujer increíble.

El sonido de un mensaje llama mi atención y, aunque sé que no debería leerlo mientras conduzco, con cuidado, lo hago confiando en que está amaneciendo y hay pocos coches circulando.

¿Cuánto te queda para llegar?

Es uno de los agentes con los que estuve antes y, viendo que debo responderle, me aparto al arcén para no correr más riesgos y le escribo de vuelta:

Dentro de una hora más o menos estoy en la comisaría.

Es ahí donde hemos quedado para trazar el plan, y debemos atar bien los cabos. Si algo sale mal, o por algún error nos descubren, sería el final para mí. Un equipo de policías lo está preparando todo para, además de detenerlos, conseguir la mayor cantidad de información posible mientras yo les hago de señuelo. Esperan con eso dismantelar la célula de mi padre y las que tienen montadas por separado todos sus socios. Parece que últimamente han resurgido y están mucho más activos.

De acuerdo. Pásate primero por el gimnasio. Estamos instalando varias cámaras y sería bueno que, ahora que todavía se ven, sepas dónde están.

Vale, voy para allá entonces.

Tiene razón. Sería de gran ayuda si queremos conseguir buenas grabaciones. Arranco el coche y de nuevo me pongo en marcha.

Cincuenta minutos después, ya estoy en la puerta y, aunque no veo ningún vehículo aparcado fuera, intuyo que están trabajando dentro. Deben hacerlo todo con la mayor discreción posible para no levantar sospechas.

Saco las llaves y, al empujar la puerta, todo está oscuro y en silencio. La única luz que entra son los primeros rayos de sol, todavía sin fuerza, por los grandes ventanales, y, gracias a eso, puedo guiarme. Camino por el largo pasillo

y me extraña no ver a nadie. Si están instalando las cámaras como me aseguró el policía, aunque no hagan ruido, debería haber gente aquí. Cuando casi estoy llegando a mi despacho, algo en el piso me hace resbalar y pierdo el equilibrio.

—¿Qué coño...?

Miro al suelo buscando la razón y me doy cuenta de que hay una gran mancha de color negro bajo mis pies. «¿Qué es esto?», me digo y cuando me inclino para comprobarlo, descubro que esa mancha no es negra, como parecía por la tenue luz, sino roja...

Plas, plas, plas...

Alguien aplaude y las puertas de mi despacho se abren.

—Muy bien, Golán. —Se me hiela la sangre al reconocer esa voz—. Ha sido más fácil de lo que creía —ríe al tiempo que empuja un cuerpo muerto contra mis pies y, con horror, descubro que se trata del agente que me escribió por teléfono antes.

—Mierda... —murmuro entre dientes y busco ayuda a mi alrededor, todavía con la esperanza de que estén los agentes, pero al darme cuenta de que sólo está él, lo entiendo todo.

Deben de haber matado al policía para hacerse con su teléfono y engañarme con él.

Oigo un ruido detrás de mí y, al girarme, puedo ver que entran dos hombres más.

—¿Creías que podrías escapar de nosotros? —se carcajea, y el policía al que creía muerto profiere un ruido agónico que llama mi atención.

Al mirarlo, puedo ver un arma brillar en la parte trasera de su cinturón. Al darlo por muerto, ni siquiera se han molestado en desarmarlo. Me inclino hacia el agente haciendo creer al matón de mi padre que es para ayudarlo, y antes de que mis manos puedan alcanzar lo que busco, me grita asustándome.

—Este hombre está muy mal... —digo con la esperanza de volver a intentarlo, y cuando estiro la mano, el secuaz de mi padre saca su arma, la apoya en la sien del agente y, sin vacilación, dispara.

»¡NO! —grito al tiempo que cubro mi rostro manchado por la sangre del policía. No puedo creer que le haya hecho eso—. ¿POR QUÉ? —vuelvo a gritar

nervioso. Ese hombre no lo merecía. Su única intención era ayudarme.

Antes de que pueda volver a gritar, alguien desde atrás golpea con fuerza mi cabeza y todo se vuelve oscuro en un segundo.

Sé que abro los ojos al menos un par de veces y noto que todo se mueve a mi alrededor, pero, por la conmoción, no logro mantenerme despierto y vuelvo a cerrarlos. El sonido de un llavero me despierta de nuevo, y, tras un golpe seco, una luz cegadora entra en el pequeño habitáculo en el que estoy y me deslumbra. Varias personas hablan y dos grandes manos atrapan mis ropas para tirar con fuerza de mí. Me lanzan contra una superficie dura y, al tener mis manos atadas a la espalda, no puedo amortiguar el golpe y aterrizo con la cara.

—Déjalo ahí. Ya se despejará —dice uno de ellos y, tras oír pasos que se alejan, deduzco que me he quedado solo.

Mis ojos vuelven a cerrarse y de nuevo pierdo la noción del tiempo. No sé cuánto pasa cuando mi cuerpo comienza a temblar por el frío y me despierto sobresaltado. Lo primero que noto es un fuerte dolor en la cabeza y, aunque al principio, y debido a mi desorientación, me cuesta centrarme, no tardo en recordar lo que ha pasado.

—Maldito cabrón —expreso entre dientes y, como puedo, me incorporo e intento habituar mi vista a la luz. Poco a poco, y aunque me cuesta, lo consigo.

Estoy en una especie de nave industrial que más bien parece un laboratorio. Hay cientos de barriles con productos químicos apilados en los laterales y gran cantidad de material e instrumental colocado sobre unas largas mesas metálicas.

Me pongo en pie como puedo y, con las manos a la espalda, camino por el lugar con la esperanza de encontrar una salida. Tras varios minutos dando vueltas por la zona, encuentro una puerta, también de metal, y cuando voy a intentar abrirla tirando de la manija con los codos, alguien se me adelanta y la empuja desde fuera.

—Mirad. La bella durmiente ya se ha despertado —ríen.

Son tres tipos. Dos de ellos estaban en el gimnasio conmigo y al tercero no recuerdo haberlo visto. Al menos, esta vez no viene con ellos el que en todo momento se ha dirigido a mí. Hay tanto odio en sus ojos que cada vez que me

mira siento escalofríos y sé que no dudaría en apretar el gatillo también conmigo.

—¡Oh, mi pequeño! ¡Cuánto tiempo sin verte! —Esa voz... la reconocería en cualquier parte—. ¡Mírate! —Los tres hombres se abren paso y entra tras ellos—. Pero ¡qué bien te ha tratado la vida! —Mi vello se eriza cuando por fin lo veo. Está mucho más mayor y ha perdido bastante peso—. ¿Cómo está mi querida esposa?

—No es tu mujer —lo corrijo. Aunque hace años que mis padres se divorciaron, él nunca lo aceptó. Estaba tan acostumbrado a que todos obedecieran sus órdenes que, cuando mi madre lo abandonó, prácticamente enloqueció—. ¿Qué quieres de mí? —indago, aunque de sobra lo sé.

—Muy tonto debes de ser para que aún no lo hayas averiguado —ríe, y los demás con él—. El plazo acaba dentro de un par de días y, como hemos visto que no has empezado aún, hemos decidido traerte aquí... —Camina en círculos a mi alrededor—. Si Mahoma no va a la montaña..., ya sabes el dicho.

—¡No pienso cocinar tu mierda!

Sabiendo que mi familia y Sandra están a salvo, ya no tienen con qué amenazarme. Es hora de terminar con esto, aunque sea lo último que haga. No puedo seguir así. Si me mataran de una vez, mi familia dejaría de estar automáticamente en peligro. ¿Qué necesidad tendrían ya de arriesgarse a hacerles daño? Sólo les interesan para presionarme.

—Ya lo creo que sí —me asegura, y lo miro atento. Conozco demasiado bien a mi padre como para saber que si dice algo así es porque tiene un as en la manga. Y no un as cualquiera, sino uno con el que sabe de sobra que me hará bailar al son que me marque—. ¡Qué entre! —grita entonces, y dos personas más aparecen en ese momento arrastrando consigo a una tercera.

Al descubrir de quién se trata, mi corazón se congela.

Capítulo 29

—¡NOOOO! ¡DEJADLA EN PAZ! —No entiendo cómo han logrado dar con ella.

—¿Derek? ¿Eres tú? —dice y, aunque su cabeza está cubierta por una especie de casaca negra, sé que está llorando.

—¡Qué fácil es todo ahora con los mensajes de texto! —dice mi padre, y entiendo que han hecho con mi teléfono lo mismo que con el del policía—. Pobres ignorantes... Si hubiera tenido estos adelantos en mis tiempos, ahora mismo sería el rey del mundo —se carcajea—. Estos idiotas de ahora ven cuatro frases en sus pantallas y se fían sin más...

—¡Soltadla! —Ignoro sus palabras. Lo único que quiero es que se aparten de Sandra y saber si está bien. Temo que le hayan hecho daño.

—¡Derek! —grita mi nombre asustada y, aunque tiene las manos atadas, intenta escapar.

—¡Estoy aquí! —Hago lo mismo, y uno de los tipos que estaba antes en el gimnasio, con una fuerte patada, golpea mi pecho y caigo al suelo.

El dolor es tan fuerte que por unos segundos creo que no podré reponerme. Toso ahogado por el escozor y, cuando por fin consigo llenar los pulmones de aire, mis ojos comienzan a llorar por el esfuerzo.

Mi padre, aprovechando que todavía estoy en el suelo, se acerca a Sandra y, tras tirar de la capucha negra, libera su cabeza.

—¡Derek! —me llama ella al verme, y me doy cuenta de que, debajo de uno de sus ojos, tiene una marca roja. Deben de haberla golpeado—. ¿Qué está pasando? —Llora—. ¿Por qué estamos aquí? ¿Qué quieren? —Mira por todas partes confundida, y antes de que pueda responderle, se adelanta mi padre.

—Oh, cariño... —Se acerca a ella, toma un mechón de su cabello y, tras enredarlo entre sus dedos, lo huele—. ¿No te ha contado nada mi hijo? —Me mira y, cuando vuelve a acercarle la nariz de nuevo, intento llegar hasta él para apartarlo, pero el animal de antes no me da tregua y me propina ahora un fuerte puñetazo.

—¡Déjala! —grito retorciéndome por el dolor—. ¡No pienso cocinar tu mierda si no lo haces!

—Claro que lo harás —ríe con sorna—, o esta muñequita... —intenta pasar la mano por encima de sus hombros y Sandra, en un arranque de ira, se aparta y le grita.

—¡No me toques! ¡Asqueroso!

Mi padre lanza una risotada, como si le hiciera gracia que se defendiese, y cuando vuelve a acercarse, para sorpresa de todos, Sandra le escupe en la cara.

—Serás... ¡zorra...! —Se seca con la manga y, en el momento en que levanta el puño para golpearla, algo se enciende dentro de mí.

Como si todo ocurriese a cámara lenta, logro ponerme en pie de un salto y con un rápido movimiento estrello la cabeza con fuerza en su estómago. Por la dureza del golpe, ambos acabamos en el suelo y, antes de que pueda apartarme, sus matones se me echan encima y me patean sin piedad.

—¡No! ¡NO! ¡PARAD! —La voz asustada de Sandra es lo último que oigo antes de que una certera patada alcance mi mandíbula y pierda el conocimiento de nuevo.

* * *

Algo frío cae sobre mi cuerpo y abro los ojos por la impresión. Por un momento no sé dónde estoy, pero, al oír la voz de la persona que está a mi lado, lo recuerdo todo.

—Vamos. Es hora de despertar —me dice mientras, con un cubo, vuelve a verter un líquido frío sobre mi cara.

—Sandra... —intento hablar, pero estoy tan dolorido que el simple hecho de tomar un poco de aire se convierte en un infierno. Levanto la cabeza para

buscarla y no la encuentro—. ¿Dónde está? —le vuelvo a preguntar con el mismo esfuerzo, pero me ignora.

Varios minutos después, alguien abre la puerta y, al dirigir mi mirada hacia ella, la veo. Viene acompañada del tipo que mató al policía, y, cuando llegan hasta mí, de un empujón la deja caer a mi lado.

—¡Sandra! ¿Estás bien? —Aprieto los dientes y me arrastro para llegar a ella—. ¿Te han hecho daño?

—¡Tengo miedo! ¡Quiero irme de aquí! —es lo único que dice entre sollozos. Está demasiado afectada.

—Dejaos de idioteces. Tenéis trabajo —dice él entonces, y lo miro extrañado. ¿Tenemos? Como si supiera cuál es mi pregunta, continúa—: Tu amiguita te ayudará a prepararlo todo, y si intentáis hacer cualquier cosa que no sea eso, os aseguro que desearéis estar muertos. —Lanza un bolígrafo y una libreta a nuestros pies—. Revísalo todo y, si falta algo, lo anotas.

Sin decir nada más, desata nuestras manos y, tras hacerle un gesto a su compañero, ambos se marchan.

—Sandra —vuelvo rápidamente mi atención a ella y, con un esfuerzo sobrehumano, me incorporo para abrazarla—. Voy a sacarte de aquí, te lo prometo... —Beso su hombro para calmarla.

—Nos van a hacer daño. —Llora con la cabeza entre las rodillas—. Van a matarnos, Derek, los he oído hablar... —El sofoco apenas la deja vocalizar. Está aterrada—. En cuanto terminemos, acabarán con nosotros. —Rodea sus piernas con los brazos y se hace un ovillo.

—¡No! Olvida eso. Vamos a salir de aquí... —Me niego a creer lo que acaba de decir.

—¡Explícame cómo! —grita al tiempo que alza la cabeza, y puedo ver el desconsuelo en su mirada—. ¡Es imposible! ¿No lo ves? ¡Vamos a morir!

—No..., no, no... —Vuelvo a rodearla con mis brazos y me mezo con ella—. No voy a permitirlo. —Miro a mi alrededor y, no dándome por vencido, me levanto como puedo y camino cojeando una vez más por todo el lugar. Debe de haber alguna forma de salir de aquí y no pienso rendirme hasta que la encuentre.

Tras varios minutos dando vueltas, por fin me doy por vencido y, abatido,

regreso hasta donde está ella. En silencio, me apoyo en la pared y expulso el aire de los pulmones. Necesitamos un milagro... Todo está herméticamente cerrado y la única puerta que hay está custodiada por al menos dos personas. Desde donde estoy, puedo ver sus pies moverse como si estuvieran haciendo guardia. Definitivamente, estamos viviendo las últimas horas de nuestras vidas y no puedo hacer nada.

Miro hacia la mesa y después la libreta. De nuevo hacia la mesa y otra vez la libreta. Vendrán a por la lista pronto y, si no he anotado los productos que necesito, me golpearán de nuevo, o, lo que es peor, la golpearán a ella. Me inclino buscando una postura en la que mi dolor sea un poco más leve y recojo el pequeño cuaderno junto al bolígrafo que nos tiraron antes al suelo. No tenemos escapatoria, así que, cuanto antes termine, antes acabará todo. Lo único que está en mi mano ahora mismo es evitarle a Sandra más sufrimiento, y eso haré. Sólo espero que lo que sea que vayan a hacernos sea rápido.

Camino decidido y me detengo junto a la larga mesa para revisar todo lo que hay en ella. Anoto los productos que veo que faltan y, cuando termino, una idea comienza a forjarse en mi mente. Aprovechando que juegan en desventaja al no conocer la elaboración, y que mi padre es el único que podría darse cuenta, anoto varios productos más cruzando los dedos mentalmente. Conociendo sus trabajos de otras veces, es posible que sus secuaces sean quienes se encarguen de todo y no pierdo nada por intentarlo. Y, si todo sale bien, podría convertirse en nuestra única oportunidad de salir de aquí con vida.

Cuando termino, dejo la nota en un taburete y vuelvo con ella. Entre muecas de dolor, me acomodo como puedo y Sandra levanta la cabeza.

—No quiero morir —dice con los ojos hinchados de llorar—. Abrázame, por favor... —Cuando se apoya sobre mi pecho y la rodeo con los brazos, tengo que apretar con fuerza los labios para apagar un gemido de dolor. Esos cabrones deben de haberme roto las costillas.

—Tranquila —acaricio su cabello mientras humedece mi camiseta con su llanto—, todo irá bien... —Intento apaciguar su angustia, pese a que ni yo mismo me lo creo. Vista la situación, y aunque logre lo que planeo, seguirá siendo algo muy arriesgado y con pocas posibilidades de éxito.

—Derek... —Sorbe por la nariz y levanta la cabeza hasta encontrar mis ojos.

—Dime. —Le retiro varios mechones de pelo para verla mejor. Incluso con el rostro hinchado sigue estando preciosa.

—Pase lo que pase, recuerda que sé que esto no es culpa tuya..., ¿vale?

Asiento entendiendo lo que ha querido decirme y tengo que hacer un gran esfuerzo para contener mis lágrimas. No imagina cuánto necesitaba oírlo decir eso. Vuelve a recostarse en mi pecho y apoyo la barbilla en su cabeza. Necesito sacarla de aquí. Tengo que ponerla a salvo como sea.

Un par de horas después, el cierre de la puerta nos sobresalta y Sandra, asustada, agarra mis ropas con fuerza. Son los que creo que estaban vigilando la entrada y, como si no estuviéramos aquí, bromean entre ellos. Cuando dejan de reír, se dirigen a nosotros y nos hablan.

—¿Dónde está el inventario? —El tipo me mira y le hago una señal para indicárselo.

Toma la lista del taburete y, cuando la revisa, mi estómago se cierra. Sólo espero que no se dé cuenta. Vuelve a mirarnos, esta vez a los dos y, cuando desvía la atención hacia Sandra, mi cuerpo se tensa.

«Mierda», me digo. Seguro que lo han descubierto. Le muestra la nota al otro y, cuando éste hace lo mismo, aprieto los puños y me preparo. Aunque es clara la desventaja, si tienen intención de hacernos daño, también recibirán lo suyo.

—Tú. —Señala a Sandra y puedo notar cómo la sangre corre por mis venas —. Vienes con nosotros.

—¡No pienso ir con vosotros a ningún sitio! —Esconde la cabeza en mi hombro y la rodeo con las manos a modo de protección. Son capaces de cualquier cosa.

—¡He dicho que vengas! —Se inclina y, cuando tira de ella, le golpeo la cara con el pie.

—¡Déjala en paz! —grito, y me preparo para lo que viene. Su otro compañero no tarda en acercarse a mí, y entre los dos me golpean hasta que consiguen arrebátarmela de las manos—. ¡Hijos de puta! —rujo entre alaridos de dolor, y tengo que ponerme de lado para no ahogarme con mi propia sangre. Me han destrozado la nariz.

Forcejean con Sandra para sacarla del local y, aunque vuelvo a intentar detenerlos, me es imposible. Mis músculos están tan dañados por sus patadas que no me sujetan. Cierran la puerta al salir y, cuando sus llantos se pierden en la distancia, grito desesperado. Lo que más temía está pasando. La han usado para que les anote las sustancias y, una vez que lo han conseguido, Sandra ya no les hace falta.

Me arrodillo para intentar levantarme y al alzar la mirada veo frente a mí una robusta soga colgada de la pared. Elevo la vista un par de metros más y una gran viga de acero llama mi atención. No sé qué intenciones tendrán con ella, pero si no la traen de vuelta, juro que aquí se terminará todo...

Capítulo 30

Sandra

Grito con todas mis fuerzas para que me suelten, pero no hay forma. Tiran de mí haciéndome daño y no me queda más remedio que caminar. No sé adónde me llevan, pero tengo miedo. Los oí hablar y sé que en cualquier momento me matarán.

Miro hacia atrás y, antes de que cierren la puerta, puedo ver a Derek tendido en el suelo. Sólo espero que esté bien. Ha tratado de protegerme y lo han golpeado con mucha fuerza. Yo, en cambio, no he podido hacer nada para defenderme. Antes de que me llevaran de nuevo con él me advirtieron que, si hacía alguna estupidez, los siguientes en morir serían mi familia, y sé que hablan en serio. Me han mostrado una imagen de la casa de mis padres y saben perfectamente cómo saltarse el cerco policial en el que los tienen. Imagino que con mi presencia lo que pretendían desde el principio era presionar a Derek para que empezara a trabajar cuanto antes..., y lo han conseguido.

—Ya os dije que el juegucito de traer a la zorra hasta aquí ayudaría —espeta el más alto, dándoles la razón a mis pensamientos.

—Me he dado cuenta...

—¿Qué hacemos con ella? En mi opinión, esta tía sobra.

—Y en la mía. —Sonríen con malicia y mi vello se eriza—. ¿Le tapamos la cabeza? —consulta cuando nos acercamos a un coche negro.

—*Nah*, ya no es necesario... —Ambos ríen de nuevo y un escalofrío recorre mi espalda. Ya no les hago falta, y me aterra que estén pensando en lo peor.

En un último y desesperado intento, sabiendo lo que pretenden, me sacudo con la intención de escapar y, aunque logro soltarme, no llego lejos. Uno de ellos, no sé cuál, me da alcance en dos segundos y, de un fuerte empujón, me tira contra el suelo.

—¿Adónde crees que vas? —Pone su pie en mi espalda al tiempo que retuerce mis brazos hacia atrás y, con una especie de cuerda áspera, me ata las manos—. Si vuelves a hacer algo así, en cuanto acabe contigo le envío a tu madre tu cabeza, ¿me oyes? —No respondo, y me pisa más fuerte—. ¿Me oyes? —repite, y no me queda más remedio que asentir. Si tiene intención de acabar conmigo, lo último que quiero es que le hagan pasar por eso a mi madre. Me levanta sin cuidado y lanzo un grito de dolor.

Su compañero abre la puerta del coche y me obligan a entrar en él. Acto seguido, el moreno se sienta a mi lado y, aunque sabe que con las manos a la espalda no podré hacer nada, bloquea la puerta por precaución. Arrancan y nos ponemos en marcha. No sé adónde se dirigen, pero ya me da igual. Lo único que quiero es mantener la vista fija en la ventanilla para evitar el contacto visual. Me van a matar...

—¿Qué hacemos? —le pregunta el conductor al que está a mi lado—. ¿Vamos primero a por los productos o nos encargamos de...? —Con el rabillo del ojo puedo ver cómo me mira, y rápidamente entiendo lo que le ha querido decir.

—Vamos primero a por lo que necesitamos —responde el otro sin pensar—. Para lo demás tenemos todo el día.

Se sonrían y mi estómago se cierra.

Ahora más que nunca necesito encontrar la forma de escapar. Que hayan decidido dejarme para después me ofrece un pequeño margen de tiempo de incalculable valor y debo aprovecharlo.

Pronto llegamos a una zona más poblada y observo todo con atención. No conozco la ciudad en la que estamos, pero el nombre raro de varias calles llama mi atención. Sé que las he oído antes.

Cuando el conductor se detiene en un semáforo, me parece ver un coche de policía aparcado unos metros más adelante y, cruzando los dedos mentalmente para que no se hayan dado cuenta, formo una idea en mi cabeza.

—Abrid la ventana. Por favor, hace mucho calor aquí —resoplo y finjo que me ahogo.

—¿Te crees que somos idiotas? —En el momento en que se carcajean, sé que mi plan se ha venido abajo—. Vas a tener que inventar algo mejor que eso para librarte de nosotros. ¿Nos tomas por tontos?

Al pasar cerca del coche de policía, bajo la cabeza y vuelvo a sentirme tan mal y desesperada como al principio. Ni siquiera tengo la oportunidad de poder hacerle un gesto o señal a modo de auxilio porque las ventanas están tintadas.

Varios minutos después, tomamos una salida en dirección al aeropuerto y por el nombre logro averiguar dónde estamos. Es la ciudad donde vivía mi hermana con el idiota de su novio. Al principio, cuando todavía nos llevábamos bien, veníamos a menudo a visitarlos, pero después, por unas cosas y por otras, dejamos de hacerlo... Cuando los mafiosos me engañaron para que saliera del piso haciéndose pasar por Derek, y aunque cubrieron mi cabeza, sabía que habíamos viajado al menos dos horas, pero nunca imaginé que lo hubieran hecho en esta dirección...

Cuando por fin llegamos, entran en una especie de parking subterráneo que nada tiene que ver con el parking del aeropuerto y se detienen frente a una gran puerta blanca. Hacen una llamada y, un par de minutos después, dos vigilantes con cara de pocos amigos vienen hasta nosotros. Al verlos, mi cuerpo se tensa y me preparo para esta nueva oportunidad. Debo aprovecharla y encontrar la manera de hacerles saber que estoy aquí en contra de mi voluntad. Necesito su ayuda como sea.

Uno de ellos golpea la ventanilla, y trago saliva nerviosa. Cuando el conductor la baja, mi respiración se acelera esperando impaciente a que eche la vista atrás para que me vea, pero se tarda más de lo que me gustaría. El corazón comienza a golpearme con fuerza en las costillas y, a medida que los segundos pasan, tengo que sujetar mi impulso de gritar. Si no lo hago bien, podría poner también a los vigilantes en peligro. Los mafiosos están armados hasta los dientes y, si los ven como una amenaza, no dudarán en disparar contra ellos.

—¿Qué pasa, chaval?! —Cuando el vigilante más joven golpea con confianza el hombro del conductor, el desaliento invade mi cuerpo y siento

ganas de llorar. Se conocen...

—¡Hey! ¿Cómo va todo? —le devuelve el saludo y se baja del coche para palmearlo en la espalda.

El matón que está sentado a mi lado abre la puerta y hace lo mismo.

—Vaya, veo que venís muy bien acompañados —bromea el otro vigilante cuando se da cuenta de que estoy ahí, y vuelvo a bajar la mirada. No tengo nada que hacer, están en el mismo bando.

—Sí —responde el moreno—. No tendréis una caja de su tamaño, ¿verdad? —ríe burlón.

—Te sorprendería saber todo lo que tenemos por aquí —ríe con él y, con un movimiento de la cabeza, le indica que lo siga.

El moreno agarra con fuerza mis ropas y tira de mí para que baje. Lo consigo y los cinco caminamos hasta una cochera. Al entrar, una enorme cantidad de cajas apiladas llama mi atención, y me doy cuenta de que estamos en una especie de sala donde va a parar todo lo que se les confisca a los pasajeros por la seguridad del aeropuerto. Hasta donde sé, eso debería estar prohibido, pero, viendo de quién se trata, ya no me extraña nada.

—Quitadle eso —replica uno de los vigilantes señalando las cuerdas que tienen inmovilizadas mis manos—. Vamos a pasar por una zona donde hay empleados y no podemos llamar la atención.

Asiente y comienza a hacerlo.

—Si se te ocurre liarla, tu padre amanecerá mañana con una bala en la cabeza —me amenaza, y aprieto los labios para no decir nada.

Cuando termina, froto mis muñecas para devolverles el riego y rasco con fuerza las marcas que me han dejado las cuerdas. Pica demasiado.

—Lleva esto y finge que escribes —me dice el que venía conduciendo para que deje de hacerlo, y me entrega la libreta y el bolígrafo que utilizó Derek—. Así, al menos te estarás quietecita. —Me empuja para que continúe y entramos en un gran almacén donde, como bien anunció el vigilante, hay al menos una veintena de trabajadores.

Con el bolígrafo en la mano y la mirada de los mafiosos sobre mí, hago exactamente lo que me han pedido y comienzo a dibujar espirales en la libreta.

Parece que se relajan cuando ven que estoy cumpliendo con su orden y, poco a poco, aunque me tienen rodeada, vuelven la mirada al frente. De pronto, una nueva idea toma forma en mi cabeza y, con rapidez, apoyo la punta del bolígrafo en la hoja para escribir algo sobre ella. El moreno, como si intuyera lo que estoy haciendo, se vuelve en ese momento y disimulo como puedo. Al comprobar que todo sigue en orden, vuelve a centrarse en la charla con los vigilantes y continúa. Nada más terminar, arranco lentamente la hoja para no hacer ruido, la doblo y con cuidado la guardo en mi bolsillo. Mientras seguimos caminando, me da tiempo a escribir otra más y repito lo mismo. Al acabar, para que no sospechen, regreso a las espirales y, como si no hubiera pasado nada, sigo con lo mismo.

Atravesamos el almacén y, tras cruzar un largo pasillo, llegamos a otro más pequeño en el que no hay nadie. Miro hacia atrás sabiendo que he perdido la primera oportunidad de entregársela a alguien, o al menos de dejarla caer al suelo, y rezo para que, al salir, lo hagamos por el mismo lugar. Por lo que he podido comprobar, la gente que trabaja aquí no tiene nada que ver con ellos y, si logro que sólo uno me lea, quizá me pueda ayudar. Sólo espero que sea pronto porque, si lo hacen cuando ya nos hayamos ido, de nada servirá.

Capítulo 31

—Ne... necesito ir al baño —explico con miedo.

Se me acaba el tiempo y tengo que hacer algo. El conductor me mira durante un par de segundos con el ceño fruncido y veo el momento exacto en que levanta una ceja. Sabe perfectamente lo que pretendo y sé que no me dará tregua.

—¿Estás segura? —ríe burlón—. No será la típica excusa para intentar escapar, ¿verdad?

—No. —Bajo la mirada para seguir mintiendo. Me intimida demasiado, y que prácticamente me haya descubierto frustra de alguna manera mis planes, pero no me daré por vencida—. Tengo que ir... Llevo mucho tiempo aguantando.

—Deja que se mee encima. Lleva un pantalón negro, nadie lo notará. —Su compañero no tarda en salir al encuentro.

—Te recuerdo que, cuando salgamos de aquí, nos espera otro... lugar —la comisura de sus labios lo delata—, y para ello tiene que subir a mi coche de nuevo. No quiero que me lo ensucie.

—Entonces, acompañaala y asegúrate de que no haga ninguna idiotez o que te moje los asientos será el menor de nuestros problemas.

—De acuerdo. —Tira de mi brazo y me guía hasta los baños. Caminamos tan rápido que apenas tardamos dos minutos en llegar y, nada más entrar, miro a mi alrededor con la esperanza de encontrar a alguien, pero la pierdo al descubrir que todo está vacío—. Fíjate... —dice cuando él también se percata, y no me gusta la expresión que veo en su rostro—. ¿Te das cuenta de que, si gritas, aquí nadie podrá oírte...? —Se aproxima a mí, asustándome, y aprovecho que estoy cerca de una de las puertas para entrar en el primer cubículo y cerrarlo con rapidez.

—¡Dios mío! Dios mío... —susurro sofocada, y me apoyo en la puerta

tratando de tomar un poco de aire. Estoy tan asustada que, aunque intento tragar saliva para humedecer mi garganta, no puedo.

Saco las notas de los bolsillos con las manos temblorosas y las desdoblo. En ambas pone casi lo mismo: la palabra «ayuda» y lo que están pensando hacerme, pero con las prisas, sólo en una de ellas he podido añadir mi nombre. Las coloco sobre la cisterna del inodoro, y, nerviosa, apoyo las manos sobre mi estómago. ¿Qué hago? ¿Debería deslizar una de ellas al otro cubículo para que se queden aquí las dos o me llevo una e intento colocarla en un lugar más visible?

—¿Qué te queda?! —El conductor golpea la puerta, sobresaltándome, y, sin pensarlo más, me decanto por la segunda opción. Este baño no parece muy transitado y corro el riesgo de que no las vea nadie.

Doblo una de las notas y la guardo con rapidez en mi bolsillo. Coloco mejor la otra y cruzo los dedos para que no entre a mirar y se dé cuenta. Si me descubre, estoy perdida. En cuanto tenga la oportunidad, dejaré caer al suelo la que llevo encima y suplicaré al cielo para que alguien la vea.

Finjo que orino y acciono el mecanismo de evacuación para que no sospeche. Hago sonar mi pantalón para que crea que lo estoy abrochando y, con más miedo que antes, pongo la mano sobre el pestillo. Por cómo se ha dirigido a mí hace un momento, la idea de lo que esté pensando hacerme me aterra. Justo cuando estoy planteándome ponérselo difícil y no abrir, oigo a alguien hablar y mi cuerpo se tensa. Al menos, por ahora estoy a salvo y lo que quiera hacer conmigo ese cerdo tendrá que esperar. No creo que se atreva a tocarme delante de nadie.

—Caballero, este baño es sólo para mujeres —lo riñe una voz femenina y madura—. Salga ahora mismo de aquí si no quiere que llame a seguridad.

—Estoy... esperando a mi novia —miente—. Se... se mareó y no quiero dejarla sola... —Golpea mi puerta, sobresaltándome de nuevo—. ¿Estás bien, cariño? —No contesto—. ¿Estás bien o tengo que entrar a por ti? —Su tono autoritario me obliga a responder. Si no lo hago, sé que será peor y, si intento pedir ayuda, automáticamente pondría en peligro a esa persona.

—Sí..., dame un segundo.

Oigo cómo la mujer entra en el cubículo de al lado y, cuando me inclino, puedo ver sus pies. Mis ojos se abren sorprendidos y una idea asalta mi mente.

«Sí, joder. ¡Sí!», me digo y cojo la nota de la cisterna para pasarla por debajo con la mano. Afortunadamente, estamos en uno de esos baños en los que los pequeños cubículos están separados por un tabique que no llega al suelo. Me pongo de rodillas y, cuando meto el brazo por debajo, aunque me esfuerzo, no logro llegar hasta ella. Tras dos intentos más, y cuando estoy a punto de darme por vencida creyendo que no lo lograré, noto cómo en silencio tira de ella y se la queda.

—¡Sí! Dios mío... —susurro con los ojos apretados.

—Voy a entrar —me amenaza el conductor al ver que tardo, y mi alegría dura poco.

Cuando noto que empuja la puerta, quito el pestillo y, como si no pasara nada, la abro.

—Ya estoy... —apunto fingiendo que me coloco la ropa.

Agarra mi brazo y, con una mirada fulminante, tira de mí y no tarda en sacarme de ahí. Aunque no opongo resistencia, está tan cabreado, imagino que porque sus planes se han frustrado, que me golpea en la espalda y acabo chocando contra una de las paredes. Viene hasta mí, vuelve a agarrarme con fuerza y, mientras caminamos de vuelta, mi mente se ciñe a lo único que puede. Ojalá esa mujer tome en serio mi nota y decida ayudarme.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —protesta el alto cuando nos ve llegar.

—Díselo a ésta —me zarandea con enfado—. Se ha tomado las cosas con demasiada calma.

—Pues espero que no se queje cuando nos las tomemos nosotros también... —Ríen a la vez, y un escalofrío horrible llega hasta mi cabeza.

«Por favor..., que esa mujer haga algo antes de que sea tarde», me digo mentalmente.

—Terminemos con esto —los interrumpe uno de los vigilantes—. Tras esta puerta están todos los productos que necesitan refrigeración, y aquí, entre las cajas —señala las estanterías—, encontraréis lo demás. Sólo tenéis que fijaros en las etiquetas. Las que contengan una «G» de «Golán» son las vuestras. En cuanto nos habéis enviado la imagen con la lista, mi compañero y yo os lo

hemos dejado todo preparado. —Los mafiosos asienten—. Lo único que os pedimos es que no tardéis más, podría llegar alguien y...

Antes de que pueda terminar la frase veo a un hombre que viene caminando hacia nosotros y mi corazón se acelera. «Otra oportunidad más», me digo, y con disimulo saco la nota de mi bolsillo trasero para guardarla en mi puño. Espero a que esté más cerca y, cuando casi puedo tocarlo, simulo caerme sobre él.

—¡Ups! Cuidado —dice poniendo las manos en mis hombros para sujetarme, y aprovecho para agarrarle una de ellas.

—Ayúdame —susurro dejando mi nota en su palma—. Van a matarme...

Me mira fijamente a los ojos cuando le hablo, y en ese preciso momento sé que acabo de cometer el mayor de mis errores.

—Vaya, así que ésta es la perra de Golán... —Con esa frase me derrumba. Sabe quién soy...

—No, por favor... —Mis ojos se llenan de lágrimas mientras me aparta y, aunque busco por todos los medios que se apiade, no sirve de nada.

—Veamos qué es este regalito. —Despliega la nota delante de todos y, cuando comienza a leerla, aprieto la mandíbula con fuerza. Sé lo que va a ocurrir—. «Ayuda, quieren matarme.»

—¡Lo sabía! —grita el que sospechó antes—. ¡Sabía que estaba tramando algo!

—Zorra... —La mirada de su compañero me hiela la sangre—. ¡Voy a matarte!

Intento huir, pero se lanza sobre mí y, tras caer los dos al suelo, agarra mi cuello con las dos manos y lo aprieta con fuerza.

—¡Aquí no! —Uno de los vigilantes trata de quitármelo de encima, pero está tan cabreado que no lo consigue.

Los segundos se vuelven agónicos mientras me priva de oxígeno y, cuando todo parece estar perdido para mí, el otro vigilante viene en su ayuda y entre los dos logran apartarlo.

—¡No puedes hacerlo aquí! —Oigo cómo lo riñen mientras toso y jadeo para recuperarme. Mi tráquea está tan dolorida que parece que sus manos siguen oprimiéndome todavía.

—En cuanto salgamos de este lugar, ¡acabaré con esa zorra! —amenaza mientras recompone sus ropas.

—Daos prisa, coño. No podéis entretenernos más. Esto pronto se llenará de empleados y tenéis que marcharos —dice el hombre al que le entregué la nota, y entonces lo entiendo todo.

Deben de ser una especie de red de tráfico de sustancias ilegales y se abastecen de lo que incautan en el aeropuerto, o lo que ellos mismos cuelan en los controles gracias a la complicidad de algunos de sus empleados. Lo tienen todo bien atado...

Cuando parece que han terminado, abren la puerta de acero que les indicó antes uno de los vigilantes y me doy cuenta de que es una especie de cámara frigorífica. Sacan de ella lo que necesitan y, una vez lo tienen todo apilado, lo meten en unos carros grandes y caminamos de nuevo hasta el parking. Guardan todo lo que pueden en el maletero y, cuando aún falta la mitad, se dan cuenta de que no les cabe.

—¡Mierda! —exclama el moreno mientras se rasca la cabeza—. Si plegamos los asientos, ella no cabe.

—Si tenéis pensado hacer lo que creo... —se adelanta el vigilante más alto—, es mejor que llevéis el material primero, aunque eso suponga que uno de vosotros tenga que quedarse por aquí un rato más con ella. Si os entreteneís demasiado, con el calor que hace, todo lo que necesita refrigeración se estropeará y no quiero reclamaciones después.

—Tienes razón. No lo había pensado... —Vuelve a rascarse la cabeza convencido de que es la única solución y, con disimulo, expulso el aire de mis pulmones. Sin pretenderlo, he logrado ganar al menos una hora más de vida, y tengo que buscar la forma de escapar.

Cuando todo está cargado, el que nos trajo hasta aquí se marcha con la mercancía y los que quedamos volvemos al almacén, pero, antes de llegar, el tipo al que le di la nota nos señala otra dirección y acabamos en lo que parece su oficina. Según él, prefiere que estemos ahí antes que levantar sospechas. Está claro que no es un empleado cualquiera.

Me obligan a sentarme en una de las sillas y, vigilada en todo momento,

observo el reloj que tengo enfrente. Ha comenzado la cuenta atrás y, como sea, tengo que huir de aquí...

Capítulo 32

Los minutos pasan y la impotencia aumenta. Aunque los vigilantes han tenido que marcharse, el moreno no se aparta de mí, y el que me delató cuando le entregué la nota no me quita ojo. Si no hago algo para remediarlo, dentro de poco más de media hora estaré muerta.

—Tengo que volver al baño —digo sin pensar.

Cualquier cosa me vale con tal de intentar escapar. Correré en dirección al almacén donde estaba toda esa gente y, si con suerte logro llegar, gritaré con fuerza para que me ayuden. Es mi única oportunidad.

—No vas a volver —responde sin inmutarse.

—Me estoy..., con los nervios me estoy..., mi barriga está revuelta... —No me importa pasar vergüenza. Necesito que me crea para que me saque de esta oficina.

—Te he dicho que no vas a volver.

—Me lo haré encima... —Me muevo nerviosa y aprieto los ojos para que crea que es urgente.

—¡Joder! —Me mira cabreado, pero aún no está del todo convencido.

—Esto será peor que si me orino —insisto con las manos en la barriga—. ¡No puedo más!

—¡Sácala de aquí! —dice el traidor nervioso, y sé que está funcionando. Teme que le ensucie su impoluta oficina.

—¡Vamos! —Cierra el puño en mis ropas y me levanta—. ¡Me tienes hartos!
Salimos y mi cuerpo se prepara.

En el momento en que cruzamos la puerta, miro en todas direcciones para orientarme y, cuando creo saber en qué parte del aeropuerto estoy, suena su

teléfono. Aprovechando que me suelta para buscarlo, no pierdo el tiempo y comienzo a correr a toda prisa por el largo pasillo. Sin decir nada, echa a correr detrás de mí, y, sabiendo que mi vida depende de ello, muevo las piernas todo lo rápido que puedo. Sus pasos se oyen cada vez más cerca y mi corazón late desbocado. Si me da alcance, no esperará a que llegue su compañero. Viendo cómo reaccionó antes, estoy segura de que me golpeará aquí mismo hasta acabar conmigo.

Mis piernas arden tanto como mis pulmones, pero de ningún modo puedo permitirme bajar el ritmo. Giro en la primera esquina sin saber muy bien si es el camino correcto y continúo corriendo. El corazón me late tan fuerte en los oídos que prácticamente anula mi audición y tengo que girar el rostro una décima de segundo para saber que todavía me sigue. Desesperada, vuelvo a mirar y me doy cuenta de que está perdiendo velocidad.

—¡Detente o te pego un tiro! —grita sabiendo que no aguantará la carrera mucho más. Tiene alrededor de cuarenta años, pero no se lo ve muy atlético.

Ignoro su orden y, lejos de parar, vuelvo a girar para adentrarme en otro pasillo, esta vez mucho más estrecho. Al fondo puedo ver una puerta cerrada, y me preocupa. ¿Y si la empujo y no se abre? Cuando estoy cerca, oigo el momento exacto en que aprieta el gatillo y una bala roza mi cabeza.

—¡No! —Tropiezo con mis propios pies y, cuando estoy a punto de caer, en el último instante logro mantener el equilibrio.

De nuevo, el sonido de otro disparo me sobresalta y un fuerte dolor en el brazo me revela que ha sido certero. Lo que antes no consiguieron mis pies esta vez lo consigue la bala, y ruedo por el suelo golpeándome por todo el cuerpo. Intento levantarme, pero el dolor se vuelve mucho más intenso y, cuando quiero darme cuenta, lo tengo frente a mí apuntándome con su arma. Definitivamente, mi tiempo se ha acabado.

—¡Despídete del mundo, hija de puta!

—¡Sabrán que has sido tú! —Intento ganar tiempo.

—¿Quiénes? —se carcajea—. ¿Ves alguna cámara por aquí?

—¡En el aparcamiento, sí! ¡Verán que vine con vosotros!

—¿Acaso crees que somos nuevos en esto? —Vuelve a carcajearse—. Los

vigilantes las desconectan cada vez que venimos. Y ahora..., lo dicho. ¡Hasta siempre!

Aterrada, me hago un ovillo y, cuando el frío cañón de su pistola toca mi cabeza, aprieto con fuerza la mandíbula y, encomendándome a Dios, espero lo peor. Un segundo después oigo el disparo y extrañamente no siento nada. «¿Habré muerto ya?», me pregunto, y noto el momento exacto en que la pistola se aparta de mi cabeza. Mi mente queda en *shock* sin saber muy bien qué está pasando, y un fuerte golpe en mis pies me saca de ese estado.

Poco a poco, y notándome igual que antes, saco la cabeza de entre las rodillas y, cuando me atrevo a abrir los ojos, veo con sorpresa que el moreno está tendido en el suelo sobre un charco de sangre y tiene un agujero en la nuca.

—¡Tú hazte cargo de la chica! —grita alguien sin darme tiempo a reaccionar y, confusa, miro al final del pasillo para ver que dos personas vienen corriendo hasta mí.

Todo se vuelve tan surrealista que por un momento creo estar en mi salón viendo una película de acción.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta una voz diferente.

—Sí..., creo que sí. —Un raro mareo se apodera de mí y dejo de sentir dolor.

—Está herida —dice el que habló primero mientras revisa las constantes vitales del moreno y niega con la cabeza—. Toma —mete la mano en el bolsillo y le ofrece un pañuelo.

—Gracias, comisario —responde el agente, y tapona mi herida.

—Aún está conmocionada, no dejes que se levante. —Asiente—. Sandra —ahora es a mí a quien se dirige y, aunque me extraña que sepa mi nombre, no me siento con fuerza de preguntar—, ¿puedes hablar?

—Sí..., creo que sí... —Mi propia voz retumba en mis oídos.

—¿Cuántos son?

—Dos —digo como si estuviera drogada. Ver la sangre del moreno en el suelo me está afectando—. El otro se fue, pero ya debe de estar a punto de llegar. Derek sigue con ellos... —Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos—. Tenemos que sacarlo de allí, van a matarlo.

—¿Sabes dónde lo tienen?

—Creo que... —expulso el aire de los pulmones para llenarlos con aire fresco
—. Creo que está a las afueras, en una especie de almacén...

—¿Podrías decirnos exactamente dónde?

—No lo sé. Quizá sí...

—La herida no parece grave —me anuncia el agente—. Es superficial. Has tenido mucha suerte.

—Suerte es lo que acaba de pasar aquí... —resoplo pensando en lo que ha estado a punto de ocurrir. Si no llega a ser por ellos y su rápida intervención, ahora mismo no estaríamos hablando.

Entre los dos, me ayudan a levantarme y caminamos juntos hasta donde está su coche, que casualmente han dejado en el mismo parking en el que estuve antes. Con mucho cuidado, me acomodo en la parte trasera mientras el agente sigue presionando mi herida y, cuando el comisario hace lo mismo en la delantera, me pregunta varias cosas más. Como puedo, le explico todo lo que hicimos desde que llegamos. Le describo el tipo de coche que tienen, lo que han venido a hacer aquí. Les hablo de los vigilantes, del jefe y del almacén.

El comisario se comunica por la emisora con varios agentes más y les da algunas indicaciones.

—¿Qué haréis para detenerlo? —pregunto nerviosa.

Por nada del mundo querría que se les escapara. Si lograrse hacerlo, se lo contaría a los demás y tendría que vivir escondida el resto de mi vida.

—¿Ves ese coche que acaba de entrar? —señala un Nissan Qashqai gris plata.

—Sí —digo sin quitarle el ojo de encima. A bordo puedo distinguir a dos personas.

—Son compañeros. ¿Ves ese Renault Mégane azul?

—Sí —respondo de nuevo.

—¿Y ese todoterreno con las lunas tintadas? —Asiento cuando sus marcados y profundos ojos color miel me miran a través del retrovisor—. Son todos policías de incógnito.

—Emm... Y... ¿cómo supisteis que estaba aquí? —Desde el momento en que me nombró, supe que venían expresamente a buscarme.

—Alguien que trabaja en el aeropuerto llamó a una de nuestras comisarías...

—¿Lo hizo? —lo interrumpo—. ¡Esa mujer lo hizo! Le entregué una nota en el baño...

—Sí. Eso es exactamente lo que nos ha contado. —Ahora quien me interrumpe es él—. Llevábamos varias horas intentando localizaros, y cuando entró esa llamada, intuimos por la coincidencia en el nombre que eras tú.

—Mi nombre... —balbuceo. Por suerte, le di la nota más completa. Si le llego a dar la otra, no sé qué habría pasado.

—Esa mujer sospechó algo desde que os vio cruzar el almacén y por esa razón visitó el baño. Antes de que le dieras la nota, ya imaginaba que estabas en apuros y os siguió.

—¿En serio? —No me puedo creer que se haya implicado tanto. De alguna forma, cuando todo esto termine, tengo que volver para darle las gracias.

—Comisario, creo que nuestro hombre se acerca —nos corta el agente mientras echa mano de su pistola y agarra la manija de la puerta.

—¡Es él! —señalo al reconocer el coche.

—No te muevas de aquí, ¿de acuerdo? —El comisario también se prepara—. Escóndete entre los asientos y en ningún momento asomes la cabeza si abrimos fuego.

—De acuerdo.

Abren las puertas y, como si lo hubieran ensayado, ambos bajan a la vez y se ocultan entre los demás vehículos.

Miro hacia los coches de los agentes y todos hacen exactamente lo mismo. No hay ruido ni portazos y se mueven como si fueran sombras. Cuando el mafioso, ajeno a todo, detiene el motor, los agentes lo rodean y, en el momento en que pone un pie en el suelo, cuatro hombres se le echan encima mientras otros cuatro lo apuntan con sus armas.

—Guau —digo en alto asustándome con mi propia voz. Es increíble lo poco que han tardado. No le ha dado tiempo ni a oponer resistencia.

Le colocan las esposas en el mismo suelo y lo desarman. El muy cabrón guardaba dos pistolas. Lo levantan para subirlo al todoterreno, se felicitan por la buena intervención y, sin demora, se marchan.

—¿Cómo sigues? —me pregunta el comisario cuando regresa.

—Bien, creo que ya no sangro. —Llevo al menos un par de minutos sin notar humedad.

—Bueno, vamos a ver qué nos dicen en el hospital. —Arranca el motor y nos ponemos en marcha.

Mientras conduce, por mi cabeza comienzan a pasar miles de pensamientos que mi instinto de supervivencia tenía bloqueados, y el primero de ellos es para Derek. Cierro los ojos y me esfuerzo por visualizar el camino que hicimos desde la nave industrial hasta el aeropuerto. Si logro recordarlo, podré indicarles el lugar exacto en donde lo tienen.

«Ya falta poco, Derek. Aguanta, en nada vamos a por ti», me digo como si él pudiera oírme.

Capítulo 33

Derek

—Ponte a cocer de una puta vez, Golán.

Mi padre camina nervioso a mi alrededor mientras sus matones me sujetan.

—Ya te he dicho que no pienso mover un solo dedo hasta que la traigáis de vuelta.

Hace ya varias horas que se llevaron a Sandra y no he vuelto a tener noticias suyas. Me preocupa que le hayan podido hacer daño. Uno de los que se la llevó trajo el material hace rato, y, por más que le pregunté, no me contestó. Si se han atrevido a tocarle un solo pelo, me temo que tendrán que ir pensando en buscarse a otro, porque, en cuanto se confirmen mis sospechas, terminaré con todo.

—No la verás hasta que tengas el producto listo.

—Creo que no me has entendido... —Antes de terminar la frase, uno de ellos me golpea con fuerza en la boca del estómago y tengo que reprimir las náuseas.

—Creo que el que no me ha entendido has sido tú, hijo. —Agarra mi cabello y tira de él hacia atrás para que lo mire—. Puedo llegar a hacerte mucho daño.

—O la traéis de vuelta —indico con esfuerzo— o ya podéis volarme la cabeza porque, por mucho que me torturéis, no pienso hacer absolutamente nada.

Ahora es él quien me golpea en el mismo lugar y el dolor se hace casi insoportable. Estoy tan magullado que, si no es porque tengo los músculos bien entrenados, ya no podría ni mantenerme en pie.

—¡Haz la jodida mezcla! —grita perdiendo la paciencia.

—Hazla tú —lo provoco, y río con sarcasmo.

—¡Maldita sea! —vuelve a gritar impotente.

Si siguen maltratando mi cuerpo como lo están haciendo, en cuestión de minutos no podré moverme, y no quieren eso, me necesitan. Me mira fijamente a los ojos por unos segundos y puedo ver la rabia en los suyos. Me conoce perfectamente como para saber que si digo no es no.

Aprieta los labios entendiendo que ha perdido y saca el teléfono de su bolsillo. Marca un número y espera. Tras varios segundos, nadie contesta y vuelve a intentarlo. Ocurre lo mismo y, cuando marca otro, arruga las cejas como si le extrañara que nadie respondiera. Balbucea algo que no entiendo y uno de sus secuaces le habla.

—Yo también intenté llamarlos antes. Quizá están ocupados todavía enterran...

—¡Cállate! —le vocea mi padre, y me mira asustado, sabiendo que posiblemente ha metido la pata.

—¿Enterrando a quién? —Sé que me están escondiendo algo—. ¿Dónde está Sandra? —En sus rostros puedo ver algo que no quiero, y mi corazón comienza a bombear con fuerza—. ¡Traed a Sandra! —exijo, pero sus silencios y miradas cómplices consiguen llevarme al límite y por un momento creo perder la cabeza—. ¡TRAEDLA!

Aun con el cuerpo completamente magullado, logro ponerme en pie, totalmente fuera de mí, y, rabioso, me libero de su agarre. Los hombres que me tenían sujeto antes me observan inmóviles esperando alguna orden de mi padre, y cuando éste se da cuenta, ya es tarde.

Llevado por la furia, el dolor y la rabia, y convencido de que han arrebatado la vida a la única persona a la que he logrado amar en años, me lanzo sobre él y, anestesiado por la ira, lo golpeo con tanta fuerza en la cara que puedo notar cómo su mandíbula se parte en mi mano. Se cubre el rostro rápidamente al tiempo que grita de dolor y, cuando cae al suelo mareado, me preparo para el siguiente. Es mi padre, lo sé, pero acabaré con él. Cojo impulso mientras centro la atención en su sien y, cuando cargo el puño de potencia, uno de sus secuaces me agarra desde atrás y el otro carga su peso en mi espalda, derribándome y frustrando mi plan.

Mi padre se retuerce de dolor en el suelo y el que antes me sujetó del brazo se aparta de mí para ayudarlo, mientras que el otro sigue inmovilizándome. Tirando de él, consigue levantarlo y, aunque camina totalmente encorvado, con torpeza lo saca de allí.

—Tu papáito te castigará por esto —se burla su compañero, y prefiero ignorarlo.

Nadie va a castigarme por esto, al contrario, seré yo quien los castigue a ellos. Si piensan que van a conseguir que haga lo que me están pidiendo, están muy equivocados... Después de saber lo que le han hecho a Sandra, todo me importa una mierda ya. Lo único que me ataba aquí era volver a verla, aunque sabía desde el principio que no podríamos escapar. Un último abrazo, un último beso..., habría dado lo que fuera por morir junto a ella. Ahora sólo me queda poner a mi familia a salvo, y sé la manera. Si no me tienen, dejarán de buscarlos para amenazarme con ellos. Llevan años huyendo de un lugar a otro por mi culpa y ya es hora de que sean libres. Se lo debo, y si sigo con vida nunca podrán serlo. Si no es mi padre, será alguno de sus socios el que venga a buscarme para lo mismo, y sin dudar se agarrarán de nuevo a lo que más quiero.

Viendo que no me suelta y haciendo acopio de la poca fuerza que me queda, sacudo mi cuerpo para apartarme de él y lo consigo. Cuando voy a dar el primero paso, clavo una rodilla en el suelo y tengo que apoyar las manos en el piso para no caerme. Mis músculos apenas me sostienen ya.

Sin decir una sola palabra más, el tipo que estaba conmigo se marcha y, al salir, lo oigo hablar con uno de sus compañeros. No se fían de mí y, aunque ha cerrado con llave, se quedan ahí para vigilarme.

Sin demora, busco la cuerda con la mirada y, cuando la encuentro, camino hacia ella. La pérdida de Sandra me está afectando tanto que soy incapaz de llorarla. Unas cuantas lágrimas no lograrán calmar en lo más mínimo el desconsuelo que siento en mi alma. Sandra lo era todo para mí y ni siquiera me ha dado tiempo a demostrárselo. Quería ir despacio con ella, quería que se sintiera cómoda a mi lado para poder manifestarle con calma lo importante que era para mí. Tenía tantos planes... Quería contarle tantas cosas...

En tiempo récord, y sin saberlo, logró devolverme la ilusión y las ganas de

vivir que Aurora me robó años atrás con su marcha. Nunca tuve la oportunidad de hablarle a Sandra sobre ella... o, más bien, nunca quise encontrar el momento para hacerlo. Sólo recordar lo que ocurrió aquel día me pone enfermo y no quería ensombrecer nuestros momentos.

Mi vida nunca ha sido fácil, pero sin duda aquélla fue la peor parte, y aunque ha pasado tiempo desde entonces, no puedo evitar sentir un escalofrío en la espalda cada vez que lo recuerdo ¿Cómo pudo hacernos algo así? Por su culpa tuve que hacer el mayor sacrificio de mi vida para que mi padre no descubriera mi gran secreto... Ni siquiera se lo conté a mi madre, aunque confiaba y confío plenamente en ella. Sé cuáles son las tácticas de mi padre, y, si llegase a encontrarla, la torturaría para que hablase, y esto es algo demasiado importante como para ponerlo en riesgo.

Después de aquello, nunca creí que pudiera volver a enamorarme de nadie. Tenía tanto miedo de que volvieran a hacerme daño que guardé mis sentimientos bajo llave y puse mil excusas para evitarlo. Hasta el día en que apareció Sandra en mi vida y de un codazo derribó todas mis barreras. Supo cómo hacer que cayera rendido a sus pies...

Aún recuerdo la primera vez que la vi en aquel supermercado. Estaba tan roja y ruborizada mientras su compañera me cobraba... Sabía perfectamente que las había oído hablar de mí, y aunque intenté disimular para que no se sintiera mal, estoy seguro de que se dio cuenta. Quizá por eso me sorprendió tanto verla aparecer en el gimnasio con su amiga. Se veía tan avergonzada y engañada..., seguro que ni siquiera sabía a lo que venía. ¿Por qué coño tuve que presionarla tanto el primer día? En mi afán por tenerla cerca, la obligué a hacer tantos ejercicios para no apartarme de ella que al final conseguí el efecto contrario. Y, para colmo, cuando a los pocos días fui a buscarla al supermercado, golpeé a su novio... Realmente no me gustó el tono en el que se estaba dirigiendo a ella, pero ésa no era razón suficiente para hacer lo que hice... Reconozco que me dejé llevar un poco por los celos. ¿Cómo podía estar con una persona así? Se veía a kilómetros que no tenía intención de labrarse un futuro.

Sacudo la cabeza con los ojos empañados y me esfuerzo por desechar todos esos recuerdos. No puedo permitirme venirme abajo ahora. De nada sirve pensar

en ello ya y, para lo que quiero hacer, necesito tener la cabeza fría. En un momento todo habrá acabado y no voy a sufrir más. Detengo la mirada en una caja de madera y camino hacia ella. Como puedo, me inclino para cogerla y, cuando aprieto los dientes para hacer fuerza, me doy cuenta de que está vacía y lo agradezco mentalmente. La coloco justo debajo de la viga de acero y vuelvo a por la cuerda. Me duele tanto todo el cuerpo que con cada paso que doy tengo que apretar los dientes con fuerza para aguantar la tortura. Justo cuando voy a tomar impulso para pasar la cuerda por encima de la viga, la puerta se abre y entra el tipo que mató al policía en el gimnasio. Finjo como puedo y dejo caer la cuerda detrás de mi cuerpo.

—¿Qué haces? —Me mira extrañado y temo que me haya descubierto.

—Pensar —digo sin más, y arruga la frente. Toma una de las probetas que hay en la mesa con las manos y me apunta con ella.

—¿Cuándo cojones piensas empezar?

—Nunca —respondo tajante.

—Dentro de dos horas volveré con los demás y, si no has empezado... —me amenaza—, la chica y el niño que están en el hospital morirán.

Capítulo 34

Mis ojos se abren y no puedo disimular mi desconcierto. ¿Cómo es posible que sepa de ellos?

—No sé de qué me hablas —invento para intentar protegerlos.

—Estoy seguro de que sí lo sabes —ríe—. Tu teléfono tiene mucha más información de la que crees...

«Mierda», me digo. Ahora sí que estoy jodido. Deben de haber leído mis conversaciones con Sandra. No puedo permitir que les hagan daño. Convencido de que llevarán a cabo sus amenazas si no colaboro, recuerdo que mi familia está en la misma situación, y mi idea para liberarlos se abre de nuevo paso en mi mente. En teoría, esto no puede ser diferente... Si termino con lo que empecé antes, ya no tendrán sentido sus chantajes. Quitándome de en medio, los dejarán en paz.

—De acuerdo —le hago creer que accedo. Necesito que se vaya.

—Por tu bien y el de los que te rodean, espero que sea cierto. —Me mira por unos segundos, intimidante, e igual que vino se marcha.

Inspiro y noto la garganta tan seca que raspa. Me inclino para agarrar la gruesa cuerda que dejé antes en el suelo y tengo que abrir y cerrar las manos para calentarlas. Estoy tan nervioso que apenas soy capaz de coordinar esos simples movimientos. Trato de pasar la soga por encima de la viga y tengo que intentarlo varias veces. Mis doloridas costillas no me dan la elasticidad que necesito, y con cada fallo se resienten tanto que tengo que esperar unos segundos antes de volver a intentarlo.

Cuando por fin lo logro, me asaltan sentimientos de alivio y de temor a la vez. ¿De verdad voy a hacer esto? Miro al vacío pensando en todas las personas a las

que quiero y la respuesta no se hace esperar, dándome la valentía que necesito. Anudo la cuerda asegurándome de que soportará mi peso y, cuando apoyo un pie en la caja de madera, miro hacia la mesa donde está toda la mercancía que me trajeron antes y recuerdo algo.

Vuelvo a apoyar el pie, esta vez en el suelo, y camino cojeando hacia ella. En la libreta que se llevaron, anoté varios productos con la idea de crear algo que nos permitiera salir a Sandra y a mí de aquí, y reviso entre las cajas. Si han sido tan idiotas como creo, podré irme de este mundo vengándome al mismo tiempo. No lograré acabar con todos como me gustaría, porque son demasiados, pero sí detendré a una gran parte de ellos. Jamás habría imaginado hacer algo así, ni siquiera me lo había planteado, pero es tanto el dolor y la rabia que siento por lo que le han hecho a Sandra que la poca ética o moral que me quedaba se ha volatilizado. Si he de morir, que sea arrastrando a quienes me han destrozado la vida.

—¡Sí! —exclamo al encontrar el fluoruro de hidrógeno, y sigo buscando. Si esto ha llegado hasta aquí, lo otro también debe de estar cerca—. Vamos, vamos... —me digo a mí mismo con las manos temblorosas—. ¿Dónde estás? Tienes que estar... —Abro varias cajas más y en una de las bolsas cerradas herméticamente lo encuentro—. ¡Sí! ¡Sí, sí! —susurro emocionado mientras levanto con cuidado el frasco que contiene el pentafluoruro de antimonio.

Estoy en desventaja porque no tengo armas, pero la mezcla de estos dos productos dará como resultado un ácido diez veces más potente que el ácido sulfúrico y, si juego bien mis cartas, hasta podré abrir la puerta con ello. Era la única oportunidad que teníamos Sandra y yo para salir de aquí con vida, y, aunque ella ya no esté, no pienso desperdiciarla. Me llevaré a todos los que pueda conmigo.

Me cubro las manos para protegerlas y lo preparo todo con mucho cuidado. Coloco cuatro probetas en fila y vierto el contenido en ellas. Al hacerlo rápido, dejo caer un poco sobre la mesa y, cuando quiero darme cuenta, ya la ha traspasado. Cubro el agujero como puedo para no levantar sospechas y continúo con lo que estoy haciendo. Cuando ya las tengo preparadas, desembalo lo demás para hacerles creer que estoy trabajando y espero. Si todo sale según lo he

planeado, el que mató al policía entrará en cualquier momento y ése será el primero. Ajusto mis guantes, echo un último vistazo para comprobar que todo esté en orden y me preparo.

Aproximadamente media hora después, y como imaginaba, la puerta se abre y me tenso. Trato de disimular mi nerviosismo y finjo que trabajo.

—Así me gusta —indica mientras me observa desde lejos—. ¿Ves como no era tan difícil? —Trago saliva buscando un poco de calma y respiro profundamente para no precipitarme. Necesito que esté más cerca.

—Para mí solo sí es difícil —respondo sin mirarlo—. ¿Puedes alcanzarme esa rejilla? —Veo con el rabillo del ojo cómo la coge y viene hacia mí. Se coloca justo en el lugar que quiero y, cuando lo tengo al lado, tomo con cuidado una de las probetas y la observo—. Mierda... —murmuro preocupado con intención de que me oiga.

—¿Qué ocurre? —dice al notar lo.

—Creo que este producto está en mal estado...

—¿Cómo que está en mal estado? —arruga la frente.

—Huele raro, mira. —Se lo acerco y cuando, ignorante de todo, mete la nariz para comprobarlo, le lanzo sin que lo espere el líquido corrosivo sobre la cara y comienza a gritar como si estuviera poseído.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojosss! —Se retuerce desesperado y puedo ver cómo se deforma su cara.

—Joder, joder, joder... —Me muevo nervioso y, aunque no quiero, me asalta la culpa. Lo único bueno de todo esto es que no tendré que vivir demasiado tiempo con ello.

—¿Qué está pasando aquí? —Uno de los que estaban vigilando fuera entra y mira a su compañero alarmado.

—No... no lo sé —miento.

—¿Qué le pasa? —vuelve a preguntarme al tiempo que corre hasta él para socorrerlo y, cuando se inclina para ayudarlo, aprovecho para coger otra de las probetas y derramo el líquido sobre su cabeza.

Al igual que el primero, en el momento en que el ácido toca su piel, comienza a gritar histérico y puedo ver cómo su pelo desaparece. Aparto la mirada para no

presenciar lo que está ocurriendo y, al levantar la vista, me doy cuenta de que se ha dejado la puerta abierta. Justo en el instante en que doy un paso para salir, entra el que se llevó a mi padre y, desconcertado, me pregunta lo mismo que el anterior.

—¿Qué cojones les pasa? —No respondo y saca su arma para apuntarme con ella—. ¿Qué les has hecho? —Coloca el dedo en el gatillo nervioso, y en sus ojos puedo ver que no dudará en disparar.

—¡Es ácido! —chilla uno de ellos, delatándome.

—¿Ácido? ¿Qué ácido? ¿Dónde está?

—¡Aquí! —Sin darle tiempo a reaccionar, agarro otro de los recipientes y arrojo el contenido sobre su pecho. Su camisa desaparece al instante y corre en dirección a la calle—. ¡Joder! —Una horrible quemazón hace que me quite uno de los guantes con rapidez, y me doy cuenta de que tengo un par de pequeñas salpicaduras en el brazo. Son minúsculas, pero han logrado atravesar la goma y apenas puedo soportar el dolor. Si esta insignificante parte sobre mi piel arde como el infierno, no quiero imaginar por lo que deben de estar pasando ellos.

El extraño silencio que de pronto envuelve el edificio me obliga a mirarlos de nuevo, y por sus horribles heridas deduzco que ya están muertos. Ambos han perdido gran parte de sus cabezas y el ácido continúa ahora comiéndose el suelo. Con cuidado de no pisar la mezcla, les quito sus armas y paso por encima de sus cuerpos. Tengo que encontrar a mi padre y acabar con él. Si mi jefe pudo hacerlo, yo también. Aún recuerdo cuando el comisario y él me contaron la historia. Me quedé de piedra al descubrir que mi padre y el suyo trabajaban juntos. Mientras que uno traficaba con mujeres, el otro lo hacía con drogas, y entre los dos abastecían a los mercados. Malditos hijos de puta... Fue una lástima que no pudieran atraparlos a los dos el mismo día, me habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

Después de aquello, mi padre y sus socios me tendieron una trampa para despistar a la policía y acabé en la cárcel acusado de ser el cabecilla. Por suerte, el comisario nunca se rindió y, tras las investigaciones que realizó después para destapar a quienes cooperaron con el padre de mi jefe, fue cuestión de tiempo que los descubriera. La célula de narcotraficantes que en un principio creían

desarticulada gracias a mi captura seguía activa y se extendía más rápido que nunca. Ahora, y tras algunas detenciones más, están debilitados, y aunque saben que fui yo quien los delató, me necesitan para fortalecerse de nuevo... Sin embargo, de ningún modo les daré lo que buscan. Si lograron meterme en esto fue sólo por sus amenazas, y prefiero estar muerto antes que volver a trabajar para ellos... Pero antes vengaré a Sandra y a mi abuelo. Pienso llevarme por delante a todo el que pueda mientras mi corazón siga latiendo.

Coloco una de las pistolas en la cinturilla de mi pantalón y, cuando todavía estoy empuñando la otra para adaptarme a ella, una sombra se coloca frente a mí y no me da tiempo a nada. Golpea con algo duro mi sien, haciéndome caer al suelo desorientado y, aprovechando que su golpe me ha dejado confuso, me quita las armas.

—Te lo advertimos —me dice—. La chica y el niño morirán hoy por tu culpa.

—No, no... ¡No! —Intento levantarme—. ¡Haré lo que me pedís! —Logro arrodillarme y, con ayuda de una silla, me levanto—. No les hagáis daño...

Veo cómo saca su teléfono y sé que tengo que detenerlo. Si logra hacer esa llamada, todo habrá acabado para ellos.

Angustiado por la situación, me doy cuenta de que la última probeta con ácido sigue aún sobre la mesa y, tambaleándome, intento llegar hasta ella. En un primer momento valoro lanzársela, pero después comprendo que, si hago eso y continúo con vida, Claudia y su hijo morirán de igual forma. Si no es él, alguien más se encargará después de hacer esa llamada y no habrá servido de nada.

Aprieto con fuerza el mentón en un último esfuerzo y, con un rápido movimiento, llego hasta ella. Expulso todo el aire al tiempo que aprieto el cristal en mi mano y, sabiendo que posiblemente esté a punto de sufrir el dolor más grande e intenso que haya conocido hasta ahora, la llevo a mi boca...

«Nos vemos dentro de nada, cariño», musito para mí antes de que el cristal toque mis labios...

Capítulo 35

Justo en el momento en que cierro los ojos, el mafioso se da cuenta de lo que estoy a punto de hacer y, con un ágil movimiento, agarra la probeta con fuerza para apartarla de mí.

—¡Ni lo sueñes! —gruñe tratando de arrancármela de las manos—. Primero vas a hacer lo que te han pedido. —Intenta evitar que incline el brazo y durante varios segundos forcejamos.

—¡Dámelo! ¡Suelta!

Ignora lo que digo y sigue insistiendo en hacerse con ella. Debido a los movimientos bruscos de la disputa, varias gotas saltan del tubo de ensayo y, adelantándome a lo que estoy seguro que pasará, lo suelto en el momento exacto en que él hace fuerza de nuevo y el producto acaba cayendo por todo su cuerpo.

—¡NO! —Me mira asustado—. ¡No, no, no! —Corre tan rápido como puede y, antes de salir, se golpea con la puerta.

Al ver que ésta se sacude con violencia, intento llegar hasta ella antes de que se cierre por la inercia y, cuando estoy a escasos centímetros de alcanzarla, un fuerte portazo me indica que de nuevo estoy atrapado en el interior. Exactamente igual o peor que antes, y no puedo hacer nada.

Derrotado, ignoro el dolor de mi cuerpo y me dejo caer en el suelo. Sin duda, Claudia y su hijo morirán por mi culpa. Miro al frente con la mente perdida... y entonces la veo. Ahí está, delante de mí, balanceándose todavía por la fuerza del aire que ha entrado antes por la puerta. La soga, como si supiera que es mi única salida, se contonea despacio ante mis ojos y, sin pensar, me levanto para ir hasta ella. El miedo y las dudas que tenía antes desaparecen a medida que me acerco y me coloco frente a ella.

Pongo las manos sobre el vasto nudo y las deslizo para ampliar el seno. Subo a la caja de madera, introduzco la cabeza en él y aprieto los labios a la vez que me encomiendo al cielo. Necesito proteger a mi familia y sentir que Claudia y su hijo tendrán al menos una oportunidad, por pequeña que sea. Sólo espero que me encuentren muerto antes de que sea demasiado tarde para ellos... Es la única forma de que no les hagan daño.

«Sandra, ojalá estés allá donde voy y me perdones», digo como si pudiera oírme. No puedo seguir viviendo ni un segundo más sabiendo que, si le han arrebatado la vida, ha sido por mi culpa. Quiso aliviar mi carga antes de que se la llevaran, haciéndome creer lo contrario, pero fui yo quien la metió en esto. Sabía desde el principio lo que podía pasarle si la relacionaban conmigo y, aun así, la mantuve a mi lado. ¡Maldito egoísmo! Si tan sólo me hubiera apartado de ella, ahora seguiría con vida...

Ese pensamiento hace que varias lágrimas corran sin control por mis mejillas y, sabiendo que ha llegado el momento, decido no alargarlo más. La culpa apenas me deja respirar. En el mismo momento en que doy un paso hacia delante, me parece oír a alguien hablar y apoyo el pie en el borde para escuchar.

—¡Tiene que ser aquí! ¡Vamos! —Juraría que es la voz del comisario, pero estoy tan conmocionado que sólo puede ser producto de mi imaginación. ¿Cómo diablos iban a saber que estoy aquí? Es imposible...

Me centro de nuevo en lo que estaba haciendo y oigo a alguien más.

—¡Sí! ¡Es aquí! —Esta vez, el sonido es tan nítido que me hace dudar.

—¡Derek! —Cuando el comisario, desde fuera, grita mi nombre, ya no hay duda. ¡Son ellos!

—Estoy... —No me da tiempo a nada más. La caja de madera de pronto se ladea bajo mis pies y éstos quedan al instante suspendidos en el aire.

Trato por todos los medios de alcanzarla estirando las piernas, pero la fuerza de la gravedad no tarda en mostrarme su poder y, como si alguien tirara de mi cuerpo hacia abajo, la cuerda comienza a oprimir sin consideración mi cuello, provocándome una horrible y agónica falta de aire. Intento pedir ayuda, pero cada vez que abro la boca para hacerlo, el escaso oxígeno que me queda en el pecho se escapa de mis pulmones y no puedo hacer nada para volver a llenarlos.

—¿Derek? —siguen llamándome, y la impotencia se suma a la fuerte presión que siento en la cabeza.

Alzo las manos buscando llegar hasta la cuerda para intentar elevarme y así aliviar la tensión, pero es imposible. Las fuerzas comienzan a fallarme y poco a poco dejo de resistirme. Mis brazos caen por su propio peso a ambos lados de mi cuerpo y, en el momento en que entiendo que ya no hay marcha atrás y que he llegado a mi fin, puedo ver a varias personas entrar. Apuntan con sus armas en todas direcciones, giran un par de cuerpos para comprobar que están muertos y no se dan cuenta de que estoy ahí.

—¡Sandra! ¿Qué haces aquí? ¡TE DIJE QUE ESPERARAS EN EL COCHE!

«¿Sandra? ¿El comisario ha dicho “Sandra”? ¿Acaso está viva?» En mi último y angustioso segundo de vida, logro girar los ojos y la veo entrar.

—¡DEREK! ¡NO! ¡ESTÁ AHÍ! —grita señalándome, y cuando viene corriendo hacia mí, mi vista queda fija en ella antes de que todo desaparezca.

* * *

—Tranquila, muchacha. —El comisario pasa el brazo por encima del hombro de Sandra para intentar calmarla. Está realmente afectada.

—No llegamos a tiempo... —llora desconsolada—. Estuvimos tan cerca... —solloza en su pecho—. No puedo creer que Derek haya muerto.

—Lo sé. Lo sé... —El comisario mira al frente mientras observa las flores con las que han adornado la sala donde está el féretro—. Tienes que ser fuerte. Él así lo querría. —Acaricia su pelo.

—¿Por qué tuvo que morir? ¡Él no era como ellos! ¡No es justo! —se lamenta.

—Tienes razón, no lo era... —El comisario se levanta y camina hacia el ataúd para colocarse frente a él—. Muchacho —mete la mano dentro y toca mi hombro —, despierta, muchacho...

Un fuerte pitido zumba en mis oídos haciéndome daño y todo se vuelve blanco. Sé que estoy muerto, pero, por alguna razón, cuando me toca puedo sentir mi cuerpo.

—¡DEREK! —Sandra me llama y por su tono puedo notar que está bastante asustada.

—¡Vamos, muchacho! ¡Tú puedes! —Me zarandea—. ¡VAMOS! ¡Vuelve con nosotros!

—Derek, no me hagas esto... —Sandra apoya sus frías manos en mis mejillas y, como por arte de magia, mi pecho se eleva—. Venga, cariño, abre los ojos. — Su cabello roza mi rostro y de nuevo mi pecho se mueve solo.

—¡Está funcionando! ¡Continúa! —grita el comisario, y noto el sabor de Sandra en mis labios. ¿Qué está pasando?

Sobresaltado, abro los ojos y la escena cambia. Bajo mi espalda ya no hay una acolchada sábana blanca, sino el frío suelo gris de la nave industrial donde me encontraba. Tomo una profunda bocanada de aire y comienzo a toser con fuerza. Mi garganta arde y el dolor de mi cuello es casi insoportable, pero de alguna forma me alegra saber que ese aterrador tanatorio sólo era producto de mi imaginación, supongo que por la falta de oxígeno.

Miro a mi alrededor y confirmo que sigo en el mismo lugar en el que he pasado los últimos días. Lo recuerdo casi todo, excepto cómo he acabado tendido en el suelo, y me sorprende notar que vuelvo a respirar. Alguien debe de haberme descolgado en el último momento. Varias caras me observan atentas, y, entre ellas, la que más llama mi atención es la de Sandra llena de lágrimas. Quiero hablar para preguntarle. Quiero saber qué ocurrió, cómo logró escapar..., pero mi tráquea está tan inflamada que no logro hacerlo.

—Estoy aquí... —Sandra se acerca más a mí como si supiera lo que busco y apoya angustiada su cara en mi pecho—. Te vas a poner bien... —Llora sobre mí y, aunque todavía no puedo moverme, la observo. Está viva, y después de haber creído lo contrario, me cuesta hacerme a la idea.

A medida que mi cuerpo se nutre de oxígeno, mis entumecidas extremidades comienzan a hormigear y poco a poco recupero la sensibilidad. Intento levantar un brazo, pero rápidamente el comisario se me echa encima.

—No te muevas —me indica—. Debemos asegurarnos antes de que no te has lesionado el cuello. —Entiendo a lo que se refiere y me mantengo inmóvil—. Una ambulancia viene de... —Antes de que termine la frase, oímos un disparo—.

¡Todos a cubierto! —grita, y arrastra a Sandra consigo hasta llevarla a un rincón para cubrirla con su cuerpo.

Los agentes corren hasta lugares seguros y, tras un cruce de al menos veinte disparos en el que no puedo ver nada, todo queda en silencio. Temiendo lo peor, como puedo alzo la cabeza para buscar a Sandra y no la encuentro. Miro a mi alrededor y creo ver a mi padre tendido en el suelo sobre un charco de sangre. Debe de haber sido él quien ha provocado todo esto.

—¡Sandra! —la llamo angustiado con un forzoso hilo de voz, y no me contesta—. ¡SANDRA! —Logro levantarme un poco más y veo que en la pared donde estaban hay varias salpicaduras de sangre—. ¡SANDRA! —Los nervios me pueden y me arrastro. Necesito encontrarla. No puedo perderla otra vez.

—No te... muevas. —Alguien agarra uno de mis pies y, al girarme, veo al comisario tendido en el suelo, justo detrás de mí.

—¿Dónde está? —Es lo único que quiero saber.

—Se... la han llevado mis hombres. Está a salvo. —Deben de haberla sacado en medio del enfrentamiento.

Me fijo mejor en él y mis ojos se abren al encontrar sus manos cubiertas de sangre.

—¿Está herido? —le pregunto asustado.

—Sólo un poco... —Dolorido, aprieta los labios y se recuesta como puede contra la pared.

—¿Es grave? —me preocupo.

—Tranquilo, muchacho. Las balas y yo hace tiempo que somos amigos. —No entiendo su intento de broma y, cuando voy a volver a preguntarle, el sonido de una sirena llama mi atención—. Tu ambulancia ya está aquí —cambia de postura—, pero, si no te importa, la vamos a compartir.

Se agarra a una especie de madera que hay clavada en la pared y, al ponerse en pie, veo brotar sangre de su muslo derecho. Desabrocha su cinturón y, haciéndose una especie de torniquete con él, camina hasta el cuerpo de mi padre.

—¿Está muerto? —Se inclina para comprobarlo y, cuando asiente, lejos de sentirme aliviado como creía, algo extraño se rompe dentro de mí. Siempre tuve la esperanza de que cambiaría.

—¡DEREK! —Sandra entra junto al personal sanitario y corre hasta mí. Se echa a mi lado y sólo con su contacto me reconstruye. Es increíble lo que esta mujer es capaz de hacer conmigo. En cuanto todo esto acabe y estemos más tranquilos, hablaré con ella. La quiero y necesito aprovechar cada segundo que esta nueva oportunidad nos está brindando. Pero, antes, debo contarle algo. Ya no puedo ocultárselo más...

Capítulo 36

Sandra

Una semana después...

—Bien, Derek, pues ya sabes lo que te toca. Debes guardar reposo durante al menos un mes y nos volveremos a ver para entonces. En los informes llevas anotada la próxima cita.

El doctor nos acompaña hasta la salida mientras se despide y, sin demorarse demasiado, vuelve a la consulta para seguir atendiendo a sus pacientes. Cuando la ambulancia nos trajo la semana pasada, y debido al nerviosismo del momento, no me di cuenta de quién era, pero a medida que pasaron los días lo reconocí. Es el mismo médico que me atendió cuando me torcí el tobillo, y la verdad es que hemos tenido una gran suerte. Me encantó cómo me trató entonces y me ha encantado cómo se ha preocupado por Derek mientras ha estado internado en el hospital. Es un profesional de los pies a la cabeza, y sólo necesitas hablar un par de veces con él para saber que estás en buenas manos.

Todavía no me puedo creer que lográramos llegar a tiempo. Si tan sólo hubiéramos tardado un par de segundos más..., o en lugar de dejarse caer desde la caja de madera hubiera decidido saltar, ahora mismo estaría muerto. Según nos explicó el doctor, el cuello es una zona muy sensible y, si se lo llega a romper, de nada habrían servido nuestros esfuerzos. Por suerte, su ahorcamiento se estaba produciendo por asfixia y, aunque fue verdaderamente angustioso para él, a nosotros nos sirvió para ganar algo de tiempo.

—Cariño, ¿todo bien? —me pregunta Derek nada más salir, y lo miro. Es la segunda vez que me llama así, y aunque mi corazón salta de alegría, se me hace extraño.

Pestañea esperando mi respuesta y me fijo en su rostro: aún lo tiene desfigurado por la cantidad de golpes que recibió, pero sus ojos siguen tan hermosos como siempre.

—Sí, no te preocupes —sonríó para tranquilizarlo.

Sabe que no paro de darle vueltas a lo que ocurrió y, aunque el comisario nos ha asegurado que ya están todos entre rejas, no puedo evitar sentir miedo. Según los psicólogos que nos han estado visitando, es posible que por culpa de lo que hemos vivido esté pasando por algún tipo de estrés postraumático, pero me han asegurado que, con la atención adecuada, pronto podré superarlo.

Derek apoya la mano en mi hombro y, muy despacio, caminamos en dirección al coche.

—¿Ya os vais? —dice alguien a nuestra espalda, y nos giramos rápidamente—. Pensé que no os dejarían salir hasta más tarde —bromea.

—El doctor nos ha dado la condicional por buen comportamiento. —Derek bromea con él y le extiende la mano para saludarlo.

—¿Cómo estás, muchacho? —El comisario apoya una de las muletas sobre la pared para estrechársela, y me apena. No puedo evitar sentirme culpable. Por protegerme recibió un disparo en la pierna, y no tendré vida suficiente para agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros. Sin duda después de esto se ha convertido en mi héroe.

—La verdad es que mucho mejor. Esta semana de descanso me ha venido de maravilla, aunque todavía no puedo hacer nada. —Tiene varias costillas fisuradas, además de hematomas por todas partes, y apenas puede moverse.

—Y tú, Sandra..., ¿cómo sigues? ¿Les has comentado algo ya a tus padres?

—Nooo —niego—. Y espero no tener que hacerlo. Cuanto menos sepan, mejor.

Afortunadamente, todavía no se han enterado, aunque lo ocurrido ha sido noticia en varias cadenas de televisión. Y, mientras pueda, haré todo lo que esté en mis manos para evitarlo. Les he hecho creer que no les devolví las llamadas

mientras estuve secuestrada porque he estado muy ocupada y parece que ha colado. No me gustaría nada tener a mi madre todo el día pegada al teléfono y llorando por lo que podría haber ocurrido. Lo que menos me hace falta ahora mismo es que, además, me haga sentir culpable, y, conociéndola, lejos de intentar comprenderme, es lo único que haría. Es una persona muy sesuda, pero cuando se pone nerviosa, no tiene tacto...

—Por cierto —el comisario vuelve a hablar—, hay alguien por aquí que quiere hablar contigo.

—¿Quién? —pregunto intrigada. Sólo espero que no sean ellos.

—¿Recuerdas que me comentaste que te gustaría darle las gracias a la persona que llamó cuando estabas en el aeropuerto...?

—¿En serio? ¿Ella está aquí? —Asiente y mis ojos se llenan de lágrimas. Llevo días diciéndole a Derek que necesito verla.

—Sí... —Aprovechando que la muleta sigue apoyada en la pared, se rasca la cabeza—, pero viene con sorpresa.

—¿Como que viene con sorpresa? —Arrugo la frente.

—Seguidme. —El comisario toma la muleta y, ayudándose con ella, se aleja—. Lo único que quiero que sepáis es que en esto yo no he tenido nada que ver... —murmura y, cuando todavía no lo he acabado de comprender, la veo. Está sentada en uno de los bancos que rodean el hospital junto a otra persona.

—¡Qué emoción! —Aprieto nerviosa la mano de Derek y éste se ríe.

Intento controlar mi paso para no forzarlo a caminar más rápido y, cuando la persona que tiene al lado se vuelve en mi dirección, me quedo totalmente paralizada.

—¿Qué ocurre? —Derek me mira preocupado, pero estoy tan impactada por lo que estoy viendo que no puedo hablar—. ¿Sandra? —insiste, y poco a poco vuelvo a mi ser.

—Hola —dicen las dos a la vez y, como si la mujer que llamó a la policía supiera lo que tiene que hacer, se queda sentada mientras mi hermana se levanta.

—Ho... ho... la... —logro decir aún conmocionada.

¿A qué ha venido? ¿Cómo sabe que estoy aquí? La última vez que nos vimos fue hace tres años y nunca más volví a saber de ella.

Se coloca frente a mí y, tras soltar el aire de un soplido, traga saliva y sus ojos se empañan. Volver a encontrarme con ella después de tanto tiempo hace que se forme un gran nudo en mi garganta, y no tardo en hacer lo mismo. Nos miramos y, sin necesidad de decir nada más, nos fundimos en un abrazo.

—Lo siento. Lo siento mucho —llora en mi hombro y yo en el suyo—. No debería haberme ido así. Nunca debería haberos dejado por él...

Los segundos pasan entre sollozos y, aunque quiero calmarla, no logro pronunciar ni una sola palabra. Querría poder decirle que todo está bien, pero soy incapaz. Lo único que puedo hacer es llorar y llorar. Además de hermanas, siempre fuimos grandes amigas y, cuando se marchó, me rompió el corazón. ¿Cómo pudo enamorarse de alguien así? Sabía que no era una buena persona porque en multitud de ocasiones me mostró su preocupación ¿Cómo entonces lo prefirió a él antes que a nosotros? Mis padres intentaron en varias ocasiones hacérselo ver, pero eso sólo sirvió para que se lo tomara como un ataque y se alejara del todo.

Nunca entendí su decisión, aunque ahora, después de lo que me ha tocado vivir con Derek, no puedo culparla. Nuestras historias no tienen mucho que ver, pero sabía dónde me metía y era cuestión de tiempo que me salpicaran sus problemas... ¿Cómo podemos llegar a ser tan idiotas? Definitivamente, el amor nos ciega.

Cuando logramos serenarnos, puedo por fin conocer a María, la mujer que básicamente nos salvó la vida, y la abrazo con fuerza. Sólo la he visto una vez, pero después de lo que hizo, ya la siento como una amiga.

—Gracias. Muchas gracias —es lo único que con la emoción puedo decir.

—¿Por qué no le contáis a Sandra lo que me contasteis a mí hace unos días? —nos interrumpe el comisario.

—Sí, María, cuéntaselo —le dice mi hermana con confianza, y las miro extrañada.

—¿Hace unos días? ¿Acaso no os acabáis de conocer?

—No —responde María entre risas.

—¿Entonces? —Miro a Derek y parece tan confundido como yo. No entiendo nada.

—Cuando cruzaste al almacén del aeropuerto rodeada de todos esos tipos —continúa María—, rápidamente te reconocí y supe por la expresión de tu cara que estabas en apuros...

—¿Que me reconociste? ¿Acaso nos conocemos? —añado extrañada. Ni siquiera vivimos en la misma ciudad.

—Tú a mí no, pero yo a ti sí.

—¿Qué? ¿De qué?

—Tu hermana y yo somos compañeras de piso desde hace dos años —vuelve a reír al ver mi cara de desconcierto—, y durante todo este tiempo, en algunas ocasiones me ha mostrado fotos en las que apareces.

—¿En serio? —La miro y asiento apenada.

—Evidentemente no eran fotos actuales, pero las conservé y, al parecer, hice bien. —Mira a su amiga con agradecimiento.

—Guau... —oigo exhalar a Derek.

—Pero... —Por mi cabeza pasan varias preguntas y me aventuro con la primera—. ¿Vivís los tres juntos? —digo refiriéndome a su marido también. Conociéndolo, me extraña enormemente que permita algo así. Es una persona demasiado posesiva y territorial.

—Hace tiempo que lo dejé...

—¿Qué?

—Que me divorcié. —Mis ojos se abren al oírla—. Cuando logré apartarme de vosotros y supo que ya me tenía para él, no se portó nada bien.

—Pero entonces... ¿por qué no volviste? ¿Por qué no nos llamaste?

—Orgullo, supongo. —Se encoge de hombros—. Nos dijimos cosas muy feas y..., bueno..., ya sabes...

—Lo entiendo —digo mirando al suelo. Recuerdo aquella discusión como si hubiera sido ayer. Todos dijimos cosas que no pensábamos y nos hicimos mucho daño—. Supongo que yo habría hecho lo mismo.

Tras hablar varios minutos más, me doy cuenta de que no les he presentado a Derek y, cuando por fin lo hago, noto que no le gusta que hable de él como si fuera un amigo, y, para colmo, cuando en al menos dos ocasiones intenta con sus

gestos hacerles ver que somos algo más, me aparto con disimulo y me mira de reojo.

Charlamos hasta que Derek se muestra cansado y, con la promesa de volver a vernos, intercambiamos nuestros teléfonos antes de marcharnos.

Derek no deja de mirarme mientras conduzco de camino a su casa y no puedo evitar preguntarle, aunque sé lo que viene.

—¿Qué te ocurre? —digo sin apartar la vista de la carretera.

—Así que ahora soy tu amigo...

—¿Es que ya no lo eres? —Río para disimular.

—Sabes a lo que me refiero... —Lo miro por un segundo y tiene el ceño fruncido—. Después de exponer nuestras vidas para salvar la del otro, ¿todavía tienes la desfachatez de decir que somos amigos? —intenta bromear, pero su tono lo delata. Realmente le ha molestado mi presentación.

—Los... los amigos también se cuidan y se protegen.

—Sandra, ¿te avergüenzas de mí?

—¿Qué? —Vuelvo a mirarlo y veo que tiene sus ojos clavados en los míos—. ¡Claro que no! ¿Cómo puedes decir eso? ¡Si lo hice fue por ti!

—¿Cómo que por mí?

—Yo..., tú... —Consigue ponerme nerviosa—. Tú... ¡Joder! Puede que seas tú el que se avergüence de mí... Sólo he tratado de no ponerte en evidencia.

—¿Qué? ¿Cómo vas a ponerme en evidencia?

—¡Yo qué sé! No sé lo que piensas y... y... ¡tampoco sé lo que somos! —trato de salir del paso como puedo.

—¿Cómo que no sabes lo que somos? ¿Acaso no te he demostrado ya lo que siento por ti?

—¡Eso no formaliza nada!

—Sandra. ¡Te amo, joder! ¿Cómo quieres que te lo diga ya?

Mi pie pisa el freno y, como puedo, detengo el coche a un lado de la carretera. Definitivamente no estoy preparada para oír algo así.

—Derek...

—¿De verdad estás otra vez con lo mismo? ¿No te quedó claro ya?

—¿Y tú no te das cuenta de nada?

—¿De qué? —pregunta cabreado—. ¿De que tus inseguridades no te dejan vivir? ¿Y de que no haces nada para cambiarlas? Así no podemos avanzar, Sandra. —Las lágrimas amenazan mis ojos y rápidamente se da cuenta—. Dios... Ven aquí, anda. —Agarra el cabello que cuelga en mi nuca y tira de mí hasta apoyar sus labios en mi frente—. Al final voy a tener que contártelo si ésa es la forma de que me creas... —susurra cuando se aparta.

—¿Contarme el qué?

—La verdadera razón que me empujó a querer quitarme la vida.

—Ya lo hablamos. Lo hiciste para no tener que hacerle más trabajos a tu padre.

—Ésa sólo fue la excusa que usé para darme el valor de hacerlo.

—No entiendo... —Pestañeo confusa—. Si no fue por eso, ¿por qué entonces?

—Porque creí que habías muerto, Sandra, y no podía seguir sin ti.

Mi boca se abre y, antes de que pueda reaccionar, me rodea con los brazos y me besa como si fuera la primera vez. ¿De verdad habla en serio? ¿Tanto le importo y no lo veo?

Capítulo 37

Derek me ha convencido para que me instale en su casa mientras está convaleciente, y, sabiendo que la policía todavía tiene precintado mi apartamento, no me ha quedado más remedio. Mis padres continúan sin saber nada y, si voy a pasar unos días a su casa, levantaría sospechas. Lo único bueno es que una de las agentes se preocupó por mí y al menos me trajeron mi ropa.

Estos días de reposo le han venido genial a Derek, y hoy por fin ya puede decir que se encuentra mejor. Se ha levantado de la cama sin ayuda, y juraría que hasta lo he oído cantar en la ducha.

Desde que volvimos del hospital, no he podido quitarme de la cabeza la conversación que mantuvimos en el coche. Se me está haciendo realmente difícil hacerme a la idea de que sus sentimientos son reales, pero desde que me los confesó, no para de demostrármelos. Noto que me quiere, pero por alguna razón no se atreve a dar el siguiente paso, y eso me confunde. Cuando trato de tirarle de la lengua para saber qué significa lo nuestro para él o en qué parte de una relación estamos, rápidamente cambia de tema o me dice que antes de formalizar nada tiene que resolver algo. Pero cuando le insisto para que me diga el qué, se pone nervioso y me pide que espere a que esté más recuperado. Mentiría si no admito que, después de la última experiencia, cuando se pone así me asusta, pero al menos esta vez me ha prometido que no tiene nada que ver con lo que hemos pasado. Aun así, odio su secretismo... ¿Por qué no puede actuar como una persona normal?

El sonido de un mensaje llama mi atención y, cuando reviso el teléfono, encuentro en la pantalla lo que llevo al menos un par de días esperando. Como es lógico, he perdido mi trabajo en el supermercado. Mi jefa me llamó y me

escribió en varias ocasiones para saber por qué no estaba acudiendo a mi puesto, y como no le respondí para no mentirle, ya que me niego a convertirme en la comidilla de la empresa, acaban de notificármelo. Es una pena porque me gustaba y sé que no he obrado bien, pero necesito con urgencia desconectar de todo, y si eso supone renunciar a mi empleo quedando mal, bienvenido sea. Total, si le llego a contar la verdad, estoy segura de que me habría tenido que despedir igual. Aunque no haya sido mi culpa, he estado implicada en algo ilegal y eso podría hacerles perder muchos clientes si se enteran.

—¿Puedes abrir la puerta? —dice Derek al oír el timbre. Lleva más de veinte minutos encerrado en el baño y sé que está tramando algo porque puedo oírlo susurrar por teléfono.

Me encantaría confiar plenamente en él, pero cuando hace estas cosas, no puedo. Así empezó la otra vez, y no estoy dispuesta a pasar por lo mismo. ¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que con esa actitud saca lo peor de mí? Sé que algo trama, y he aprendido la lección. En cuanto salga del baño, si no me dice qué esconde, por mucho que me duela, tendremos que hablar.

—Sí, voy. —Me levanto del sofá y, convencida de que es el agente al que pedí que me trajera algunas cosas más de mi apartamento, abro la puerta—. Em..., hola... —digo sorprendida al descubrir que no es él.

—Hola, Sandra. ¿Cómo estás?

—Yo... bien... ¿Qué haces aquí...? ¿Cómo sabías...?

—Tranquila. He hablado con Derek, él me pidió que viniera.

—Pero... pero... ¿cómo...? —No doy crédito—. ¿Quieres pasar? —Claudia asiente y, cuando me aparto, entra con dificultad. Miro sus piernas y me doy cuenta de que en la derecha lleva una gran férula externa—. No me atreví a volver a llamarte...

—Parece que las dos estamos pasando por una mala racha. —Sonríe tratando de hacer una broma, y eso de alguna forma me relaja.

Sin saber muy bien cómo empezar, lo primero que hago es preguntarle por su hijo y, tras mostrarme una foto, me asegura que ya está totalmente recuperado, cosa que me alivia sobremanera. Hablamos durante al menos dos horas, durante las cuales Derek no aparece ni para saludar, y sé por qué lo hace. Nos

disculpamos por no haber hecho las cosas bien desde el principio y por fin entiende que Derek y yo en ningún momento actuamos con intención de traicionarla. Simplemente ocurrió y ellos no tenían nada.

Poco a poco noto cómo retomamos la unión que teníamos antes de su accidente y finalmente acabamos abrazadas y llorando en el salón. Necesitaba tanto arreglar las cosas con Claudia... No hace mucho que somos amigas, pero desde que la conozco siempre se ha comportado como si lo fuera, y me dolía pensar que la había perdido. Con ella he llegado a sentir esa conexión especial que sólo tienes con las personas en las que sabes que puedes confiar, y me hace enormemente feliz haberla recuperado.

Cuando ya estamos bastante más tranquilas, Derek finalmente se une a nosotras y pasamos la tarde entre risas. No imaginan cuánta falta me hacía...

Las horas pasan y Claudia tiene que marcharse, pero antes de que me dé tiempo a cerrar la puerta, veo cómo un coche patrulla aparca en la puerta.

—Mira. Ése debe de ser el agente que estábamos esperando —señala Derek, y acierta.

—Buenas tardes —saluda el policía cargado de bolsas, que nos entrega—. He recuperado todo lo que he podido, de todas formas, mañana ya podrán entrar al apartamento. Hace un rato oí cómo daban la orden para desprecintarlo.

—¡Eso es genial! —digo emocionada, y de reojo puedo ver que Derek no comparte mi alegría. El agente se despide y, en cuanto nos quedamos solos, aprovecho para dirigirme a él—: ¿Te ocurre algo?

—No, ¿por qué? —disimula.

—Te noto serio.

—Es sólo que... —se rasca la cabeza—, ya me había acostumbrado a tenerte por aquí...

—Vendré todos los días —le aseguro.

—No es lo mismo. ¿Quién se conforma con un trozo de pastel pudiendo tener la tarta entera? —Sus mejillas se colorean y me resulta gracioso verlo así.

—Bueno, como dices tú, antes de formalizar nada, tienes que resolver algo —le respondo con la misma frase con la que me lleva atormentando días, y levanta las cejas sorprendido.

—Así que... también sabes dar golpes bajos... —Se abalanza sobre mí sin que lo espere y muerde mi cuello.

—¡No seas crío! —me carcajeo y, al girar la cabeza para quitármelo de encima, me doy cuenta de que de una de las bolsas que trajo el agente asoma algo envuelto en un papel que reconozco—. ¡Derek! ¿Eso que está ahí no es tu regalo?

Se detiene para mirar a donde le indico y abre los ojos.

—¡Sí que lo es! —Se aparta de mí y camina hacia las bolsas. Alza una de ellas con cuidado y lo saca—. Ya que estos días no has podido abrirlo porque has estado muy ocupada... —bromea—, ¿quieres hacerlo ahora?

—¡Claro! —Incluso cuando estaba viviendo la peor pesadilla de mi vida, admito que pensé en él más de una vez. ¿Qué será?

Viene hacia mí con él en las manos y, cuando me lo entrega, recuerdo cuánto pesaba. Con esmero, comienzo a despegar el celofán para no estropear el papel, y al ver que tardo, se desespera.

—¡Qué angustia! ¡Rómpelo, mujer! —Pone sus manos en uno de los dobleces y tira hasta rasgarlo.

—¡No! Lo quería conservar —lo riño.

—¿Para qué? ¡Sólo es papel! —ríe—. Te compraré veinte rollos más.

Le lanzo una mirada asesina mientras retiro uno de los laterales y me encuentro con una especie de panel de madera, liso, en el que no hay nada. Lo observo con detalle como si estuviera esperando a que apareciera algo y, viendo que Derek no habla, levanto la vista.

—¿Qué es? —pregunto confusa aun a riesgo de que me tome por tonta.

—Dale la vuelta —dice sin borrar la sonrisa de su cara.

Lo giro con cuidado y de pronto me veo reflejada en un precioso espejo de baño en el que hay unas letras grabadas.

—¿Un espejo? —digo extrañada mientras leo, y rápidamente lo entiendo.

«La única persona capaz de cambiar tu vida está frente a ti en estos momentos.»

—Lo vi... y no pude dejar de pensar en ti —dice avergonzado mientras masajea su nuca.

—Es... es muy... —Mis ojos se empañan. Nunca me habían hecho un regalo tan pensado para mí—. Gracias. —Con disimulo, me seco las lágrimas y suelta su nuca para pasar su brazo por encima de mis hombros.

—Mi abuelo siempre decía que la vida es como un espejo, y que sólo te sonrías si la miras sonriendo. Así que ya no tienes excusas para conseguir todo lo que te propongas. —Besa con ternura mi cabeza—. Ya sea en tu empeño de perder peso o simplemente a la hora de encontrar un nuevo empleo. Cualquier cosa, cariño..., sólo te necesitas a ti.

—Eres increíble —acierto a decir—. Todavía no me puedo creer que haya encontrado a alguien como tú, y menos aún que esté interesado en mí —sonrío y, de pronto, su cara cambia.

—Ojalá pienses lo mismo mañana... —Me aparta la mirada.

—¿Mañana? ¿Por qué? —Un extraño escalofrío me recorre el cuerpo.

—Ya lo verás...

Capítulo 38

Anoche discutí con Derek y, si no es porque me detuvo en el último momento, me habría marchado, aunque mi piso aún estuviera precintado y me tocara dormir en el coche. Estoy tan cansada y cabreada de que todo con él sean secretos... Juro que lo intento, pero es como vivir en una adivinanza continua y nunca puedo estar tranquila. Me cuesta confiar en él, y tengo miedo de que lo que sea que esconde se vuelva de nuevo en mi contra. Me ha pedido veinticuatro horas y eso es lo que tendrá, ni un minuto más, y sabe que hablo completamente en serio. Ni siquiera me he molestado en sacar de las bolsas las cosas que me trajo el agente. ¿Para qué? Si no cumple su promesa, tardaré menos en recoger.

Derek sale de la habitación, y en lo primero en que me fijo es en sus enormes y visibles ojeras. Me he negado a dormir con él y, por lo que puedo comprobar, no le ha sentado nada bien.

—Nos están esperando abajo —dice evitando el contacto visual.

—¿Quiénes?

—Ahora os presento. —Sin darme más explicaciones, se mete en el baño y eso me cabrea aún más. Empiezo a creer que no lograré aguantar el tiempo que hemos acordado.

Cuando sale, sigue evitándome y terminamos de prepararnos en silencio. Bajamos hasta la calle y, a unos cincuenta metros, alguien toca el claxon desde un precioso y amplio Audi negro. Caminamos hacia él y, a medida que nos acercamos, una pelirroja impresionante sale del interior.

—Hola, Sandra. —Se acerca para darme dos besos y, mientras lo hace, miro a Derek. ¿Tendrá ella algo que ver con lo que me dijo anoche? Espero que ahora

no me venga con que tiene pareja, porque, si no, lo que no han conseguido hacerle los matones se lo hago yo en un segundo.

Justo en el momento en que Derek encuentra mi mirada, oigo la puerta del lado contrario cerrarse y un chico enorme, moreno y con coleta rodea el coche para venir hacia mí. Me extiende su mano y lo miro sorprendida.

—Hola, Sandra. Yo soy Izan, el jefe de Derek. —Se la tomo y me quedo pensativa. ¿Qué conexión tendrán ellos con lo que sea que Derek quiere contarme?

—Hola... —digo sin dejar de observar su cuerpo. Es tan grande y musculoso que impone.

—¡Hey! ¿Qué pasa? —Se acerca a Derek y se abrazan—. ¿Cómo estás, campeón? —le pregunta mientras palmea su espalda.

—Pues ya ves, hecho un toro —bromea.

—Sandra, les pedí ayer que nos llevaran a donde vamos, ya que yo todavía no puedo hacer viajes largos —asevera, y creo descubrir con quién hablaba cerrado en el baño. Pero ¿por qué no me lo dijo?

—¿Lo sabe ya...? —Los tres me miran, y arrugo la frente.

—¿Saber qué? —No me puedo callar. Estoy a punto de saltar como el cristal.

—No..., todavía no... —Derek sonrío, pero su sonrisa no es como la de siempre y, además, parece preocupado.

—¿Qué se supone que debo saber? —insisto. Este juego que se traen cada vez me gusta menos.

—Hombres... —resopla la chica pelirroja al darse cuenta de que el enorme chico ha metido la pata, y tuerce sus ojos—. Siempre haciéndonos desconfiar. —Abre la puerta del coche y me mira—. Sube conmigo, iremos las dos mejor atrás.

Querría volver a preguntar o negarme a subir hasta que me cuenten lo que ocurre, pero, conociendo a Derek, sé que le daría igual, así que opto por hacer lo que me ha pedido para no alargarlo más. Cuanto antes lleguemos a donde sea que vayamos, antes lo sabré todo.

Durante las siguientes dos horas y media que dura el viaje, descubro que Sara (así es como se llama la chica) es una persona encantadora, y que, además de

tener muchas cosas en común, su historia está muy hilada a la mía.

Ambas vivimos una pesadilla y esos miedos nos acompañarán el resto de nuestras vidas. Ahora entiendo por qué Derek me dijo en alguna ocasión que su jefe lo entendía. Los dos casos estaban conectados y sus padres eran los cabecillas. Afortunadamente para nosotros, y gracias a un comisario realmente competente que se tomó en serio su trabajo, todo ha acabado medianamente bien para los cuatro, y eso es lo que cuenta.

—Según el GPS, ya hemos llegado. —Con una suave maniobra, el chico aparca y tira del freno de mano.

Nos bajamos y, antes de que pueda sentir el aire en la cara, oigo a una mujer gritar.

—¡DEREK! ¡Es Derek! —Una chica rubia, delgada y de unos treinta años viene corriendo hacia nosotros—. ¡Dios mío! ¡DEREK! —Se lanza sobre él y enrosca las piernas alrededor de su cuerpo—. ¡Por fin! ¡TE QUIERO! —Besa su cara y algo se mueve en mi estómago. ¿Quién es y por qué nunca me ha hablado de ella?

Sin terminar de recuperarme del impacto emocional que eso ha supuesto para mí, un niño de aproximadamente seis años e idéntico a él sale de una de las dos únicas casas que hay en la zona y hace lo mismo.

—¡Has venidooo! —Corre hacia ellos y se agarra a su pierna.

—¿Cómo está mi chico?

«¿Mi chico? ¿Acaso es su...?»

Derek deja con cuidado a la mujer en el suelo y ahora es al pequeño al que alza para abrazarlo con fuerza.

—¿Has sido bueno todo este tiempo?

—Sííí, y me ha llegado tu camión, miraaa. —Patalea para que lo baje y se marcha tan rápido como ha venido para volver a entrar en la casa.

Derek entonces me busca con la mirada y frunce las cejas preocupado. Sabe que estoy confundida e intuye lo que estoy pensando.

—Ven, Sandra. —Me hace un gesto con la mano para que me acerque y lo ignoro. Tengo miedo de lo que vaya a decirme, no estoy preparada—. Ven —

insiste, y al ver que permanezco inmóvil, finalmente toma el brazo de la chica, que me mira de un modo extraño, y la acerca a mí.

—Hola —se adelanta ella—. Así que... tú eres Sandra.

—Qué bien —expreso con sequedad—. Aquí todos sabéis mi nombre, pero yo no sé quién es nadie...

—Ella es Lola —dice Derek para cortarme.

—Pues hola, Lola. —Evito cualquier contacto con ella. Debo limar mi carácter, lo sé, pero estoy a la defensiva y muy enfadada con él. No me fío, y espero un golpe bajo en cualquier momento. ¿Qué pretende con esto?

—¡Derek, cariño! —Una mujer mayor sale de la casa y, mientras seca sus manos, camina rápidamente hasta él—. ¡Cuando se lo he oído decir al niño, no lo podía creer! ¡Estás aquí!

—¡MAMÁ! —Derek corre hacia ella y ambos se abrazan, confundíendome aún más.

—Mira, mira mi camión —oigo decir al pequeño mientras tira de mis ropas. Con la escena del abrazo ni siquiera me había dado cuenta de que había vuelto a salir—. Me lo compró Derek. Mira lo que hace. —Se echa al suelo con él y comienza a presionar los botones—. ¿Te gusta?

—Es muy bonito —le digo.

—¡Sí! Mi tío me dijo que me compró el mejor de todos. —Sonríe, y mi respiración se corta al entenderlo.

—¿Tu tío?

—Sí, Sandra —dice Lola al oírme—. Derek es su tío.

—Entonces ¿tú eres su...? —Las mejillas me arden. No puedo creer que por celos la haya tratado así.

—Sí, soy su hermana. ¿Qué creías? —se mofa.

—Yo... por un momento pensé que...

—Lo sé, no tienes que disculparte. Conozco a mi hermano y a veces es tan reservado y misterioso que puedes esperar cualquier cosa.

—Yo no podría haberlo descrito mejor... —Río para aliviar el rubor de mis mejillas. No puedo sentirme más avergonzada, aunque una cuestión no para de

darme vueltas en la cabeza. Si son su madre, su hermana y su sobrino, ¿qué es lo que se supone que debe hacerme cambiar de opinión respecto a él?

Tras el bochorno inicial, conocer a la familia de Derek se convierte en algo especial, y me hacen sentir igual que si estuviera en casa. Todos son iguales que él. Abiertos, cariñosos y espontáneos, aunque sin duda el pequeño ha sabido robarme el corazón con sus ocurrencias. Es igual que su tío, pero en miniatura.

Mientras hablan entre ellos y terminan de cerrar los capítulos que tan amargamente han tenido abiertos en su vida, Izan, Sara y yo decidimos salir a la calle con la excusa de pasear y así darles un poco más de intimidad. Han pasado por mucho y, ahora que todo esto ha terminado, necesitan reforzarse juntos.

Charlamos de nuestras vidas, e, intuyendo que todo esto no ha venido sólo para que conozca a su familia, intento por todos los medios sacarles un poco de información para calmar mi ansiedad, pero Sara me descubre y, aunque me asegura que me entiende, me hace ver que no es a ellos a quienes les corresponde contarme algo así, sino a Derek. Y, sin darse cuenta, con ese comentario termina de confirmar mis sospechas.

Cuando nos despedimos, comienza a refrescar y Derek nota que tengo frío. Viene hasta mí para ofrecerme su chaqueta y con disimulo la rechazo. Hasta que sepa qué trama, no me atrevo ni a mirarlo y, por cómo están aconteciendo las cosas, presiento que de aquí a nada me hará mucho daño.

En cuanto nos ponemos en marcha, nadie habla y Derek parece otra persona. Apenas se mueve, no bromea como antes y su espalda está tensa.

—Ánimo, amigo. Verás que todo sale bien. —Izan lo codea.

—Eso espero... —responde entre dientes—. Eso espero...

Es lo último que dicen y, durante el resto del viaje, la tensión se puede cortar con un cuchillo.

Cuando Derek comienza a moverse incómodo, sé que nos estamos acercando a nuestro destino y puedo ver varias gotas de sudor correr por su frente. Está realmente nervioso, y, aunque intento disimularlo, yo también. ¿Qué será lo que voy a descubrir?

—Es aquí —dice con la voz temblorosa, y traga saliva antes de salir.

Capítulo 39

Nos bajamos del coche y lo primero que veo es una larga pared de piedra amarilla que mide alrededor de cincuenta metros, y, casi al final, un gran portón de hierro. Caminamos hasta él y puedo ver cómo Derek me mira y resopla antes de pulsar un botón en una especie de interfono que hay incrustado en el muro. La puerta entonces se abre sola y nos permite ver al fondo una casa enorme.

—¡Qué bonita! —exclama Sara, y, aunque hay luz en las ventanas, entramos en la parcela sin esperar a que nadie venga a recibirnos.

Al llegar a la puerta, Derek la golpea con los nudillos y alguien abre desde dentro.

—¡Derek! ¡Creíamos que ya no venías! —Una mujer de unos cuarenta años lo abraza y lo besa.

—Ya..., es que nos hemos entretenido un poco con mi familia... —Se rasca la cabeza.

—Pasad. —La mujer se hace a un lado y, cuando todos estamos en el pasillo, nos presenta.

Antes de que termine de hacerlo, sale de una de las habitaciones un hombre de aproximadamente la misma edad y hace lo propio. Cuando acabamos con los saludos, nos guían hasta un gran salón y tomamos asiento. Mientras Derek y ellos hablan, trato de mantener la calma y lo observo todo con detenimiento. Para ser una casa tan grande, es bastante cálida y acogedora.

La mujer que nos abrió la puerta nos ofrece unas bebidas y, cuando regresa con ellas, uno de los vasos cae al suelo, rompiéndose por el impacto, y rápidamente me levanto para ayudarla. Me agradece el gesto y, cuando vuelve,

lejos de hacerlo con otro como creía, trae a una pequeña de apenas tres años llorando en sus brazos.

—Se ha despertado por el ruido —dice mientras seca sus lágrimas.

—Papááá —llora la niña estirando sus bracitos hacia el hombre que está al lado de Derek—. Papááá —repite, y, para mi sorpresa, cuando la mujer la acerca, es a Derek a quien se abraza.

—Ya está, cariño, no pasa nada. —Besa su carita y noto algo extraño—. Ya está, cielo. Papá está aquí... —Vuelve a besarla y mi corazón comienza a latir con fuerza.

—Has tardado *pucho* —le dice mientras solloza, y mis ojos se abren como platos.

—Ya lo sé, mi vida, pero te prometo que, a partir de ahora, ya no nos separaremos más.

—¡Biennn! —lo abraza de nuevo.

—Mira, Sofía, ¿ves a esa chica de ahí? —Me señala mientras permanezco inmóvil, y la niña asiente—. Ella es Sandra.

—¿La *juger buapa* que ibas a *taer*?

—Exacto, cariño. Ella es.

—Holaaa —me saluda con su manita y, aunque le devuelvo el saludo, no logro recuperarme de la impresión.

—Izan —oigo decir a Derek mientras miro al vacío—, hazte un momento cargo de Sofía. —Le entrega a la niña y se acerca a mí—. ¿Podemos hablar?

Asiento.

Toma mi brazo y salimos a la calle, cosa que le agradezco. Al igual que antes tenía frío, ahora necesito un poco de aire fresco.

Paseamos durante al menos cinco minutos en un extraño silencio y, viendo que no se atreve a hablar, imagino que, para darme un poco más de tiempo, lo hago yo.

—Así que ése era tu secreto...

—Sandra, yo... siento haberte ocultado esto.

—Y yo siento que lo hayas hecho. —Algo en mi interior, aunque no sé muy bien qué, me hace sentir molesta—. ¿En serio ibas a suicidarte teniendo una

hija?

—Por supuesto. Daría una y mil veces mi vida por protegerla. A ella y a mi familia. Desconocían la existencia de Sofía, pero, sabiendo cómo trabajan, era cuestión de tiempo que cometiera un fallo y la descubrieran. Si yo moría, automáticamente dejarían de estar en peligro y, cuando creí que te habían matado, lo vi todo claro... Me negaba a seguir sin ti y no iba a permitir que a ellos les hicieran lo mismo. Matando al perro..., ya sabes..., se acabó la rabia.

—Creo que por una vez puedo entenderte...

Por unos segundos volvemos a quedarnos callados.

—Sandra... ¿Vas... a alejarte de mí? —Me mira temeroso de lo que pueda decir.

—Siempre lo he hecho de las personas que me ocultan cosas. Nunca traen nada bueno, y a la vista está...

—¿Lo dices por mi hija? —Arruga la frente.

—No. Lo digo por todo lo que me has hecho pasar estos meses. —Me detengo.

—Ya..., lo entiendo...

—No. No lo entiendes. Siempre dices lo mismo, pero en realidad no haces nada para cambiarlo. —Ya que he empezado, debo decírselo todo—. Y no hablo de que me hayan raptado, golpeado o casi matado. Fíjate que eso, después de todo, es casi lo de menos. Si me aparto es por tanto como he sufrido sin saber qué estaba pasando. ¿Sabes cuántas cosas imaginé cuando no sabía por qué te buscaban esos tipos? Si no quiero saber nada más de ti no es porque tengas una hija. Es porque no me has contado que la tienes. ¿Puedes imaginar los días que llevo asustada y dándole vueltas a esto? —No aparta la mirada de mis ojos—. Derek, te estaría mintiendo si te dijera que no te quiero, pero tienes que entender que una relación así, o lo que sea que seamos para ti, porque hasta eso me lo ocultas, no es sana. Sinceramente, no quiero a alguien así en mi vida. Me niego a estar siempre preocupada, angustiada o asustada. Lo siento.

—Yo también lo siento. —Mira al suelo y, cuando creo que no va a decir nada más, continúa—: Me aterraba perderte, Sandra, y tenía miedo de que, si te

contaba cómo había sido mi vida, me dejaras. Tengo un pasado horrible, una hija oculta de la que ni siquiera mi madre sabe nada... y no sabía cómo contártelo.

—¿Cómo? ¿Tu madre no sabe nada?

—Nadie. Sólo lo sabían Abel y Noelia, quienes se han encargado de cuidarla desde que nació. Bueno, y ahora Izan, Sara y tú. Aunque ellos lo saben desde ayer. Se lo tuve que decir para que nos trajeran...

—¿Por qué? —No doy crédito a lo que oigo—. ¿Por qué le has ocultado algo tan importantísimo a tu familia?

—Por lo que te he dicho antes, Sandra. Pura protección. Mi padre no habría dudado en hacerle daño, al igual que a mi familia, para conseguir lo que quería. Necesitaba esconderla como fuera y que nadie supiera de su existencia. Era la única forma de reducir drásticamente los riesgos.

—¿Y su madre? ¿Quién es su madre?

—La última vez que la vi, llevaba poco tiempo en la cárcel. —Vuelve a bajar la mirada—. Y sólo vino para decirme que había dado a nuestra hija en adopción... —Aprieta con fuerza los puños.

—¿Qué?

—Cuando se quedó embarazada, sabiendo lo que podía ocurrir, nos cambiamos de ciudad y acordamos guardar el secreto para proteger al bebé, y parece que, valiéndose de eso, después se largó con otro. Al parecer, nuestra hija le estorbaba, y estoy seguro de que su actual pareja todavía desconoce que tuvo una hija. —Ahora lo que aprieta es su mandíbula. Puedo notar cuánta rabia desprende—. El comisario tuvo que ayudarme a recuperarla mientras estaba entre rejas. Afortunadamente, nadie formalizó una adopción en lo que duró el pleito, y me dieron la custodia a condición de que alguien de confianza la cuidara. Los de Asuntos Sociales no nos lo pusieron fácil, así que de nuevo tuvo que intervenir el comisario para mostrarles que a Sofía no le iba a faltar de nada, y finalmente cedieron. No imaginas cuánto sufrí con aquello y, sobre todo, la impotencia de no poder hacer nada porque estaba preso.

—Guau... Debió de ser horrible.

—Horrible se queda corto. Creí que me moría, Sandra... Igual que ahora sabiendo que te pierdo. —Sus ojos se empañan y siento una gran necesidad de

consolarlo. Me acerco a él, pongo una mano sobre su hombro, y, sin que lo espere, me abraza—. Lo siento mucho —comienza a llorar—. Yo no quería esto..., no quería hacerte sentir así. Ojalá algún día me puedas perdonar...

—Papááá. —La niña sale de la casa y corre hasta nosotros. Derek rápidamente se aparta de mí y, de espaldas a ella, seca sus lágrimas.

—¡Lo siento! —grita Izan desde la puerta—. ¡Me la ha jugado para escaparse!

—Tranquilo. Ya me hago cargo —le digo. Asiente y vuelve dentro—. Así que... te llamas Sofía —le digo para que a Derek le dé tiempo a reponerse y me inclino para estar a su altura.

—Sííí, y tengo *teees anios*.

—Vaya, ya eres toda una mujercita.

—¿Tú cuántos *anios tenes*?

—Pues..., si no me fallan las cuentas, hoy estoy cumpliendo treinta.

—¿Qué? —Derek me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Me estás diciendo que hoy es tu cumpleaños?

—Eso parece —me encojo de hombros.

—¿Y por qué no me lo has dicho?

—Porque yo también sé guardar secretos... —ironizo.

—Diosss, ¡ahora me siento fatal!

—Pues bienvenido al club —le guiño un ojo.

—Papá, papá, papá... —La niña tira de su pantalón hasta que capta su atención.

—Dime, cariño. —Se agacha para hablarle.

—*Tenes* que hacerle a Sandra un regalito.

—Pero no tengo nada...

—Yo sí, esperaaa —y se marcha corriendo.

—Tienes una hija encantadora —digo mientras observo cómo corre hasta la casa.

—Lo sé. Siempre que he podido he venido a verla, pero no puedo evitar pensar que me he perdido muchas cosas a su lado.

—No te guardará rencor. Ha sido por una buena causa.

—Ojalá tú tampoco me lo guardes... Si hice todo eso fue para no decepcionarte.

—Bueno. Ahora lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Qué quieres decir con eso?

Antes de que pueda contestarle, Sofía viene corriendo de nuevo y trae un dibujo en las manos.

—Ten. Para ti. —Me lo entrega y, aunque está un poco arrugado, puedo distinguir tres siluetas.

—¡Qué bonito! ¿Quiénes son?

—Ésta soy yo... —se señala con su pequeño dedito—. Éste es papá... y ésta eres tú.

Miro a Derek y él me mira también, y, aunque no decimos nada, sé que ambos estamos pensando lo mismo.

—Muchas gracias, Sofía. Es el regalo más bonito que me han hecho nunca. Lo guardaré con mucho cariño.

—¡Vale! —Da un salto y vuelve dentro. Es tan inquieta como adorable.

—¿Me aceptarías como regalo un dibujo a mí también? —bromea Derek.

—Hum..., no sé. No creo que puedas superar éste. Mira qué delgada me ha pintado. —Se lo muestro y ríe con mi ocurrencia.

—¿Y una promesa? ¿Aceptarías una promesa?

—¿Cuál?

Agarra mis manos y se coloca frente a mí.

—Si me das una nueva oportunidad, te prometo, Sandra, que a partir de ahora mis secretos sólo serán para sorprenderte y hacerte feliz.

—Suená bien...

—¿Aceptarías entonces a un novio arrepentido?

—¿Has dicho «novio»? —Levanto una ceja.

—Sí. La palabra «novio» implicaba una hija encantadora de regalo, pero hasta que lo supieras no quería dar ese paso.

—¿Puedo quedarme sólo con la hija? —Ahora quien bromea soy yo.

—¡No! Si quieres la col, quieres las hojas de alrededor. —Enlaza mi cintura con sus brazos.

—Si no me queda más remedio...

—No, definitivamente no te queda más remedio. —Sonríe y, sin que lo espere, posa sus labios sobre los míos.

Epílogo

Dos años después...

—¡Esto ya es otra cosa! —digo animada mientras observo mi imagen desnuda en el espejo.

Aunque mis pechos siguen jugando con la gravedad, cada día me gusta más lo que veo. Nada tienen que ver mis mañanas de ahora con las de hace dos años. Derek finalmente me convenció para que llevara una vida más saludable, y a medida que fui viendo los magníficos resultados, me motivé para continuar, y a día de hoy ya he logrado bajar más de veinte kilos, sin contar con que mi carácter ha cambiado completamente y estoy mucho más relajada. He pasado de ser una chica amargada a ser una persona mucho más positiva, alegre y divertida. Aún me falta mucho camino por recorrer, pero he dejado de preocuparme por mi peso y eso me ha liberado de una gran carga. Lo único por lo que me cuido ahora es por mi salud, y lo demás está viniendo solo. Desde que me he aceptado como soy, mi autoestima se ha visto reforzada y he logrado varias cosas, entre ellas la más importante: ser feliz. Lejos de lo que siempre había creído, no he necesitado un cuerpo de infarto para conseguirlo, y me siento muy orgullosa de ello. Querer es poder, y todo el mundo puede hacerlo.

Abro el gran armario para sacar mi ropa y me encuentro de frente con un vestido largo de chifón plisado en color rosa claro que no recuerdo haber comprado. Lo tomo entre las manos, lo miro y me doy cuenta de que en la etiqueta tiene escrito: PÓNTELO.

Una gran sonrisa escapa de mi boca y rápidamente sé lo que está pasando. Desde que Derek supo cuándo era mi cumpleaños, siempre me ha preparado

alguna sorpresa para celebrarlo. Creo que todavía está afectado por su descuido la noche que conocí a Sofía y de alguna forma quiere recompensármelo.

Saco con cuidado el vestido para dejarlo sobre la cama y me doy cuenta de que, debajo, también hay una caja de zapatos con la misma palabra escrita en la tapa. Vuelvo a sonreír, y, sin demora, la abro para encontrar dentro unas preciosas sandalias de tacón doradas y, junto a ellas, un bolso del mismo color. ¿Dónde ha aprendido Derek a combinar así?

Sin saber cuáles son sus planes, me esmero en arreglar mi cabello, y cuando termino me pongo el vestido.

—¡Guau! —exclamo mientras me observo de nuevo en el espejo. ¿Acaso me ha tomado medidas mientras dormía? Se amolda tan bien a mi cuerpo que parece hecho especialmente para mí.

Doy los últimos retoques a mi maquillaje y camino nerviosa por el largo pasillo hasta el salón. Ya llevamos más de un año viviendo juntos, pero todavía no me he acostumbrado a esta casa. Nunca habría imaginado que la residencia donde vivían Abel y Noelia, los cuidadores de Sofía, en realidad fuera suya.

—¡Dios mío, Sandra! —Se pone en pie al verme—. ¡Estás espectacular! —Viene hacia mí, toma mi mano y me hace girar sobre mí misma.

—¿Adónde me vas a llevar? —La intriga me mata.

—Dame unos minutos y lo verás. —Deja un beso en la comisura de mis labios y se marcha.

—¡Sandra! ¡Mira! —La pequeña Sofía entra en ese momento y mis ojos se abren como platos. Alguien le ha recogido el cabello y su vestido es del mismo color que el mío, sólo que el suyo es de tul y muy pomposo.

—¡Sofía! ¡Estás preciosa!

Ríe y da saltitos para que pueda ver cómo se mueve la tela.

—Tienes que quedarte aquí hasta que vuelva papá. —Me señala el sofá y, hasta que me siento, no se aparta de mí—. ¡Y no puedes hacer trampa!

—De acuerdo —río y, cuando hago lo que me ha pedido, le pregunto—: ¿Tú sabes adónde vamos?

—Sí —sonríe apretando los labios.

—¿Adónde? —susurro para que Derek no me oiga.

—¡Ah...! No puedo decirte nada. ¡Es un secreto!

—Dame una pista, *porfi...*, aunque sea muy pequeñita —insisto. La intriga nunca ha sido lo mío.

—No. Ya lo verás... —Vuelve a sonreír de la misma manera y sé que tengo la batalla perdida. Es tan enigmática, misteriosa y retorcida como su padre. No pueden negar que son familia.

Derek aparece en ese momento por la puerta y mi vista queda fija en él. Ha dejado las prendas de deporte a un lado y se ha cambiado de ropa.

—¿Estoy guapo? —Abre la chaqueta de su ajustado traje azul marino y puedo ver que debajo lleva una preciosa camisa blanca.

—¡Madre mía! Guapo no, guapísimo —declaro sincera y, cuando voy a añadir algo más, suena la puerta.

—¡Ya están aquí! —Sofía corre y abre la primera—. ¡Abuelaaa! ¡Tía! ¡Primooo! —grita, y no hace falta que pregunte quiénes son.

Cuando todavía no han entrado y apenas hemos empezado a saludarnos, un coche más aparca en la entrada.

—¡Mamá! ¡Papá! —Corro hasta ellos para abrazarlos. Hacía meses que no los veía.

—¿Y a mí no me saludas? —Mi hermana sale por una de las puertas traseras y grito por la emoción. No puedo creer que estén aquí. Finalmente, mis padres y ella se reconciliaron y volvimos a ser la familia unida que siempre fuimos.

Todos me felicitan al entrar y entiendo que no es algo casual. Derek debe de haberlo preparado todo. Llevaba días notando rarezas, pero nunca imaginé que se debiera a esto. Desde que hablamos sobre lo de ocultarme secretos, se lo tomó muy en serio, y, como bien me prometió, únicamente los guarda para esto.

Derek rodea mi cintura y, cuando camino hacia el salón, niega con el dedo y me guía hasta el jardín. Cuando abre las puertas para salir, no puedo creer lo que veo. Justo en el mismo lugar donde dos años antes formalizamos nuestra relación hay una gran pérgola de madera de la que cuelgan varias telas y, bajo su sombra, una preciosa mesa rodeada de sillas y dispuesta para la comida.

—¡Madre mía! —Miro a Derek y veo que está observándome con una gran sonrisa en sus labios.

—¿Te gusta? —me pregunta como si no fuera obvio.

—¿Tú qué crees? —Ahora entiendo por qué anoche no me dejó salir al jardín y se ocupó hasta de recoger la ropa tendida. No sé cómo diablos lo ha hecho para que no me entere, pero reconozco que me encanta que se haya tomado tantas molestias.

Mientras nos acomodamos para tomar algo, el timbre vuelve a sonar y Derek me deja sola para ir a abrir. Antes de que nos dé tiempo a descorchar la primera botella de vino, regresa y veo que lo hace con Izan, Sara, Claudia y su hijo.

—¡No me lo puedo creer! —Me levanto y los abrazo con fuerza.

Durante todo este tiempo nuestra relación con Claudia, Izan y Sara no ha hecho más que mejorar, y desde entonces los tres se han convertido en grandes amigos. Izan, además, ahora también es mi jefe. Derek y yo nos estamos encargando de las cuentas y el mantenimiento de varios gimnasios que tiene en la zona, y la verdad es que no podría estar mejor. Al principio creí que no daría la talla, pero tras un par de cursos rápidos de contabilidad, todo resultó ser mucho más fácil de lo que parecía.

Al igual que los demás, me felicitan, y cuando ya estamos todos sentados alrededor de la mesa, Abel y Noelia llegan con grandes platos de comida. Se acomodan con nosotros y damos por iniciada la fiesta.

El tiempo pasa sin que nos demos cuenta y, entre bromas, llega el momento del postre.

—Papá, ¿puedo ya? —oigo decir a Sofía, y Derek niega con la cabeza.

Media hora después, y mientras aún estamos tomando la tarta, la niña vuelve a hacerle la misma pregunta y Derek esta vez afirma en respuesta. ¿Qué se traerán entre manos?

La pequeña baja de la silla, alisa su vestido y, estirada, camina hacia mi padre. La observo atenta y veo cómo le hace una señal para que se agache. Mi padre se inclina obediente y, cubriéndole el oído con sus manitas, le susurra algo que nadie más oye. Mi padre abre los ojos mientras su expresión cambia y, sin decir nada, la mira fijamente a los ojos.

—Em... —nos mira—, em... —No le salen las palabras y comienzo a ponerme nerviosa. Conociendo a mi padre, algo muy chocante debe de haberle

dicho para que actúe así. Finalmente, y tras aflojar el nudo de su corbata, recupera la compostura y, acercándose al oído de la niña, le hace lo mismo.

—¡SÍÍÍ! —grita Sofía cuando mi padre se retira, y todos, viendo lo que acaba de ocurrir, esperamos una explicación. La pequeña viene hacia mí, se coloca a mi lado y se gira para hablarme—. ¡Sandra! —aprieta sus ojitos con regocijo—, dice tu papá que te deja ser mi mamá.

—¿Qué? —No entiendo nada y, al volverme para pedirle una explicación a Derek, mi boca se abre al encontrarlo con una rodilla clavada en el suelo, una gran sonrisa en la boca y un precioso anillo en las manos.

—Sandra —mi vello se eriza—, hace tiempo te dije que te parecías mucho a la persona con la que quería compartir el resto de mi vida, y ahora lo tengo claro. —Pongo rápidamente las manos sobre mi boca. Jamás habría imaginado a Derek haciendo algo así—. Con tu presencia, has invadido cada parte de mi cuerpo... —traga saliva y mi corazón bombea tan rápido que puedo sentirlo en los oídos—, y aunque en nuestro mundo hay ahora varios gimnasios, siento que tú sólo corres por mis venas. —Todos ríen, y, traicionada por los nervios, lo hago yo también—. Te quiero, Sandra, y aquí, delante de todas las personas que nos importan, y en el mismo lugar en que te regalé una promesa y un guapísimo novio arrepentido con una hija encantadora —volvemos a reír—, quiero regalarte también un esposo que te ama. —Mis ojos se llenan de lágrimas mientras todos gritan—. ¿Me concederías el inmenso honor de casarte conmigo?

Lloro al tiempo que me cubro la cara y lo único que puedo hacer es asentir entre aplausos, mientras que Derek, muy emocionado, me abraza.

Rápidamente, mi cumpleaños se convierte en otro tipo de celebración y no puedo sentirme más dichosa. Nuestros padres y nuestros amigos nos dan la enhorabuena y se muestran tan alegres y emocionados como nosotros.

Nunca habría imaginado que mi vida, en tan poco tiempo, pudiera dar un cambio tan drástico. Me ha llevado trabajo, pero con esfuerzo he logrado pasar de ser una persona acomplexada y llena de inseguridades a sentirme libre y saber que puedo llegar a lograr todo lo que me proponga. Simplemente escuché, analicé y liberé a la persona que llevo dentro. Cada uno de mis complejos se había convertido en un barrote de acero y, juntos, formaban mi propia celda.

Vivía atrapada en una timidez extrema y apenas salía a la calle para evitar las miradas. Me costaba tomar decisiones porque creía que no serían las correctas y hasta acepté amistades que no debía, convencida de que serían las únicas que tendría. En mi necesidad de complacer a los demás, llegué incluso a hacer cosas que no quería. Pero ahora todo eso es distinto. En el momento en que aprendí a quererme, empecé a sentirme a gusto conmigo misma y todo eso cambió.

Esta experiencia me ha enseñado que los problemas y las inseguridades que muchas veces arrastramos pesan y, en nuestra necesidad de llenar ese vacío, ganamos peso. O lo que es peor, personas tóxicas a nuestro alrededor que sólo incrementan nuestro sufrimiento.

Quiérete, libérate de esa prisión en la que tú misma te has encerrado y disfruta de la vida. Sólo se vive una vez y, si lo miras bien, a esos kilitos de más también se les puede sacar provecho. Son el mejor detector de mentes vacías. Si a alguien le molestan, o le cuesta aceptarte por esa razón, aléjate porque no te merece. Nunca permitas que otros alimenten tus inseguridades.

* * *

Cuanto llega la noche y todo termina, recojo la mesa mientras Derek acuesta a Sofía y no tardamos en quedarnos solos.

—Grrr... —Desde atrás, me rodea con sus enormes brazos y ronronea en mi cuello impidiéndome secar los últimos platos—. Vámonos a la cama ya, quiero disfrutar de mi prometida.

—Derek —río—, espera a que termine... —Cuando menos lo espero, me gira y, con un movimiento rápido, me carga como si fuera un saco—. ¡Derek!

Pataleo mientras camina varios metros y, cuando llegamos a nuestro cuarto, me lanza sobre la cama.

—¡Qué poca delicadeza! Pareces un troglodita —bromeo.

—¿Quieres ver cómo es un troglodita de verdad? —Comienza a quitarse la ropa y, tras golpear su pecho como si fuera King Kong, salta sobre mí.

—Estás loco —me carcajeo mientras desliza sus manos por debajo de mi vestido, y con habilidad me quita el tanga.

—Pero loco por ti. —Besa la cara interna de mis piernas y un suspiro relajado sale de mi garganta—. Me encantas con este vestido —balbucea—. Creo que voy a dejártelo puesto un par de minutos más.

Saca la cabeza de entre mis piernas para colocarse él y, sin dejar de mirarme a los ojos, muy lentamente me penetra.

—Papá, papá... He tenido una pesadilla...

—¡Mierda! ¡La niña! —grito por la impresión, y cuando Derek intenta apartarse a toda prisa de mí..., no puede.

—Sandra, ¿qué haces? —Me mira con los ojos muy abiertos y comprendo lo que acaba de ocurrir—. ¡Sandra! ¿Qué estás haciendo? —Intenta apartarse de nuevo, pero es inútil.

—No, por favor. Otra vez no... —lloriqueo al tiempo que me cubro la cabeza. No puedo creer que me haya vuelto a pasar lo mismo.

—¡Sandraaaa! ¡Suéltameee!

Lo único que me consuela esta vez es que Sofía todavía es muy pequeña para comprender lo que está sucediendo...

Biografía

Elena García nació el 17 de mayo de 1979 en Toledo y creció en Navahermosa, donde actualmente reside junto a su esposo y sus dos hijos.

Aunque siempre destacó por su talento en la pintura, a la temprana edad de siete años ganó su primer concurso de relatos. Desde entonces creció su amor por las letras y aunque ha publicado artículos en diversas revistas, no fue hasta 2015 cuando decidió escribir su primera novela, *Doctor Engel*, que se convirtió en un éxito de ventas, llegando incluso a traducirse al inglés.

Posteriormente publicó *El tormento de Álex* (2016), y resultó ganadora en los premios Wattys 2016 (el concurso *online* más grande del mundo) con el galardón «Lecturas Voraces».

Sus siguientes novelas, *La marca de Sara* (2017) y *Absolutamente única* (2019), han seguido los mismos pasos que las anteriores. En la actualidad está preparando nuevos proyectos, pues es su manera de abrir el corazón y se siente bien haciéndolo.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/elenagggg>,
<https://www.instagram.com/elenagggggg/>,
<https://www.elenagarciagonzalez.com/2018/02/escritora-de-exito-por-sorpresa.html>

Referencias a las canciones

New Rules, Dua Lipa Limited under exclusive license to Warner Music UK Limited, interpretada por Dua Lipa. (*N. de la e.*)

Con s de secretos
Elena García

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Elena García, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2020

ISBN: 978-84-08-22817-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

